

HISTORIAS REALES Y EMOCIONANTES

GRAN PROYECTOR

MENSUAL



PROCESOS
REPORTAJES
DETECTIVISMO

Ayuntamiento de Madrid

OBRA DE GRAN ÉXITO

EDGAR
WALLACE

EL CIRCULO

EDGAR
WALLACE

ROJO

EL CIRCULO ROJO



Es imposible no
sentirse emocionado
leyendo a Wallace!

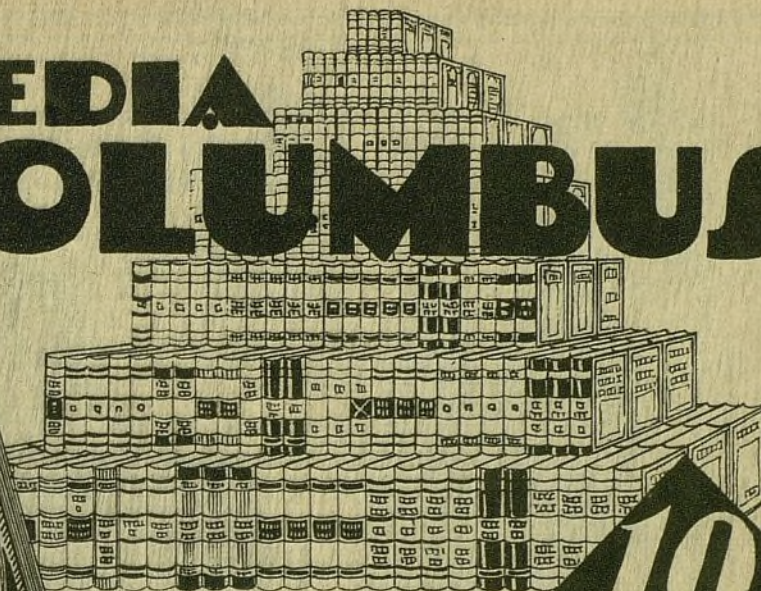
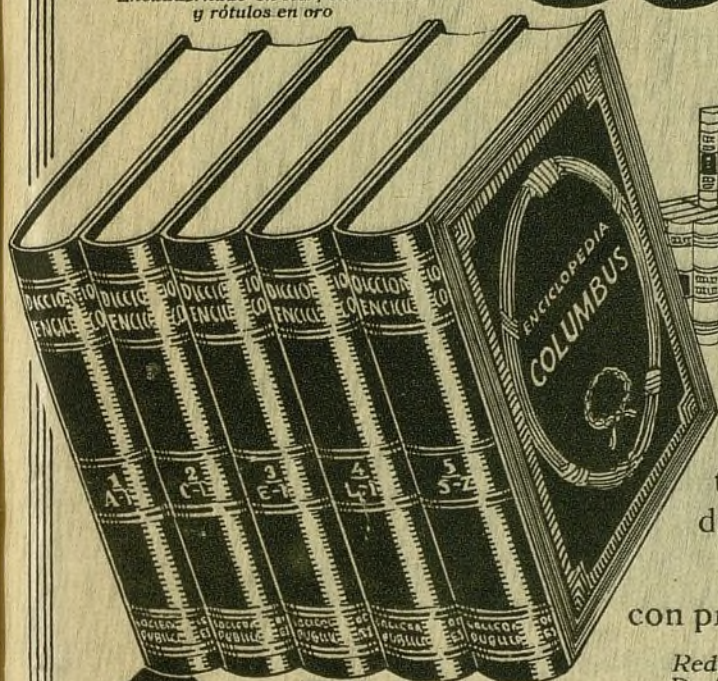
5 Ptas.

EDITORIAL JUVENTUD - Aribau, 109. - Barcelona

Ayuntamiento de Madrid

ENCICLOPEDIA "COLUMBUS"

Cinco Grandes Tomos
completamente terminados
Encuadernado en tela, en relieve
y rótulos en oro



Todo el
SABER humano

todo el contenido de cien obras
diversas condensado en

5 magníficos volúmenes

con profusión de grabados, mapas y láminas en color

Redactado por reputados especialistas bajo la dirección de
D. ALBERTO DEL CASTILLO Profesor de la Universidad de Barcelona

**Edición
definitiva**

Desde un principio recibe usted la obra completa, sin estar expuesto a dificultades de publicación ni a que se le haga anticuada.
Cada uno de los cinco tomos consta de cerca de mil páginas impresas a tres columnas. En conjunto varios millones de palabras, cuidadosamente ilustradas con millares de dibujos intercalados en el texto, y con láminas en colores y en negro, y hermosísimos Mapas Generales y de todas las naciones, confeccionados exprofeso para esta obra por la Casa Columbus, de Berlín, especializada en ediciones cartográficas.

Edición cuidadosamente compilada y revisada, que contiene: Todas las voces de la última edición del Diccionario de la R. Academia Española. — Homónimos y sinónimos: galicismos y barbarismos. — Los americanismos generalmente usados en la América de habla española. — Locuciones latinas, francesas, italianas e inglesas, usualmente empleadas en España y América. — Los términos técnicos de los últimos inventos aceptados por el uso.

**20
meses de
crédito**

NADA DE PAGO ADELANTADO

Es imposible saberlo todo:

Pero en la vida moderna es indispensable que en cualquier momento podamos adquirir o mostrar nuestros conocimientos sobre determinados asuntos o materias.

Este es el objeto de la ENCICLOPEDIA COLUMBUS

Todas las ramas del saber, todos los conocimientos modernos están incluidos en ella. Y está todo tratado de modo que haya siempre

CONCISION y CLARIDAD en todas las materias

Hemos puesto especial cuidado en que la ENCICLOPEDIA COLUMBUS sea

La más moderna. Por eso damos, puestos al día, mapas generales y de todas las naciones a todo color, mapas de todas las provincias de España.

La ENCICLOPEDIA COLUMBUS contiene una verdadera Historia del mundo, Biografías, Historia Natural, todas las Ciencias y Artes. Es el Diccionario Enciclopédico más moderno, más práctico, más completo y más económico.

Como obra de estudio, como obra de consulta, la ENCICLOPEDIA COLUMBUS puede ser llamada sin exageración EL LIBRO DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS.

No vacile en aprovechar las ventajas que para su adquisición le ofrecemos.

Compuesta en tipo cinco de imprenta que, a pesar de ser el más pequeño, resulta muy claro para su lectura, esta obra contiene tal cantidad de texto que en otra forma ocuparía diez gruesos volúmenes. Es un alarde de condensación, compatible con la extensión de los artículos y la claridad del texto.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A., un ejemplar del diccionario ENCICLOPEDIA "COLUMBUS" por el precio de ptas. 200, que me comprometo a pagar a plazos mensuales de 10 ptas., el primero a la recepción y los otros cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe total de la obra, la consideraré en calidad de depósito en mi poder. AL CONTADO 180 PTAS.

FIRMA

Nombre y dos apellidos

Edad

Profesión

Dirección del empleo

Calle

Población

Provincia

¿Qué administración de correos más próxima tiene giro postal?

ENVIO INMEDIATO FRANCO DE PORTE Y EMBALAJE

Móvil de
10 céntimos

Córtese el boletín y mándese a los ESTABLECIMIENTOS QUILLET, S. A., Apartado de Correos 476. - Barcelona

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis - BARCELONA

DELEGACIÓN EN MADRID: CHURRUCÁ, 15, BAJOS

Ayuntamiento de Madrid

films Selectos

Semanario Cinematográfico
Ilustrado



TENDRÁ:

LA MEJOR PRESENTACIÓN
totalmente editada en huecograbado y a dos colores

LA MEJOR COLABORACIÓN
María Luz Morales, Irene Polo, Anita Planas, A. Herrero de Miguel, Angel Lázaro, "Fray Can", José Baeza, Ramón de Baños, Alfredo Miralles, "Juan Mira", Federico Ribas, Gil de Vicario, Castanys, Bas Bofill, J. Gols y Prat

LA MEJOR ILUSTRACIÓN
Gran número de selectas fotografías y dibujos

LA MEJOR INFORMACIÓN
Argumentos de las más interesantes películas. Reportajes de todo el mundo (de Hollywood, Londres, Berlín y París). Noticias, variedades, curiosidades, preguntas y respuestas

**ORGANIZARÁ DESDE EL PRIMER NÚMERO
INTERESANTES CONCURSOS**
CON VALIOSOS PREMIOS, EN LOS QUE PODRÁN
TOMAR PARTE TODOS LOS SUSCRITORES

APARECERÁ EL PRIMER NÚMERO DE
films selectos
EL DÍA 4 DE OCTUBRE PRÓXIMO

PUBLICARÁ, ADEMÁS, EN FORMA ENCUADERNABLE,
la intrigante y bellísima novela titulada

¿QUIÉN ES ELLA?
de los esposos C. y N. WILLIAMSON,
y un

**ALBUM DE ARTISTAS
CINEMATOGRAFICOS**

en el que se publicarán, a petición de los suscrip-
tores, las fotografías de sus artistas predilectos.

films selectos

CALLE DIPUTACIÓN, 219
BARCELONA

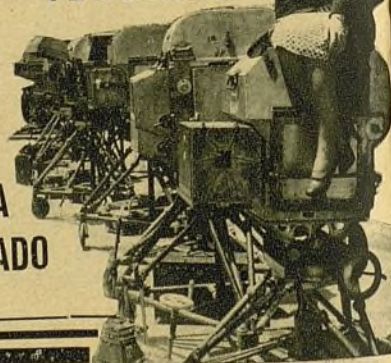
BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 3'75 ptas. - Semestre, 7'50. - Año, 15

Nombre
Calle núm.
Población Provincia Desea suscribirse a **films se-**
lectos, por un trimestre semestre-un año. (Táchese lo que no interese). A partir del 1.º
El importe se lo remito por giro postal núm. impuesto en
o en sellos de correo (Táchese lo que no interese). de de 193
(Firma del suscriptor) (Fecha)

NÚMERO SUELTO:
30 CÉNTIMOS

CADA
SÁBADO



GRAN PROYECTOR MENSUAL

Año I

SEPTIEMBRE 1930

Núm. 4

SUMARIO

Si Sherlock Holmes viviese en nuestros tiempos.	5
(Editorial de «Gran Proyector».)	
Delatado por las Huellas Digitales, por H. O'Malley	6
(La dactiloscopia puede probar tanto la culpabilidad como la inocencia de un hombre.)	
¿Vive Mata-Hari?, por Eduardo Granada	9
(Sensacional reportaje a propósito de un encuentro, un libro y una entrevista.)	
Los Siete que Murieron (II), por Uno que los mató	11
(Conclusión de la vida trágica del inventor de los gases asfixiantes.)	
Los Descuidados, por Segundo Holmes	17
(Aspectos de la gente del hampa.)	
Delitos tragicómicos, por Don Justo	20
(Comentarios cómicos.)	
Fotografía de Andrés P. de Seguro y Ramón Pereda, en El cuerpo del delito	21
Fotografía de una escena de Ronda nocturna	22
Fotografía de Eleonor Griffith, en Ronda nocturna	23
Fotografía de Wallace Beery, en The Big House	24
Casos y Cosas	25
(Algo de lo que sucede en todo el mundo.)	
Hazañas del Detective Tim Yesyés, historieta por Moreno	26
(IV. La pista del Marabú.)	
El Crimen de la Calle de Oriente.	27
(Un crimen reproducido tal como se publicó en un diario de 1910.)	
El Asesino del Cairo, por el inspector Fahmi.	33
(Un doble asesinato cometido en Egipto.)	
Robos y Homicidios del Bandido Cartouche, por G. P. M.	36
(Nueva versión de la vida de este famoso bandido francés.)	
Chantage Frustrado, por Carlos M. Colladay.	39
(Un chantage que produce en pocas horas cuatro muertos.)	
La Firma del Cheque, sí, pero la Cantidad, no, por F. S. Diamond.	42
(En este caso, la firma era auténtica, pero la cantidad, falsificada.)	
El Espionaje Alemán, por Juan Rosell.	45
(Cómo funciona en tiempo de paz y en tiempo de guerra.)	
El Garrote	48
(El instrumento usado en España para la ejecución de la pena de muerte.)	
Si Hubiese Dejado en Paz a la Novia de Otro (I), por Miguel Delaney	49
(Un triunfo de la actuación detectivesca.)	
¿Cómo Sucedió?	53
(Segundo concurso de «Gran Proyector».)	
El Feminismo Pistola en Mano.	54
(Fotografías de actualidad.)	
El Robo de los Cien Millones de Rublos, por Angel Marsá	55
(Solución del concurso «La novela partida en dos».)	
El Hombre de la Litera Número 10, por Mary Roberts Rinehart	57
(Novela en folletín encuadernable.)	
Libros Detectivescos	94
(Obras recientemente publicadas.)	

Ejemplar suelto 1'25 pesetas

POR SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Un año 15 ptas.
AMÉRICA: Un año 19 ptas.
OTROS PAÍSES: Un año 25 ptas.

REDACCIÓN

Diputación, 211. - BARCELONA

ADMINISTRACIÓN

Diputación, 211. - BARCELONA

Valverde, 21 dup. - MADRID

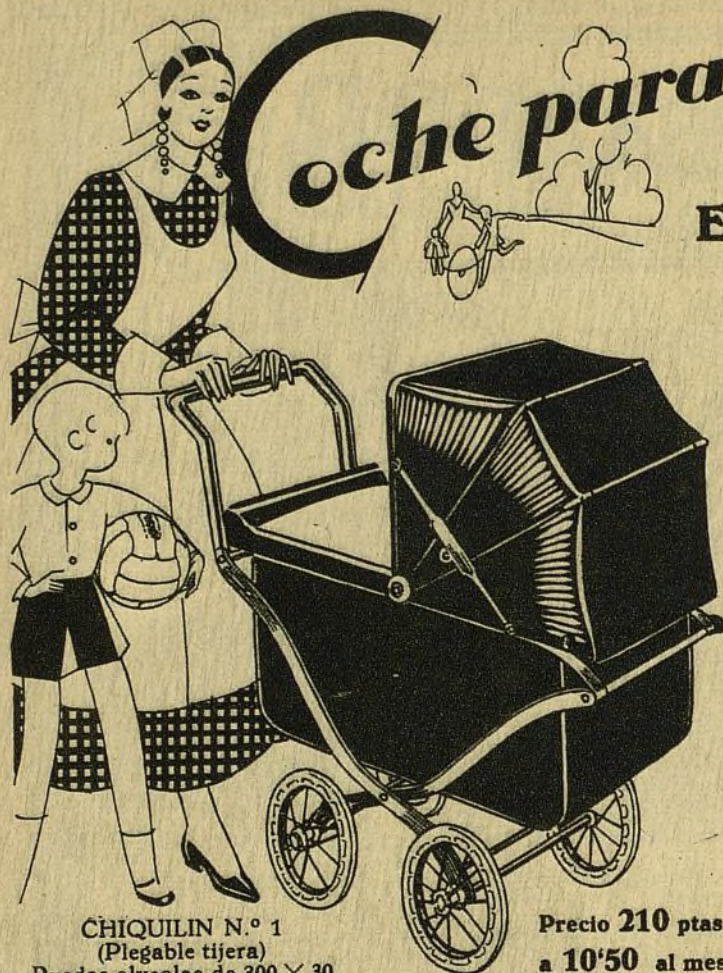
Administración de Publicidad en esta Revista

PUBLICITAS, S. A.

ORGANIZACIÓN MODERNA DE PUBLICIDAD

BARCELONA: Plaza Cataluña, 9. 1.º
Teléfono 16406. — Apartado 228

MADRID: Gran Vía, 13
Teléfono 16375. — Apartado 911



CHIQUILIN N.º 1
(Plegable tijera)

Ruedas alveolas de 300 X 30

Precio 210 ptas.
a 10'50 al mes

Coche para niños marca CHIQUILIN

El descanso y la tranquilidad
para la madre

El reposo y la salud
para el niño

¡MADRES! Desde hoy, ya no más tener a vuestros hijitos en brazos, en posturas inverosímiles, e incómodas, que provocan su llanto con la consiguiente alteración de vuestros nervios, y al esposo que llega del trabajo ansioso de paz y descanso, le produce desazón encontrarse ante un cuadro tan lamentable, que en muchos casos, ha sido por desgracia, la causa original de discordias matrimoniales!

Además, cuantas enfermedades de los niños, como la desviación de la columna vertebral, provienen de no saber llevarles en brazos, y de obligarles tercamente a ir rígidos, cuando la posición que necesitan es la horizontal.

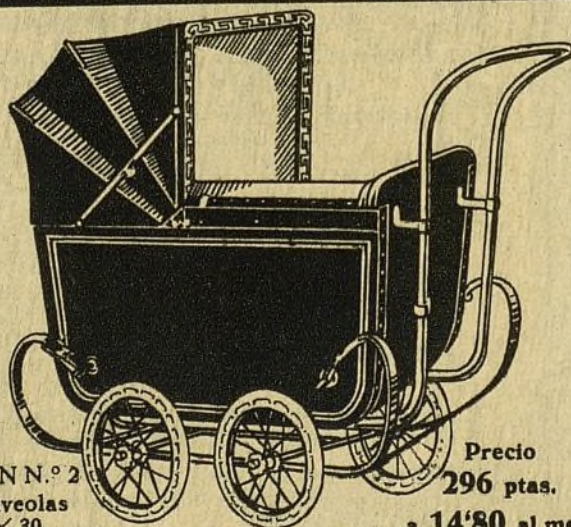
En el extranjero, el uso del cochecito para niños, no es ni mucho menos, privilegio de la gente adinerada, pues cualquier ciudadano, por modesta que sea su condición social, sabe destinar unos céntimos diarios para ofrecer este desahogo a su mujer y velar por el normal y sano desarrollo de su retoño.

20 meses de crédito

Contrariamente en España han sido hasta hoy, pocos los niños que han tenido la fortuna de ser paseados en cochecito por parques y paseos, provocando un suspiro a la humilde madre que se cruzaba a su paso, pensando que también quisiera AQUELLO para su nene...

Pero desde este instante, ya está este simpático vehículo al alcance de todas las fortunas, pues gracias a nuestra ORGANIZACION (la más perfecta, en su género) hemos logrado poder satisfacer este antiguo deseo de las madres españolas, proporcionándoles por 10'50 Ptas. al mes un soberbio cochecito, comodamente estudiado, de fabricación inglesa, sólido, esbelto de líneas, de suspensión suave, (acero puro templado) para conseguir la máxima comodidad del niño, y de un acabado tal, que solo una casa como CREDITO LOINAZ, S. A. contando con una clientela tan numerosa como selecta, es capaz de vender a estos precios sin competencia.

10'50 al mes



CHIQUILIN N.º 2
Ruedas alveolas
de 300 X 30

Precio 296 ptas.
a 14'80 al mes

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a CREDITO LOINAZ, S. A., un Coche para niños marca CHIQUILIN, Modelo N.º conforme a su descripción y por el precio de ptas. a plazos de Ptas. al mes que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales, el primero de Ptas. a la recepción y los restantes, de Ptas. cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda se considerará ésta en calidad de depósito en poder del comprador.

Nombre y dos apellidos Edad Profesión
Dirección del empleo Calle Población
Provincia Estación Al contado 10 % de descuento.

Cuando la expedición se hace por f. c. cargamos 6 Ptas. por el embalaje que se cobran con el primer plazo.

FIRMA

Móvil de
15 céntimos

CREDITO S. LOINAZ, S. A. Miguel Imaz, 5 - SAN SEBASTIAN

Ayuntamiento de Madrid



Si SHERLOCK HOLMES viviese en nuestros días

A raíz de la muerte de Conan Doyle se ha puesto sobre el tapete una cuestión que desde hace algunos años vienen discutiendo los técnicos de la literatura detectivesca. Y, a lo que parece, el fin de esas discusiones es despojar al gran Holmes de su pomposo título de «rey de los detectives».

Si Sherlock Holmes — dicen — viviese en nuestros días, ¿obtendría los mismos éxitos con sus ingeniosas investigaciones policíacas? Aunque las opiniones son muy diversas y opuestas, generalmente se afirma que no obtendría tan buenos resultados como en aquellos tiempos.

Y se comprende. Si en ningún orden de la vida se procede hoy como se procedía cincuenta años atrás, muy justo es que tampoco se proceda igual en el orden policíaco, cuanto más tratándose de investigación criminal, la cual se ha metodizado hasta tal punto que casi se ha hecho una ciencia de lo que antes sólo era una simple necesidad de las circunstancias.

En efecto, cuando se escribió, por ejemplo, «La marca de los cuatro», las heridas de arma blanca o de instrumento contundente no eran entonces más que la causa evidente que había producido la muerte, y las huellas de los dedos en algún objeto no pasaban de ser la prueba vulgar de que aquel objeto había estado en las manos de alguien. Hoy, por el contrario, las heridas de aquella especie revelan fácilmente si era zurdo el agresor, y las huellas digitales constituyen la acusación más irrecusable contra una determinada persona.

Hoy la policía trabaja, no por ingeniosas deducciones, sino por lógicas consecuencias. Por eso han insistido algunos autores en desprestigiar los procedimientos del viejo Holmes — símbolo del detectivismo, — y lo han hecho, por cierto, con no muy buena intención, prescindiendo de los factores de relación que es preciso tener en cuenta entre la organización policíaca del siglo XIX y la del siglo XX.

Conan Doyle creó así el tipo del detective porque entonces era ése el carácter que le había de distinguir entre los de su tiempo. Consecuentemente, si hoy hubiese de empezar su carrera Sherlock Holmes, es indudable que hallaría también el medio de combinar sus ingeniosos recursos con los modernos métodos de investigación, hasta llegar a conseguir la misma maestría que le hizo popular.

Por otra parte, para el símbolo no importan ni el tiempo ni el espacio; con dactiloscopia o sin ella, con medidas antropométricas o sin ellas, Sherlock Holmes siempre será el tipo heroico del detective, lo mismo habiendo vivido en 1890 que si viviese en 1930.

DELATADO por las

En el presente caso de robo y tentativa de asesinato se demuestra que la dactiloscopia puede probar lo mismo la inocencia que la culpabilidad de un hombre.



Sus verdosos ojos miraron a Magdalena de tal manera, que se quedó inmóvil, presa de indecible terror.

A las nueve y media de la noche había cesado ya el repiqueteo de las máquinas de escribir en la oficina, donde reinaba tan profundo silencio, que se habría podido oír la caída de un alfiler. De pronto, el timbre del teléfono interrumpió el silencio. El teniente Harden, cogiendo el receptor, habló:

— Oficina de huellas digitales. Harden está al aparato.

— Jameson Wilshire — contestaron — número setecientos once. South Rampart. La señora Carson. Robo y asesinato. La víctima está moribunda.

— Mandaré inmediatamente a un detective — y, volviéndose a mí, ordenó: — Vaya usted mismo, O'Malley. Parece un caso de gran importancia.

Apenas había terminado de hablar, salí de la sala con el

correspondiente equipo para investigar sobre las huellas digitales.

TREINTA minutos antes de la escena que acabo de describir, un magnífico automóvil de color gris se había detenido ante la hermosa residencia de Ricardo Carson, en el distrito de Wilshire. El hombre que lo conducía, sin parar del todo el motor, se arrellanó en su asiento y midió con ojos calculadores la distancia que le separaba de la casa. Después de contemplar un momento la luz rosada que iluminaba las ventanas de la planta baja — de donde partían, ensoñadoras, las notas de un nocturno de Chopin, — se apeó del auto, atravesó una valla de hierro forjado y, recatándose entre los árboles del jardín, se encaminó a la casa.

Ante el gran piano estaba sentada Magdalena Carson, joven y hermosa. Sus rojos labios dibujaban una tierna sonrisa, mientras sus ojos negros se fijaban en una fotografía de su esposo, el guapo y elegante Ricardo Carson.

De pronto, la pianista se volvió para cerciorarse, con el oído atento, de si en realidad eran pisadas las que a ella se lo parecían. Como los criados habían salido, debía de ser Ricardo, que regresaba a casa.

Al percibir pasos en el umbral de la sala, Magdalena se puso en pie, sonriendo alegremente, pero aquella sonrisa se le heló en los labios al ver a un desconocido en la puerta.

Aquel hombre iba enfundado en un grueso gabán, con el cuello

levantado y la gorra hundida hasta las cejas. Sus verdosos ojos miraron a Magdalena de tal manera, que se quedó inmóvil, presa de indecible terror. Al descubrir en la mano derecha del intruso el brillo de una pistola, profirió un grito.

— ¡Silencio! — rugió como una fiera. — Si vuelve a gritar, la mato. Entrégume en seguida sus brillantes. Me consta que están en la casa.

Temblando de miedo, la señora Carson se quedó sin saber qué hacer.

El bandido, cogiéndole la mano, le arrancó brutalmente dos hermosas sortijas que llevaba.

— No pretenda engañarme — añadió, metiéndoselas en el bolsillo. — Vamos a buscar las demás joyas.

HUELLAS DIGITALES

por H. O'MALLEY

de la Oficina de Identificación
de la Jefatura de Los Angeles
(Estados Unidos), según su
relato a ALBERTA LIVINGSTON, secretaria
de dicha Oficina.



— ¡Silencio! — rugió como una
fiera. — Si vuelve a gritar, la mato.

Mientras el bandido le apuntaba su pistola automática, la señora Carson se dirigió a la puerta de su dormitorio, se acercó apresuradamente a la mesa del tocador, cogió un saquito de seda negra que contenía sus joyas y corrió a la terraza, sin duda para pedir socorro. Inmediatamente sonó el disparo de una pistola a la vez que un grito angustioso de mujer hería trágicamente el aire.

Luego se oyeron pies que corrían, un motor que trepidaba, un coche que a toda marcha huía.

AL llegar a casa Ricardo Carson, veinte minutos después de lo ocurrido, encontró a su esposa que yacía en el suelo de su habitación sobre un charco de sangre.

Cuando la víctima se hallaba sobre la mesa de operaciones del hospital, yo estaba encargado ya de esclarecer el asunto.

Como era el primer caso importante en que me ocupaba desde mi traslado a la Oficina de Investigación, tenía gran interés en obtener un buen resultado, sobre todo para acreditarme como perito en dactiloscopia.

Mientras Moran, de la brigada de detectives, inspeccionaba la casa, yo eché un poco de polvo en varios muebles con objeto de encontrar huellas digitales. Pero no conseguí nada. Más tarde se pasó por todos los muebles un paño empapado en parafina, sin conseguir tampoco mejores resultados.

Empezaba ya a perder la esperanza de encontrar por mi parte pista alguna, cuando me di cuenta de que uno de los visillos del dormitorio estaba caído al pie de la ventana. Se hallaba ligeramente humedecido a causa del relente de la noche. Con todo cuidado lo hice transportar a la Jefatura.

En el visillo había huellas de dedos y de parte de la palma:

de una mano. Sacadas fotografías de las mismas, enviáronse al departamento de policía de las ciudades importantes, con objeto de identificar al autor del robo y asesinato en casa de los Carson.

Mientras tanto, los cirujanos del hospital averiguaron que la bala disparada por el atracador había entrado por la espalda y alojádose en el abdomen. La pobre señora estaba en verdadero peligro inminente de muerte.

SEMANAS más tarde, recibí la siguiente comunicación del departamento de Marina: «Aunque las impresiones encontradas en el visillo de la residencia Carson no son lo suficiente claras para hacer la debida comparación con las huellas digitales de Jimmy Prescott, el contorno general de éstas es bastante parecido a las que nos han remitido. Por lo menos, justifican que se haga una investigación acerca de él.»

¿Quién era Jimmy Prescott? Un muchacho sin antecedentes criminales que acababa de servir en la Marina.

De muchacho, sin embargo, ya se había distinguido por su carácter discolo, propenso en todo momento a las emociones y aventuras. Ya de mayor, fué puesto en un colegio de internos, de donde logró escapar dos o tres veces con el propósito de dedicarse a correr mundo. Su última escapatoria, en com-

Mas, por desgracia, la oportunidad para el mal llega demasiado pronto.

De un modo vago, entre el ruido de la gente que pasaba, oyó pronunciar su nombre. Al levantar los ojos vió, sorprendido, que tenía delante a su compinche Miguel Davis.

— ¿Qué haces aquí, muchacho? — preguntó el recién aparecido.

— ¡Hombre! ¡Miguel! No sabes cuánto me alegro de verte. En aquel momento, Davis era la persona más a propósito para lo que necesitaba Jimmy.

De malas costumbres desde su infancia, pero simpático y dicharachero, gastaba el dinero — obtenido, por lo general, en el juego — con la mayor generosidad. Además, siempre había ejercido gran influencia en Jimmy, que en secreto le admiraba.

Por un momento, Miguel dudó. Comprendiendo que se había metido en un apuro al darse a conocer de Jimmy, casi lamentó el haberle hablado.

— Siéntate, Miguel — le rogó Jimmy. — Tal vez puedas ayudarme en una cosa que me interesa muchísimo.

— No quiero sentarme aquí. Vente conmigo a mi habitación si tienes que decirme algo.

Y se marcharon.

— Oiga usted — me dijo “La Comadreja”. — Si entendiera de huellas digitales tanto como yo, mañana mismo saldría de presidio un inocente.

— Pues, mira — le contesté, apacible, — es posible que yo entienda acerca del particular más de lo que tú te figuras.

pañía de un compinche, llamado Miguel Davis, acabó de exasperar al director y les despidió a los dos del colegio.

En vista de ello, sus padres, después de larga conferencia, decidieron lanzarle al mar del mundo. Tal vez así, a fuerza de reveses, arribaría de nuevo a la costa de la casa paterna completamente regenerado.

Jimmy no tuvo más remedio que cumplir la terrible resolución de sus progenitores y para ello se le presentó una buena ocasión.

En la cerca que había frente a su casa leyó un anuncio que decía:

«Alistese en la Marina para correr mundo.»

Después de encogerse indeciblemente de hombros, echó una moneda al aire, resuelto a alistarse en la Marina si salía cara. Y salió cara.

Una semana más tarde Jimmy embarcaba en Nueva York en el acorazado *California* con rumbo a Los Angeles.

La vida de a bordo no causó en Jimmy una impresión muy favorable; pero, en cambio, la de Los Angeles le gustó extraordinariamente. Por eso, cuando terminó el plazo de su alistamiento, se encaminó a Los Angeles con el propósito de buscar trabajo y establecerse allí para siempre.

En los Angeles conoció a Margarita, joven ardiente y bastante maleada. Tenía diecinueve años. Su cutis era suave como los pétalos de las rosas, y sus ojos, azules, profundos, misteriosos. Era ambiciosa y, para ser feliz, necesitaba muchas cosas.

Al principio vacilaba en admitir regalos de Jimmy, pero poquito a poco se fué acostumbrando a ellos de tal modo, que últimamente ya se atrevía a pedirle todo cuanto se le antojaba.

— Cómprame un brillante, grande y hermoso como el de Molly — le pidió un día.

Y Jimmy no tuvo más remedio que prometérselo cuando los cálidos y dulces labios de Margarita se posaron en los suyos, encendidos de pasión.

DURANTE el resto de la tarde, Jimmy se portó como un loco. La noche le encontró en un banco de la plaza de Pershing sin haber complacido aún a Margarita. Aunque estaba dispuesto a quebrantar las leyes para darle gusto, no sabía cómo ni dónde. Al fin, cerró los ojos como tratando de olvidar el asunto y se dispuso a pensar en otras cosas.

UNA hora más tarde, Jimmy salió a la calle, miró a uno y otro lado como si temiera ser perseguido y se dispuso a pasar a la acera de enfrente, sin darse cuenta de un gran automóvil gris que daba la vuelta a la esquina. De pronto, mientras cruzaba la calle, le pareció como si el mundo se desplomase y quedó sumido en completa obscuridad y en absoluto olvido de sí mismo.

El coche que acababa de atropellarle aceleró la marcha hasta desaparecer vertiginosamente a lo largo de la calle.

Media hora después, Jimmy recobró el sentido en el hospital. Se llevó la mano a la cabeza vendada.

— Se ha salvado usted de una buena, muchacho — le dijo el médico que estaba a su lado.

— ¿Puedo marcharme? — preguntó Jimmy.

— Tendrá que esperar un poco. Hay aquí un detective de la Jefatura que desea hablar con usted.

A los pocos minutos compareció el detective Moran trayendo un bolso de seda negro que se encontró en la calle junto al cuerpo inanimado de Jimmy. Tan sólo contenía joyas de poco valor, que, según se averiguó, eran las robadas a la señora Carson aquella misma noche, si bien faltaban dos sortijas valiosísimas, un pasador de brillantes y un collar de perlas.

Jimmy negó rotundamente conocer las joyas y se obstinó en no decir dónde había estado de nueve a diez de la noche.

— Vale más hablar claro, Prescott — le dijo Moran. — Todo le acusa a usted. Si se decide a hablar, nos evitaremos muchos gastos y molestias.

Pero Jimmy Prescott no hacía más que repetir:

— Yo no soy culpable, ni de ese crimen ni de ese robo.

Pocos días después, fué llevado al hospital en donde estaba todavía la señora Carson, para que ésta pudiera testificar si era o no el ladrón.

La señora Carson, ya muy mejorada, le examinó detenidamente. En él reconoció el mismo aspecto y la voz semejante a la del ladrón. Al hablar, Jimmy semicerraba sus ojos verdosos, detalle que la víctima observó también en el criminal. Además, conocía por los periódicos la semejanza existente entre las huellas de Jimmy Prescott y las encontradas en el visillo de su casa.

(Continúa en la página 65)

¿VIVE MATA-HARI?

**Reportaje sensacional a propósito de
un encuentro, un libro y una entrevista**

por Eduardo Granada

ASI como los hechos que vivimos hacen brotar en nuestra mente ideas que tienen su causa en el espectáculo que hirió nuestros sentidos, otras veces ocurre lo contrario: que la idea inopinadamente surge espontánea en nuestra imaginación y por misterioso influjo resulta anuncio de un suceso posterior, perfectamente homogéneo y vagamente presentido.

Una madrugada de los primeros días del presente estío, bajábamos las Ramblas de la ciudad condal, con paso calmoso, ganando tiempo para esperar la llegada del paquebote que de Mallorca había de traernos a un familiar querido.

Comenzaba a amanecer y la música alegre de los gorriones al abandonar sus nidos, el rojizo despuntar de la luz del día, el aroma excitante de la naturaleza al rasgar su seno el primer rayo solar, nos envolvió, sin duda, en una sensualidad inconsciente, que nos hizo recordar el nombre simbólico de la famosa bayadera Mata-Hari, cuya traducción literal quiere decir «pupila del amanecer».

En la noche de nuestros recuerdos se había esfumado la figura de la trágica mujer que habíamos conocido de un modo episódico e intrascendente, pero lo suficiente para que nos interesara en gran manera su proceso y su ejecución.

No nos pareció raro que acudiera a nuestra memoria el nombre simbólico de la *bailarina roja*, como la llamaban los franceses, al contemplar el despertar de un día caluroso y enervante; pero sí sobresaltó nuestro espíritu, lleno de interrogantes en cuanto a los misterios de la actividad psíquica, el que unas horas después, cuando desayunábamos en la terraza solitaria de un restaurante, situado en los bajos de un gran hotel, apareciera a la puerta del mismo un automóvil, con matrícula extranjera, y de él descendiera un hombre, cuya figura nos causó extraordinaria sorpresa precisamente por haber pensado aquella misma mañana en Mata-Hari.

Escúchame lector:

Yo conocí a la famosa danzarina en París, en el escenario de Olimpia, el año 1913, y una noche, después del espectáculo, en una fiesta que, en el *hall* de dicho teatro, celebrábamos con unos amigos sudamericanos, ella y yo chocamos una copa *Pommery*.

Pasaron los años y sólo a través de las informaciones de prensa tuve noticias de la vida artística de Mata-Hari, hasta que al concluir una tarde de otoño del año 1916, terminado ya el desfile de coches en el Paseo de la Castellana en Madrid

a la altura del hipódromo y al pie de los jardines del antiguo palacio de las exposiciones, en aquella época casa cuartel de la guardia civil, distinguí, solitaria y dando cortos paseos, la figura opulenta, espléndida, de una mujer elegantísima. Me acerqué hasta ella, atraído por la curiosidad, y comprobé que se trataba de Mata-Hari. Tuve la inocente vanidad de creer que así como yo la reconocía, ella se acordaría también de mí y con toda efusión me apresuré a saludarla.

Me costó no poco trabajo identificarme ante ella y creo sinceramente que no lo logré, aunque después de oírme, una gentil exclamación de «Ah! perdón, ya me acuerdo», puso fin a mi situación

embarazosa y un tanto ridícula; pero como yo entonces quisiera despedirme y no ser inoportuno pensando en que algo esperaría ella en aquel lugar solitario, tuvo la bella mujer empeño en retenerme a su lado, habiéndome de cosas fútiles, con su voz cadenciosa y llena de mimo atrayente, hasta que sorprendió nuestro diálogo un caballero de porte elegantísimo, atlética figura y modales exquisitos, que saludó cortésmente en correcto castellano y me alargó su mano al decirle Mata-Hari sonriente:

— Un amigo español a quien conocí en París.

Inmediatamente se dirigió a mí y me hizo la presentación del recién llegado con estas palabras:

— Mister Kalmaika.

No recuerdo exactamente si fué este el nombre que pronunció Mata-

Hari, pero si no fué así, eufónicamente tenía un gran parecido con el que dejo apuntado.

El inglés consultó su reloj e interrogó a la bayadera con un gesto de impaciencia, lo que motivó una correctísima despedida, sin ofrecimiento de domicilio.

Las facciones de aquel hombre que se marchó con Mata-Hari no las había podido olvidar nunca, sobre todo por una señal inequívoca que me haría reconocerle siempre. Tenía la frente cruzada, casi de parte a parte, por una cicatriz.

No volví a ver nunca más a Mata-Hari. Seguí con ansiedad su proceso ante el tercer Consejo de guerra de París, a través de las informaciones periodísticas y lamenté por humanidad, antes que por galantería, el fusilamiento de Vicennes.

He leído luego con avidez la mayor parte de la copiosa literatura que en todos los países ha provocado este suceso histórico, pero lo que más produjo en mi ánimo sensación fué la leyenda de la Cartuja de Miraflores, debida a la pluma de



Mata-Hari en una de sus famosas danzas orientales

Camilo Bitollet, pues yo creí siempre reconocer a Pierre de Mortisac — el galante aventurero de la Europa de principios de siglo — en el caballero que me saludó junto al hipódromo de Madrid, en aquel atardecer de otoño del año 1916.

La cicatriz de la frente era un signo de suficiencia absoluta para mantener esta creencia.

Instintivamente, me sumé siempre en espíritu a los que creían en la inocencia de Mata-Hari y no puse en duda que su amante — Pierre de Mortisac, — desesperado, respondiendo a su educación en Deusto y dando una prueba de verdadero valor al renunciar al suicidio, se retirara a una celda del severo monasterio de Burgos, para consagrar el resto de su vida a la oración, intentando salvar su alma y pidiendo a la vez misericordia por la de la infeliz bayadera.

Ahora comprenderás, lector, la sorpresa de que antes te hablaba al ver ante mí, en la terraza del restaurante, la inolvidable figura del hombre de la cicatriz en la frente.

Este, que ni siquiera había parado mientes en mi presencia, era, sin duda alguna, el que yo había visto, hace catorce años, en Madrid. Su porte tenía la misma elegancia. Sus movimientos la misma osadía. Sus ojos miraban con iguales destellos hirientes, aunque sus párpados estuvieran más entornados. Su tez, más arrugada, había perdido el color sanguíneo, substituyéndolo por el amarillento tono del exangüe, y sus cabellos, antes castaños y brillantes, ahora estaban completamente grises.

Yo hubiera dudado, pero aquella cicatriz me gritaba, delatora, que era él, el novelesco amigo de la ajusticiada, el amador incansable y triunfador de las aristocráticas bellezas de Londres, Viena, Budapest y París; el seductor de las princesas rusas; el espadachín afortunado que siempre se batió a muerte, llegando a tener tres duelos en una misma semana; el derrochador, en fin, de fortunas de ignota procedencia, que deslumbró a París y al mundo entero con su fausto y su lujo.

Y era también aquel que ante mi presencia estaba, el que según unos — los menos — había llevado a Mata-Hari al suplicio y, según la mayoría, había luchado hasta arruinarse, por romper las rejas de San Lázaro o el cuadro militar del polígono de Vicennes, retirándose después de su fracaso a un claustro monacal.

Estaba allí, junto a mí, a tres metros escasos de la silla de mimbre en que yo me sentaba, y desató en mi ánimo tal fuerza de curiosidad su aparición, unida al telepático recuerdo del nombre de la bailarina oriental, que, sin pensarlo, como impulsado por una fuerza extraña, me levanté y fui hacia él, espetándole esta exclamación:

— ¡Oh! ¡Pierre de Mortisac!

Me miró aquel hombre con fijeza tan dura, que estoy seguro de que no resistí los segundos de su investigador

análisis, pues sentí en mis ojos el frío de una aguja de acero que partiera de los suyos y se adentrara a sondear en mi alma.

— No sé... — habló con calma — no os recuerdo... ¿Tendréis la bondad de decirme quién sois?

Torpemente le conté la escena de hace catorce años y él escuchaba con atención mi deshilvanado discurso, salpicado de alusiones generosas a la supuesta espía y de conatos de repetición de lo que se había dicho en letras de molde de Pierre de Mortisac.

— ¡Qué curiosa confusión! — exclamó al fin, sonriendo e invitándome a tomar asiento.

Hubo una pausa, pues a mí no se me ocurría cómo reanudar el diálogo y él, sin abandonar en sus labios una amarga sonrisa, parecía ahora ensimismado en sus propios pensamientos.

— ¿Y es verdad que me parezco tanto a esa persona que usted conoció hace años? — me preguntó en un tono quizás irónico.

— Sí — respondí con sequedad y algo amostazado.

En este momento apareció delante de nosotros la figura de un *chauffeur* que en correcto francés dijo a su amo que ya estaba servido, exhibiéndole un lujoso maletín que transportaba.

Mi interlocutor, con un ligero ademán, despidió al mecánico, que fué a colocarse junto a la portezuela del automóvil, y, levantándose sin dejar de sonreír, me tendió su mano.

Completamente decepcionado, me apresté a la despedida y cuando yo creía finalizada la escena, él me atrajo hacia sí y con voz queda, que parecía un susurro, depositó en mi oído las siguientes palabras:

— Hacéis bien en creer en la inocencia de Margarita... Ella, ella demostrará muy pronto que se equivocaron sus jueces...

Y ante mi estupor, no disimulado, sin duda, en la expresión de mi cara, ocupó su asiento en el coche volviendo la cara hacia mí y soltando una carcajada que tuve la sensación de que era fingida.

¿Quién era este hombre?

¿Era, en efecto, el amigo de Mata-Hari que yo conocí?

¿Era el auténtico Pierre de Mortisac supuesto, desde hace años, monje cartujo, en el claustro severo de Miraflores?

¿Era un humorista que se aprovechó de mi ingenua confusión para divertirse con la insólita noticia que me revelaba?

No puedo contestar satisfactoriamente a ninguna de estas preguntas, pero si alguien me exigiera la leal expresión de mi íntimo convencimiento, yo le diría:

— El que habló conmigo hace unos cuantos días en la terraza de un restaurante, en una plaza céntrica de Barcelona, no era otro que Pierre de Mortisac.

POCOS días después del suceso que relato, he visto en la mesa de mi

(Siguen en la pág. 66)



La Bailarina roja, que, a pesar de su nacimiento europeo, tuvo en su cuerpo y en su alma todo el misterioso atractivo de las mujeres de Oriente.



Nuestro colaborador Eduardo Granada hablando con el ex senador Emilio Junoy, único español que trató íntimamente, en Madrid, a la trágica bayadera Mata-Hari.

LOS SIETE que MURIERON

*Sensacional historia contada
por UNO QUE LOS MATÓ*

RESUMEN de lo publicado en el número anterior. — Enghien-les-Bains se halla a la distancia de once minutos de ferrocarril desde París y allí vivió el autor de este maravilloso relato durante los años de estudiante en la capital francesa mientras asistía a un curso de química después de haberse graduado en una escuela norteamericana. Una noche penetró en el Casino de Enghien y aventuró una moneda de diez francos a la ruleta. Al salir llevaba consigo doscientos mil francos. La misma noche conoció en el casino a la hermosa española Carmelita Pérez. Aunque no se enamoró de ella, sintió al verla la mayor admiración y simpatía. Poco después la salvaba de un grupo de rufianes que la atacaban, los cuales intentaron luego inútilmente asaltarle a él también para robarle el dinero ganado en el juego. Esto hizo que entre él y la muchacha se estableciese una amistad francamente cordial.

Mientras tanto, él había hecho uno de los descubrimientos más maravillosos que se registran en los anales de la química, o mejor dicho, que no figuran en ellos, porque él no reveló el secreto. Mientras hacía un experimento químico, estuvo a punto de perder la vida a causa de una explosión inesperada, si bien gracias a ella descubrió un gas venenoso de efectos tan poderosos, que tanto el gobierno francés como el alemán habrían dado cualquier cosa para adueñarse de la fórmula. Esto ocurría antes de la Gran Guerra.

El autor, en sus relaciones con la muchacha española, empezó a sentir graves dudas acerca de ella. Su relación con los bandidos de quienes primero la rescató (y quizás el ataque de que la hicieron objeto no fue más que una comedia) y luego la tentativa que realizaron en su habitación del barrio latino, en París, a fin de apoderarse de la fórmula del invento, le infundieron la sospecha de que Carmelita pudiera estar relacionada con ellos. Por otra parte él — llamado familiarmente Roulette — llegó a enamorarse ciegamente de Carmelita, hasta el punto de no hacer caso de tal sospecha, sobre todo viéndose correspondido por la seductora muchacha.

En cambio, ella demostró gran curiosidad por conocer la fórmula del invento, alegando muy convincentes razones de orden sentimental. Por fin, después de muchos ruegos por parte de ella y de consentir en casarse con él, el enamorado inventor capituló y le reveló la fórmula del gas asfixiante.

Ante el temor de que el padre de la joven — presunto jefe de la banda, compuesta de cinco hombres más y de Carmelita — se negase a darle el permiso para casarse, decidieron los dos enamorados salir en dirección a Saint Marcel, situado a ochenta kilómetros de París, con objeto de contraer matrimonio, pues

allí tenía Carmelita algunos amigos que servirían de testigos y además conocía al primer magistrado del pueblo, que seguramente se apresuraría a complacerles. Pero allí sufrió Roulette la mayor sorpresa de su vida, porque, al llegar a destino, se vió, en una hermosa finca, rodeado de cuatro hombres de aspecto brutal, en tanto que su prometida, dirigiéndose a un señor vestido con bata blanca, le dijo que él era su marido y que si bien por el momento estaba tranquilo podía caer de un momento a otro en algún ataque de locura furiosa.

No tardó Roulette en comprender que se hallaba en un manicomio y, a pesar de su intento de recobrar la libertad, se vió a los pocos minutos encerrado en una celda cuya puerta se cerró implacable después de haberle dado paso.



*Aquí termina el
maravilloso rela-
to de la vida del inventor
de los gases asfixiantes.*

*Después de cuatro años
— los que duró la Guerra
europea — de sufrir lo inde-
cible en un manicomio,
llegó Roulette a vengarse
de la banda de los «siete»,
quedando tan tranquila su
conciencia, que, a pesar de
las siete muertes, está dis-
puesto a acudir sin mie-
do al juicio, si alguna vez
los hombres le han de juz-
gar por todo lo que hizo.*

YA se imaginará el lector cuáles fueron mis sentimientos y mi remordimiento por haber confiado en aquella mujer. Muchas veces he lamentado mi imprudencia y ni aun ahora comprendo cómo me resolví a casarme con ella, a pesar de las sospechas que tenía de que estaba de acuerdo con aquellos seis hombres que intentaron matarme en vista de mi negativa a comunicarles mi secreto. Lo cierto es que aquella seductora española me obligó a cometer tales imprudencias.

¿Cómo podré hablar del infierno en que me vi sumido y de los horrores que tuve que sufrir en el manicomio? Ni aun un experto literato sería capaz de traducir exactamente lo que allí pasé y sentí. Si mis lectores conociesen lo que es la vida en un manicomio, se harían cargo mucho mejor de los horrores que tuve que pasar, aunque yo no los describiese en toda su trágica realidad. Sin embargo, pondré toda mi voluntad en describirlos, pues deseo que así se comprenda mejor lo que luego hice, en parte como expiación y en parte como venganza.

Momentáneamente creí que, en efecto, estaba loco de rabia al ver que la mujer a quien amaba más que a mi propia vida me había hecho traición, en beneficio de sus propios fines. Indudablemente, no me quería, y el desespero que esto me producía se sumaba al que sentía de saber que mi precioso secreto — capaz de causar una mortandad horrorosa — estaba en semejantes manos. Una vez visto lo sucedido, no podía dudar del uso que haría Carmelita de mi ciega confianza.

Todo esto lo pensé en un instante y es evidente que durante quince minutos por lo menos estuve loco del todo. Maldije, grité y golpeé la puer-

ta con los puños hasta que los nudillos de las manos quedaron teñidos en sangre. No tardé en oír el golpe de una puerta que se cerraba, sin duda después de haber dado paso a la mujer que había de ser mi esposa y que aun amaba a pesar de su traición.

Me pareció que aquella puerta se había cerrado sobre mi vida anterior, dejándome recluso en un manicomio. Me dió la sensación de que *Roulette* había muerto, y que ocupaba mi lugar otro ser distinto de todos los demás, tanto por su espíritu como por su cuerpo y por el trato que se le daba.

Cuando estaba maldiciendo y gritando, oí unos pasos ante mi puerta y al levantar los ojos vi por el ventanillo el rostro benévolo y observador del médico.

Interrumpí mis voces por un momento y casi instantáneamente recobré la calma.

— Así me gusta, muchacho — dijo el doctor con acento amable, en tanto que sus ojos, siempre crueles de expresión, me daban a entender su aprobación. — Ya verá usted que es inútil. Tranquilícese, pues, o de lo contrario tendremos que apelar a otras medidas.

— Déjeme salir de este maldito lugar — le grité, y mi voz fué entonces contestada por unos gritos agudísimos, téticos y escalofriantes que procedían de las inmediatas celdas.

— ¡Quiere salir! ¡Quiere salir! — exclamó la voz de la puerta inmediata y otras muchas repitieron esta frase a lo largo del corredor, hasta terminar en una horrible carcajada de locos.

De pronto, resonó un escalofriante grito de mujer... un grito que no parecía propio de la tierra y que me ponía los cabellos de punta.

— ¡No le soltéis! ¡No le dejéis salir! ¡Está loco! ¡Nos mataría a todos!

Sus súplicas fueron repetidas por otras pobres almas atormentadas, que armaron así la mayor confusión que he oído en mi vida.

— ¡Oh Dios mío! ¡No le dejéis salir! ¿Qué sería de nosotros?

Oí las voces contenidas y feroces de los guardias, y, a veces, un choque apagado, sin duda debido a un golpe, y así poco a poco se fué calmando aquella algarabía hasta que sólo se oyó el grito horrible de aquella pobre mujer que exclamaba:

— ¡Está loco! ¡Está loco! ¡Está loco!

Luego reinó el silencio normal en tanto que el doctor permanecía ante mi puerta, siempre sonriendo y con sus negros ojos fijos en los míos.

— ¿Quiere usted tranquilizarse? — preguntó. — Aquí somos todos amigos suyos. Le cuidaremos, le curaremos y en cuanto haya usted recobrado la razón...

— Déjeme salir — grité nuevamente impulsado por el furor, al oír la palabra *razón*.

— Dejadle salir — repitió la voz de un loco.

En cuanto reinó de nuevo el silencio, hice un esfuerzo para tranquilizarme y con la voz más normal que pude fingir contesté:

— Muy bien, doctor. Estaré tranquilo.

— Así me gusta. Ya verá usted cómo muy en breve le pondremos en libertad.

Dicho esto, abrió la puerta y entró sin recelo alguno.

— Oiga usted, doctor. Sepa que aquí se ha cometido un error. No estoy loco. Sino que...

El sonrió con expresión de benevolencia.

— Ya lo sé, amigo mío. Ninguno de los enfermos que se hallan aquí está loco. Todos dicen lo mismo. Ahora le recomiendo que procure descansar y no piense más en eso. Aquí estará bien atendido y en breve...

— Ya lo sé, doctor, pero puedo asegurarle que le digo la verdad. Se ha cometido un crimen y...

— Ya lo sé, ya lo sé. Precisamente su esposa me puso al corriente de la ilusión que está usted sufriendo...

— ¿Mi esposa? — exclamé extrañado, pero, recordando las palabras que oyerá, añadí: — Sepa usted, doctor, que no es mi esposa, sino una aventurera.

— Bueno, no se excite. Tranquilícese y luego le dejaré salir a la sala general en donde encontrará amigos.

Se volvió para marcharse, persuadido de que había alcanzado un éxito. Pero en aquel momento me abandonó mi fuerza de voluntad; me quité rápidamente la chaqueta y, dando un grito de rabia, me arrojé contra él. Tuve que luchar a brazo partido con el doctor, que en un momento me sujetó con manos de acero. Yo intentaba agarrarle del cuello con la mano izquierda, impulsado por el deseo de matar en él a todos los

que habían sido instrumentos de mi injusto destierro. Pero él me contuvo fácilmente, en tanto que yo luchaba inútilmente con toda mi alma.

Los locos repitieron mis gritos y en breve acudieron los vigilantes y, penetrando en la estancia, me arrojaron con violencia sobre mi camastro. El doctor les dió una orden y me pusieron la camisa de fuerza, que me impedía todo movimiento.

Antes de marcharse, el doctor se volvió hacia mí y me dijo:

— Cuando quiera usted tranquilizarse, le quitarán la camisa de fuerza. Y ahora le aconsejo que no arme ruido si no quiere que le amordacen.

— ¡Vaya usted al infierno! — le grité.

Mi última palabra fué repetida por los locos, en tanto se cerraba la puerta de mi celda y me quedaba solo e indefenso, cuando poco antes iba en compañía de Carmelita, de aquella mujer encantadora, con la ilusión de que pronto sería mi esposa.

Aquel cambio fué tan horrible, repentino e inesperado, que por espacio de algunas horas no pude acabar de comprenderlo. En vez de ir a casarme como esperaba y a pesar de ser hombre cuerdo y razonable, me veía encerrado en un manicomio y sujeto por una camisa de fuerza. Sin embargo, la locura se halla tan cerca de la razón y es tan difícil trazar una línea divisoria entre ambas, que hasta el hombre más cuerdo puede traspasarla y verse obligado a cometer actos que rechazaría en los momentos de lucidez.

Eso es lo que se me ocurrió pensar desde que los loqueros pusieron sus manos sobre mí. Durante un buen rato fui, en efecto, un loco furioso y me costó bastante recobrarme y volver a conducirme de modo razonable. Y lo cierto es que durante el tiempo que pasé en el manicomio empleé muchas horas y muchos días en preguntarme si estaba loco o no.



El loco se echó a reír muy divertido al ver mi caída.

La naturaleza proporciona a los animales y plantas los colores apropiados al que respectivamente poseen. Como la naturaleza es imitativa, creo que el mejor modo de curar la locura es vivir entre los hombres cuerdos, y así el loco no tarda en adquirir el aspecto del hombre dotado de buen juicio. De igual modo opino que un hombre cuerdo que viva entre locos acaba por perder el sentido de proporción y llega el momento en que ni él mismo sabe si goza o no de la integridad de su razón.

Esta es la causa de que los médicos y los legos cometan tantas equivocaciones al juzgar acerca de la cordura o de la vesanía de un individuo. Nadie es absolutamente cuerdo ni completamente loco, y sin cesar existe la lucha entre estas dos naturalezas del hombre, siendo muy difícil determinar cuál de ellas predomina cuando el loco no lo es de un modo furioso.

Hice todas esas reflexiones mientras permanecí en el manicomio del doctor Marceau, y las observaciones que acabo de señalar tienen grande importancia en mi caso porque darán a entender al lector las consecuencias de recluír a un muchacho, cuerdo y refinado como yo, en un encierro de locos.

Es indudable que en muchas ocasiones no gozaba de toda mi razón. No quiero disimularlo. Pero sí puedo afirmar que ahora estoy perfectamente cuerdo, según se verá por lo que escribo. Y hasta creo que me comporté con mayor cordura al hacer lo que hice que al poner mi historia por escrito.

IGNORO cuánto tiempo yací sujeto por la camisa de fuerza, porque, al fin, derengado, acabé por dormirme. La naturaleza nos otorga el precioso don del sueño, y cualesquiera que sean las cosas que nos ocurran no es posible evitar el deseo de descansar y así es como se recobran las fuerzas para reanudar la lucha de la vida, ya sea dentro de un manicomio, como me ocurría a mí, ya sea en el mundo exterior.

Al despertar lo hice ya tranquilo por completo hasta el punto de que, por un momento, no me preocupé saber dónde me encontraba ni por qué no podía moverme. Y aun teniendo los miembros doloridos por la inacción impuesta, me sentía mucho más descansado.

No obstante, lo recordé todo de pronto y eso me hizo poner en guardia. Me hallaba en una casa de locos.

Encima de mi cabeza brillaba una bombilla eléctrica y, olvidando mi forzada inmovilidad, busqué con la mirada el conmutador. La luz me molestaba, pero no ha-

bía podido apagarla aunque hubiese existido el modo de hacerlo. Más adelante me enteré de que la luz eléctrica lucía toda la noche en las celdas de los locos. Allí no había ningún rincón obscuro, exceptuando quizás los que pudiesen existir en el cerebro de algunos de los desgraciados enfermos o en el corazón del director. Sin embargo, no puedo quejarme de él, pues me trató siempre muy bien, sobre todo cuando consentí en llevar una conducta apacible.

Continué inmóvil, recordando lo que me había ocurrido y maldiciéndome por haberme dejado engañar de tal manera. Con todo debo confesar que seguía amando a aquella mujer, aun sabiendo que nunca sería mía y que sólo me fingió amor para engañarme más fácilmente. Ahora comprendía perfectamente su conducta y me extrañaba no haberla comprendido antes. Pero me cegaba el amor, y en tales casos un hombre cree todo lo que su amada quiere darle a entender.

No me cabía duda de que tanto ella como su padre estaban estrechamente relacionados con una banda de criminales.



Loco de rabia, luchaba yo con los guardianes.

Carmelita y su padre eran españoles o hispanoamericanos; en cuanto a los demás, estoy seguro de que ninguno de ellos era francés, y especialmente Duval era alemán y agente directo del gobierno del Reich.

En vista de que con amenazas no pudieron sacarme el secreto del gas venenoso, la banda que actuaba a las órdenes de Pérez se apresuró a jugar su triunfo, o sea Carmelita. Ignoro la causa de que

Pero, de pronto, se me ocurrió la idea de si Carmelita sería capaz de recordar la fórmula química que yo le comuniqué. Si bien era en sí muy sencilla, era también muy probable que ella careciese de conocimientos en aquella ciencia y le fuese difícil recordar algún ingrediente. Mas no tardé en convencerme de que se habría apresurado a tomarla por escrito para no correr el peligro de olvidarla. Ahora bien, en este supuesto ¿qué ocurriría luego? Evidentemente, ella y sus compinches la venderían al mejor postor. Duval pertenecía a la banda y además era, según deduje, agente secreto del gobierno alemán. Las consecuencias de eso me produjeron una intensa agonía porque inmediatamente se me vino a la imaginación el cuadro de los innumerables seres que se quedarían ciegos o con los pulmones destrozados, y la tragedia de las viudas, de las madres, de los hijos que quedarían desamparados por los que morirían entre horribles torturas. Sí, yo mejor que nadie sabía de lo que era capaz aquel gas terrible.

ERA inminente una guerra; de eso no había duda alguna. Los siete individuos que formaban la banda cobrarían del gobierno alemán una suma enorme a cambio del secreto y luego podrían vivir en un país neutral mientras durase la guerra. Sólo debían temer a un enemigo, a un hombre peligroso para ellos, y éste era yo, que a la sazón me veía encerrado en un manicomio, en situación de no ser creído absolutamente de nadie.

Ignoraba, naturalmente, cuánto tiempo pensaban tenerme encerrado, pero, si estallaba pronto la guerra, era evidente que no saldría del manicomio mientras no hubiese terminado, porque, una vez en libertad, podía ser muy peligroso para todos ellos.

Se avecinaba un cataclismo mundial y yo era el único que tenía la llave de él.

Me pareció prudente llamar al médico y explicarle la historia. ¿Me creería? De sobras me daba cuenta de que sería muy difícil. Pero era preciso probarlo. De mí dependían millones de vidas y convenía no perder tiempo.

Siempre he sido amigo de poner en práctica mis ideas y, así, alcé la voz y llamé al guardián. Inmediatamente acudió y, después de abrir el ventanillo, se quedó contemplándome.

— ¿Qué ocurre? — preguntó con voz ruda.

— Prometo portarme bien. — dije — Qítame usted esta camisa de fuerza.

— Avisaré al doctor Marceau — contestó el guardián.

En efecto, se alejó para hacerlo y pocos minutos después apareció el doctor sonriendo y frotándose las manos.

— ¿Es cierto lo que me han dicho, amigo mío? — preguntó. — Me aseguran que ha resuelto usted portarse bien.

— Por ahora sí, señor, siempre que consienta usted en quitarme esta maldita camisa de fuerza.

— No hay inconveniente. Y en cuanto haya terminado un trabajo urgente, podrá usted ir a verme a mi despacho.

Hizo una seña a su subordinado y éste me quitó la camisa de fuerza. Entonces estiré mis miembros para desentumecerlos y di las gracias al doctor.

Apenas había terminado mi trabajo, llamaron inesperadamente a la puerta.

ésta aceptase al principio mi cortejo amoroso; quizás se debió a alguna razón mercenaria, o tal vez a la seguridad de que podría apoderarse ella sola del botín de la ruleta sin tener que repartírselo con nadie. Ya se sabe que entre ladrones como ellos no se respeta mucho la honorabilidad, estando siempre dispuestos a engañarse unos a otros. Ahora ya podía estar seguro de que Carmelita formaba parte de la banda y era tan criminal como los demás. Esa era la mujer a quien amé y a quien me figuraba amar todavía. El amor es algo poco razonable que no se sujeta a las leyes conocidas. Eso, en cuanto a mí, quedaba probado por el hecho de que aun amaba a aquella mujer y añoraba el contacto de su mano y el brillo de sus negros ojos.

Todo eso lo sabían también los compinches de Carmelita, pero, por lo visto, reservaron a ésta como último recurso en caso de que fallaran todos los demás. Ahora comprendía perfectamente la deslealtad de la joven.

— No las merece — me contestó. — Tenga la seguridad de que no habrá para usted el menor motivo de queja si se porta bien y obedece al reglamento. Deseamos curarle a usted, amigo mío.

— ¿De qué? — pregunté aun conociendo de antemano la respuesta.

— Vale más que no hablemos de eso ahora — contestó. — Me voy a mi despacho y luego le haré llamar.

Me quedé solo con el loquero, lleno de ansiedad, pues de la conversación que iba a tener con el doctor dependía mi porvenir. ¿Lograría que me creyese? No sé por qué se me antojaba que no tenía más remedio que alcanzar este resultado.

Pero cuando llegó el momento tan deseado me hallé ante un callejón sin salida, porque el doctor estaba persuadido de que yo, como los demás locos, persistía en negar mi locura. Apenas le dije que poseía un secreto terrible que podía causar numerosas muertes, me contestó, son-

que se pusiera a mi alcance. Para ello convenía fingir resignación y conquistar la confianza de aquellos hombres con mi conducta pacífica y cuerda. Por esta razón me volví hacia el doctor, y como si sus consejos y exhortaciones me hubiesen convencido, admití la posibilidad de haber exagerado algo, al afirmar que era dueño de un secreto tan terrible. Mis palabras complacieron mucho al director del manicomio, pues me animó a proseguir por el camino empezado, asegurándome que llegaría a ser uno de sus mejores pacientes. Por mi parte, confesé que me alegraba mucho de aquella conversación, pues, gracias a ella, había aclarado bastante mis ideas. Al contestarle así, no sospechaba el doctor el verdadero sentido de mis

palabras, pues él creyó que en adelante podría ganar con mayor descanso el dinero que le entregaban por tenerme encerrado, en tanto que yo me refería, en realidad, a la convicción adquirida de que sólo mediante la fuga podría terminar con las torturas a que estaba sujeto.

A partir de entonces procuré observar con la mayor exactitud el reglamento de la casa. Por las noches dormía solo en mi celda, con un guardián cerca de mi puerta, pero durante el día podía pasear en compañía de los locos pacíficos, aunque bien sabe Dios que no estaba a gusto con ellos. Además, cuando hacía buen tiem-



Esperé, presa de la mayor ansiedad.

riendo, que ya lo sabía. Decididamente, no quería convencerse de la verdad de mis palabras, y se quedó contemplándome con la misma compasiva expresión con que me habría mirado cualquiera si hubiese afirmado públicamente que yo era Napoleón o Julio César.

Convencido de que eran inútiles todos mis esfuerzos, vi que la única manera de terminar con mi situación era fugarme. No me quedaba más recurso que huir o ponerme en comunicación con el cónsul norteamericano apelando al mejor medio

po nos dejaban salir al jardín, rodeado de altas cercas y situado en la parte posterior de la casa, lejos del camino.

DOS días después de haber ido a pasear por el jardín hice mi primera tentativa para fugarme. Me puse a jugar a pelota con algunos de mis compañeros de infortunio. El juego con-

sistía sencillamente en tirarnos la pelota de uno a otro. A gran distancia, junto a la cerca, había observado yo que en el suelo había tendida una larga plancha de madera, quizás olvidada por los obreros, y me situé cerca de ella con el propósito de aprovecharla. Cuatro de los loqueros estaban cerca de nosotros, vigilando nuestro pacífico juego, y cerca de la pared había algunos locos. Pero yo no les hice caso, en lo cual hice mal, pues tenía más importancia de la que yo le daba el hecho de que se hallasen tan próximos a la valla.

Al llegar el momento favorable obré con toda decisión. Me arrojaron la pelota desde el extremo opuesto y, en vez de cogerla al vuelo, fingí que se me había escapado. Los guardias iban de un lado a otro, descuidados. Si obraba con rapidez, quizás podría alcanzar mi objeto.

tisfacción de ver dos ojos a la funerata y una nariz sangrando pero eran demasiados contra mí y, por fin, me sujetaron a pesar de mi resistencia y de mis gritos. Estaba desesperado, no ya de haber sido cogido, sino de que un estúpido loco me hubiese privado de aquella magnífica oportunidad.

AQUEL fracaso me enseñó a ser más prudente. En el acto me encerraron en mi celda poniéndome la camisa de fuerza, que no me quitaron en tres días, y sin darme nada más que agua y algún pedacito de pan. Cuando estuve lo bastante débil para consentir en cualquier cosa, hice llamar al director y le rogué que me hiciera soltar, prometiéndole que me portaría bien y suplicándole que me hiciese dar de comer.

El doctor me contestó que estaba en su mano prolongar el



Gracias al espejo que había sobre la chimenea, pude observar un rápido cambio en el rostro de Carmelita.

Eché a correr tras la pelota, cosa que a nadie le llamó la atención, pero cuando llegué cerca de la plancha de madera, junto a la cual había caído la pelota, no me entretuve en recogerla, sino que, haciendo un esfuerzo extraordinario, cogí la plancha y la apoyé por un extremo en el borde superior de la cerca. Los guardianes se quedaron atónitos, y yo aproveché su momento de estupefacción para subir rápidamente por la plancha. Temblaba de pies a cabeza, pero no vacilé, pues ya veía la libertad al alcance de mi mano.

Se oyó un grito dado por alguno de los guardianes y éstos recobraron el movimiento. A pesar de todo, no habrían llegado a tiempo al lugar en que me hallaba de no ser por la intervención de uno de los locos que, como ya he dicho, jugaban a poca distancia de la plancha de madera. Me vió disponiéndose a huir y en su confuso cerebro debió de surgir la idea de que aquello estaba naturalmente prohibido y era preciso impedirlo. Se acercó de un salto a la plancha, le dió media vuelta y me hizo caer entre los guardianes, que en aquel momento llegaban al lugar de la escena.

El loco se echó a reír muy divertido al ver mi caída, en tanto que yo, loco de rabia, luchaba con los guardianes. Tuve la sa-

castigo que estaba sufriendo y que no dejaría de hacerlo si la ocasión lo requiriera, mas por el momento consintió en satisfacer mis deseos y, después de mandar que me quitasen la camisa de fuerza, hizo que me diesen una buena comida.

Sin embargo, antes de dejarme, volvió a avisarme de que apelaría a toda suerte de medidas, por brutales que fuesen, para evitar la posibilidad de mi fuga y que como amigo me aconsejaba que no volviese a hacer otra tentativa.

Yo le amenacé con ponerme en comunicación con el cónsul norteamericano, pero no me hizo caso. Por el contrario, se ofreció a cuidar de que llegasen a su destino las cartas que quisiera expedir, aunque, naturalmente, pasando antes por la censura del establecimiento y advirtiéndome que no saldría de allí hasta que mi esposa creyese que había llegado la ocasión, una vez probado que estaba ya curado de mi locura.

De aquella conversación saqué el convencimiento de que debía procurarme la manera de comunicar en secreto con el mundo exterior y para ello era preciso armarse de paciencia y aguardar la ocasión favorable. En cuanto a mis ulteriores proyectos de fuga, nada resolví de momento, aunque estaba

(Continúa en la página 71)

Los DESCUIDEROS

Aspectos de la Gente del Hampa

por SEGUNDO HOLMES



EL hambre y la miseria en la tierna edad de la niñez son los factores que inducen a los seres humanos a dar los primeros pasos por el camino del hampa. Por una parte, esos pequeñuelos sin padres, solos, que viven en el arroyo mendigando una limosna cuando más necesitan de las caricias y de las ternuras, y por otra, esos otros abandonados a sí mismos, que tienen padres delincuentes, profesionales de la gallofa, a los que el mal ejemplo les presenta continuamente las facetas del latrocinio, son los que luego nutren, por desgracia, las filas de la gente del hampa.

Su triste carrera, que acabará en presidio, la comienzan como simples *descuideros*, cuyas mañas van poco a poco perfeccionando, hasta ser émulos de Rinconete y Cortadillo.

Los *descuideros* es una semilla prolífica de la delincuencia. interesante y digna de estudio por sus muchas variedades, entre las cuales existen las de *safistas*, *bolsilleros*, los de los *campos*, *buscadores de sornas*, los del *tirón*, *algodoneseros*, los de las *bicicletas*, *autos*, *libros*, etc.

El nombre genérico de *descuidero* se aplica al hampón que hurta los efectos que se hallan faltos de protección o vigilancia.

Los *descuideros* tienen cada uno sus procedimientos especiales, sin perjuicio de que abarquen, cuando hallen ocasión, todas aquellas modalidades.

Bolsilleros y safistas

LAS dos primeras de éstas son las de *bolsilleros* y *safistas*, o sean los que hurtan el contenido de los bolsos de señora y los que se dedican a sustraer, indistintamente a hombres y mujeres, los pañuelos de bolsillo, que en el argot del hampa reciben el nombre de *sajos*, de donde se deriva la palabra *safista*. Los *bolsilleros* reciben el nombre de *limoneros*, de *limo*, bolso, y los *safistas* el de *forista*, de *fori*, pañuelo.

Dedícanse generalmente a estas dos especialidades los jóvenes hampones, que en destreza y agilidad de dedos no les van en zaga a los hombres.

Aprovechan las aglomeraciones de gente para operar procesiones, séquitos y manifestaciones; sientan sus reales frente a los escaparates de los comercios y entran y salen de las iglesias.

Los *bolsilleros*, cuando ven uno de esos grandes bolsos de señora, pendientes de largos cordones o correas, que tanto por su aspecto como por el de su dueña hace presumir que guarda dinero y objetos de valor, pasan en un momento dado junto a la señora que lo lleva y con suma rapidez y ligereza alargan la mano y lo abren, prosiguiendo la marcha, no sin antes haber echado una mirada a su interior para ver lo que lleva dentro.

Después pasan en sentido contrario o aguardan a incorporarse a la propietaria del bolso, y, con destreza digna de un prestidigitador, meten la mano en él y se apoderan del dinero, de las alhajas y de cuanto creen de valor, desapareciendo rápidos del lugar del hecho.

Como los *bolsilleros*, por lo regular, son niños de corta edad y van muy bien vestidos, no infunden sospechas y obran con toda impunidad, mezclándose con las víctimas, las cuales, aunque sientan el encontronazo o algún roce anormal, al verlos, no desconfían.

En las grandes poblaciones como Madrid y Barcelona, puede decirse que existe una verdadera plaga de niños *bolsilleros* o *limoneros*, bien vestidos, que burlan descaradamente la persecución de la policía. Asimismo se dedican a esta especialidad personas mayores de uno y otro sexo.

También reciben estos especialistas el nombre de *farraqueros*, cuando desvalijan las *faltriqueras* que las vendedoras y mujeres de pueblo llevan atadas debajo de la falda, o sea la *campana*.

La *faltriquera* en argot se llama *farraca*, de donde se deriva el nombre de *farraquero*.

Los *safistas* operan aprovechando las aglomeraciones de gentes en la vía pública, en las iglesias y salidas de teatro, substrayendo con gran habilidad los *sajos* o pañuelos de bolsillo, yendo con el fruto de sus rapiñas, como los *bolsilleros*, a venderlos a los *peristas*, que son aquellos industriales de baja estofa dedicados a comprar todo lo robado. Hay también ladrones de gran habilidad llamados *fili* — ya jóvenes, ya personas mayores — que hurtan el monedero y el dinero del *fili*, nombre que ellos dan al bolsillo inferior del chaleco.



El *descuidero*, semilla prolífica de la delincuencia, empieza aprovechando los descuidos del prójimo y acaba, por lo general, en presidio.



Con destreza digna de un prestidigitador, el descuidero mete la mano en el bolso.

Los de los camps

EXISTEN, igualmente, en la gama de los *descuideros*, los que se dedican a hurtar las prendas de ropa puestas a secar en los terrados, los *camps* en jerga catalana, y también las palomas y gallinas que en jaulas tienen los vecinos.

Para operar suelen ir solos y muchas veces dos o tres pícaros, los cuales burlan la vigilancia de porteros y suben escaleras arriba, procurando no se sientan sus pisadas, o bien hacen objeto de sus ansias las casas sin ellos. Mientras uno de los *descuideros* desvalija el terrado, en el que entran naturalmente o forzando la cerradura de la puerta, el acompañante se queda en la escalera, por si sube algún vecino avisar al que opera, haciendo carraspera con la garganta. Después de colocada la *farda*, o sea la ropa, y las aves dentro de un saco, desaparecen del sitio, bien por la propia escalera o bien saltando a los otros terrados hasta que hallan una salida, sin peligro de ser descubiertos. Si durante el desvalijamiento sube alguna persona al terrado, saltan al contiguo ocultándose tras las paredes, donde aguardan a que se aleje para seguir operando.

Los del tirón

OTRA modalidad de los *descuideros* son los *del tirón*, aprendices de atracadores, que se aprovechan de los descuidos de los dependientes de comercio para apoderarse de los géneros expuestos en las portadas, con los que huyen como alma que lleva el diablo, habiendo otros pícaros compinches en las esquinas, por si son perseguidos salir al paso de los que los persiguen, deteniéndolos con un fútil pretexto, o bien interponiéndose para dar lugar a que aquéllos se alejen.

Igualmente espían el sueño de los tenderos, o el encontrarse a solas las tiendas, para entrar sigilosamente y apoderarse de los géneros o del dinero de los cajones, o *roncos* y *larugos*, como ellos les llaman en su argot.

Los de los vehículos

TAMBIEN existen especialistas del hurto de bicicletas dejadas por sus dueños ante los comercios o portales, mientras solventan algún asunto, en las que montan rápidos y se

alejan pedaleando como consumados corredores profesionales. Otros pícaros hacen objeto de sus preferencias a los automóviles, igualmente sin vigilancia de sus dueños, con los que desaparecen lejos, y a los que desvalijan de las piezas y accesorios principales, abandonándolos después.

Contra los hurtos de estos *descuideros*, lo mejor es enlazar las ruedas de las bicicletas y autos con una cadena, cerrada por medio de un candado. Con ésta, a menos que se lleven a hombros la bicicleta, se evita el despojo, pues, en caso de atreverse a llevársela enlazada, serían alcanzados fácilmente.

Igualmente los *descuideros* suben a las habitaciones con pretexto de implorar la caridad pública, y si hallan alguna vivienda abierta o abandonada, cogen lo que ven más a mano, especialmente los gabanes y demás prendas de los percheros, y desaparecen. Otra forma que usan también mucho es espiar la salida de los inquilinos y presentarse luego en sus casas bien trajeados preguntando por ellos para solventar un asunto urgente. Si la familia les invita a pasar y esperar su regreso, los pícaros aceptan, y al hallarse a solas en el despacho se apoderan de los objetos de más valor y fáciles de ocultar, marchándose después, escudándose con la tardanza de aquéllos.

Otros *descuideros* hacen campo de sus operaciones las casas de huéspedes donde se alojan estudiantes, en las que entran solicitando hospedaje para ellos. Mientras las dueñas les enseñan las habitaciones libres, al pasar por otras ocupadas, se apoderan de los libros de texto que ven y los ocultan bajo el gabán que llevan al brazo o de un paquete, desapareciendo luego con promesas de volver con el equipaje.

Los buscadores de sornas

LOS *buscadores de sornas* son unos *descuideros* que substraen el dinero, los relojes y cuanto de valor llevan sobre sí, a aquellos que se quedan dormidos durante las noches estivales en los bancos de los paseos; a los desgraciados que carecen de casa, a quienes desvalijan de lo poco de valor que llevan aún sobre sí, y también a los borrachos, que vencidos por el efecto del alcohol, duermen, embotada su inteligencia, sobre las aceras, en las que quedaron tendidos, como seres insensibles.

Los algodonereros

LOS *algodonereros*, otra variedad del tipo delincuente que vamos tratando, crecen y se desarrollan únicamente en los puertos de mar. Operan al descuido, hurtando algodón de las balas que hay depositadas en los muelles.



En las estaciones aprovecha la menor distracción de los mozos para apoderarse de algún bullo, maleta, etc.

Los algodonereros siguen, igualmente cautos, a los vehículos que transportan aquéllas a su destino y, evitando las miradas de los carreteros, van substrayendo el algodón, que guardan en sacos u ocultan en el pecho. Se valen de navajas muy bien afiladas para cortar las envolturas, cuando no están rotas, y con las que hacen frente a los carreteros si éstos les sorprenden y tratan de oponerse a su rapiña.

Se dedican a este procedimiento niños, hombres y mujeres, que salen de la más baja capa social.

Descuideros de mercancías

EXISTEN, asimismo, otros *descuideros*, que se sitúan en las proximidades de las estaciones y puertos, siguiendo persistentes los carros (*rotantes*) y camiones de mercancías, para apoderarse de alguna caja, maleta u otros efectos al menor descuido de los carreteros. Persiguen con el mismo fin los carros de mudanza y a los mozos de cuerda que transportan los equipajes en carritos de mano, apoderándose de lo primero que hallan a su alcance.

Descuideros de las iglesias

Y por último, una de las plantas más características de la familia de los *descuideros* son los que hurtan el contenido de los cepillos de las iglesias, introduciendo por las ranuras de éstos una ballena de corsé o un listoncito, en uno de cuyos extremos hay un poco de cera, a la que se adhieren, a poca presión ejercida, las monedas que la religiosidad de los fieles deposita. En el lenguaje jergal antiguo, pues todo evoluciona con el tiempo, de la Germania, asociación delincuente de los siglos xv y xvi, según el vocabulario de Juan Hidalgo, publicado en 1609, llamábase a estos ladrones *juaneros*, porque el cepillo recibía el nombre de *Juan*, la moneda de oro el de *Juan Dorado* y la moneda de plata el de *Juan Platero*.

Conclusión

TALES son las variedades de los *descuideros*, cuyos golpes de mano pueden ser contrarrestados por mis queridos lectores, ante el conocimiento que acaban de tener de sus maneras de operar contra la propiedad ajena.

Entre los muchos sucedidos y anécdotas que os pudiera contar de los *descuideros*, voy a referiros uno sobre los ladrones de cepillos, por no hacer demasiado extenso este trabajo.

En cierta iglesia de una ciudad catalana, empezaron a notar los dirigentes de ella una inusitada y repentina baja en las limosnas que cotidianamente depositaban los fieles en los cepillos distribuidos por el recinto religioso.



El buscador de sornas se acerca a desvalijar a los infelices dormidos en la vía pública.



Los cepillos de las iglesias es un buen campo para los descuideros, que operan con un listoncito o con una ballena de corsé.

Aquella baja repentina suscitó las sospechas del cura párroco, quien dió orden a todos los servidores de la iglesia para que extremaran la vigilancia, por si todo ello era obra de algún ratero que subrepticamente ejercía las artes de Monipodio, con detrimento del culto. Pero la severa vigilancia no dió resultado alguno, ya que el total de las limosnas seguía siendo en extremo desconsolador, hasta el punto de que, al abrir algunos cepillos, no contenían ni la más mísera moneda.

Aquello era para clamar al cielo y suscitar los más severos castigos sobre el profanador misterioso, al que no se le podía echar el guante, por más que se extremaba la vigilancia.

El párroco trató por sí mismo de vigilar la iglesia, sin comunicar a nadie sus honrados propósitos. Y al efecto, una noche se deslizó dentro de un confesonario colocado frente a uno de los cepillos. Después de los cultos de la tarde, cerróse la iglesia, quedándose el bueno del párroco dentro de su observatorio. La obscuridad en el templo era profunda. Sólo la débil luz de alguna lámpara rasgaba, como una estrella en la noche, las sombras que todo lo envolvían. Pasaron una, dos, tres, varias horas sin que ocurriera nada de anormal, y cuando el párroco desconfiaba ya del resultado de su observación, comenzó a oír unas débiles pisadas que iban de un lado para otro, deteniéndose alguna vez, y llegando a los oídos del sacerdote el ruido metálico del chocar del dinero. Como las sombras eran tan profundas, no podía el párroco distinguir, a pesar de sus intentos, quién era el intruso que a aquellas horas profanaba el templo desvalijando los cepillos. Por fin, el pícaro llegó al que había colocado frente al observatorio y comenzó a operar silenciosamente. El sacerdote salió como un fantasma de su escondite y se dirigió resuelto al intruso, sin que éste le sintiera ni le viera, pues se hallaba de espaldas. Cuando estuvo junto a él, encendió una linterna eléctrica que llevaba a prevención, rasgándose las opacas sombras, y cogiendo al ratero por el cuello con su nervuda mano, lo dejó inmóvil por el asombro y lo inopinado de su presencia.

Al ver su cara, se quedó aún más asombrado que el pícaro, quien resultó ser el propio sereno de la demarcación, cerrajero de oficio por el día, que se había fabricado las llaves falsas para los cepillos, ya que la de la iglesia la tenía como las de las restantes casas, y que en las altas horas de la noche abría el templo sigilosamente, en el que entraba, desvalijando con toda impunidad los cepillos, sin necesidad de la ballena ni de la cera que emplean los ladrones.

A la noche siguiente dormía en la cárcel, como justo castigo a su hazaña.

DELITOS *Tragicómicos*

EL HABITO NO HACE AL MONJE

Madrid. — En distintos pisos de la calle del Tesoro, núm. 40, se presentó un individuo vestido de fraile, solicitando limosnas para terminar las obras de la iglesia de Jesús.

Más tarde uno de los vecinos que había contribuido con su óbolo, se encontró al individuo con traje de paisano y sospechando haber sido víctima de un timo, lo mandó detener.

En efecto, el detenido, llamado Martín Granada Galán, de cuarenta y seis años, confesó que desde hace algún tiempo venía empleando tal procedimiento y había recaudado varias cantidades.

Pasó al juzgado de guardia.

(La Vanguardia, de Barcelona.)

No es extraño que Granada usara este disfraz para laborar por el bien de su bolsillo. Seguramente se acordó de que hubo en el mundo otro Granada fraile, y lo extraño es que Martín no llevara su desfachatez a decir que era descendiente de Fray Luis... Pero ahora te han pescado, Granada, y ¡adiós, negocio!... ¡adiós, Granada!... Después de esto, nadie dudará de que el hábito no hace al monje.



LA PAZ DEL HOGAR

Nueva York. — Despachos de Butte, Estado de Montana, dan cuenta del curioso proceso que sigue:

Una señora casada, llamada Nettie Gleass, prestó a su esposo 600 dólares mediante un recibo en que su cónyuge se comprometía a devolver la citada cantidad en una fecha determinada. Llegado el día del vencimiento, el marido se negó a pagar, alegando que había firmado el recibo por broma; pero la mujer lo llevó a los Tribunales, y ayer se ha dado sentencia en el proceso.

Los jueces han declarado que el marido debe pagar los 600 dólares, además de las costas, y que si no lo hace la mujer tendrá derecho para embargarle sus bienes particulares, y aun intervenir sus ingresos corrientes. La esposa, provista de una copia de la sentencia, ha dicho al esposo que, a partir del día 1 de julio, tendrá que entregarle todo lo que gastaba en fumar y en ir al cine, hasta la extinción completa de la deuda. El pobre marido está desesperado.

(La Voz, de Madrid.)

La libre Norteamérica nos da todos los días ejemplos de lo que avanza allí el feminismo. La mujer no se conforma ya con ser independiente hasta en el matrimonio, sino que se mete la independencia del esposo en el bolsillo, convirtiéndose en su prestamista, que es lo peor en que una persona se puede convertir para otra. ¡Mucho ojo, varones! La mujer no se limita ya a arrui-

narnos quitándonos los empleos medianamente el sistema de trabajar por un sueldo reventado, sino que exprime nuestros bolsillos por el temible procedimiento de los bancos hipotecarios.



ERRORES DE INTERPRETACION

Zaragoza. — Teodora Martínez Ruiz es portera de la casa núm. 44 de la calle de las Armas.

Esta mujer fué víctima de las iras de una vecina de dicho inmueble, llamada Marcelina, que cuando más distraída estaba barriendo la escalera, en cumplimiento de su profesional misión, le arrojó sobre la espalda un cubo de agua fría.

Así lo relató al personal de guardia en Comisaría, presentando la denuncia correspondiente.

(Heraldo de Aragón, de Zaragoza.)

¡Lo que tiene no conocer bien el castellano! Marcelina, sin duda, había oído decir alguna vez: «Me quedé como si me hubieran arrojado un jarro de agua fría», y debió de creer que eso era tan malo como arrojarle a uno el jarro a la cabeza después de haber echado el agua a las plantas. Por eso, para agredir a su detestada portera, no se conformó con un jarro, sino que requirió un cubo. Debíó de decirse: «Si un jarro equivale a un tiro, un cubo equivaldrá lo menos a un cañonazo»... Nos parece estar viendo la cara de asombro que pondría Marcelina al ver que Teodora, en vez de caer como herida por el rayo, lanzaba un ligero estornudo y se dirigía a la Comisaría para dar parte.



MUSICA Y AGUA

Don Rafael Calleja, maestro compositor y propietario, ha denunciado al inquilino de su casa de la calle de Alvarez de Castro, núm. 17, don Isidoro Galán Aguado, de profesión barbero, por amenazas de muerte. Al parecer, el señor Calleja había llamado la atención del inquilino por el excesivo consumo de agua que hacía, y el señor Galán, indignado, profirió las amenazas.

(La Voz, de Madrid.)

Después de esto, La Voz inserta un comentario en el que viene a hacer un llamamiento al corazón del artista, «como todos, liberal, generoso y expansivo». Nosotros discrepamos de La Voz. El agua no es «música», y el maestro Calleja, como todos los artistas actuales, debe amoldarse a la realidad de la vida

moderna. El desorden y el despilfarro, el no comer hoy y mañana darse un banquete, son cosas que murieron con Murger y Musset. Hoy, la chalina, la grasa en los pantalones, la barba sin afeitar y el desprecio a la mecánica — mecánica de contador de agua o de lo que sea — huele tan a rancio como La Dama de las Camelias. La mugrienta chaqueta de Verlaine se ha convertido en el smoking que el maestro Calleja se pone en los días de estreno. Además, hay otra razón para que el maestro Calleja no sea igual a Verlaine: la de que Verlaine no tenía casas.



LAS CONSECUENCIAS DE SER CONSECUENTE

Almería. — En Vera, en el domicilio del abogado y ex diputado don Francisco Ferrer Galindo, se presentó José Salas Simón, apodado «Pepino», de sesenta y cinco años, solicitando que le defendiese en un asunto, a lo que se negó el abogado. Salas intentó imponerse y fué arrojado de la casa, por lo que juró vengarse.

De madrugada colocó un petardo en una ventana del domicilio del abogado, y la explosión causó la rotura de los cristales de dicha ventana.

Simón, a pesar de su negativa, fué detenido.

(Heraldo de Madrid.)

No cabe duda de que «Pepino» fué consecuente. Como el abogado no quiso defenderle, le obligó a defenderse a sí mismo poniéndose hecho una furia. Y como el abogado se defendió tan bien que «Pepino» se quedó sin defensa y sin venganza, esto originó en el cliente una explosión de cólera, que se tradujo en la explosión de un petardo.

Si estuviera en nuestra mano, daríamos a «Pepino» un ascenso que creemos que merece, llamándole, en vez de «Pepino», «Pedazo de Melón»... pues nadie nos negará que melón es más que pepino.



POR BAÑARSE

Enrique Rivera Puente, de veintinueve años, cuando se bañaba ayer en un estanque situado en un lugar apartado del parque del Oeste, al salir del agua se encontró con la desagradable sorpresa de haberle desaparecido la ropa.

(Heraldo de Madrid.)

A este señor sólo podemos decirle que hay que saber nadar y guardar la ropa.

DON JUSTO.

ANDRÉS P. DE SEGUROLA

y

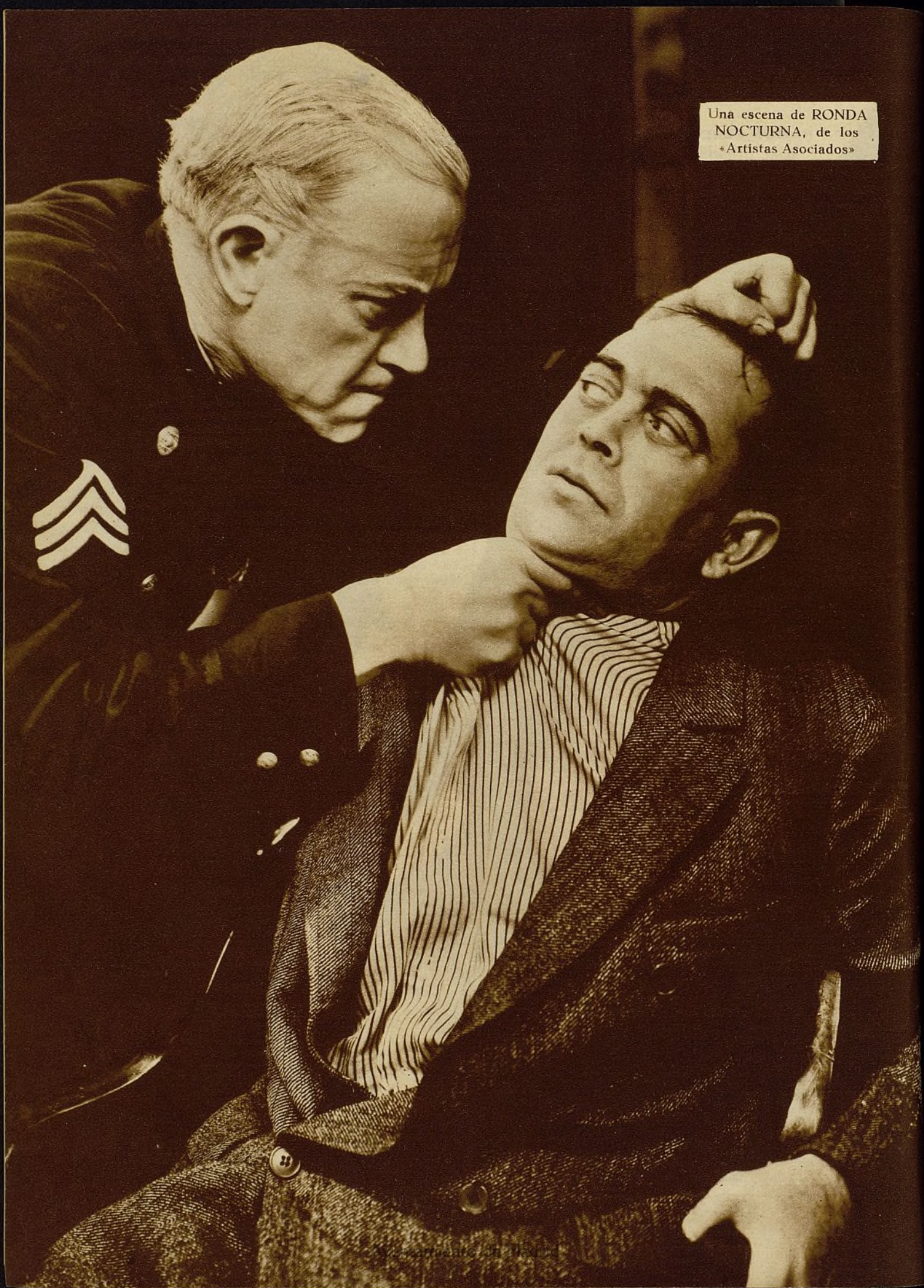
RAMÓN PEREDA

en **EL CUERPO
DEL DELITO**
de la «Para-
mount»



Ayuntamiento de Madrid

Una escena de RONDA
NOCTURNA, de los
«Artistas Asociados»



ELEONOR GRIFFITH

en RONDA NOCTUR-
NA. de «Artistas
Asociados»



Ayuntamiento de Madrid

WALLACE BEERY
en THE BIG HOUSE
de la «Metro-Gold-
wyn-Mayer»



Avanzamiento de Madrid

CASOS Y COSAS

Cartomancia y prestidigitación

LOS que dudan de que la cartomancia sea una cosa importante, aquí tienen un ejemplo de su error.

Hasta el pasado mes de junio ha vivido en Niza una señora que aseguraba llamarse Mme. Mery, pero que en realidad se llamaba Mme. Puech.

El oficio de esta señora era el de muchos meritorios de oficina: echar las cartas, con la diferencia de que Mme. Mery no las echaba al buzón, sino sobre una mesa, y de que aquellas cartas son de las que se meten en un sobre y las de Mme. Mery de las que se meten con el porvenir de las personas.

Hace cosa de un par de meses se presentó en casa de la «cartera» Mme. Ana Simounet, una viuda que estaba de temporada en Niza, llevando una vida brillante, y que quería saber si aquello acabaría pronto o si su porvenir se deslizaría siempre por los mismos cauces de esplendor y abundancia.

Mme. Mery le prometió hacer un estudio completo de su porvenir si la viuda se comprometía a ir a verla tres veces por semana, abonándole veinticinco francos por cada visita.

Mme. Ana Simounet, sin duda acostumbrada a mayores dispendios, aceptó las condiciones y durante algún tiempo estuvo presenciando el espectáculo de su porvenir en el sombrío salón donde la vidente arrancaba a las cartas sus importantes secretos.

Un día la señora de Mery recibió a su cliente con una gran noticia. Había visto el espectro de su difunto esposo y había conversado con él, obteniendo la revelación de que todos los males de la viuda tenían su origen en su dinero, en el vil metal y en los más viles billetes de banco.

A Mme. Ana Simounet le hizo aquello muy poca gracia. ¿Pretendería su amado espectro que diera su fortuna a los pobres y se dedicara a fregar escaleras? ¡Sapristi! ¡Antes mora!

Pero no, no había que asustarse. La vidente conocía un procedimiento mucho más razonable para poner remedio al mal. Purificaría el dinero y las joyas de la viuda y ésta no tendría más que guardar ambas cosas durante algunas semanas en el fondo del baúl.

En diversas sesiones la viuda entregó a Mme. Mery cantidades de dinero que llegaron a sumar medio millón de francos y joyas por valor de 160.000.

La purificación se verificaba del modo siguiente: La vidente hacía un paquete con los billetes o las joyas, lo sellaba con cera virgen y apagaba las luces. En la obscuridad, Mme. Simounet sólo oía ligeros rumores e invocaciones susurrantes. Era que Mme. Mery quitaba a los billetes y a las joyas todo lo que tenían de vil.

Después encendía la luz, entregaba a la viuda el paquete y ésta se iba a su casa a guardarlo en el fondo de un baúl.

Al fin, dió la vidente por terminadas las sesiones y recomendó a la viuda que tuviera las joyas y el dinero guardados

tanto tiempo como le fuera posible, y nunca menos de quince días.

Pero al que hacía catorce, a Mme. Simounet se le presentó un compromiso inaplazable y fué a preguntar a Mme. Mery si podía abrir, aunque sólo fuera uno de los paquetes, encontrándose entonces con que la vidente había desaparecido hacía trece días justos.

Escamadisima Mme. Simounet regresó a su casa, abrió los paquetes y vió que sólo contenían recortes de periódico y joyas de las de dos pesetas el kilogramo.

Por algo apagaba la luz Mme. Mery para purificar el dinero y las joyas.

Francia entera se ha conmovido ante las habilidades y el mérito de esta mujer que, además de leer el porvenir de las personas, hace tan preciosos juegos de prestidigitación.

La policía la anda buscando, a buen seguro para felicitarla por su ciencia.

¿Murió de accidente?

EN la ciudad de Michigan (EE. UU.), donde está establecida la penitenciaría del Estado de Indiana, ha sido ejecutado hace poco un individuo — fichado entre los peores criminales — que, después de haber intentado inútilmente deshacerse varias veces de su mujer, no halló mejor medio de lograrlo que dándole pasaporte para el otro mundo, del cual sabía que no ha vuelto nadie.

Conducido el asesino ante los tribunales, los jueces le condenaron a muerte, opinando, sin duda, que el único modo de remediar el daño hecho era juntarle nuevamente con su mujer.



Como un nene a quien el papá hubiese llevado a comprarle un sombrero nuevo, este guardia londinense pone su cabeza en manos del sombrerero para que le busque un salacot que sea nuevecito y a la medida.

Ejecutada la sentencia, los familiares del reo, en vista de que éste no les había dejado nada en testamento, idearon la manera de hacerse con unos dólares para mitigar su pena, convencidos de la eficacia del refrán que dice: «Los duelos con pan son menos».

Al efecto, encargaron a su abogado que reclamase a una compañía de seguros contra accidentes — en la cual el ejecutado tenía suscrita una póliza — la cantidad que les correspondía por la muerte de su pariente.

Cumpliendo estas órdenes el abogado ha presentado ante el juez federal una original demanda, en la cual defiende el derecho que asiste a sus patrocinados a cobrar la mencionada póliza, alegando como razón principal que la muerte del condenado *no fué natural ni voluntaria, sino debida a un accidente que le ocurrió en el ejercicio de su profesión* — la del criminal, como es de suponer.

«El pariente de sus patrocinados — dice textualmente el letrado — fué llevado a la fuerza a una silla por personas desconocidas para él, y muerto por una corriente eléctrica contra su voluntad, muerte que, según el reglamento de la sociedad de seguros, está comprendida en los casos posibles de muerte por accidente.»

No sabemos qué fallo se dará a este caso, pero podemos asegurar que, si dan la razón a los familiares, las compañías de seguros tendrán en adelante como clientes a todos los criminales.

— Por lo menos — pensarán éstos — si nos pescan *in fraganti* y nos conducen a la silla eléctrica, tendremos el consuelo de dejar arreglada a la familia.

Las pobres maniqués francesas

HACE pocos días, el director de una gran casa parisiense de modas envió algunas de sus más bellas maniqués a Alemania, con el fin de presentar sus nuevos modelos, yendo al frente de la expedición uno de los directores de la casa.

Pero la belleza es cosa frágil y un viaje largo deja huellas en el rostro más hermoso. Así, pues, no tuvo nada de particular que, a la llegada a la frontera alemana, las jóvenes presentasen signos inequívocos de cansancio y lasitud.

Esto explica perfectamente la aventura folletinesca que forjó en el acto el magín del jefe de la estación fronteriza, cuando vió pasar un grupo de muchachas conducidas por un hombre de gesto autoritario. El buen empleado teutón creyó asistir a un nuevo episodio de la trata de blancas, e inmediatamente llamó a la Policía, la cual, sin atender a explicaciones, detuvo a las maniqués y a su jefe...

Y éste fué tratado con terrible dureza, con la severidad que en realidad hubiese merecido, de haber sido verdadera la historia forjada por el jefe de la estación.

Pero, a los tres días, todo pudo arreglarse. Intervino el cónsul de Francia y se aclaró el lamentable equívoco.

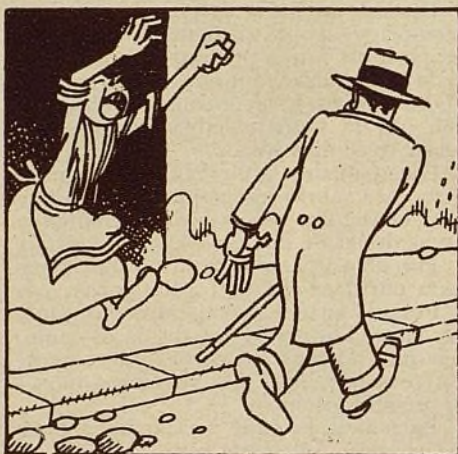
HAZAÑAS DEL DETECTIVE?

TIM YESYÉS

IV. — La pista de Marabú, historieta por Moreno



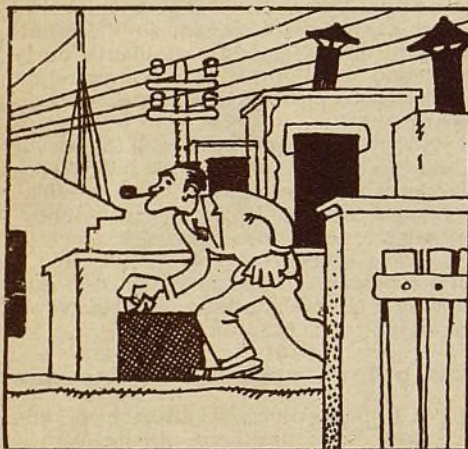
A las damas Marabú asesina sin clemencia, haciendo la competencia al memorable Landrú.



Yesyés, que siempre está alerta, oye que una mujer dice: «Arriba hay una infelice que al parecer está muerta».



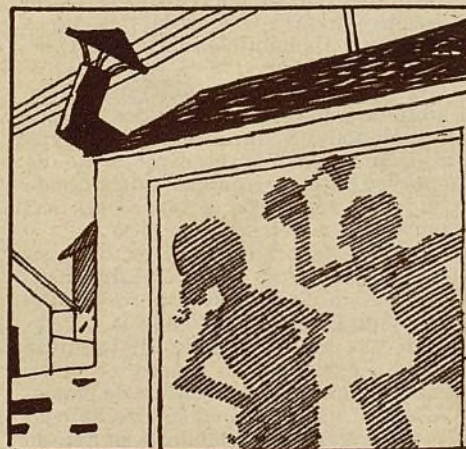
Al quinto piso en seguida sube corriendo Yesyés y allí tropiezan sus pies con una mujer sin vida.



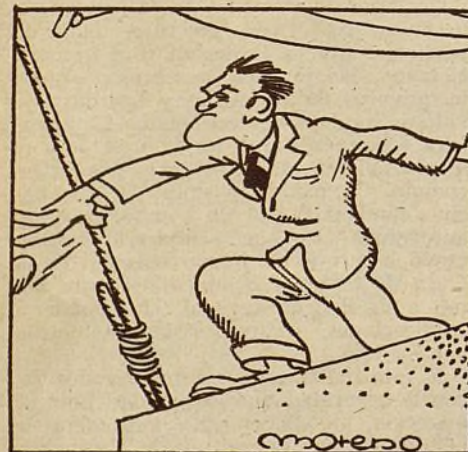
Salta Yesyés al tejado, por donde Marabú vino, y va en pos del asesino por el rastro que ha dejado.



Lanzando un grito profundo, Yesyés se para al instante y dice: «¡Ahí está el tunante que llaman Landrú segundo!»



Y al tiempo que tal exclama, descubre tras un cristal la sombra del criminal que está matando a otra dama.



Coge una piedra Yesyés y la lanza de bolea; la sombra se tambalea, y cae al suelo después.



Y cuando irrumpe en la casa para prender al bandido, «¡Dios santo, me he confundido!», exclama al ver lo que pasa.

«Marabú se me escapó y casi mato a un artista. ¡Pues, señor, vaya una pista que he estado siguiendo yo!»

REDACCIÓN
Calle Cisneros, 20

ADMINISTRACIÓN
Calle de la Fuente, 2

Apartado 125 - Teléfono 15

EL POPULAR

DIARIO DE LA TARDE

SUSCRIPCIÓN

Un mes. . . 1 pta.
Un año. . . 12 »

No se devuelven
los originales

Año XVI :: Núm. 5633

5 de Agosto de 1910

5 céntimos ejemplar

El crimen de la calle de Oriente

**Doña Laura Reinoso aparece asesinada
en su domicilio del barrio de Asturias**

**Bernardo "el Mudo", único servidor de la víctima,
descubre el hecho**

El móvil del crimen ha sido el robo

Cómo se conoció el hecho

EN la madrugada última, a eso de las tres, el vigilante de la calle de Oriente, en el barrio de Asturias, vió que hacia él corría un hombre haciendo gestos desaforados.

El vigilante reconoció en él a Bernardo «el Mudo» (llamado así porque en realidad lo es), criado de la casa de la que resultó ser víctima de este trágico suceso.

Con su mímica, no tan expresiva como de costumbre, debido al estado de excitación en que se hallaba, Bernardo dió a entender que acababa de hacer un trágico descubrimiento.

El vigilante requirió la compañía del sereno, y ambos siguieron a Bernardo hasta la casa número 24 de la citada calle, habitada por doña Laura Reinoso, cuyo cadáver descubrieron.

Cómo estaba el cadáver. La habitación donde fué encontrado.

EL cuerpo del cadáver estaba en decúbito supino y llevaba un pie calzado y otro no, lo que hace suponer que en el momento de perpetrarse el crimen doña Laura se disponía a acostarse.

El rostro de la víctima aparecía amoratado y la garganta ofrecía huellas evidentes de estrangulación. El desorden de los muebles que la rodeaban y el desgarramiento de las ropas de la víctima permiten deducir que la infortunada luchó con el criminal antes de que éste lograra sujetarla por el cuello, para estrangularla.

No se ha descubierto la menor huella de sangre ni ningún indicio de que el ase-

sino, antes de verificar la estrangulación, agrediera a la víctima de otro modo.



Doña Laura Reinoso, víctima del misterioso crimen de ayer.

El cuerpo se hallaba en un pequeño gabinete que comunica con el dormitorio de la víctima. La puerta que pone estas dos piezas en comunicación estaba abierta, así como el balcón del gabinete, que da a la calle.

En el dormitorio se advertía el mismo desorden que en el gabinete. Las ropas del lecho aparecían revueltas, la cama torcida y en la habitación había algunos objetos desparramados por el suelo. Esto refuerza la hipótesis de que la infortunada doña Laura se disponía a acostarse cuando apareció el asesino en el dormitorio. Presa de terror y acosada por el criminal, debió de saltar por encima del lecho para huir, comenzando aquí la lucha que terminó en el gabinete, donde el asesino consiguió sujetarla y consumar su horrible crimen.

Los primeros en conocer la noticia.

DEBIDO a lo avanzado de la noche, en las calles de la población sólo quedábamos los pocos que a esas horas tenemos obligaciones y el puñado de noctámbulos empedernidos que se reúnen en los centros de recreo. Figuramos entre los primeros, y personados en el Juzgado para cumplir nuestra misión reporteril, supimos por el oficial de guardia que el vigilante de la calle de Oriente acababa de dar cuenta del crimen cometido en la persona de doña Laura Reinoso.

En la casa del crimen

CUMPLIENDO nuestro deber, nos trasladamos inmediatamente al lugar del suceso y conseguimos del vigilante Ramón Calvo (el cual guardaba la puerta de la casa) nos permitiera llegar hasta las habitaciones que habían sido escenario de la tragedia.

Allí estaba el sereno custodiando el lugar del crimen y a Bernardo «el Mudo», en calidad de detenido, hasta que llegara el Juzgado.

Así pudimos obtener los datos que hemos apuntado y otros que contribuirán a aclarar ciertos puntos del suceso.

No es extraño que a pesar de lo ruidoso, y seguramente no llegara a oídos de los vecinos. La casa de la víctima está rodeada por un jardín, y, por lo tanto, aislada de las casas más cercanas.

Los únicos vecinos que podrían haber percibido algo son los de la casa número 27 de la misma calle, que está frente por frente a la de la víctima, de modo que desde los balcones de aquella se ven las habitaciones donde se ha perpetrado el crimen. Pero la terrible escena se desarrolló sin duda en la obscuridad, pues uno de los objetos que aparecían en el suelo de la habitación era una pequeña lámpara de mesilla de noche que debía de ser la única que estaba encendida en aquellos momentos. Esto, unido a que los vecinos estarían durmien-

do, hace suponer que nadie oyó ni vió nada relacionado con lo que ocurrió en casa de doña Laura Reinoso.

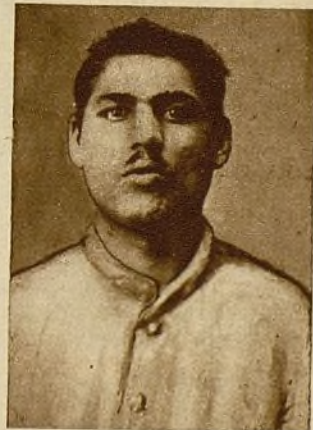
Quién era la víctima

DOÑA Laura Reinoso era viuda desde hacía seis años. Su esposo, al morir, le dejó una pequeña fortuna y la casa donde vivía, lo que permitía a doña Laura atender a las necesidades de la vida, aunque sin hacer ningún exceso.

La muerte la ha sorprendido cuando apenas contaba cuarenta años de edad.

En la vivienda de la malograda viuda todo respira una sana humildad. El mobiliario es sencillo y en los escasos adornos de las habitaciones no hay un solo detalle de ostentación ni de lujo, a pesar del lujoso aspecto exterior de la finca.

Así era también la vida de doña Laura. Salía de casa muy raras veces y su única distracción consistía en cuidar las flores del jardín. Era persona muy caritativa, habiéndole captado sus bondades las simpatías de todo el vecindario.



Bernardo García Fuensalida, «el Mudo», criado de la víctima, que descubrió el horrible crimen.

La única persona que vivía en su compañía era Bernardo García Fuensalida, hijo de una antigua sirvienta de doña Laura, que murió, dejando desamparado al mudo. Entonces fué cuando doña Laura, por caridad más que por otra cosa, le tomó a su servicio.

El estado de Bernardo

EL Mudo» daba muestras, como ya hemos apuntado, de extraordinaria agitación. Su rostro estaba pálido, descajado y transfigurado por el terror. Las manos le temblaban al hacer el menor movimiento, y fueron vanas cuantas preguntas le dirigimos, pues a todas ellas nos contestaba con torpes ademanes que no lográbamos descifrar.

El Juzgado de guardia entra en funciones.

NUESTRAS indagaciones fueron interrumpidas por la llegada del Juzgado de guardia, formado por el juez señor Santonja, el secretario don Vicente Pasquino y el oficial criminalista.

Aunque tuvimos que salir de la casa, sabemos que el juez tomó declaración al vigilante, al sereno y a Bernardo, levantó después un plano de la posición del cadáver y ordenó su levantamiento y traslado al depósito judicial.

Acto seguido, intentó una inspección ocular que suspendió por difícil, debido a la escasez e imprecisión de las huellas y a la poca luz de que disponía, procediendo a un reconocimiento general de la casa, diligencia que dió excelente resultado, pues demostró que el móvil del crimen ha sido el robo.

Cómo fué descubierto el móvil del crimen.

AUNQUE el juez se mostró muy reservado sobre este punto, hemos logrado obtener detalles precisos sobre la diligencia.

En el despacho de doña Laura, sobre la alfombra, fueron halladas las huellas de unos pies masculinos, que terminaban en un rincón de la pieza, precisamente donde hay una arquilla enclavada en la pared.

A preguntas del juez, contestó Bernardo que allí guardaba su ama el dinero, pero que ignoraba dónde pudiera estar la llave.

La caja no ofrecía señal ninguna de haber sido forzada, pero allí estaban las huellas delatoras y, en vista de que no se pudo encontrar la llave, el juez ordenó que se abriera violentamente, pudiendo advertirse entonces que estaba vacía. Sólo entre la parte trasera de uno de los pequeños estantes y el fondo de la caja aparecía un trozo de billete,

cuya rotura se comprobó que había sido reciente. Esto permite deducir que la mano de un ladrón (pero de un ladrón no profesional) había operado en el interior de la caja y con tanta prisa y nerviosismo, que uno de los billetes se rompió por haberse introducido en una rendija del arca y estar allí sujeto.



Lugar (X) de la habitación donde fué hallado el cadáver de doña Laura Reinoso.

El juez ordena la detención de Bernardo.

PARECE ser que el Juzgado no quedó satisfecho de las declaraciones de Bernardo. El interrogatorio se hizo por escrito y así contestó también el mudo, si bien de un modo casi ininteligible a causa de la mala letra y pésima ortografía del declarante, a lo cual se unía su intenso nerviosismo.

Sin duda por esta causa, y acaso también por las demás diligencias practicadas por el juzgado, éste ordenó la detención provisional de «el Mudo».

Verdaderamente, el hecho de que el asesino entrara en la casa sin forzar ninguna puerta ni utilizar ningún balcón ni ventana, pues ningún indicio de ello se ha descubierto, y luego se dirigiera sin vacilaciones a la caja donde la víctima guardaba su dinero y la abriera con la llave correspondiente, demuestra que el ladrón es persona enterada de la disposición de la casa, y esta persona no puede ser nadie mejor que Bernardo.

Pero una importante cuestión salta a la vista. ¿Coinciden las huellas encontradas en la alfombra del despacho con las botas de Bernardo? Esta diligencia, que el juez no ha practicado todavía, acaso dé alguna luz sobre los hechos.

Dónde pasó Bernardo las primeras horas de la noche

APENAS el Juzgado de guardia terminó su misión y las diligencias pasaron al que ha de instruir el sumario, el juez don Antonio Casares transmitió las oportunas órdenes a la policía para que comenzara sus trabajos de investigación. Poco después se trasladó al lugar del suceso, para realizar una nueva inspección, acompañada del secretario señor Rodríguez Mateu y del oficial criminalista.

Entretanto, los agentes comprobaron ciertas declaraciones de Bernardo acerca del lugar en que pasó la noche hasta la hora en que debió de desarrollarse el trágico suceso.

Al tener nosotros noticia de que «el Mudo» había estado en la taberna que hay en la calle de la Industria, número 42, nos hemos trasladado inmediatamente a ella y por el dueño hemos sabido que Bernardo estuvo en el establecimiento desde las diez a las dos y media de la noche.

—¿Venía Bernardo aquí con frecuencia? — hemos preguntado al tabernero.

—Casi todas las noches. Según él mismo manifestó algunas veces, su ama, después de la cena, le permitía un rato de asueto que él solía pasar aquí.

—¿Llama usted un rato a cuatro horas y media, que fué lo que estuvo aquí anoche?

—Nunca permaneció aquí tanto tiempo. Generalmente se marchaba de once y media a doce, que es cuando se retiraban sus compañeros de juego.

—¿Jugaba?

—Sí, a las cartas, pero, desde luego, los partidos eran amistosos.

—¿Era bebedor?

—Cuando ganaba, bebía en abundancia y entonces estaba de muy buen humor.

—¿Bebió anoche?

—Muy poco.

—¿Advirtió usted algo extraño en él?

—Nada. Se mostraba huraño y retraído, como otras noches.

—¿Tenía deudas?

—Que yo sepa, ninguna; ni conmigo ni con nadie.

—¿Y no le llamó a usted la atención que, contra su costumbre, permaneciera en la taberna hasta tan tarde?

—Sí, pero no le di mayor importancia.

El tabernero siguió contestando amablemente a nuestras preguntas, pero las que hicimos a partir de aquí carecen de importancia.

Diligencia importantísima. — ¿Bernardo inocente?

EL reconocimiento que del cadáver han hecho los forenses ha dado por resultado la afirmación categórica de que la víctima fué asesinada en las últimas horas de la noche, es decir, unas cuatro horas antes de las tres, que es cuando se suponía que se había cometido el crimen.

Al comprobarse que los forenses no abrigan la menor duda sobre esta circunstancia y que Bernardo, desde las diez hasta las dos y media de la noche, no se movió un momento de la taberna de la calle de la Industria, es innegable la inculpabilidad del detenido.

Además, se ha comprobado que las huellas descubiertas en el despacho de la víctima no corresponden al calzado de Bernardo. El pie de éste es bastante más grande y la suela de las botas muy distinta a la que imprimió las huellas sobre la alfombra.

Se supone que de un momento a otro será puesto el detenido en libertad.

Declaraciones de los testigos

Hemos procurado entrevistarnos con el juez instructor de la causa, señor Casares, el cual, con su proverbial cortesía, nos recibió en su despacho, limitándose a decirnos que nada nuevo podía añadir.

No obstante, por conducto no oficial hemos sabido que esta tarde han prestado declaración varios testigos, que no aportaron dato alguno de interés. Unicamente don José Tordera, habitante en la misma calle de Oriente, manifestó que la noche de autos, aproximadamente a las diez y cuarto, cuando él y su esposa se dirigían al teatro, encontraron en la plaza de Salmerón a Bernardo «el Mudo», que sin saludarles pasó por su lado en dirección a la calle de Oriente.

Aunque a este detalle de hora, contradictorio con lo que dijo el dueño de la taberna, no pueda concedérsele mayor importancia que la de un simple error de apreciación, el juez ha ordenado que el señor Tordera sea citado nuevamente para mañana con objeto de ampliar su declaración.

Misterio

A la hora de cerrar la presente edición, el Juzgado instructor y la policía trabajan activamente para despejar la incógnita de este asunto, que, cuando parecía empezar a aclararse, ha vuelto a sumirse en el misterio más absoluto.

El crimen de la calle de Oriente

**Parece probarse la culpabilidad
de Bernardo "el Mudo"**

**Un testigo asegura que vió a Bernardo entrar en
la casa del crimen y agredir a la víctima**

**Pero parece plenamente demostrado que Bernardo
estaba en la taberna a la hora del suceso**

**Ampliación de las últimas
noticias de ayer**

Las primeras diligencias policíacas dieron por resultado la comprobación de que Bernardo «el Mudo» estuvo en la taberna de la calle de la Industria desde las diez a las dos y media de la noche,



La niña Elvira Tordera, que, desde el balcón de su casa, presencié el horroroso crimen

y de que el crimen no se cometió antes de las diez, por haber sido vista doña Laura Reinoso a esta hora en el balcón de su casa por el vecino de la casa número 27, que, como dijimos, está situada frente por frente a la de la víctima.

La policía interrogó no solamente al dueño y demás personal de la taberna, sino también a los compañeros de juego de «el Mudo», los cuales, como es sabido, estuvieron con él hasta poco antes de las doce, y todos coincidieron en que Bernardo estaba en la

taberna a la hora en que se supone fué cometido el crimen.

Los compañeros de juego de «el Mudo», repetimos, estuvieron con él desde unos minutos después de las diez hasta poco antes de las doce, hora en que suspendieron la partida para retirarse. «El Mudo» no salió con ellos como otras noches, sino que se quedó en la taberna, ocupando una mesa inmediata a la puerta.

A partir de entonces, dos clientes que quedaron en la taberna pudieron comprobar que Bernardo permaneció allí hasta las dos y media, y así lo manifestaron a los agentes cuando fueron a interrogarles, coincidiendo con las declaraciones del personal de la taberna.

Todos coincidieron también en que «el Mudo» se mostraba malhumorado y nervioso, a lo cual no dieron importancia por ser muy propio de su carácter.

Los forenses, apremiados por el juez instructor, que está desplegando en este asunto un celo y una actividad dignos del mayor encomio, practicaron la autopsia al cadáver, enviando un categórico dictamen al Juzgado, en el que se precisaba que el crimen se había cometido antes de medianoche, y que la muerte se había producido por estrangulación, sin que pudieran apreciarse huellas determinantes de que anteriormente el agresor hubiera intentado otros medios para cometer el crimen.

Poco después se obtuvo la prueba de que las pisadas encontradas en el despacho de la víctima no coincidían con los pies de Bernardo.

En vista de ello, el juez instructor citó a declarar al personal y clientes de la taberna de la calle de la Indus-

tria, esperando tan sólo, al parecer, practicar esta diligencia y otras de menor importancia para ordenar la libertad de Bernardo.

El testigo presencial

ESTA mañana temprano se presentó en el Juzgado el vecino de la casa número 27 de la calle de Oriente, don José Tordera, acompañado de su hija Elvira, niña de once años.

Como este señor estaba ya citado para ampliar su declaración y la cita estaba señalada para una hora posterior, el personal del Juzgado, al saber que el señor Tordera deseaba entrevistarse con el Juez, le dijo que habría de esperar hasta la hora marcada en la citación, a lo que el visitante repuso que lo que tenía que decir al Juez era sumamente importante, por lo cual convenía le recibiera inmediatamente.

Así lo hizo el Juez y en seguida tuvimos nosotros noticia de que el señor Tordera había hecho una declaración importantísima, en virtud de la cual Bernardo volvía a aparecer como culpable.



El vigilante Ramón Calvo, que fué de los primeros en tener noticia del trágico suceso.

Como el Juzgado guardara gran reserva sobre la declaración, nos trasladamos a la casa número 27 de la calle de Oriente y conseguimos ser recibidos por el señor Tordera, quien, contestando a nuestras preguntas con una amabilidad digna de la mayor

gratitud, nos enteró de lo siguiente:

La noche del crimen, es decir, la de anteayer, dicho señor y su esposa fueron al teatro, dejando acostada a su hija Elvira, en su habitación de la parte posterior de la casa, cerca del dormitorio de la sirvienta.

Eran las diez cuando salieron los esposos de casa y el señor Tordera está seguro de haber visto entonces en el balcón de su gabinete a la vecina, que fué víctima del suceso. Es más, según dejó manifestado ayer, mientras se dirigían al teatro Cómico, al llegar a la plaza de Salmerón se cruzaron con Bernardo «el Mudo» y les sorprendió que no les saludara y siguiera el camino de su casa como si no les conociera.

Media hora después se acostó la sirvienta, durmiéndose en seguida y entonces la niña comenzó a sentir miedo.

Esto no era nuevo en ella. Otras noches en que los señores de Tordera salieron después de cenar, Elvira, presa de miedo, fué a buscar la compañía de la sirvienta, lo cual disgustó al padre hasta el extremo de prohibirle que se moviera de su cama por las noches, a menos que se sintiera mal, y aun entonces debía hacer sonar el timbre que con tal fin habían instalado junto a la cabecera. El señor Tordera sólo pretendía con ello que a su hija se le pasara el miedo por el eficaz sistema de afrontarlo una y otra vez.

Damos todos estos detalles porque son muy importantes para aclarar ciertos extremos.

La niña no podía conciliar el sueño. Al sonar la campanada de las once y media en el reloj de la casa, su miedo se acentuó de tal modo, que Elvira saltó de la cama y cuidando de no hacer ruido para que no se enterara la sirvienta y se lo contara después a sus padres, se dirigió al otro lado de la casa, donde los balcones estaban abiertos e iluminados por el alumbrado de la calle. La luz y el aire libre la calmaron, por lo que se dispuso a esperar la llegada de sus padres, y cuando los viera llegar regresaría corriendo a su cama y simularía estar durmiendo.

Entonces vió pasar por la acera de enfrente a Bernardo, el cual, al darse cuenta de que el vigilante estaba cerca de la verja que da paso a la casa de doña Laura, retrocedió unos pasos y se escondió en la esquina que forma la tapia del jardín.

Cuando el vigilante se hubo alejado, volvió a aparecer Bernardo. Abrió primero la puerta de hierro del jardín y después la de la casa con las llaves que, al parecer, llevaba siempre consigo.

Momentos después, oía un grito de terror y, atraída por él, vió que doña Laura aparecía un instante en el balcón de su gabinete, para desaparecer en seguida, atraída por los brazos de un hombre en el que también reconoció al criado mudo.

Les vió luchar en la penumbra, pero su terror fué tan grande, que, temblando, echó a correr hacia su habitación, acostándose de nuevo y permaneciendo allí encogida, sin atreverse ni siquiera a abrir los ojos hasta que llegaron sus padres.

Estos advirtieron que estaba pálida y temblorosa, y que un frío sudor bañaba su frente. Le preguntaron si se encontraba enferma y la niña contestó que acababa de tener una pesadilla y que ésa era la causa de su estado. Confesar la verdad de lo que había visto equivalía a declarar que había desobedecido las órdenes de su padre levantándose de la cama, y el respeto y la obediencia en que la niña ha sido educada la movió, en su inocencia, a guardar secreto sobre punto tan importante.

Le dieron agua de azahar y la madre se la llevó a su lecho para que pasara la noche a su lado.

Un tanto tranquilizada y rendida por el sueño, se durmió, y también se durmieron los esposos, sin que en el resto de la noche oyeran nada en la calle ni en la casa de enfrente que les llamara la atención.

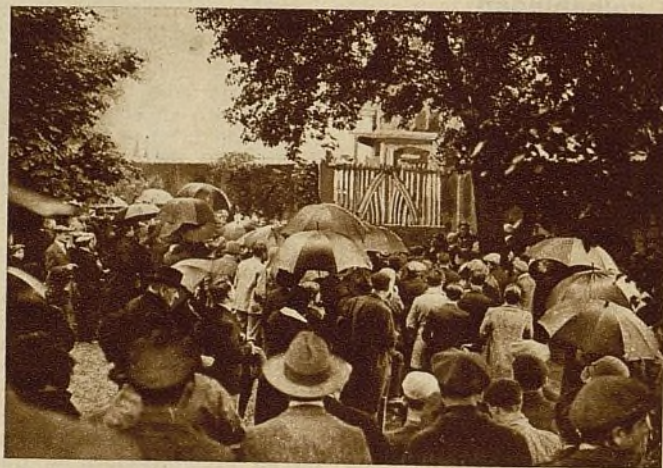
A la mañana siguiente, muy temprano, quedaron muy sorprendidos al recibir la visita de la policía y enterarse del drama que se había desarrollado en la casa vecina, contestando, a preguntas de los agentes, que nada sabían y que por ellos se enteraban de lo ocurrido.

Poco después despertó la niña y el señor Tordera quedó muy sorprendido al ver que continuaba en un vivo estado de excitación. Avisado el médico, diagnosticó un pasajero trastorno nervioso y dudó que tuviera su origen en un

sueño como la niña aseguraba.

Al señor Tordera se le ocurrió relacionar el estado de su hija con el trágico suceso y sus preguntas tuvieron por resultado que la niña confesara toda la verdad.

Por la tarde, cuando la crisis nerviosa comenzaba a desaparecer, se dirigió inmediatamente al Juzgado acompañado de su hija y refirió al Juez todo lo que después nos contó a nosotros.



El público estacionado ante la casa número 24 de la calle de Oriente, comentando el repugnante crimen

Después de felicitar al señor Tordera por el servicio que había hecho a la justicia y de darle las gracias por la información que nos acababa de proporcionar, le expusimos nuestro deseo de hacer algunas preguntas a su hija, a lo cual se negó el señor Tordera, por considerar que ello podía agravar su estado nervioso.

Le pedimos entonces un retrato de la niña y nos proporcionó uno de los más recientes, autorizándonos a que lo publicáramos.

Queremos hacer pública nuestra gratitud al señor Tordera por los preciosos datos que nos ha proporcionado.

«El Mudo» incomunicado

OBTENIDA la anterior declaración, el Juez ordenó la incomunicación de Bernardo, recibiendo después a los testigos que estaban citados.

El personal de la taberna y los amigos de Bernardo se ratificaron en las declaraciones hechas a la policía, de las que resulta que «el Mudo» no se movió de la taberna desde las diez hasta las dos y media de la noche.

Por su parte, los forenses se han ratificado también en su dictamen con energía y convicción.

La incógnita aparece cada vez más indescifrable.

LAS circunstancias misteriosas en que los hechos se desarrollaron apasionan a la multitud, la cual (a pesar de la llovizna que persistió durante el día) formó numerosos grupos ante la casa del crimen, frente al Juzgado y en los puntos más céntricos de la ciudad, comentando el hecho con comentarios y suposiciones diversos y audaces.

En cambio, once personas sostienen con energía que a esa hora el mudo se hallaba en la taberna. ¿Cómo se compaginan estos hechos terminantes y contradictorios?

La tarde del día de hoy

A las cinco de la tarde, y a pesar de que el juez señor Casares, con un celo digno de él, estuvo trabajando hasta las tres de la madrugada, reanudando su dura labor a las ocho, no se había hecho ninguna luz en las tinieblas de este apasionante drama.

Han declarado de nuevo los señores Tordera y su hija Elvira, la cual está plenamente segura de que era Bernardo el que entró en la casa del crimen a las once y media de la noche y el que tiró después de la víctima cuando ésta salió al balcón para gritar.

Por su parte, los demás declarantes sostienen con la misma convicción que «el Mudo» estaba con ellos a esa hora.

En vista de estas contradictorias declaraciones y en la posibilidad de que la niña estuviera influida por alguna alucinación, el juez ha dispuesto que Bernardo «el Mudo» desfilase en rueda de presos por delante de la niña. Practicada esta diligencia, parece que Elvira Tordera reconoció inmediatamente a Bernardo y mantuvo con energía sus acusaciones.

Se ha sometido a «el Mudo» a nuevos interrogatorios, que no han dado ningún resultado positivo. Aunque, por estar incomunicado, no le hemos podido ver, sabemos que su estado de excitación ha ido en aumento desde que ingresó en el calabozo del Juzgado.

La actividad de la policía ha sido hasta ahora igualmente vana.

La última y más sensacional noticia. — Parece haberse comprobado que Bernardo no es mudo.

EN el momento de cerrar esta edición, nuestro redactor nos comunica por teléfono que el Juez ha podido comprobar, durante el último interrogatorio, que Bernardo no es mudo. Como sería inútil retrasar la edición porque el Juzgado se muestra muy reservado sobre este punto, nos limitamos a dar la noticia escueta, confiando en que en la edición de mañana podremos ampliarla con toda clase de detalles.

El crimen de la calle de Oriente

Se descubre el autor del crimen

**Bernardo "el Mudo" asesinado por el mismo
que estranguló a su ama**

**Después de cometer el doble asesinato
se hace pasar por el criado de doña Laura**

El principio del fin

AL cerrar nuestra edición de ayer recogimos la noticia de que el juez había comprobado que Bernardo no es mudo. Ampliando y explicando este extremo diremos que el descubrimiento fué casual. El juez, a última hora de la tarde de ayer, sometió al detenido a un nuevo interrogatorio con el que perseguía que confesara su crimen en caso de que realmente fuera el asesino.

Como después hemos podido saber por el propio juez instructor, desde un principio, a través de la torpeza y nerviosismo de las declaraciones del detenido, se advertía una incoherencia sospechosa y plagada de contradicciones. Sin duda, en ello tenía parte el estado de excitación del presunto culpable y su escasa cultura e inteligencia pero, según opinión del juez, la causa principal era el propósito del detenido de aumentar la confusión de los hechos, por lo que le ha venido sometiendo a continuos interrogatorios, llevando esta diligencia con tanto secreto, que ni los periodistas ni el público hemos tenido noticia de ella, creyendo que el juez había desistido de tomar nuevas declaraciones al criado mudo por considerarlas inútiles.

Ayer por la tarde, como hemos dicho, el Juzgado volvió a interrogar al detenido y con tanta pericia y habilidad obró el señor Casares, que pronto se vió el declarante enzarzado en un cúmulo de contradicciones y confesiones acusadoras. La excitación del detenido era enorme, cuando el señor Casares, inopinadamente, le hizo esta concluyente observación:

— Por las respuestas contradictorias que usted me ha ido dando se deduce que usted sabe muchas cosas acerca del asunto y se niega a confesarlas.



Bernardo García Fuensalida, el verdadero mudo, asesinado por su primo.

El declarante se estremeció al verse tan directamente acusado y, olvidándose del papel que estaba representando, protestó, usando de la palabra:

— ¡Yo no sé nada de eso!

Fácil es suponer el asombro del señor Casares y demás elementos del Juzgado, al oír hablar a un mudo, así como la estupefacción del declarante al darse cuenta de la terrible imprudencia que involuntariamente acababa de cometer.

A partir de aquí, el detenido cometía una nueva imprudencia en cada contestación y cuando el señor Casares interrumpió el interrogatorio para reanudarle inmediatamente después de cenar, se mostraba tan contento y satisfecho del resultado de su diligencia, que puede darse por seguro sabía todo lo que hoy por la mañana ha comprobado plenamente.

Cuando le interrogamos los periodistas nos contestó simplemente:

— Sólo puedo decirles, señores, que «el Mudo» no es mudo y que es posible que antes de que termine el día pueda darles grandes noticias.

La policía obtiene también un triunfo.

DESDE el primer momento, el Jefe de policía dió gran importancia al hecho de que Bernardo fuera visto, o creyeran haberlo visto, en dos partes distintas a una misma hora, y tras las primeras diligencias inspiradas por el Juzgado, los agentes enca-



Jorge García Gómez, el fingido mudo, autor del doble asesinato de la calle de Oriente.

minaron sus trabajos a averiguar si en el crimen habían intervenido dos personas extraordinariamente parecidas entre sí. Como es natural, uno de los medios más a propósito para ello era comprobar si la letra con que el detenido había escrito sus declaraciones coincidía con la de Bernardo. Ni en los registros practicados en la casa del crimen ni en la rebusca en diversos centros oficiales se halló ningún documento escrito o firmado por Bernardo, pues incluso su cédula personal estaba sin firmar.

Pero la policía no desistió de su empeño y ayer por la mañana logró enterarse por un empleado del Ayuntamiento que años atrás, cuando se verificó el sorteo de quintos a que pertenecía Bernardo, éste, que se libró por su defecto, tuvo que firmar algunos documentos que acompañan el expediente de excepción.

Inmediatamente solicitó la policía el examen de dichos documentos, pudiendo comprobar que la firma de Bernardo era muy distinta a la que puso al pie de sus primeras declaraciones ante el Juzgado, por lo que la policía adquirió la convicción de que el hombre que a la hora del crimen estaba en la taberna no era el que los señores Tordera vieron cruzar la plaza de Salmerón y, poco más tarde, la niña Elvira vió entrar en la casa de la víctima. Sin duda se trataba de uno de esos casos de extraordinario parecido. ¿Acaso tenía Bernardo algún hermano gemelo? No es probable, porque nadie vió jamás a este hermano ni tuvo noticia de él.

A aclarar este punto se encaminarían las diligencias policíacas, pero ante todo era preciso aclarar las siguientes incógnitas: ¿El verdadero Bernardo era el que estaba en la taberna o el que la niña Elvira vió entrar en la casa del crimen?... ¿Dónde estaba el otro?

Al mismo tiempo, un punto y muy importante había quedado en claro: Bernardo fué el que puso las firmas en el Ayuntamiento, y el detenido no era Bernardo sino el otro. Por consiguiente, había que buscar el paradero de «el Mudo».

El detenido se confiesa autor de la muerte de doña Laura y declara que después mató a Bernardo.

AL reanudar el juez instructor el interrogatorio del detenido, después de la tregua necesaria para cenar, conoció el señor Casares los preciosos descubrimientos de la policía, los cuales, según manifestó, no hicieron sino ratificarle en sus sospechas, sospechas que ya tenía casi comprobadas.

Desde el primer momento, el detenido se mostró extraordinariamente abatido, dejando entrever que estaba dispuesto a confesar la verdad con tal de que terminara aquel interrogatorio que para su pobre mentalidad representaba una tortura.

En efecto, después de contestar difícilmente algunas preguntas hábiles del señor Casares, confesó de plano

Por la tarde no había sabido explicar por qué se fingía mudo sin serlo y la aclaración de este punto fué lo primero que solicitó de él el juez al reanudar el interrogatorio. Cuando más confundido estaba, el señor Casares le presentó la prueba lograda por la policía, de la que resultaba que él no era Bernardo y entonces el detenido se puso en pie y exclamó sujetándose la cabeza con las manos:

explicó quién era su ama y por el tono con que me habló del dinero que guardaba en el despacho comprendí que había pensado en apoderarse de él y que no lo hacía porque su ama estaba en casa a todas horas y llevaba siempre la llave encima. Desde entonces mi primo me visitó algunas veces y siempre hablábamos de su ama y de su dinero. Un día me dijo que en aquella cajita guardaba la viuda cer-

mitorio donde «ella» estaba quitándose los zapatos. Se sobresaltó al verme entrar tan decidido y sin duda me iba a reprender cuando yo me abalancé sobre ella, al mismo tiempo que daba un manotazo a la pequeña lámpara que había sobre la mesilla de noche. Ahora comprendo que esto fué una torpeza porque, cegado por la obscuridad, no pude sujetarla ni evitar que lanzara algunos gritos. Logró huir al gabinete y asomarse un momento al balcón, pero allí la alcancé y tiré de ella. Entonces fué cuando...

Al llegar a estos momentos culminantes de la tragedia, el asesino se demudaba y se negaba a seguir adelante, cubriéndose algunas veces el rostro con las manos y exclamando: «¡Qué horror, qué horror!», pero el juez encontraba siempre los argumentos necesarios para determinarle a continuar.

—...entonces fué cuando le eché las manos al cuello y la estrangulé. Encontré la llave colgada del cuello a modo de relicario como Bernardo me había dicho, y fui directamente a la caja. Con el dinero en la mano salí al jardín y allí me senté a contarlo y a descansar. Había setenta y dos billetes de los más grandes y otros más pequeños. Al sentir en mis manos aquella fortuna me volví como loco y en seguida me puse a pensar en la forma de no compartirla con mi primo. A fuerza de cavilar se me ocurrió matarle también y hacer desaparecer su cuerpo. Yo sabía que los médicos — por eso convinimos con mi primo este plan — averiguarían la hora en que el ama de Bernardo había muerto y si Bernardo estaba a esa hora en la taberna y yo me hacía pasar por él, se demostraría que yo era inocente. Sabía que, cansado de esperar en la taberna, mi primo iría a casa de su ama para buscarme, y decidí esperarle. Mientras, lo preparé todo: abrí un hoyo en el jardín junto a un gran montón de tierra para esconder el dinero, y busqué una cuerda para dejarla cerca del pozo que encontré en un extremo del mismo jardín. Poco después de las dos y media llegó «el Mudo». El era menos fuerte que yo y además tenía la desventaja de que no podía gritar. Bernardo me había dado llaves de todas las puertas que yo tenía que abrir para llegar al cuarto de su ama, pero yo dejé la del jardín abierta de modo que él pudiera entrar y no le acometí allí mismo porque me convenía que llegara hasta el

gabinete. Una vez allí, yo, que estaba oculto, salté sobre él y le maté por el mismo sistema que había empleado con su ama. Me puse las ropas de mi primo, diciéndome que por muy iguales que fueran las que yo llevaba siempre serían más exactas las suyas, y también me calcé sus botas, poniéndole a él las mías, así como mi traje, en uno de cuyos bolsillos guardé la llave de la caja. Después llevé su cuerpo al jardín y con la cuerda preparada lo descolgué hasta el fondo del pozo. El dinero estaba ya enterrado cuando llegó mi primo. La circunstancia de que Bernardo fuera mudo facilitó mucho mis planes, pues, de otro modo, la diferencia de voces hubiera hecho imposible la suplantación. Como todo lo tenía preparado, pude obrar con la ligereza suficiente para salir de la casa a las tres con objeto de avisar al vigilante. Lo demás ya lo sabe todo el mundo. Reconozco que el papel de mudo es muy difícil y estoy seguro de que es eso lo que me ha perdido, pues mi torpe mímica infundió sospechas de que yo no era Bernardo. Ustedes han ganado. Ahora sólo les pido que me dejen en paz.

Hallazgo del cadáver de Bernardo

Las primeras horas de esta tarde, por orden del juez la brigada municipal ha procedido a extraer del pozo del jardín el cuerpo del criado mudo, cómplice en el asesinato cometido contra doña Laura Reinoso.

El cadáver fué arrojado al pozo atado de pies a cabeza con una soga muy fuerte, y coincidiendo con la confesión del criminal, el cadáver de Bernardo presenta evidentes señales de haber muerto estrangulado. Por orden del juez instructor ha sido trasladado al depósito judicial a fin de que se le practique la autopsia.

El asesino en la cárcel

ESTA misma mañana ha sido trasladado el asesino a la cárcel, quedando así desvanecido el carácter misterioso de este suceso que tanto ha apasionado a la multitud durante tres días.

Para terminar, elogiaremos con los demás colegas y el público en general la labor meritoria del juez señor Casares que con tanto tino ha obrado en este intrincado asunto hasta descubrir al autor del repugnante crimen que desgraciadamente ha resultado un doble asesinato.



Montón de tierra del jardín, junto al cual (x) fué encontrada la cantidad robada a doña Laura Reinoso.

— ¡No, no soy Bernardo! ¡Yo fui quien maté a su ama y después le di muerte a él! ¡Ahora ya lo saben todo! ¡Ya pueden dejarme en paz! ¡Acabarán por volverme loco!

Cómo se desarrollaron los hechos y quién es el asesino

DESPUES de dejar descansar al detenido durante el resto de la noche a petición de él, que prometió contarle todo cuando se recobrara, el asesino ha hecho un relato acabado de las circunstancias que rodearon al crimen y, de cómo lo realizó, relato que copiamos a continuación, si bien con palabra menos torpe que la del declarante:

— Yo me llamo Jorge García Gómez y vivía en la cercana aldea de Villa Casar y allí vino un día a verme Bernardo, que era primo hermano mío y al que yo sólo conocía porque mi madre me habló alguna vez de él. Sabía que era mudo y que de pequeño se parecía tanto a mí, que de vivir juntos nos habrían tomado por hermanos gemelos. Su visita sólo tenía por objeto preguntarme si yo tenía trabajo para él, pues estaba cansado de su ama, la cual, según decía, no le daba ni para fumar. Llevada la conversación a este punto me

ca de quince mil duros y esta cifra se me metió en la cabeza y despertó en mí el deseo de apoderarme del dinero. Cuando de nuevo vino Bernardo a verme le expuse un plan para apoderarnos de lo que la caja contenía y él aceptó. Este fué el plan que en parte pusimos en práctica.

Jorge, que hasta entonces había hablado con relativa tranquilidad, se inmutó visiblemente al llegar a este punto de su relato y sólo ante las repetidas demandas del juez continuó:

— Yo me compré ropas iguales a las de Bernardo y antes de venir aquí ya lo teníamos todo precisado. Cuando él, después de cenar, se dirigió como de costumbre, a la taberna de la calle de la Independencia, se encontró conmigo en el callejón del Castillo para darme las llaves de la puerta. El me esperaba en la taberna y yo, después de cometido el robo, pasaría por delante. Entonces nos iríamos juntos Dios sabe dónde y nos repartiríamos el dinero. Pareciéndome tanto a Bernardo, podría entrar en la casa sin llamar a nadie la atención, y como mi primo me había dado toda clase de detalles sobre la disposición de las habitaciones, obraría con rapidez y seguridad. En efecto, llegué sin dificultad al dor-

EL ASESINO DEL CAIRO

por el Inspector FAHMI
del Departamento de Policía
del Cairo (Egipto)



***¿Qué mano homicida
esgrimió el puñal que
causó la muerte a
la joven extranjera?***

LAS primeras noticias del misterioso suceso llegaron a nosotros imprecisas. El telegrama, dirigido al jefe de Investigación criminal del Cairo, donde yo prestaba a la sazón mis servicios, solamente decía: «Joven extranjera apareció muerta esta madrugada en la carretera de Harch. Mande personal a practicar investigación.»

Mi jefe, apenas leyó el comunicado, me llamó a su despacho y, tras entregarme el telegrama transcrito, me ordenó que me pusiese inmediatamente en camino de Harch, pequeña población situada a pocas leguas del Cairo.

Era el primer asunto de sangre que se me encomendaba y, como es de suponer, mi noble afán por distinguirme en un servicio de la importancia de aquél, espoleó mi actividad, hasta el extremo de que dos horas después, transportado en una execrable diligencia, me hallaba en el lugar donde había aparecido el cadáver de la joven extranjera.

Las autoridades de Harch ya esperaban en aquel sitio mi llegada: apenas descendí del carricoche, me condujeron unos metros más abajo y al margen de la carretera pude ver una gran caja de madera, propia para embalaje de mercancías, dentro de la cual estaba el cadáver de una mujer.

Abrigar sospechas de suicidio hubiera sido pueril, por cuanto aquel detalle de la caja y las diversas heridas que presentaba el cuerpo de la víctima rechazaban de plano tal hipótesis. Tratábase, desde luego, de un crimen. Mas sus circunstancias eran en extremo desorientadoras, sin que a primera vista ofreciese pista alguna aprovechable.

De haberse tratado de una mujer indígena, el reconocimiento del cadáver por parte de alguna persona de Harch nos hubiese dado sucesiva y gradualmente las pistas probables del misterioso asunto. Pero tratándose de una joven extranjera, seguramente desconocida en el país, no era tan fácil ni aun forjar sospechas sobre los posibles asesinos.

Rechacé, desde luego, que aquella mujer hubiese sido víctima de una de las bandas de forajidos que asolaban por aquel tiempo las carreteras de Egipto, pues sobre haber ocurrido el suceso a pocas leguas del Cairo, donde los bandidos no se atrevían a operar casi nunca, el traje de la mujer muerta indicaba a las claras que el crimen se había cometido en una ciudad, pues estaba compuesto de prendas impropias para viaje. Mi deducción provisional, en vista de este pormenor, fué la de que el cadáver había sido trasladado allí por los asesinos con el deliberado propósito de despistar. Sin embargo, como esto no arrojaba ninguna luz sobre el misterio, mi primera providencia fué la de hacer trasladar al Cairo el macabro hallazgo y, una vez allí, ordenar que se sacasen fotografías del cadáver de la joven, las cuales, acompañadas de una filiación, haríamos circular por las aldeas inmediatas al Cairo con el fin de procurar su identificación.

A los tres días, el jefe de una de las aldeas consultadas se personó en la jefatura acompañado de otro hombre, para manifestar que había reconocido en la fotografía a una joven extranjera — acaso francesa — desaparecida pocos días antes de

aquella población. El hombre que le acompañaba era el posadero en cuya casa habitaba desde hacía algunos meses la joven desaparecida.

Sin pérdida de tiempo, salimos en el primer tren de aquella mañana hacia la población de Benchén, de donde procedían el jefe y el posadero, y a eso de las cuatro de la tarde nos hallábamos ya en la habitación que ocupara días antes la infortunada joven.

Era un pequeño cuarto de la primera planta del edificio, situado a la esbelta de éste, y con una ventana que se asomaba sobre el huerto aldeaño. (La posada estaba a la entrada de la población.)

Mientras revisábamos minuciosamente aquella sala, el posadero nos explicó lo poco que sabía acerca de su huésped. Había llegado allí en octubre del año anterior. No se le conocía ninguna clase de ocupación ni, por otra parte, parecía poseer medios de fortuna que le permitiesen vivir en completa holganza. Empero, la joven pasábase la mayor parte del día en casa, saliendo tan sólo una hora o dos por las tardes y regresando generalmente de ocho a nueve, hora en que se encerraba en su cuarto para no volver ya a salir hasta el día siguiente.

Recordó el posadero, como detalle importante, que dos o tres días antes de enterarse de su desaparición — tuvo, que descerrajar la puerta para saberlo — habían visitado a la extranjera dos hombres jóvenes, pero por separado. Aparte de esto, no sabía nada más que pudiese interesar a mis pesquisas, a excepción de que, cuando le pregunté el motivo por el cual se había abstenido de dar cuenta a la justicia al notar la desaparición de la joven, dijo que no sospechó que se tratase de tan grave suceso, si no que creyó simplemente que la joven había desaparecido de incógnito acaso por eludir el pago del hospedaje, que ya le adeudaba desde hacía varias semanas.

Reflexionando acerca de tales pormenores, comencé a registrar escrupulosamente el cuarto. Los modestos y reducidos enseres que constituían el ajuar de la joven asesinada hallábanse intactos, en perfecto orden, colocados cada cual en su sitio. Mas al acercarme a la cama, noté el singular detalle de que carecía de sábanas. Pregunté al posadero, y éste se extrañó asimismo, pues afirmó que aquel lecho, como todos los de su hospedería, estaban siempre provistos de las prendas usuales.

— ¿No pudiera ser que por involuntaria omisión, éste careciera de ellas en los últimos días? — insistí.

— Estoy seguro de lo contrario, señor — me respondió el posadero. — Recuerdo perfectamente haber entregado a la muchacha las sábanas limpias dos días antes de advertir su desaparición.

— ¿No pudiera ser que por involuntaria omisión, éste careciera de ellas en los últimos días? — insistí.

— Estoy seguro de lo contrario, señor — me respondió el posadero. — Recuerdo perfectamente haber entregado a la muchacha las sábanas limpias dos días antes de advertir su desaparición.

— ¿No pudiera ser que por involuntaria omisión, éste careciera de ellas en los últimos días? — insistí.

— Estoy seguro de lo contrario, señor — me respondió el posadero. — Recuerdo perfectamente haber entregado a la muchacha las sábanas limpias dos días antes de advertir su desaparición.

— ¿No pudiera ser que por involuntaria omisión, éste careciera de ellas en los últimos días? — insistí.

— Estoy seguro de lo contrario, señor — me respondió el posadero. — Recuerdo perfectamente haber entregado a la muchacha las sábanas limpias dos días antes de advertir su desaparición.

— ¿No pudiera ser que por involuntaria omisión, éste careciera de ellas en los últimos días? — insistí.

— Estoy seguro de lo contrario, señor — me respondió el posadero. — Recuerdo perfectamente haber entregado a la muchacha las sábanas limpias dos días antes de advertir su desaparición.

— ¿No pudiera ser que por involuntaria omisión, éste careciera de ellas en los últimos días? — insistí.

— Estoy seguro de lo contrario, señor — me respondió el posadero. — Recuerdo perfectamente haber entregado a la muchacha las sábanas limpias dos días antes de advertir su desaparición.

— ¿No pudiera ser que por involuntaria omisión, éste careciera de ellas en los últimos días? — insistí.

— Estoy seguro de lo contrario, señor — me respondió el posadero. — Recuerdo perfectamente haber entregado a la muchacha las sábanas limpias dos días antes de advertir su desaparición.

cuarto había sido testigo del misterioso drama; pero, por otra parte, ¿cómo explicarse la ausencia de pormenores tan corrientes e inevitables como las manchas de sangre, el desorden en los muebles, los gritos acaso de la víctima al ser atacada, esa porción, en fin, de detalles que se registran indefectiblemente en todo suceso de esta índole? Ya he dicho que todo en el cuarto estaba en perfecto orden si se exceptúa la inexplicable desaparición de las sábanas de la cama.

Empecé a practicar un nuevo registro, y éste ya tuvo un resultado más satisfactorio.

Oculto por la alfombra instalada a los pies de la cama hallé un trozo del pavimento a medio levantar y debajo de los ladrillos, repuestos con rapidez y sin gran esmero, había un puñal con la hoja ensangrentada — indudablemente el que empuñó el asesino — junto con tres cartas de amor dirigidas a la víctima y un cofrecillo de plata con las iniciales A. H., grabadas en la tapa. Las cartas estaban firmadas asimismo con un nombre que correspondía a la primera de las iniciales del cofrecillo: *Arhimaus*.

Apenas lo pronuncié en presencia del jefe local, que seguía a mi lado, tomó las cartas con mano temblorosa y pronunció, lleno de sorpresa:

— ¡Arhimaus Habens!

— ¿Le conocéis? — pregunté rápidamente.

— ¡Es un viajante en joyas, que viene del Cairo cada semana!

Tal afirmación hizo participar a mi ánimo de la misma emoción que embargaba al jefe. Le pedí nuevos detalles, en la seguridad de que ya habíamos dado con el asesino. Pero el jefe no conocía otros pormenores. No obstante, la pista era como para no desalentarse.

TRAS una serie complicada y trabajosa de investigaciones logré saber, en un par de días, que Arhimaus Habens era, en efecto, un viajante en joyas de la casa «Mant», del Cairo; que dicho viajante recorría semanalmente las ciudades de los contornos; que se hospedaba invariablemente en una fonda muy conocida de la ciudad y que era el amante de

la joven extranjera asesinada!

Para el menos avisado de los hombres, una asombrosa acumulación de detalles como estos no dejarían la menor sombra de misterio sobre el asunto, y para mí, por consiguiente, quedaba todo aclarado. Arhimaus Habens era, indudablemente, el asesino.

Mas cuando organizaba mis trabajos para conseguir la detención del que creía a ciencia cierta culpable del misterioso crimen, un comunicado procedente de Harch nos daba cuenta de que en el mismo lugar donde apareciera la caja con el cadáver de la joven había sido encontrado muerto el propio hombre a quien perseguíamos: Arhimaus Habens.

No hubo lugar tampoco a que abrigáramos la lógica sospecha de que el joven viajante se había suicidado, porque sobre su cuerpo fué hallada la siguiente carta anónima:

«Con esta segunda víctima he realizado mi venganza. Los hombres me juzgarán mal, lo sé. Pero el Dios supremo, que ha sido testigo de mis sufrimientos infinitos, no será tan inexorable como la mezquina conciencia de los hombres...»

La desorientación que embargó mi ánimo al conocer el texto de esta carta no tuvo límites. Cuando yo juzgaba esclarecido el misterio, su maraña se hacía aún más tenebrosa.

¿De qué venganza hablaba aquel tercer personaje ignorado? ¿Qué clase de sufrimientos podían ser los que le habían conducido a aquellos dos crímenes inexplicables?

No es posible reflejar los diversos estados de duda, de asombro y de confusión por que pasaba mi espíritu.

Durante algunos días quedé tan aplanado, que ni se me ocurrió pensar en nada, ni aun en lo más sencillo. Pero así que empecé a recobrar esa serenidad reflexiva que sucede a la desaparición de una gran sorpresa, recordé el detalle más saliente y más olvidado: El posadero, el día de la investigación en el cuarto de la mujer asesinada, me había hablado de dos jóvenes que entraron a ver por separado a la extranjera... Uno de aquellos jóvenes — calculé — era, sin disputa, Arhimaus Habens, el hombre asesinado. Y el otro... ¿quién podía dudar de que fuese el autor de los dos crímenes?

... En el mismo lugar donde apareció la caja con el cadáver de la joven extranjera fué encontrado muerto el hombre a quien perseguíamos como culpable del misterioso crimen.

Esta conclusión se me ofreció indiscutible, y llegué a sospechar que el móvil que había originado los dos asesinatos era el amor.

Volví a tomar el tren de Benchen, y a las pocas horas estaba ante el posadero, a quien pregunté, enseñándole una fotografía de Arhimaus Habens:

— ¿Es éste alguno de los dos jóvenes que usted vió entrar en el cuarto de su huésped?

El posadero examinó un momento la fotografía y confirmó mi pregunta.

— ¿Conocería usted al otro si le viese? — volví a preguntar.

— Seguramente, señor.

A continuación hice que me diera todas sus señas, el traje que vestía y la edad aproximada que le calculó.

Como Benchen era una población pequeña, desconté que el joven cuyas señas acababa de obtener perteneciese a ella, pues en tal caso se hubiera advertido en seguida su desaparición y el mismo posadero me hubiera podido decir concretamente quién era, pero como, por otra parte, tenía la seguridad de que el presunto asesino tuvo que ser visto en la población antes de llevar a cabo sus dos delitos, hice divulgar entre los vecinos de Benchen las señas aportadas por el posadero, preguntando si alguien había visto a algún extranjero a quien correspondiesen.

PASE toda la mañana esperando infructuosamente en la posada. Mas por la tarde llegaron a verme dos hombres, y puedo asegurar que a su espontánea aportación debí el satisfactorio resultado final.

Uno de estos hombres era un joyero de la localidad, quien me declaró que varios días antes del crimen había estado en su casa un joven cuyas señas correspondían a las indicadas y que aquel hombre le compró un cofrecillo de plata en el que hizo grabar las iniciales A. H.

Se habrá comprendido la importancia de semejante revelación.

De un solo golpe quedaban aclaradas tres cosas: que el joven visto por el posadero era el mismo a quien el joyero vendió el cofre; que, al encontrarse el cofre en la sala del crimen, el comprador era el criminal, y que, al hacer grabar en él las iniciales de Arhimaus Habens, no había tenido otro propósito que el de culpar a éste del crimen.

El otro hombre que me visitó acabó de confirmarme estos extremos mediante sus noticias. Era un fabricante de muebles de la localidad y dijo que el mismo joven cuyas señas se le habían dado, compró en la tarde anterior a la desaparición de la extranjera el cajón donde fué hallado el cadáver.

No faltaba más que averiguar el nombre del asesino y prenderle.

Mi primera providencia, al llegar a estas conclusiones, fué la de informarme detalladamente de la vida de la mujer asesinada. No sé por qué, tenía la seguridad de que en algunos de los episodios de su existencia había de aparecer el nombre del presunto asesino. No olvidé, para pensar así, que en el texto de la carta encontrada sobre el cadáver de Arhimaus se hablaba de venganza, y para que exista un deseo de venganza han de existir motivos anteriores.

Mediante la información que abrí para averiguar el pasado de la joven supe que ésta era una bailarina eurorea, llegada a Jerusalén un año antes. Como los negocios no le fuesen bien, hizo el propósito de regresar a Europa, pero en vez de hacerlo así le pareció mejor aceptar las ofertas de un amante, Malton Ebrau, de quien se separó meses después, huyendo a refugiarse en Benchen *porque Malton la perseguía*. Una vez en Benchen, conoció a Arhimaus, de quien se enamoró, siendo su amante hasta el día del crimen.

Con estos datos, la inteligencia más obtusa hubiese llegado ya a la conclusión definitiva... Si Malton Ebrau había perseguido a la joven por despecho de verse rechazado, ¿quién otro podía ser el asesino de los amantes? ¿No estaba claro ahora el texto de la carta?

Sin meditarlo siquiera, regresé al Cairo e hice figurar el nombre de Malton Ebrau en las requisitorias.

TARDÓ bastante tiempo en encontrarse. Una organización policíaca todavía tan defectuosa como la del Cairo no permite ordinariamente esa rapidez en los procedimientos de que pueden hacer gala las naciones de Europa y América. Mas una noche, en ocasión de unas detenciones en *vazzias*, Malton Ebrau fué cogido en un suburbio del Cairo, donde hacía la vida depravada de todos los hombres que se ocultan de la Ley.

No confesó su culpa hasta diez minutos antes de morir. Se supo entonces que el crimen de la joven extranjera lo cometió en la propia habitación ocupada por ésta, para lo cual escaló la ventana; que las huellas de sangre fueron escrupulosamente borradas,

(Continúa en la página 77)



Oculto en la alfombra instalada a los pies de la cama hallé un trozo del pavimento medio levantado.

ROBOS y HOMICIDIOS

por

EL famoso bandido Luis Domingo Cartouche nació en París en el mes de octubre de 1693.

Su padre era un honrado tratante en vinos, el cual había conseguido una regular fortuna con este negocio.

Queriendo que su hijo se ilustrara y aprendiera, en armonía con su clase, le hizo entrar en el colegio de Clermont, donde

Era más pequeño de lo que debía ser por la edad, flexible y delgado, pero fuerte como el acero.

Con aquellos maestros en el *arte* de robar, las ideas de Cartouche se desarrollaron de un modo alarmante, tanto, que sus padres adoptivos pudieron concebir esperanzas fundadas sobre la ligereza de sus manos y los recursos de su entendimiento



La banda de Cartouche en uno de sus encarnizados encuentros con la ronda

ya empezó el joven Cartouche a dar señales inequívocas de lo que había de ser andando el tiempo.

Un marquesito, compañero suyo, había recibido de su casa cien escudos; Cartouche, que entonces estudiaba el cuarto año, consiguió forzar las cerraduras del armario de su condiscípulo y cargó con el dinero.

Recayeron las sospechas sobre dos mujeres que se cuidaban de la limpieza de las habitaciones, mas como no se les pudo probar el fraude, se contentaron con despedirlas.

A los pocos días abandonaba el colegio el precoz ladrón, creyéndose realmente rico.

No se atrevió a presentarse en su casa, y cuando a eso del anochecer continuaba vagando, encontró acampados en un bosque unos cuantos gitanos que iban a probar fortuna a las inmediaciones de las grandes ciudades.

Este verdadero racimo de horcas admitió al tunantuelo como compañero, porque les pareció listo y con todas las condiciones necesarias para el oficio.

Pillete de París y gitano al mismo tiempo. Esta es la verdadera definición del bandido en su primera época.

El aprendizaje de Cartouche con los gitanos duró unos dos o tres años. Perseguida la banda por sus innumerables fechorías, tuvieron que abandonar la ciudad de Ruan, donde vivían acampados en las afueras, y se largaron a otra parte, sin acordarse de que se dejaban a Cartouche enfermo en el hospital.

CUANDO el joven vagamundo salió curado del asilo, se encontró solo, abandonado en medio de las calles de la ciudad, cubierto de harapos, con un hambre de muchacho convaleciente y sin un maravedí en el bolsillo.

En este estado se encontró con un tío suyo, a quien un negocio había llevado a Ruan.

Después del consiguiente sermón, se lo llevó a la posada, le dió de comer y le compró algunas prendas de ropa.

Al día siguiente entró el pilluelo en la casa paterna con la cabeza baja, aguantando las recriminaciones de sus padres.

del BANDIDO CARTOUCHE

G. P. M.



A los pocos días de su llegada, volvió el padre a su manía de que estudiara; y así lo hizo el mozo contentando a los que le querían bien.

Mas esto duró muy poco tiempo. A Cartouche se le hacía muy dura aquella vida sedentaria. Aquel arreglo diario no era para él. Eso de comer siempre a la misma hora y en la misma

Allí estaba más seguro que si hubiese huído hasta Marsella y empezó a vivir por su cuenta del trabajo de sus uñas.

Asistía a los cafés, a los juegos, a las iglesias y a los paseos, y sus manos ágiles vaciaban los bolsillos de los caballeros y de las damas con una habilidad pasmosa. De este modo vivía a sus anchas.



Cartouche, junto con un compañero albañil, preparando una de sus célebres evasiones.

mesa resultaba aburridísimo. Dormir siempre en la misma cama a las horas reglamentarias, era otro de sus tormentos.

Nada, aquello no podía continuar así..., aquello no era para Cartouche; y, volviendo a pensar en lo pasado, ya no vió nada más que le distrajera tanto como los placeres de la vida errante.

Sin embargo, conoció a una muchacha y esto le hizo olvidar por algún tiempo sus costumbres pasadas.

Aquí empezó a demostrar su destreza como ratero de los más expertos. Robaba para vestirse mejor y para hacer regalos a su novia.

Claro, el padre de Cartouche llegó a enterarse de la vida que hacía el joven, y le encerró en la casa de corrección de aquella época, o sea en el convento de San Lázaro.

No tardó en escaparse, no sin llevarse las ropas que pudo del asilo donde se encontraba.

Pero no se fué muy lejos, pues no hizo más que dar un salto desde el Marais a una callejuela del arrabal de San Germán.

Cierto día en que Cartouche había ido a oír un sermón a la iglesia de los Dominicos, para aprovecharse a la vez de los descuidos de la gente, se encontró, al salir, con un mocetón de mala catadura, el cual le paró en un rincón del paraje de los Jacobinos.

— ¡La bolsa o la vida! — le dijo el valentón.

Cartouche se puso en guardia.

— Poco a poco, chiquillo — volvió a decir el matón, — no hay que tomar las cosas de ese modo. Ea, somos del mismo temple y no debemos pelear, sino ser amigos. ¡Vengan esos cinco!

Cartouche seguía en guardia.

— Vamos, hombre..., un poco más de confianza— prosiguió el perdonavidas. — Mirad, yo me hallaba ahora mismo en la iglesia y, en vez de hacer mi negocio como otras veces, he pasado embobado más de una hora viendo cómo trabajabais. ¡Diablo qué mano! ¡Pero qué escuela tan maravillosa tenéis!

— No sé lo que queréis decir.

— Vamos, hijo mío; ya os podéis franquear conmigo. ¿Veis este bolsillo de malla color rosa? Es mi estreno de esta mañana y ya veis cómo brillan los escudos que contiene.

— Bien ¿y qué?

— Os podría convidar a comer en una taberna de lujo, pero deseo hacer los negocios en regla y quiero daros pruebas de lo que soy.

— No me hacen falta.

— Sí que sois terco.

— No os conozco.

— Por eso me esfuerzo en que me conozcáis. ¡Ea! Volvamos a la iglesia.

Los dos pillos entraron en la iglesia, y a los dos minutos ya tenía el mocetón en su poder otro bolsillo tan repleto como el anterior.

Esta prueba fué de la aprobación de Cartouche y se dejó conducir a la casa del otro ladrón. Este se llamaba Gaguís y tenía un cuartito algo retirado en la calle sin salida de Tripet.

En aquella especie de perrera casi sin luz ni ventilación, había dos lindas muchachas que se llamaban Gauchon y Michon. La primera, una joven hermosa y alta, era la amiga de Gaguís, y la segunda, o sea Michon, era la hermana de Gauchon, algo menor que ella.

Estaba libre y tenía muchas ganas de entregar su corazón a un muchacho de tan buenas prendas como el amigo de su hermana mayor.

Nada tenía Cartouche de repugnante. Contaba entonces diez y siete años, con unos ojos vivos y penetrantes, una fisonomía franca y alegre, buen tipo y cierto aire de elegancia del que se aprovechaba muchas veces para engañar a los incautos. Era, además, muy fuerte, tenía mucho valor y no le faltaba atrevimiento y audacia.

El muchacho agradó a las dos hermanas, y más cuando el compañero les refirió sus proezas.

Michon admiró al nuevo huésped y le tendió la mano en señal de franca amistad.

Minutos más tarde se sentaron a la mesa donde despacharon un conejo estofado que la hermana mayor había ido a buscar a una taberna de aquel barrio.

Cuando hubieron rebañado bien el plato y no quedó en el jarro ni una gota de vino, habló Gaguís:

— Ya podéis ver que aquí somos enemigos de la tristeza.

— ¿Qué queréis decirme con eso? — le preguntó Cartouche.

— Que debéis abandonar vuestra soledad.

— ¿Por qué?

— Porque trabajando uno solo se muere de fastidio.

— En eso no os falta razón.

— Ya vivía conmigo un camarada, que no os llegaba a la suela del zapato, y eso que tenía cinco pies y seis pulgadas de estatura; pero ha tenido cuatro palabras con los arqueros y éstos le han obligado a tomar un cuarto gratis en el aribé...

— En la cárcel — interrumpió Cartouche.

— ¿Conocéis también el caló?

— Lo cursé en una academia gitana y no lo he olvidado.

— Bravo. Conque vamos a ver, ¿por qué no ocupáis el puesto de mi amigo?

— ¿En la cárcel?

— No, hombre, no; en mi casa, aquí. ¿Queréis reemplazarle?

— Echa esos cinco — le contestó Cartouche, entusiasmado ya con el vino y con los ojillos de la Michon.

Hecho el pacto, se selló con un brindis general.

A L principio todo marchó como una seda.

La sociedad Gaguís, Cartouche y compañía realizaba muy bonitos negocios sin más capital que cuatro manos listas y cuatro pies ligeros.

Pasaron algunos meses, y el ingenio de Cartouche discurrió otras tretas de más mérito que el juego del *dos*, que consistía en sacarle a un individuo el dinero que llevaba en el bolsillo.

Un día supo que un canónigo de San Mery casaba a una ahijada suya. La comida iba a tener lugar en el «Anillo de Oro», una de las hosterías de aquel tiempo. Cartouche encontró el medio de que le invitaran a la comida de boda.

Allí, muy bien asegurado de que no quedaba persona alguna en la casa del canónigo, penetró en ella con su digno cominche y ayudados por finísimas limas y ganzúas dejaron la morada más limpia que el jaspe.

PERO todo tiene sus percances, y fué la Michon la que puso vinagre en aquel pastel de mieles.

¿Por qué?

Por los pícaros celos. Su hermana la Gauchon se había prendado de Cartouche y aquí empezaron los disgustos y las riñas.

Cierto día en que Gaguís, para distraerse de los disgustos domésticos, le estaba robando la capa a un honrado vecino, una ronda le vió y le siguió.

El ladrón encomendó su salvación a los talones y echó a correr con la esperanza de cansar a sus perseguidores.

Aquí, un exento que estaba apostado cerca de la casa del ladrón, le vió meterse en ella.

Pronto fué cercada por los corchetes y acabaron por echarle el guante a Gaguís y a las dos hermanas.

Cartouche había eido la buena ocurrencia de no volver aquella noche a su alojamiento.

Presas las dos hermanas y Gaguís, perdió Cartouche de un solo golpe a toda su familia; pero

no tardó mucho en consolarse de la pérdida y continuó un poco tiempo trabajando solo en todos los sitios de mucha concurrencia.

Con las cartas en las manos, ganaba haciendo fullerías, más que limpiando los bolsillos ajenos.

Tampoco le duró mucho esta buena vida, pues habiéndole pescado las trampas en algunos garitos, le echaron de ellos y no tardó en verse reducido a la miseria.

Entonces fué cuando se decidió a formar una banda de amigos de lo ajeno, con los individuos que ya conocía como duchos en la materia.

Cartouche, que tenía grandes condiciones para el mando, en muy poco tiempo logró dominar a los bandidos con quienes se había reunido. Bajo su mando supremo hubo dos tenientes, dos subtenientes, dos sargentos y un santo y seña que se daba todos los días. En fin, una verdadera organización militar.

Y empezaron los asaltos nocturnos con tanta audacia como valor.

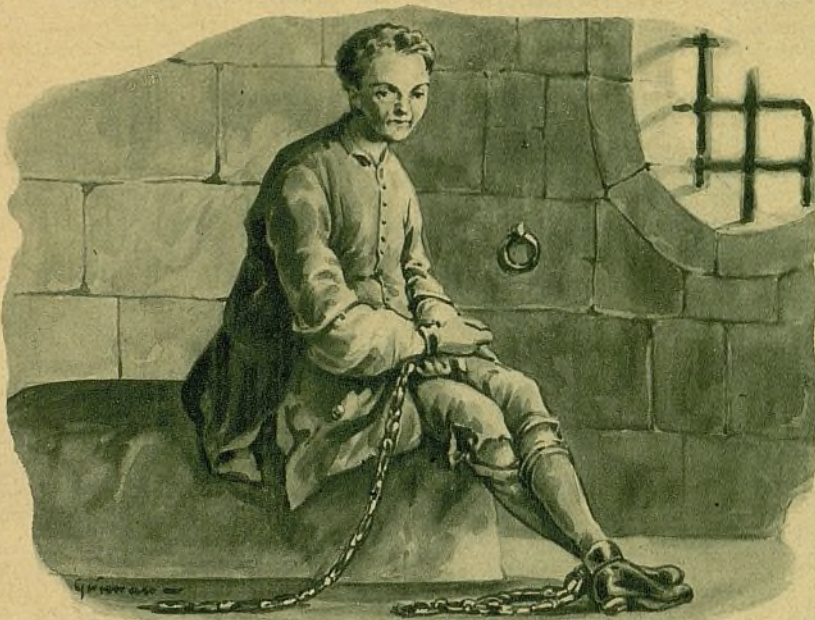
A las primeras proezas que revelaron la fuerte organización de aquella banda, se alarmó París y puso el grito en el cielo, especialmente contra la negligencia de la policía.

Esta, sin embargo, no carecía de agentes en París; antes bien, los tenía de varios nombres y de todas armas: arqueros, ronda montada, ronda a pie, dos clases de exentos y cuarenta y ocho comisarios. Además, los corchetes se contaban a cientos.

Pero Cartouche tenía también su cuerpo de ejército para vigilar a la policía, y como a estos hombres los adiestraba maravillosamente, rara vez tenía que dar la cara, pues sabía con anticipación los golpes que los jefes policíacos meditaban para echarle el guante.

En el sitio que por aquella época se llamaba las canteras, muy cerca del merendero «Ternero que mama», tenía la banda de Cartouche su cuartel general, y allí se adiestraban los individuos más jóvenes en el *oficio* con el sabio profesor, que no era otro que el capitán.

(Continúa en la página 77)



Cartouche en la cárcel, según una estampa de la época.

CHANTAGE FRUSTRADO

Sólo la palabra «chantage» basta para asustar a los que han sido víctimas de esta despreciable forma del crimen. Y el presente relato podría servir de lección para el que quisiera intentarlo, así como de buena enseñanza para las posibles víctimas de él.



¡Venga usted a mirar este cadáver!

POR

CARLOS M. COLLADAY

ESTABA mi amigo Nesbit refiriéndome un caso curioso que le ocurrió en Alemania durante la guerra, cuando sonó el timbre del teléfono.

Mi amigo estuvo en el servicio secreto de los Estados Unidos durante la guerra y luego pasó varios años en París estudiando los métodos policíacos; oficialmente es ahora el jefe químico de una destilería de aguardiente. Cuando la policía local necesita ayuda le llama a él, pues le considera el mejor detective de la región.

Después que hubo acudido a la llamada telefónica, le pregunté si ocurría algo importante y me contestó que Smithson, el jefe de policía, acababa de anunciarle su visita.

Debía de ser un caso importante cuando el jefe en persona se disponía a ir a casa de mi amigo. En efecto, cinco minutos

después llegó y, aunque Nesbit le invitó a sentarse y le ofreció un cigarro, no quiso aceptar ni una cosa ni otra.

— No tengo tiempo — dijo. — En las habitaciones del Club Colonial han encontrado a una muchacha asesinada.

Estas palabras nos hicieron prorrumpir en una exclamación de asombro porque el Club Colonial es el centro más distinguido de la ciudad, hasta el punto de que pertenecer a él es casi una garantía de honorabilidad. Jamás hubo allí el menor escándalo durante los setenta años que tenía de vida.

Mientras nos dirigíamos al club en cuestión, Smithson nos comunicó lo que sabía acerca del particular.

— Nos llamaron por teléfono para que fuese allí un detective. El que llamó, que parecía estar muy excitado, no dio detalles. Yo envié a Carey y al llegar supo que nos había llamado

un tal Lenger, administrador del club. Según nos han informado, uno de los socios, al entrar en su habitación, encontró en su cama el cadáver de una muchacha. Pero todavía ignoramos cómo se llama esta persona que realizó el descubrimiento. Lenger se esfuerza cuanto puede en mantener secreto el asunto, para que no se enteren los periódicos, y Carey me dice que no ha encontrado a nadie que quiera o pueda informarle. Ahora nos está esperando Carey en el club, con orden de no permitir la entrada a persona alguna en la habitación donde está el cadáver.

— ¿Sabe usted si Carey reconoció a esa pobre muchacha? — preguntó Nesbit.

— No, señor. Y le ha parecido desconocida en la ciudad.

— ¿Está seguro de que ha sido asesinada?

— Me ha dicho que no hay duda de que fué estrangulada.

Cuando llegamos al club vimos que sus socios se hallaban en la planta baja sin demostrar la menor alarma ni curiosidad, pero en cuanto vieron aparecer a Smithson y a Nesbit comprendieron que debía de ocurrir algo grave.

— No hay duda de que Lenger habrá guardado silencio — observó Nesbit.

— En efecto — replicó Smithson. — Por ahí parece que no están excitados.

— No me lo dijo.

— ¿Le dijo cuándo volvería?

— Tampoco.

— ¿Sabe usted más o menos dónde podríamos hallarle?

— No, señor. Hablamos de este asunto y él me dijo que lo mejor sería ausentarse unos días hasta que se hubiese aclarado todo. No me indicó a dónde iba ni me acordé siquiera de preguntárselo. El no sabe una palabra de eso. Al entrar en su habitación encontró el cadáver y nada más.

Smithson y Nesbit hablaron unos segundos en voz baja y, por fin, el último dijo:

— Vamos a subir a la habitación.

Lenger nos acompañó en el ascensor hasta el tercer piso. Las habitaciones de Rayer se reducían a una salita y un dormitorio que daban a la parte delantera de la casa. Carey abrió la puerta en cuanto llamó Lenger.

— ¿Ha encontrado usted algo? — preguntó Smithson.

— Me ha parecido mejor no tocar cosa alguna hasta que llegasen usted y el señor Nesbit. Me he limitado a cubrir el cadáver con una sábana.

Nesbit se acercó a la cama y con gran cuidado separó la sábana, en tanto que los demás rodeábamos la cama.

— ¿La conoce alguien? — preguntó Nesbit.

JORGE, temblando como una hoja de árbol, nos llevó al cuarto de baño del segundo piso y allí vimos a Carey con el pecho atravesado por un cuchillo.

En cambio, lo estaba Lenger en grado sumo. Al vernos, se apresuró a llevarnos a un agujero que utilizaba como despacho.

— ¡Por Dios, jefe! — empezó diciendo. — Procure que los periódicos no se enteren, porque de lo contrario quedará arruinado.

— Ya sabe usted que es imposible evitarlo — replicó Smithson. — No se puede pasar por alto un asesinato.

— ¿Y por qué quedará usted arruinado? — preguntó Nesbit. — ¿Qué tiene usted que ver con este asunto?

— Nada — replicó Lenger esforzándose en disimular su agitación; — pero me censurarán por haber ocurrido tal cosa.

— ¿Quién? — preguntó Nesbit.

— Los directores del club. Y eso me costará el empleo.

— No sea usted tonto, Lenger — replicó Smithson. — ¿Cómo podrán censurarle, a no ser que usted esté comprometido? Usted no lo ha hecho, ¿verdad? — añadió Smithson. — Pues en paz.

La pregunta pareció sobresaltar un momento a Lenger. Luego se repuso y preguntó:

— Supongo que no se figurará usted que yo soy el asesino.

— Todavía no. Pero no me gusta su conducta, Lenger. Carey me ha dicho que usted no quiere darle ningún detalle, ni decirle a quién pertenece la habitación, ni quién encontró el cadáver. No nos importa nada el mal nombre que pueda alcanzar este club. Por consiguiente, o contesta usted a nuestras preguntas o le meto en la cárcel. ¿Estamos?

Smithson había levantado la voz, y por las vidrieras vimos que algunos socios del club nos miraban llenos de curiosidad.

— ¡Por Dios, hable usted en voz baja, jefe! — suplicó Lenger, mirando muy asustado al exterior. — Le diré todo lo que quiera, porque no tengo nada que ocultar. El señor Rayer me suplicó que callara su nombre si era posible.

— ¿Quién es ese Rayer? — preguntaron Smithson y Nesbit.

— El que descubrió el cadáver. La habitación era la suya.

RAYER era uno de los comerciantes más ricos de la ciudad y además había presentado su candidatura para el cargo de senador, contra Rogers, que lo era desde muchos años atrás.

— ¿Dónde está Rayer ahora? — preguntó Smithson.

— Creyó conveniente marcharse para no andar mezclado en este caso — contestó Lenger.

— Es una tontería, porque no por eso se libra. ¿A dónde ha ido?

Todos respondimos que no. No resulta nada agradable el aspecto de una persona estrangulada, porque el rostro está hinchado y enrojecido y los ojos desorbitados. Llamaron entonces a la puerta y entró en la estancia el doctor Strong, el médico del fiscal.

— He venido lo antes posible, jefe — dijo. — Estaba ocupado en otro caso.

— Acabamos de llegar — replicó Smithson. — ¿Cuánto tiempo hace que murió esta muchacha?

El doctor Strong examinó el cadáver y luego contestó:

— Según parece, nueve o diez horas.

— Ahora son las diez de la noche — dijo Nesbit consultando el reloj. — Por tanto, debió de morir hacia el mediodía.

— Eso es.

— ¿Murió estrangulada?

— Sin duda. Aun se ven en el cuello las huellas de los dedos de su asesino.

— ¿Qué edad cree usted que tendría?

— Es difícil asegurarlo a causa del estado del rostro. No creo que tuviese más de veinte años.

— ¿Reconoce usted a esta joven? — preguntó Nesbit a Lenger.

El administrador, que estaba muy emocionado, permaneció lo más lejos posible del lecho. Pngiendo no haber oído la pregunta de Nesbit, se disponía a alejarse cuando este último le gritó con aspereza:

— ¡Venga usted a mirar este cadáver!

Lenger dirigió una rápida mirada a la pobre muchacha y se volvió contestando:

— No la había visto nunca.

— ¿Qué le pasa a usted? — preguntó Nesbit. — Se ha puesto enfermo?

— Sí, señor — dijo Lenger, secándose el sudor del rostro. — No tengo fuerzas para contemplar un cadáver. Me impresiona mucho.

— Iremos ahora a la sala mientras el doctor Strong se queda para hacer lo que haga falta. Le recomiendo, doctor, que procure no cambiar de sitio cosa alguna — dijo Nesbit antes de dirigirse a la habitación inmediata.

— Ahora, Lenger, llamaremos aquí a todos los empleados del club, uno por uno. No hay duda de que alguno de ellos habrá visto entrar a esa muchacha, porque hemos de creer que murió aquí, ya que sería imposible traer un cadáver en pleno día, puesto que el doctor Strong dice que murió hacia las doce.

Por consiguiente, debió de venir por su pie. ¿Cuántos son los empleados del club?

Lenger hizo entonces una relación de todos los servidores del establecimiento, negros en su totalidad. Los dos detectives emplearon una hora en interrogar uno por uno a los criados, pero sin resultado alguno, porque nadie declaró haber visto a la joven. Y lo más notable del caso fué que, a juzgar por sus palabras, todos dijeron la verdad.

Tampoco ninguno de ellos había visto a Rayer desde la noche anterior.

— ¿Cómo se explica usted que nadie, a excepción de usted mismo, haya visto a Rayer? — preguntó Nesbit a Lenger. — No cabe duda de que subió y bajó del tercer piso y, sin embargo, el encargado del ascensor no lo recuerda.

— Hay que tener en cuenta — contestó Lenger — que todos esos individuos han perdido la cabeza después de ver el cadáver.

— ¿A qué hora llegó Rayer?

— No lo sé con exactitud. Subió a su habitación y, al bajar, me dió cuenta de su terrible hallazgo.

— ¿Volvieron a subir los dos al dormitorio?

— No, señor. Hablamos del asunto y él decidió, como más conveniente, alejarse hasta que el asunto hubiese sido puesto en claro. Entonces yo telefoné a la Jefatura de Policía.

— Puede usted retirarse — dijo Nesbit.

Y en cuanto se hubo cerrado la puerta tras él, mi amigo dijo a Smithson:

— Hay en todo eso algo raro. Creo que Lenger no es bastante franco. Rayer no es tonto y sólo un imbécil sería capaz de obrar según Lenger nos ha dicho.

Smithson, que se paseaba por la habitación fumando un puro, dijo:

— Me parece que sería muy conveniente prender a Lenger. ¿Qué le parece, Nesbit?

— Aunque no tenemos ninguna prueba contra él — contestó mi amigo, — sin duda sería mejor tenerle a nuestra disposición para cuando haga falta. Según su confesión, permitió a Rayer que se marchara sin tratar de averiguar a dónde fué.

— Carey — ordenó Smithson — Vaya usted abajo e invite a Lenger a acompañarle a la Comisaría. Dígale que yo quiero tener con él otra entrevista. No le encierre, pero no le pierda de vista. Y si se niega a ir de buen grado, préndale a la fuerza.

En cuanto salió Carey, el doctor Strong nos llamó al dormitorio. Había trasladado el cadáver a un diván. Y entonces, después de quitar las sábanas de la cama, quedó visible una mancha de sangre en el centro del colchón.

— Además, he encontrado estas dos sábanas debajo de la bañera — dijo mostrando un par de ellas empapadas en sangre.

— ¿No habrá sido apuñalada esta muchacha? — preguntó Smithson.

— No tiene ninguna herida en todo el cuerpo. Esta sangre pertenece a otra persona.

— Eso se complica — dijo Nesbit. — Será mejor buscar a algún amigo de Rayer y averiguar lo que podamos acerca de él.

— Eso es. Y además veremos si Lenger puede explicar esto — replicó Smithson. — Este individuo me inspira bastantes sospechas. Usted, doctor, haga el favor de quedarse aquí y no deje entrar a nadie hasta que yo mande a un par de agentes.

NOS apresuramos a bajar la escalera. Los miembros del club parecían estar muy excitados. No vimos ni a Carey ni al administrador. Mientras tanto, Nesbit empezó a llamar por teléfono.

— Seguramente que Carey se ha llevado a Lenger, porque si no lo hubiese encontrado me habría avisado — observó Smithson. — ¿Por qué estarán esos tan excitados?

— Probablemente se habrán enterado del asesinato por los criados — dedujo Nesbit. — Hágame el favor, Roberts — dijo a un joven abogado que pasaba por su lado. — ¿Qué ocurre aquí?

Roberts nos miró con cierta hostilidad, a pesar de ser amigo de Nesbit.

— ¿No podrían ustedes registrar otro lugar? — dijo — Más valdría que persiguiesen a los vendedores.

— ¿De qué habla usted? — preguntó Nesbit.

— ¿De qué voy a hablar? — continuó Roberts. — No creo

que cinco o seis li-

tros de *whisky* sean

causa suficiente pa-

ra que armen uste-

des este escándalo.



Pero ellos ataron a la muchacha y la metieron en una habitación desocupada.

— No sea usted tonto, hombre — replicó Nesbit. — Estamos aquí porque se ha cometido un crimen.

— ¿Dónde? — preguntó Roberts, anonadado por la noticia. — ¿Quién ha sido?

— Eso no importa ahora. ¿Quién le ha dicho a usted que andábamos registrando en busca de *whisky*?

— Lenger. Hace pocos minutos salió llevando una maleta y cuando le pregunté qué ocurría me contestó que la policía estaba registrando el club en busca de *whisky* y que él se disponía a marcharse.

(Continúa en la página 82)

La Firma del Cheque, Sí,

por S. F. DIAMOND

De la Sûreté Générale,
de París



*— Si yo pudiese explicarme eso,
no hubiese dado parte del hecho a la policía.*

HACE algunos años, una tarde del mes de diciembre en que, cosa rara, no tenía mucho que hacer, me hallaba de guardia en la delegación de la calle de Rennes, cuando me llamaron al teléfono con insistencia. Una voz de hombre, en la que me pareció notar cierto acento extranjero, solicitó hablar urgentemente con el delegado. Contesté que mi superior acababa de ausentarse, y tendrí que telefonar el día siguiente, salvo que prefiriera darme a mí el recado.

De gran interés debía de ser el asunto sobre el cual mi desconocido interlocutor deseaba hablar al delegado porque me preguntó si sabía a dónde se había dirigido, para telefonarle.

— Lo ignoro en absoluto — respondí. — Mi jefe sólo ha dicho que salía de París y que no regresaría hasta mañana por la tarde.

Comprendiendo que mi respuesta le había producido gran contrariedad, me apresuré a añadir:

— Si se trata de un asunto de policía, puede usted decirme lo que desee sin ningún reparo. Soy uno de los hombres de confianza del señor delegado y procuraré atenderle como lo haría él mismo.

, pero la Cantidad ¡NO!

Un acaudalado banquero alemán, establecido en París, fué víctima de una estafa de 200.000 francos por medio de un cheque falso, cuya firma era, sin embargo, auténtica.

A decir verdad, la ansiedad del desconocido me había interesado y, por otra parte, me daba en el corazón que si lograba intervenir en su asunto tendría ocasión de prestar algún servicio importante, ganándome así alguna distinción que me permitiese ascender.

Mis palabras debieron de convencerle porque, sin hacerme preguntas, me dijo:

— Pues bien. Soy el banquero Max Hartmann. Acabo de ser víctima de una importante estafa realizada con tan extraordinaria habilidad, que no puedo explicarme cómo han podido llevarla a cabo. Le ruego venga usted mismo a mi despacho inmediatamente, pues por teléfono no se lo podría explicar bien.

— Perfectamente. Dentro de cinco minutos estaré en su casa — contesté colgando el receptor.

SUBÍ a un taxi y al poco rato llamaba a la puerta de la casa que el riquísimo banquero alemán Max Hartmann poseía en la calle Lafitte.

El mismo dueño salió a recibirme. Sin recogerme el

— ¿Cómo se explica que haya una firma auténtica de usted en un documento que asegura no haber extendido?



sombrero ni los guantes ni el bastón, me hizo pasar a su despacho, donde me indicó que tomara asiento mientras él hacía otro tanto. Entonces me di cuenta de que no estábamos solos. Una señora elegantemente vestida, que estaba sentada en un sillón, se levantó y, sin decir palabra, se acercó hasta colocarse junto a la mesa del banquero. Supuse que sería su mujer porque, como él, tenía el tipo completamente alemán.

Sin preámbulo alguno — nota por demás muy alemana, — empezó el banquero a explicarme lo sucedido, expresándose en correcto francés, pero con el característico acento extranjero que yo le había notado ya por teléfono.

— Me han estafado — dijo — doscientos mil francos por medio de un cheque falso. Ha sido cobrado en mi sucursal de Hamburgo.

— ¿Un cheque falso? ¿Qué es lo que se ha falsificado en ese cheque, la cantidad o la firma?

— No, la firma no, sino la cantidad. La firma es auténtica y eso es precisamente lo más extraordinario.

— De manera que la firma del cheque es rigurosamente auténtica. ¿Cómo lo sabe usted, caballero?

— ¿Cómo quiere usted que lo sepa, si es mi propia firma?

— ¿Y usted firma un cheque por una cantidad que no quiere que sea pagada?

— Es que tengo la seguridad de no haber firmado nunca ese cheque.

— Y en cambio, la firma es de usted.

— Sin ninguna duda.

— Veamos, veamos. ¿Cómo se explica que haya una firma auténtica de usted en un documento que asegura no haber extendido?

— Si yo pudiese explicarme eso — replicó con cierta rudeza que, como es natural, no me complació mucho, — no hubiese dado parte del hecho a la policía.

La dama que asistía a mi entrevista con el banquero le dirigió unas palabras en alemán, sin duda reconviniéndole por su brusquedad. Lo supuse, porque, inmediatamente, el señor Hartmann suavizó el tono de su conversación.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— me preguntó el banquero.

— En primer término ver si, efectivamente, la firma del cheque es de usted. ¿Lo tiene usted aquí?

— ¿Pero no le digo que acerca de este particular no tengo absolutamente duda alguna?

— Ya lo he oído, pero no basta. A pesar de su seguridad, puede usted haberse equivocado. Comprenderá usted que si se orientasen las pesquisas partiendo de que la firma del cheque es realmente de usted, y luego resultase que ha sido falsificada, habríamos perdido el tiempo. Esto es lo primero que hay que aclarar.

— Bien, bien, como usted quiera.

AL día siguiente comparecía yo en el despacho del banquero con dos peritos calígrafos. El dictamen de éstos fué unánime. La firma del cheque había sido puesta allí por la propia mano de Max Hartmann, como él mismo aseguraba.

En cuanto se hubieron retirado los peritos, seguí interrogando al banquero. Cada vez comprendía yo menos que fuese posible estafar a un hombre valiéndose de su propia firma, puesta por él al pie de un documento que él decía estar seguro de no haber extendido.

— Siento mucho tener que molestar a usted, señor Hartmann, pero es preciso que, de momento, y hasta tanto que no haya desvanecido mis dudas acerca de este punto, que considero el más interesante del asunto, oriente mis indagaciones en el sentido de averiguar cómo ha puesto usted su firma en ese cheque falso.

— ¿Cómo quiere usted que haya sido puesta? Los cheques de cierta importancia los firmo todos yo, y crea usted que no lo hago sin asegurarme antes muy bien de que el documento está en regla; cosa que, por otra parte, ya han verificado mis empleados antes de ponérmelo a la firma.

— Esa seguridad que tiene usted de firmar sólo documentos en regla, y comprobados antes por otras personas, es precisamente lo que me hace pensar que ese cheque lo firmó usted sin darse cuenta de que lo firmaba; porque es evidente que, de haber observado que ese documento era ilegítimo, ni sus empleados lo hubieran sometido a su firma de usted, ni usted lo hubiera firmado.

— ¿Qué insinúa usted, caballero? Mis empleados y yo tenemos siempre conciencia de lo que hacemos. Por otra parte, nadie en la casa recuerda haber visto ese documento antes de haber sido presentado al cobro.

— Lo cual prueba que usted lo firmaría fuera de las oficinas y tal vez hallándose bajo la influencia de circunstancias extrañas.

— Sepa usted que no bebo — dijo él, comprendiendo mi idea, aunque interpretándola mal.

— Sin beber, pero con ayuda de un narcótico, pudo usted, en alguna ocasión, haber sido puesto en estado de inferioridad mental por un cómplice del estafador, o por el estafador mismo.

— Es cierto; pero hay un gran inconveniente para que eso

pueda haberse desarrollado tal como usted lo imagina, y que por cierto ya se me había ocurrido también a mí; y es que, desde la fecha en que fué extendido el cheque, hasta el día de hoy, no he comido fuera de casa, y en ella nadie hay que no sea de mi absoluta confianza, comenzando por la cocinera y el ayuda de cámara, sin cuya complicidad es imposible mezclar nada en lo que yo como o bebo. Pero, hay más, señor Diamond — añadió: — ya recordará usted 'que los peritos, a una pregunta mía, dijeron que mi firma había sido puesta en el cheque falso, hallándome yo en estado normal; ya que, de no haber sido así, se observarían ciertas alteraciones en la letra y en la rúbrica, lo cual no ocurre.

— En efecto, y en este caso, le confieso que no sé qué pensar. Jamás he intervenido en un asunto de falsificación tan incomprensible como éste. Porque si usted está convencido de que la firma del documento falso ha sido puesta en él por usted en persona, yo lo estoy de que se le

ha sacado a usted por un proce dimiento nuevo en los anales del crimen. Lo que me sorprende mucho es que usted mismo no caiga en cuál puede ser. Y claro que, en este caso, es absolutamente indispensable, señor Max, que usted recuerde, minuto por minuto, todo lo que hizo, los lugares en que estuvo y las personas con quienes habló, desde la fecha que lleva el cheque falso, hasta el día en que fué presentado al cobro.

— En quince días un banquero hace tantísimas cosas, que es materialmente imposible recordarlas todas; ni siquiera las principales.

— Lo reconozco, pero sin intentar al menos esa labor de reconstrucción de su vida durante esos quince días, me parece que difícilmente se llegará a aclarar ese asunto. Deje usted todos sus negocios durante veinticuatro horas, aíslese en su casa y dicte a un secretario todo lo que hizo, o lo que recuerde que hizo, en aquellos quince días. Con ese resumen a la vista podré decidir la pista que se haya de seguir. De otro modo, es imposible orientarse.

— Bien, bien. Así lo haré, mañana mismo. Pasado mañana a esta hora le entregaré personalmente ese documento. Espero con gran ansiedad saber lo que deducirá usted de él.

Sali del despacho del banquero convencido de que éste no tenía demasiado interés en averiguar lo que tanto parecía interesarle. Es corriente el caso de personas que presentan una denuncia sólo para quedar bien con sus asociados, pero que no toman mucho interés en que se ponga en claro el asunto que les ha perjudicado, sea porque temen que se averigüe que son unos imprudentes, o que la culpa recaiga sobre algún pro-

(Continúa en la página 87)

Aunque no supiese en concreto cómo había procedido para estampar la firma auténtica en el cheque en blanco, me bastaba saber que tanto en la firma del documento como en el secante de la carpeta había algo irregular, extraordinariamente sospechoso.

Una cosa TERRIBLE,
ALUCINANTE
y PODEROSA



por JUAN ROSELL

Berlín, la sede de un pulpo de mil tentáculos...

BERLÍN, una de las más bellas ciudades del mundo. El Thiergarten, uno de los mejores jardines-paseos del mundo. El «Nachrichtenbüro», una de las más perfectas organizaciones de espionaje del mundo. Todo «kolossal», lectores...

— Berlín y el Thiergarten, desde luego no, pero lo que es el «Nachrichtenbüro» era digno de ser visto, aunque fuese sólo exteriormente, durante la guerra... — decíame no ha mucho un diplomático español que lleva veinte años en la capital alemana.

¿Cómo, estando cual estaba materialmente rodeada de enemigos, no iba Alemania a imprimirle una actividad frenética a su servicio secreto? Hubo momento — a fines del año 1917, para precisar — en que más de cinco mil personas recibían dinero del Gran Cuartel General del espionaje teutónico.

Y conste que lo de Gran Cuartel General no es denominación impropia ni exagerada. El «Nachrichtenbüro» lo era

más, mucho más que la residencia imperial de Spa, donde si bien la dirección de la lucha en el frente oriental era efectiva, era indirecta la de los asuntos del frente oriental y más que indirecta la de todo lo relacionado con la guerra submarina. Desde el Thiergarten, en cambio, eran expedidas órdenes lo mismo a Mesopotamia que a España, lo mismo a Suiza que a Rusia...

El «Nachrichtenbüro»

ESTAMOS en el Berlín de 1930, lector. Los «schupos», vestidos de verde y enguantados de blanco, cuidan de regular con gestos mecánicos y precisos la intensísima circulación. La juventud no piensa en epopeyas bélicas, sino en lides deportivas. Hay república, en vez de emperador. Los libros antiguerreros son los que más se venden. Y aunque en la mayor parte de las estatuas berlinesas hay espadas, los deseos de concordia internacional parecen sinceros...

Le dan a uno ganas de decir:

— ¡Qué hermoso resulta vivir en paz!
¡Cuán lejanas están las inquietudes!

La recta señorial y espléndida de la «Unter den Linden» invita al paseo. Andando, llegamos a la Pariserplatz... ¿Soberbia, no es verdad, la Puerta de Brandeburgo? Sigamos por el Thiergarten. ¡Adiós, Columna de la Victoria! ¡Salud, bronceo Bismarck!

De pronto, entre las suntuosas mo-



He aquí la efigie de Federico el Grande, el fundador del espionaje alemán, organizado si no como hoy, por lo menos como lo permitían los medios del siglo XVIII.

radas con floridos jardines, un palacio imponente y de arquitectura maciza atrae nuestros ojos. Es la sede del Estado Mayor Central alemán. En la puerta, que durante el día franquean contadísimas personas, no hay soldados, ni garitas; sólo un portero de galoneada librea asoma de cuando en cuando. Pero que ni se iba a dignar contestarnos, de preguntarle si realmente se encontraba allí el «Nachrichtenbüro».

Allí está, en efecto, la central del espionaje germánico. Ocupa por entero el segundo piso del edificio. Y las personas que al citado piso se dirigen, entran por la Herwarthstrasse, no por el Thiergarten, como ocurría en los tiempos en que reinaban los Hohenzollern.



Desde las ventanas del «Nachrichtenbüro» divisase esta soberbia perspectiva bélica: el monumento a Bismarck y la columna de las Victorias, monumento erigido para perpetuar las triunfales jornadas del Canciller de hierro. ¿Cómo el espía alemán no ha de sentir en su pecho la fiebre patriótica?

En el segundo piso hay seis largos pasillos. En ellos, innumerables puertas. Y como éstas dan acceso a otros tantos despachos, hay en cada una de ellas una o varias tarjetas, correspondientes a los funcionarios que al otro lado de la puerta trabajan.

Y, cosa al fin y al cabo muy comprensible, el espionaje germánico tiene montadas sus secciones, por lo que a personal se refiere, en relación con la importancia que da a la nación de la cual la sección se ocupa. Así, por ejemplo, la sección dedicada a los asuntos polacos está integrada por ocho funcionarios, la que se ocupa de Francia por seis, la que se ocupa de la Gran Bretaña por cuatro...

Quién fundó y quién organizó el espionaje alemán

DESDE luego, la paternidad del espionaje germánico no es posible negársela a Federico el Grande. El genial monarca prusiano fué, en efecto, el que primero concibió la idea de organizar en cuerpo aparte a los que tenían por misión enterarse de lo que ocurría en los ejércitos y en el seno de los gobiernos extranjeros.

Pero el verdadero creador de los servicios actuales del servicio secreto alemán fué Von Stieber, fallecido en 1892.

Una auténtica celebridad en el mundo de las «guerras de cerebros», ese von Stieber... Obra suya fué la división, aun hoy en vigor, del espionaje teutónico en tres secciones distintas: la política, la militar y la naval. Trío al cual ha venido actualmente a sumarse otra: la aérea.

¿Que esa organización tiene, debido a la definidísima división de sus secciones, cierto resabio cuartelero? Lo tiene, en efecto. Y es que von Stieber organizó el espionaje alemán con bases estrictamente militares. La misma sección política — colocada hasta que empezó la

guerra bajo el mando directo del kaiser — no era otra cosa que una selección de las dos secciones restantes, la militar y la marítima. Y durante el último año de la guerra grande, el espionaje teutónico funcionó por entero a las órdenes de Ludendorff, el jefe del Estado Mayor General.

La rigidez del servicio secreto teutónico

ORGANIZADO de esta manera, el servicio secreto alemán tiene una rigidez terrible.

Cuando desde el Thiergarten se da una orden, el espía ha de cumplirla, cueste lo que cueste, sin discutirla ni calificarla. Las celdas de arresto ri-



Mujercita deliciosa, cortesana intrigante, de postura coqueta y aire galante, ¿no es verdad, lectores? Pues así era la terrible y cruel «señorita Doktor» en 1918.

guroso de Glatz, Spandau y Königsberg han sido y son aún habitadas con frecuencia por hombres que trocaron sus nombres por una ficha con datos así: Z-21, H-18, M-2, etc. Cuando uno ingresa en el espionaje alemán, pierde de veras su estado civil. Nombres y apellidos usa muchísimos y rara vez los mismos son utilizados en más de una documentación. Y profesionalmente el espía no tiene más denominación que la inicial y el número que constan en su ficha.

¿El por qué de los castigos carcelarios antes aludidos? Pues el haber tubeado en obedecer una orden, el no haberla cumplido con el celo necesario, o el haber fracasado en el cumplimiento de la misma... En el Thiergarten no es admitida la palabra fracaso. De los espías alemanes dícese que son los más lentos del mundo; pero esa ausencia de apremio les da derecho a los de arriba a mostrarse terriblemente exigentes por lo que a resultados se refiere.

Téngase, además, en cuenta que nunca y en ningún caso puede contar el espía teutónico con el apoyo oficial de su país si es descubierto en el extranjero por el servicio de contraespionaje de la nación sobre cuyo suelo opere... El agente secreto alemán está, pues, entregado a su propia suerte.

¿Que si todo es, pues, malo en la profesión? Todo no, puesto que la remuneración es magnífica. En el Thier-

garten se le asigna a un espía, en cuanto sale al extranjero, un sueldo mínimo de nueve mil marcos oro anuales, más las primas, de acuerdo con los resultados que obtenga, y las indemnizaciones de residencia.

No en vano el presupuesto anual del servicio secreto de Alemania se eleva hoy a veintidós millones de marcos oro.

Mujeres...

AHORA bien, acércate, lector; voy a hablarte en voz baja: esa máquina rígida, ruda y terrible que es el espionaje alemán, es, de todas sus similares, la que más ruedecillas finas posee...

Hablemos claro: el servicio secreto germánico es el que tiene en su seno más hijas de Eva. No, desde luego, en el

*Fin novena nov,
Hufin. novb Fin
nun zar huc
fubun.*

«Ya sabéis lo que os toca hacer.» Fria y lacónica frase que para el coronel Von Torksen tenía todo el valor de una sentencia de muerte.

Thiergarten; pero en el extranjero buen número de agentes alemanes son mujeres.

Y en los anales del espionaje femenino, Alemania puede presentar heroínas — valga el calificativo — dignas realmente de la celebridad de que ya gozan en el mundo de la «guerra de cerebros».

Una de las mujeres más glorificadas en el Thiergarten es la «Z. U. D. 160», fusilada por los franceses en los fosos de la fortaleza de Vincennes, el 15 de marzo de 1917. Su nombre verdadero era Margarita Dufays; nacida en París y casada con un francés llamado Tichelly, Margarita Dufays era alemana de corazón, como buena hija de una prusiana; su madre, en efecto, había nacido en Berlín...

Lo realmente monstruoso del caso es que la espía de Alemania tenía un hijo soldado en el 117º regimiento de infantería francés, que se batía en Verdún. Y el pobre muchacho, en cuanto se enteró de la verdad respecto a su madre, no se mató, pero se hizo matar; una bala alemana, una bala de la causa por la que trabajaba su madre, le atravesó el pecho...

En cuanto a ella, ante los fusiles del pelotón que la iba a ejecutar, lloró. Mientras dos soldados la ataban al poste fatal, gritó frenéticamente:

— ¡Yo no debo morir, porque nunca maté a nadie!

Como si el espionaje no tuviera por objetivo supremo causar muertes...

La más famosa de las espías de nuestros tiempos.

HEMOS dicho antes que en la sede central del espionaje teutónico no hay mujeres. Pero, durante la guerra, las hubo. Hubo una por lo menos: la «señorita Doktor», titular de un importantísimo cargo fijo en el Thiergarten.

De una lucidez de ideas extraordinaria y de una crueldad sin límites, la «señorita Doktor» estaba en relación directa con el Gran Cuartel General, recibiendo y transmitiendo mensajes que con frecuencia hasta ignoraban los más altos funcionarios del Thiergarten. Y, en más de una ocasión, fué ella quien ordenó, por sí y ante sí, la muerte de personajes de categoría...

Un caso. Cuando los aliados empezaban a construir, en el mayor de los secretos, los tanques o carros de combate, la «señorita Doktor» recibió un informe confidencial referente a tales construcciones. Llamó en el acto al coronel von Torksen y le enseñó los planos y el texto que acababa de recibir.

El coronel, agregado en calidad de técnico a los servicios de espionaje, lo examinó todo y se echó a reír:

— ¡Cómo se pierde el tiempo! Eso de los tanques es una locura, un proyecto irrealizable.

— ¿Puedo transmitir lo que me decís? — interrogó ella.

— Sí. Y no vale la pena de que nuestros agentes sigan ocupándose de esos artefactos que serán, con toda seguridad, inutilizables...

Dos meses después, en noviembre de 1917, quinientos tanques ingleses hundían el frente alemán en las cercanías de Cambrai. Las bajas teutónicas pasaron de dieciséis mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

A las veinticuatro horas de este desastre, el coronel von Torksen, al entrar en su despacho, en el Thiergarten, encontró sobre su mesa de trabajo una tarjeta de la «señorita Doktor» con las



Durante los dos últimos años de la guerra, el espionaje alemán fué, en general, inferior a lo que había sido los dos primeros. Es que el mando de Ludendorff, aumentando su rigidez, restó eficacia.

palabras siguientes: «Ya sabéis lo que os toca hacer.»

El coronel comprendió.

Dos minutos después, suicidábase de un balazo en la sien.

La vida y la casi muerte de la «señorita Doktor»

Y quién era, dirá el lector, la «señorita Doktor»?

Gracias a dos libros — francés uno, alemán el otro — podemos contestar la pregunta. Y esos libros son recientes: (Continúa en la página 89).



Esta fotografía no tiene un año. Fué tomada en ocasión de inaugurar el viejo Mackensen un monumento a los muertos alemanes en el frente oriental. Pues bien, en la foto hay una gloria del espionaje alemán: el coronel Wolffenstein (x) que, entonces capitán agregado al Nachrichtenbüro, les causó muchísimo daño a los aliados.

EL GARROTE

EL INSTRUMENTO ACTUALMENTE USADO EN ESPAÑA PARA LA EJECUCIÓN DE LA PENA DE MUERTE

DESDE que un decreto de las Cortes generales y extraordinarias de 1812 abolió la antigua pena de horca estableciendo en su lugar la de garrote, éste ha sido el procedimiento generalmente usado en España para la ejecución de la pena de muerte, a excepción de los casos en que el condenado pertenece al Ejército, a la Marina o a algún instituto armado, en los cuales es más frecuente emplear el fusilamiento.

La disposición que implantó el garrote en España — emanada primero de las Cortes y refrendada después por una Real Cédula de Fernando VII — obedeció no sólo al deseo de suprimir el triste espectáculo que ofrecían los ahorcados, sino también al propósito de borrar diferencias de clase entre los mismos delincuentes, ya que mientras la pena de horca se calificaba de vil y sólo la sufrían los villanos, los hidalgos, en cambio, tenían el privilegio de morir decapitados.

No se consiguió del todo esta doble finalidad, pues, además de que las ejecuciones — como veremos más adelante — continuaron siendo un aparatoso espectáculo, se establecieron las categorías de *garrote ordinario*, *garrote vil* y *garrote noble*, según que los condenados pertenecieran al estado llano, fuesen condenados por delitos infamantes o tuviesen título nobiliario.

La distinción entre estas tres clases de garrote consistía en que los condenados al garrote ordinario eran conducidos al cadalso montados en caballería mayor, con el capuz pegado a la túnica; los que debían sufrir garrote vil, en caballería menor o arrastrados, según la sentencia, con el capuz suelto; y los sentenciados a garrote noble, en caballería mayor ensillada y gualdrapa negra.

La ejecución era siempre pública. Se efectuaba entre once y doce de la mañana, en día no festivo ni de regocijo popular. El cadalso era de madera o mampostería, pintado de negro, sin adorno ni colgadura alguna. Se colocaba fuera de la población, pero en sitio próximo a ella y proporcionado para muchos espectadores.

El reo era conducido con túnica y gorro negro, atadas las manos y montado en la caballería que le correspondía, la cual era llevada del diestro por el propio verdugo. Ostentaba, además, sobre el pecho y espalda un cartel que con grandes letras indicaba el delito por el cual se le había condenado.

Estos detalles se refieren solamente a los casos generales, ya que para casos determinados existían diferentes notas que ponían de relieve la índole del delito. Así, en el caso de muerte con infamia, se conducía al reo sobre un jumento, con la cabeza descubierta, y si se trataba de un traidor, con una soga de espanto al cuello; el parricida, en vez de soga, llevaba una cadena alrededor del cuello, uno de cuyos extremos sostenía el verdugo.

Al salir de la cárcel, durante el camino y al llegar al patíbulo, se pregonaba el nombre del condenado, el delito cometido y la pena impuesta, haciéndose constar lo mismo en un cartel colocado en el sitio más visible del lugar de la ejecución.

Realizada ésta, quedaba el cadáver expuesto en el mismo sitio hasta la puesta del sol, siendo entregado entonces a los parientes o amigos que lo pidiesen o, en su defecto, entregado a la disección anatómica.

Pocas modificaciones sufrió este procedimiento y así continuó practicándose hasta 1849 en que fué totalmente suprimida la publicidad de las ejecuciones y quedaron éstas reguladas en la forma en que actualmente se practican.

El condenado es hoy ajusticiado igualmente en garrote, de día, a las diez y ocho horas de notificarse la señalada para la ejecución.

Leída la sentencia, entra el reo en capilla, no pudiendo desde este momento comunicarse sino con las siguientes personas: autoridades del establecimiento penitenciario, el fiscal del tribunal sentenciador, sacerdotes e individuos de la Hermandad de Caridad y Paz, el médico de la cárcel, un notario por si el reo quisiera otorgar testamento o ejecutar cualquier acto oral, los funcionarios públicos necesarios y — mediante expreso consentimiento del reo — su defensor en la causa, individuos de su familia o cualquiera otra persona que por circunstancias especiales obtenga permiso de la autoridad judicial.

Llegada la hora de la ejecución, el sentenciado, asistido del sacerdote y de los hermanos de Caridad y Paz, es conducido al patíbulo, levantado generalmente en el patio de la cárcel. A este fúnebre acto asisten, además de las personas indicadas, los representantes de la autoridad gubernativa y municipal y tres vecinos designados por el alcalde si voluntariamente se prestan a concurrir, quedando absolutamente excluida la asistencia de cualesquiera otras personas.

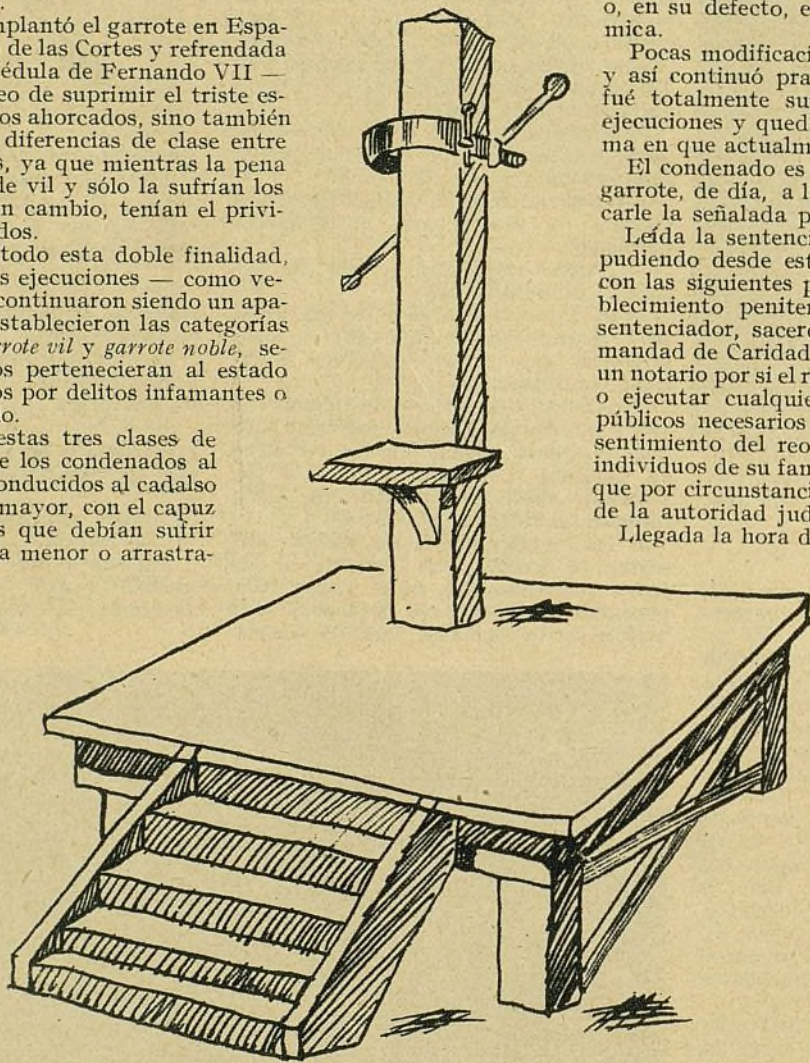
El instrumento que sirve para el cumplimiento de la triste sentencia es de construcción sencillísima. Está formado por un palo que lleva adosado en su parte inferior un banquillo donde se sienta el condenado, cuyo cuello queda colocado dentro de un corbatín de hierro dividido en dos mitades.

Después de cubrirle la cabeza con un paño negro, el verdugo, por medio de un torno colocado en la parte trasera del poste, hace que se cierre el corbatín, produciendo la estrangulación del reo.

Es decir, más que una estrangulación, lo que produce la presión de las dos mitades del corbatín es un aplastamiento de la región cervical, con rápida pérdida del conocimiento. La muerte se produce a los pocos segundos, para cuya certificación un médico observa el pulso del ajusticiado desde que éste se sienta en el poste fatal hasta el momento en que expira.

Mientras los hermanos de Caridad y Paz — si los familiares

(Termina en la página 95)



Si Hubiese Dejado en Paz a la Novia de Otro...

por MIGUEL DELANEY
Teniente detective



— ¡Eh, Miguel, venga usted! El inspector Sullivan, para llamarme, había asomado la cabeza por la puerta entreabierta de su despacho particular en la Jefatura de Policía y agitaba, nervioso, el cigarro en la mano.

— ¿Ha ocurrido algo por fin? — pregunté mientras cerraba la puerta a mi espalda.

Para comprender esta pregunta mía, basta tener en cuenta que hacía ya más de ocho días que no pasaba nada digno de mención, y ya estaba yo harto de pasar las horas muertas en la oficina.

— Sí. Acaban de avisarme por teléfono, desde el cuartelillo treinta y cinco, que un joven ha sido asesinado en su habitación de una casa de huéspedes en la Avenida Manhattan.

— ¿Un crimen en una casa de huéspedes? Para eso igual me daría que me mandara usted buscar el perrito pequinés de alguna dama histérica.

— Cállese y atienda — me replicó, enojado. — Y recuerde que incluso un caso ocurrido en una casa de huéspedes es preferible a pasarse las horas en la oficina. Además, ese crimen puede resultar más complicado de lo que parece.

— ¿Le han muerto a golpes o con arma blanca?

— Ni una cosa ni otra — contestó frunciendo el ceño. — Ese individuo fué estrangulado en su misma habitación, durante la noche, sin que ninguno de los demás huéspedes oyera cosa alguna, o, por lo menos, no quieren confesarlo.

— ¿Le han estrangulado con una cuerda? ¿Se trata de alguno de esos crímenes al estilo de Francia o de la India?

— No, Miguel. A ese muchacho le estranguló alguien sin valerse de otra cosa que las manos. Si se tratara de una mujer estrangulada... Pero un hombre es diferente. Me parece que es un caso digno de la atención de usted.

— ¿Ha habido robo?

— Sobre el cadáver no se ha encontrado reloj, cadena ni dinero, pero eso no prueba nada, porque podía no tenerlo. Vaya, pues, usted en seguida y avíseme por teléfono tan pronto como se haya hecho cargo del asunto. Ferretti, el agente que ha dado cuenta del hecho, está allí de guardia para impedir la salida a nadie hasta que llegue alguien de la Jefatura.

Me dirigí a la puerta abrochándome el gabán, pero de pronto me volví para exclamar:

— En los últimos casos que me han correspondido, me han fastidiado bastante los periodistas anticipándose a mi llegada. ¿No podría usted ordenar que les impidan el paso hasta que yo ordene lo contrario? Siempre hay cosas que no conviene dejar traslucir.

— Muy bien. Me ocuparé de eso. Ahora vaya usted allí.

AARONS murió estrangulado. De eso no cabía duda. Pero había una nube que ocultaba a los sospechosos y la causa del crimen. Si el lector se hubiese hallado en el lugar del teniente Delaney, ¿cómo habría procedido en este caso?

la impresión de que no compartía la opinión de que los Estados Unidos terminan en los límites de Nueva York y que más allá ya no existen los criminales.

— La mayor parte de los huéspedes están en este mismo piso y en el inmediato superior, hablando del suceso — dijo. — El cadáver se halla en el tercero. Se llamaba Alberto Aarons.

— Acompáñeme. Regan cuidará de que no salga nadie hasta que me disponga a interrogarles.

Mientras íbamos por el pasillo una mujer de edad madura salió del comedor seguida por un individuo pequeñito que se adelantó, preguntando:

— ¿Es usted el agente de la Jefatura?

— Sí, señor — contestéle.

Al mismo tiempo miré al interior de la estancia y pude ver una fila de individuos de uno y otro sexo, muy pálidos, que me miraban con estúpida expresión.

— Pues en tal caso quiero protestar contra la arbitrariedad de tenernos aquí encerrados como criminales. Esto es un atropello. Todos nosotros tenemos mucho que hacer y nos impiden acudir a nuestros respectivos empleos. No sabemos una palabra de lo ocurrido. Aquí le presento a la señora Simmons, la dueña de la pensión. Ella podrá contestar a todas las preguntas que quiera usted hacerle. E insisto en que si ha de interrogarme usted, lo haga cuanto antes. He de salir inmediatamente...

— ¿Cómo se llama usted y dónde trabaja? — pregunté.

— Me llamo Arnold Listy. Soy encargado de la sección de mercadería en el «Bazar Steardale».

— Muy bien, señor Listy. Le haré algunas... pero

cuando me parezca oportuno. Ahora usted y esa señora me harán el favor de entrar nuevamente en esa habitación hasta que les necesite. Y tengan en cuenta que nadie saldrá hasta que yo dé la orden.

— Pero, el caso es que yo...

Estaba tan encolerizado aquel hombre, que temblaba de pies a cabeza y tenía la frente cubierta de sudor.

— ¡Cuidado! — exclamé con acento de enojo. — Si no obedece usted, ordenaré que le lleven a la Jefatura para ser interrogado en último lugar. Se trata de un asesinato y puede esperar el trabajo de todos los que tengan que declarar acerca del caso.

— Es un individuo cargante a más no poder — exclamó Ferretti, mientras subíamos el último tramo de la escalera. — Ha estado toda la mañana dándome la lata. Me alegro de que le haya dado usted un revolcón.

— Tenga en cuenta — dije mientras él me señalaba, en el corredor, una puerta que teníamos a la espalda — que no le he hablado de este modo para darle a entender mi autoridad, sino para ponerle más nervioso de lo que está. Es posible que sea uno de esos hombres que solamente sirven para el trabajo que realizan y le da pánico la posibilidad de perder su empleo a causa de su falta involuntaria. Aun ignoro si el caso será o no dificultoso, pero tengo la impresión de que ese individuo es uno de esos curiosos que averiguan todo lo que ocurre a su alrededor. Si los demás se niegan a hablar, él lo hará... en cuanto vea que no le doy suelta. Entonces será capaz de acusar a su propio hermano para no perder el empleo. ¿Es ésa la habitación? Bueno. Cierre la puerta y hable en voz baja.

De pie y en el centro de la estancia miré a mi alrededor. La habitación era algo mayor que los dormitorios corrientes en las pensiones de aquella categoría, quizás porque la casa fué en sus buenos tiempos la vivienda de una familia acomodada. Había dos ventanas que daban al patio interior. A pesar de que el lugar estaba ocupado por unos muebles muy viejos, reinaba allí el mayor orden.

Lo que más me llamó la atención fué la cama, que se hallaba en un rincón, aunque separada de la pared. Era evidente que el crimen se había cometido allí mismo. Las sábanas, las mantas y las almohadas se hallaban revueltos en el mayor desorden e indicaban que allí se había desarrollado una lucha terrible.

El cadáver estaba tendido a través del lecho, con las piernas dobladas, las rodillas sobre el suelo y los pies debajo de la cama. La alfombra estaba arrugada a más no poder. Estas indicaciones demostraban que se cometió el asesinato sobre la cama y que el joven — no tendría más de veinticinco años — había luchado valerosamente por la vida.

La muerte se debió a la estrangulación. Acerca de eso no había duda alguna. El horrible aspecto de aquel cadáver me impresionó aun a pesar de mi costumbre de presenciar espectáculos desagradables. Su lengua se asomaba por entre los dientes y sus ojos desorbitados y todas sus facciones indicaban un pánico espantoso y una agonía terrible. Además, se le había amoratado la piel y tenía hinchadas las venas de la frente y del cuello; en cuanto a las manos, apoyadas en el pecho, estaban contraídas por la muerte.

Con objeto de cerciorarme por completo me incliné para examinarle el cuello que, en efecto, tenía unas manchas rojas debidas a una presión vigorosa. Aquellas señales eran inconfundibles. En la parte delantera se veían claramente las huellas de los pulgares, en tanto que a los lados estaban las señales de los restantes dedos del asesino.

Aparté la camisa y di vuelta al cadáver. No había sangre en ninguna parte, ni señal alguna de herida, excepto una contusión en el lado derecho de la frente. Tal vez la víctima se la causó golpeando sin querer los barrotes de la cama al luchar por la vida. No obstante, me pareció más probable que el asesino le hubiese golpeado allí, antes de saltar sobre él para estrangularle.

TERMEINE la primera inspección, seguro de que la muerte fué causada por algo más que la estrangulación. El asesino debía de ser un hombre en extremo vigoroso y de fuerza mayor que la corriente, capaz no solamente de estrangular a

Aarons — hombre igualmente forzado, — sino también de impedirle que emitiera el menor sonido que alarmase a los demás huéspedes.

Ferretti me había observado mientras yo hacía el examen, aunque se mantuvo algo separado. Yo di por supuesto que él también había notado muchos de los detalles que hallé en mi investigación. Mas había un detalle que, según deduje, no había descubierto, detalle que me apresuré a ocultar tan pronto como lo descubrí. En el lado inferior del brazo derecho del muerto había tatuada una letra «M» de una pulgada de alto por otra de ancho. Más tarde me fijé en la singularidad de que un hombre conocido por el nombre de Alberto Aarons llevase una M tatuada en el brazo. Desde luego, podía ser la inicial del nombre de una novia, pero, a no ser en las novelas, nunca he visto a un hombre que se señale de esta manera, fijando en su cuerpo una señal de identificación que no podría explicar satisfactoriamente en caso de cambiar de amante.

¿Quién ha hablado?



— ¿Está todo igual como antes, Ferretti? — pregunté.

— Todo. No he tocado cosa alguna... en espera de que viniere alguien de la Jefatura...

Me acerqué a la puerta ventana contigua al lecho y vi, en el exterior, la plataforma de la escalera de escape. Ferretti se había acercado.

— Fíjese — le dije — en que esta puerta ventana no estaba cerrada. Tal vez el asesino salió por aquí.

— Siento mucho no haberme fijado en eso, pues sólo me acerqué a la cama para cerciorarme de que este hombre realmente estaba muerto. La llave se hallaba en la cerradura, en la parte interior de la puerta. Antes de ir a avisar por teléfono

cerré la puerta con llave y ha estado así hasta hace un momento que la abrí para entrar con usted. Pero hay un detalle interesante. La doncella que al entrar le encontró muerto y salió a avisarme, dijo que la puerta estaba abierta cuando esta mañana fué a despertarle. Añadió que ese individuo tenía un sueño muy fuerte y que ella solía despertarle todos los días a las seis. Hoy, en vista de que no contestaba, hizo girar el pomo de la puerta y miró al interior figurándose que Aarons no había venido a dormir.

— Ha obtenido usted Ferretti muchos más detalles de los que habría urdido cualquiera de sus compañeros. Por ahora me imagino lo sucedido como sigue. El asesino entró en la habitación por la escalera de escape y atravesó esta puerta ventana. Ese Aarons era, sin duda, hombre cuidadoso de su salud. Probablemente dormía con las ventanas abiertas, cosa más probable todavía en vista de que la habitación se halla en la parte posterior de la casa en donde no se recibe gran cantidad de aire puro. Eso resultó una circunstancia favorable para el asesino, quien, seguramente, no tuvo necesidad de hacer ruido con el picaporte para entrar en la habitación. Anoche brillaba en el cielo la luna llena, de modo que pudo ver perfectamente dentro de esta habitación. Una vez en ella, es probable que diera la luz eléctrica y cerrase los postigos en tanto que Aarons se reponía de su sorpresa. Y el hecho de que la víctima no gritase entonces da a entender que había reconocido al intruso; y hasta es posible que le temiese.

— ¿De modo que usted cree que el asesino llegó con el deliberado propósito de verse con Aarons?

— Así me lo imagino, aunque también podría tratarse de un ladrón vulgar. Pronto podremos precisar este detalle, aunque sólo un ratero de ínfima categoría puede haber sentido el deseo de aventurarse por una casa de huéspedes tan pobre como ésta, en la que todo el mundo se retira temprano. En estas casas el robo diurno es más seguro. Luego hubo lucha y en cuanto el intruso hubo dado muerte a Aarons, apagó la luz, abrió la puerta y cerrándola a su espalda se alejó.

Levanté la vidriera de la ventana, me asomé y luego hice seña a Ferretti para que se acercara.

— Me lo figuraba — le dije hablando en voz baja. — Este balcón llega hasta la puerta ventana de la habitación inmediata. Esto nos da otra indicación. Es posible que el asesino procediese de la habitación contigua. ¿Sabe usted quién la ocupa?

— No, señor.

— Pronto lo averiguaremos. Si esta pista resulta infructífera, volveré a mi primera teoría de que el asesino penetró en el patio por la cueva de alguna de las casas de la manzana. Saltó la reja y luego subió por la escalera de escape. Con seguridad era lo bastante vigoroso para eso. Ahora refiérame en pocas palabras todo lo que sepa usted.

— Ayer noche a las doce entré de guardia. Regán había de relevarme a las seis. Yo me dirigía ya al lugar de encuentro habitual y apenas había pasado por delante de la puerta de esta casa cuando salió corriendo la doncella y me llamó. Parecía estar muy asustada. Por sus entrecortadas palabras pude comprender que habían asesinado a alguien. Fui al encuentro de la señora Simmons y de algunos de los huéspedes que a medio vestir estaban en el corredor que conduce al hall. Después de haber dado la orden de que no saliese nadie, subí, vi que este hombre había muerto ya y telefoneé, desde la planta baja, a la Jefatura. Eso es todo lo que ocurrió antes de que llegase usted, a excepción de que me resultó muy difícil contener a los huéspedes que habían de ir temprano a sus ocupaciones.

— ¿Oyó usted, en lo que decían, algo que se relacionara con

el suceso, o diese a entender algún resentimiento por parte de un huésped contra la víctima?

— Poca cosa. Oí que alguien decía: «Si hubiese dejado en paz a la novia de otro, tal vez no le habría ocurrido eso». ¿Quién ha pronunciado estas palabras? — pregunté. Pero nadie quiso contestarme. Indudablemente, saben algo y están resueltos a guardar silencio. Luego les hice algunas preguntas, pero sólo pude averiguar que el muerto era vendedor de un establecimiento de la ciudad, trabajaba regularmente, gastaba bastante dinero mientras lo tenía y gozaba de generales simpatías.

— Muy bien. Ahora dígame si todos los huéspedes estaban anoche en casa y si todos también continúan en ella.

— La señora Simmons me dijo que a la una de la madrugada estaba ya todo el mundo en sus respectivas habitaciones, á excepción de dos maestras solteras que salieron juntas a pasar fuera el fin de la semana. Pero nadie de los que durmieron en la casa ha salido aún desde mi llegada. Aarons era habitualmente el primero en levantarse. En la casa habitan dieciocho personas.



Si hubiese dejado en paz a la novia de otro, no le habría ocurrido eso.

— Ha realizado usted un buen trabajo, Ferretti. Y le profetizo que algún día será usted un buen detective. Pronto empezaré el interrogatorio. Y le aseguro que averiguaré todo lo que sepan, aunque tenga que interrogar a cada uno horas enteras. Pero ante todo deseo hacer un registro completo de esta habitación.

EMPECE por la ropa del muerto. Los bolsillos de la chaqueta, del chaleco y de los pantalones habían sido vaciados de su contenido y hasta algunos tenían el forro al revés. En el suelo se veían algunos objetos que el ladrón desechó: un coraplumas, una pluma, algunos lápices, una cajetilla de cigari-

llos, fósforos y una cartera abierta con algunas tarjetas de distintas casas comerciales de pinturas y ferretería.

Busqué las llaves de la víctima y no tardé en encontrarlas en un cuartito contiguo donde el manito colgaba de una de ellas que estaba metida en la cerradura de un baúl abierto. Volví a observar la ropa del cadáver, especialmente el chaleco, donde encontré lo que buscaba. Uno de los ojales, bastante desgastado, indicaba la costumbre de que una cadena de reloj pasara por él. Esto parecía indicar que el ladrón había obrado

— Haga usted un paquete de todo eso — ordené a Ferretti. Luego volví al lado del baúl, el cual había sido registrado con apresuramiento, porque la bandeja superior fue puesta otra vez en su sitio aunque con la parte superior hacia adelante. En cambio, no era difícil notar que su contenido había sido puesto de nuevo en su sitio con el mayor orden. Abrí uno por uno todos los cajones de la habitación y en todas partes observé el mismo orden. Con toda seguridad el intruso realizó un rápido registro y quiso evitar que alguien lo descubriese.

¿Había entrado en la habitación en busca de algo particular? ¿Esperaría obligar a Aarons a que le dijera dónde había escondido alguna cosa determinada? ¿Le mataría en un acceso de furor cuando el joven se negó a acceder a su demanda? ¿Acaso el asesino se quedó con el reloj, la cadena y el dinero para despistar a la policía y dar a entender que el crimen fue obra de un ladrón? ¿Se esforzó quizás en ocultar las pruebas de su registro, con el propósito de que la policía se equivocase acerca de los motivos que tuvo para matar?... ¿O qué se propuso? Con toda certeza aquel era el punto más difícil de todo el problema y el asunto resultaba bastante más complicado de lo que me había imaginado. Tenía necesidad absoluta de encontrar un motivo más importante que el robo de algunas joyas de poco valor y una insignificante suma de dinero.

SIGA usted, Ferretti, voy a la habitación inmediata por el balcón. Quédese en el corredor, ante la puerta, para impedir que salga alguien, si, como sospecho, la habitación está ocupada. Pocos instantes después había recorrido en silencio el espacio

que me separaba de la habitación inmediata y miré con cuidado a través de una ventana que daba a la estancia en cuestión. La vidriera estaba algo levantada. Dentro había un individuo de unos veintidós años, no muy corpulento, de facciones agudas e inteligentes, que, sentado a una mesa, con los codos apoyados en ella, iba leyendo un libro.

Me llamó bastante la atención el hecho de que aquel muchacho fuese tan sereno como para entregarse a la lectura en una habitación contigua a la en que se había cometido un asesinato, en tanto que todos los demás huéspedes de la casa eran presa de la mayor emoción. Era muy posible que aquel hombre estuviese representando una comedia. Le observé con el mayor cuidado y me pareció un individuo dotado de espléndida salud y bastante vigor, pero sin vacilar comprendí que pesaba menos que Aarons y que no era posible que hubiese tenido fuerzas para sujetarle y estrangularle, a no ser que antes le hubiese atontado gracias al golpe

violeta de algún instrumento.

El individuo que estaba viendo llevaba una camisa de franela, indicadora de que se dedicaba a trabajos manuales; iba limpio y bien vestido, perfectamente afeitado y peinado. Y aun cuando no sospechaba siquiera mi vigilancia, volvía las páginas del libro con mucha regularidad, sin mostrar la más pequeña agitación. El hecho de que fuese aficionado al estudio quedaba comprobado por la existencia de un estante lleno de libros, además de otros muchos esparcidos sobre la mesa.

Me dió la impresión de que aquel individuo ni era asesino ni pertenecía al tipo general de las personas inclinadas a apropiarse de lo ajeno. Pero antes quería averiguar más detalles con respecto a él.

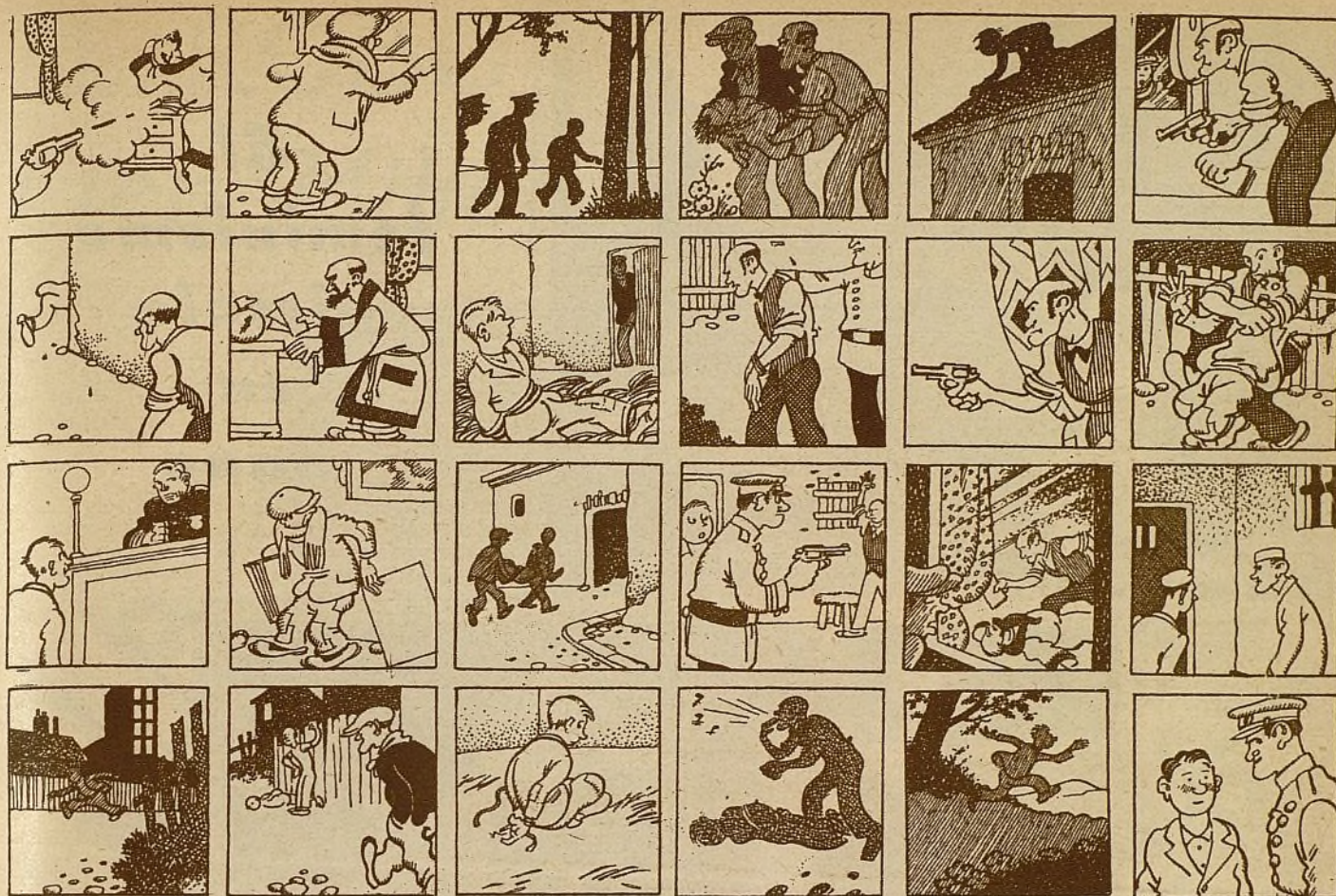
Sin hacer el menor cumplido, acabé de levantar la vidriera (Continúa en la página 89)



El joven me miró en extremo airado y cerró los puños con la mayor violencia.

con gran precipitación y que, al robar la cadena y el reloj, no tuvo tiempo de abrir el mosquetón, sino que la arrancó de un tirón del ojal que la sujetaba.

Aunque estaba ya convencido de que el asesino había robado aquellas joyas, junto con el dinero que pudo contener la cartera, no puedo negar que me quedé extrañado, pues si el asesino fue uno de los compañeros de Aarons, cabía en lo posible que le hubiese robado el dinero, pero habría dejado el reloj, persuadido de que tanto si lo hallaban en su poder como si se disponía a empeñarlo, ello habría equivalido a tomar deliberadamente el camino del sillón eléctrico. Por otra parte, si el asesino era un ratero, ¿por qué no pegó un tiro a Aarons? Ningún profesional del robo va nunca desarmado ni confía exclusivamente en sus músculos para evitar que le descubran.



¿CÓMO SUCEDIÓ?

SEGUNDO CONCURSO DE «GRAN PROYECTOR»

Los dibujos que figuran en esta página forman entre sí una historia. Nosotros los damos desordenados, y la solución del concurso consiste en ordenarlos de modo que coincidan con la solución que, debidamente cerrada en un sobre, ha depositado el dibujante en la Gerencia de la «Sociedad General de Publicaciones, S. A.» El concursante ha de sujetarse a las siguientes bases:

1.^a Para tomar parte en el concurso es preciso recortar los veinticuatro cuadritos de la historia y pegarlos en una hoja de papel en el orden debido para que se vea claramente *cómo sucedió* el caso.

2.^a Al pie de cada dibujo es conveniente poner una breve explicación de lo que representa la escena. No es necesario hacer literatura, sino explicar el asunto con la menor cantidad posible de palabras.

3.^a Cada concursante puede remitir las soluciones que crea conveniente, siempre que difieran entre sí en la colocación de uno o varios cuadros, ya que en ningún caso podrá obtener dos premios un mismo concursante.

4.^a Cada solución debe traer al pie, con toda claridad, el nombre y domicilio del concursante.

5.^a Las soluciones han de estar en nuestro poder antes del 31 de octubre del corriente año, debiendo remitírsenos en sobre cerrado con la indicación de «Para el concurso ¿Cómo sucedió?»

6.^a Se distribuirán por sorteo tres importantes premios entre los tres concursantes cuya solución tenga colocados los cuadros de modo exactamente igual a como están ordenados en la solución que obra en poder de la Gerencia. Los tres premios son:

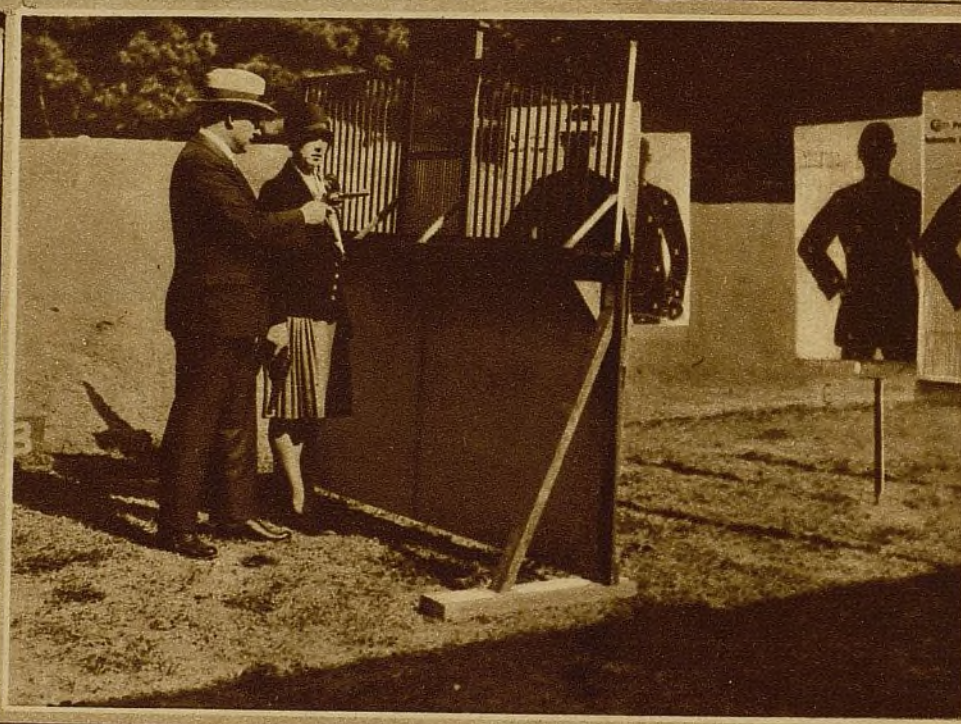
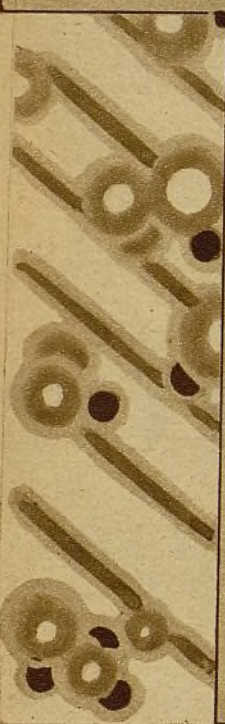
- 1.º Una lujosa gramola marca «Quillet».
- 2.º Una magnífica bicicleta marca «Quillet».
- 3.º Una enciclopedia «Columbus», obra completamente moderna en cinco grandes tomos.

7.^a Caso de ser más de tres las soluciones exactas que se reciban, se sortearán entre ellas los tres premios ofrecidos.

8.^a No se mantendrá por ningún concepto correspondencia acerca del fallo o incidencias de este concurso.



El feminismo pistola en mano



(ARRIBA). En Saddlestone (Ohio), se ha formado un club de protección femenina, en cuyos ejercicios de tiro emplean como blanco — algo simbólicamente — la figura de un hombre.

(EN EL CENTRO). Un jefe de policía norteamericano adiestrando a una linda mecanógrafa para hacer disparos a través del enrejado de los despachos de los bancos, en defensa de los frecuentes ataques de bandidos a mano armada.



(ABAJO). Un grupo de señoritas neoyorquinas haciendo ejercicios de tiro de revólver, no con fines de defensa personal, sino puramente por chic, como si tomaran el té o jugaran al ajedrez.

EL ROBO de los *Cien Millones* de RUBLOS



Solución del primer concurso

LA NOVELA PARTIDA EN DOS

por ANGEL MARSA

(Conclusión)

Ella le miró con viveza.

— ¿Será oportuno que acceda a su deseo? — murmuró.

Entonces Iván, asiendo de una mano y mirándola con expresión dulce y varonil, dijo lentamente:

— ¡Míreme usted bien! ¿Le parezco un hombre honrado?

— Sí — contestó la muchacha. — Creo que es usted un hombre honrado, y además... le debo la vida.

— ¿Por qué se niega, pues, a contarme su historia? Tenga confianza en mí. Puedo serle muy útil para librarla de sus perseguidores...

La joven pasó una mano por su pálida frente, como para ordenar el torbellino de sus ideas, y empezó su relato:

— Me llamo Natalia Leonowna. Soy rusa de nacimiento y en Rusia he vivido siempre. Mi padre era un banquero de Moscou, muerto durante la revolución de septiembre. Mi madre, que murió hace dos años, era de origen americano...

— Y todos los parientes que le quedan a usted deben de estar en América — le interrumpió el detective.

— Nunca oí decir a mi madre que tuviera parientes. Pero mi padre tuvo un hermano que emigró a América, donde contrajo matrimonio, muriendo hace poco tiempo, y, según creo, su viuda escribió a mi madre en más de una ocasión.

— ¿Ha sabido usted algo de ella desde que murieron sus padres?

Quedó un momento perpleja. Pero luego dijo:

— ¡No! Y he venido a América con la esperanza de encontrarla, aunque jamás pude averiguar su paradero actual. Esa es toda mi historia.

Iván miró a su interlocutora con severidad. ¿Era sincero aquel relato o se trataba de una sarta de embustes?

— Dígame una cosa, Natacha — inquirió vivamente el detective: — ¿sospecha los motivos que hayan podido tener sus enemigos para asesinarla?

— Ninguno, fuera del robo.

El detective quedó perplejo.

— ¿Entonces — preguntó con rapidez — traía usted consigo objetos capaces de inducir a los malhechores a matarla a usted?

Al oír esta pregunta, Natacha se cubrió el rostro con las manos y permaneció silenciosa.

Algo extraño había en aquella actitud. Iván miró fijamente a la joven: sus palabras y sus ademanes indicaban que era bastante más astuta y prudente de lo que por lo general suelen ser las mujeres de condición humilde. En seguida echaba de verse en ella que, a una experiencia impropia de sus años, unía una gran dosis de sagacidad y sangre fría.

— Sí, señor. Ya le dije a usted que mi padre era banquero — prosiguió ella. — Como es natural, disponía de una regular fortuna... toda en valores...

— ¿Y trae usted consigo estos valores?

— Sí, en un cofre que tengo dentro del baúl.

Al oír esto, Iván no pudo reprimir una exclamación de júbilo.

— ¡Ya está! — gritó. — Y son valores norteamericanos, ¿no es cierto?

Natacha se puso en pie. Tenía las mejillas encendidas y los ojos centelleantes. Recalcando mucho las palabras, dijo con un gran desdén:

— ¿Qué modo es ese de interrogarme? Usted se ha equivocado conmigo, señor... detective... ¡Hemos terminado!

ANTE la insospechada actitud de la joven, Iván quedó un momento desconcertado. ¿Qué debía hacer? ¿Detenerla sin más contemplaciones? ¿Pedirle excusas?

El detective permaneció largo rato pensativo. Salió de su abstracción al oír la voz de Natacha, que decía a gritos:

— ¡Vamos, vamos corriendo a bordo! ¡Mi cofre, mi cofre!

Y salió, con grandes muestras de agitación, sin advertir que aun llevaba las ropas húmedas. Iván corrió tras ella, alcanzándola en la puerta de la calle, cuando mandaba parar un taxi.

— Pero, ¿dónde va usted?

— ¡A bordo!

— Serénese, Natacha. Nadie habrá tocado su cofre. Ahora iremos a la Estación de Emigrantes, y de allí a bordo.

Y dirigiéndose al chofer ordenó:

— ¡Al muelle Este!

Durante el corto trayecto ninguno de los dos dijo una sola

palabra. Se les notaba abstraídos y, a la vez, recelosos. Iván meditaba acerca de los últimos sucesos. Tenía la certeza de que Natacha le ocultaba algo. Su actitud era francamente sospechosa. En todo aquello debía de ocultarse un gran misterio.

Por el raballo del ojo miró a la muchacha. Era realmente encantadora. Sus serenas facciones reflejaban una gran bondad de corazón, una ternura infinita.

Sin embargo... Y el detective se detuvo en sus divagaciones: «¿Sin embargo, qué?» No, no era posible que aquella deliciosa jovencita fuese autora, ni siquiera cómplice, del audaz robo de los cien millones de rublos.

«Pero hasta ahora — se dijo mentalmente Iván — todas las apariencias la acusan.»

Paró el taxi. Descendieron y tomaron apresuradamente el vaporcito que había de conducirlos a la Estación de Emigrantes, desde donde pasarían a bordo.

Natacha seguía encerrada en un hosco mutismo. Dos o tres preguntas que le hizo Iván las contestó con monosílabos.

Desembarcaron en la Estación. Atravesaron a toda prisa las amplias naves, llenas de millares de emigrantes. Subieron a bordo con gran rapidez. El enorme buque parecía abandonado.

Natacha corrió hacia su camarote. Buscó su litera y...

En el momento de entrar en el camarote pudo oír el detective que con un grito de angustia decía la joven:

— ¡Me han robado el cofre!

Junto a la litera aparecía, descerrajado y abierto, un baúl. Esparcidos por el suelo, ropas diversas, zapatos, cartas, fotografías y frascos de esencia formaban un informe montón.

A partir de aquel momento los acontecimientos se precipitaron.

Al advertir que había sido robada, Natacha se echó a llorar amargamente. Iván permaneció sereno. Tenía la certeza de hallar allí, en aquel camarote humilde, la clave del misterio. Con gran parsimonia empezó a examinar los objetos esparcidos por el suelo.

De pronto...

Cogió con gran rapidez un retrato de mujer. Lo miró con insistencia y acercándose a la joven que, tendida en una litera, seguía sollozando, le preguntó:

— ¿Quién es esta mujer?

Natacha levantó la cabeza. Con los ojos enrojecidos por el llanto miró el retrato y dijo con voz apenas perceptible:

— ¡Ella! ¡Mi tía!

Iván volvió a mirar el retrato. No cabía duda. Se trataba de la esposa del primer inspector del Cuerpo de la policía secreta, el mismo que le hizo pasar ante el jefe cuando le encargaron el servicio del robo de los cien millones de rublos...

¡Qué extraña coincidencia! El detective no podía apartar la vista del retrato. Sí, sí. No cabía la menor duda acerca de la identidad de aquella señora.

De pronto, Natacha, que permanecía con la vista fija en el suelo, se agachó con rapidez y recogió un sobre del suelo, escondiéndoselo con disimulo en el seno.

No pasó desapercibida a Iván esta rápida maniobra. Por eso, con voz enérgica, ordenó a la joven:

— ¡Deme usted esa carta!

Puso tal fuerza Iván en el mandato, que Natacha, sin ofrecer la menor resistencia, le alargó el sobre maquinalmente.

Era una carta escrita en ruso.

El detective leyó:

«Querida sobrina: Acaso te extrañe mi carta, pero la justifica el gran cariño que siento por ti y el profundo amor que sentía por tu tío Alejo, mi pobre esposo, muerto en esta tierra americana que fué su patria de adopción sin dejar de pensar un solo momento en la lejana Rusia y en los familiares que allá dejaba...

Y me dirijo a ti, porque he podido saber que tu fortuna es susceptible de sufrir un cambio total muy favorable.

Cuando me enteré de la muerte de tu padre primero y de tu madre después, me preocupó mucho tu porvenir. En varias ocasiones estuve tentada de escribirte diciéndote que vinieras a mi lado — a nuestro lado, pues me casé de nuevo, — pero el deseo de descubrir algo que me preocupaba hacía retrasar ese instante, por otra parte tan esperado.

Pero has de saber, mi pequeña Natacha, que el momento ha llegado. Mi marido — nada menos que primer inspector de la policía secreta de Nueva York — ha logrado descubrir por fin lo que tanto me preocupaba. ¡Somos inmensamente ricos, chiquilla! Tu padre, muerto en los primeros tiempos de la revolución, dejó una cuantiosa fortuna. Esta fortuna debíamos heredarla proporcionalmente tú y tu tío Alejo,

según testamento hecho por tu padre, pero fué secuestrada por los Soviets.

Nada se pudo poner en claro en vida de tu pobre mamá. Pero ahora, resuelto todo, vamos a disponer de la herencia.

Ten mucho cuidado, sin embargo, Natacha. La situación de Rusia no permite hacer ostentación de dinero. Debes guardar absoluta reserva sobre cuanto te diga y cumplir al pie de la letra mis instrucciones.

Mi marido — se llama Jhon Mc. Dulver — irá a verte dentro de unos días y te entregará un cofre lleno de valores, la fortuna de tu padre. Guárdalo cuidadosamente. El cofre, que tiene un doble fondo, puedes llenarlo de objetos de tu tocador para no despertar sospechas.

Pasados unos días — diez o doce — embarcas como emigrante para Nueva York. Al llegar, dos hombres de toda confianza te aguardarán en la Estación de Emigrantes, para despachar tu pasaporte y acompañarte a mi casa.

¡No olvides, sobre todo, de guardar la más absoluta reserva! Ten en cuenta los peligros que trae consigo llevar una fortuna así. Y muéstrate reservada muy especialmente con los detectives, que seguramente te acecharán, como a los demás pasajeros, a tu llegada a Nueva York. ¡Desconfía de ellos, y cuéntales la verdad a medias, que es el mejor modo de mentir, diciéndoles que vas a reunirme conmigo, pero que ignoras mi paradero! Conviene despistar igual a los ladrones y a la policía. Supongo te harás cargo de que es por tu propio interés por lo que así te aconsejo. Si sigues al pie de la letra mis instrucciones, dentro de un mes serás millonaria y... ¿adivinas los placeres que te aguardan, la vida fastuosa y alegre que te espera, bonita y joven como eres y con tanto dinero?

Recibe muchos besos de tu tía que te quiere

KETTY.

DE nuevo nos encontramos en el despacho del jefe superior de la policía secreta.

El jefe, de pie detrás de su *bureau* repleto de papeles, decía a Iván:

— Le felicito a usted por su admirable servicio, en el esclarecimiento del robo de los cien millones de rublos de que se habla en todo el mundo. Será propuesto, amigo Iván, para un ascenso importante.

En el mismo despacho, con guardias de vista, estaban Natacha, que lloraba en silencio; Ketty, una mujer elegantísima, de unos treinta años, y Nitocha Pantepoff, el agente de la «G. P. U.», tres de los más importantes protagonistas del apasionante suceso.

Acababan de prestar declaración. Sus palabras lograron reconstituir el hecho con toda exactitud. He aquí lo sucedido:

Ketty, mujer peligrosa, afiliada a una importante banda internacional de ladrones, logró casarse con el primer inspector de la policía secreta, con lo que conseguía para ella y sus cómplices la más completa impunidad.

Su marido, hombre débil, no tuvo valor para negarse a servir de escudo a su mujer amparándola en muchas ocasiones contra las investigaciones policíacas.

Por otra parte, Nitocha Pantepoff, uno de los más activos agentes secretos de los Soviets, fué el encargado de capturar al ladrón de los cien millones de rublos.

Tuvo confidencias de que la autora del robo era Natacha, que llevaba consigo el botín, y embarcó en el mismo vapor para confirmarla. Cuando adquirió la certeza de que Natacha tenía en su poder los valores, pretendió deshacerse de ella en la forma que ya conoce el lector y desapareció con el cofre.

Desenredar la madeja, al tener en su poder dos o tres cabos sueltos, fué tarea fácil para Iván.

Y horas después la policía de Nueva York había echado el guante a todos los autores del hecho y a sus cómplices, que eran muchos.

Sólo faltaba detener al primer inspector, que había desaparecido. El jefe había dado las órdenes oportunas para que en poco tiempo cayese en manos de la justicia.

No hubo necesidad de activar mucho la captura. Momentos antes de despedirse Iván del jefe, éste recibió una carta urgente.

Al leerla frunció el ceño y la ofreció a Iván.

La carta decía:

«Jefe: He sido víctima de una mala mujer. Me sé culpable, y me hago justicia a mí mismo. Cuando usted reciba estas líneas ya habré dejado de existir. Perdón, de nuevo.

JHON MC. DULVER.»

Penosamente impresionado, Iván abandonó el despacho del jefe. Pero antes de cerrar la puerta tras sí, oyó que le llamaban.

— Iván — le dijo el jefe, — en todo este asunto hay una

(Continúa en la página 93)

al hombreillo: — ¿Y usted cómo ha adivinado que él llevaba lentes?

El detective *amateur* carraspeó, a fin de aclararse la garganta, y en seguida respondió:

— En primer lugar, es sospechoso de astigmatismo todo aquel que gozando de perfecta salud tiene el semblante alicaído o la mirada apagada; además, este caballero tiene una raya pronunciada en el caballete de la nariz, así como una señal tras la oreja, hecha, sin duda, por la cadenita.

Luego de tan notable exhibición teórico-práctica, se dejó caer en el asiento más próximo y allí permaneció meditando, con los ojos cerrados y los labios fruncidos. Dentro de unos minutos nos ofrecería la solución del misterio. Ello era evidente, en opinión de los viajeros. Por último, se inclinó ansioso, colocando el fragmento de cadena sobre el asiento de enfrente y procedió a examinarlo con ayuda de una lente de aumento que había sacado de uno de sus bolsillos. Mas movió la cabeza con desaliento. Todos cuantos se hallaban junto a él imitaron el gesto, aun sin saber de lo que se trataba.

Volvían a zumbarme los oídos. En torno mío el grupo habíase quedado paralizado súbitamente, en el momento mismo de ir a moverse, como si un hipnotizador hubiera gritado: ¡FIRMES! La muchacha del traje azul me estaba mirando. El zumbido de mis oídos era ensordecedor; sin embargo, oí oír decir que debía hablarme de algo importante, mas el zumbido se intensificó hasta acabar en un alarido, y en aquel mismo instante se levantó el vagón bajo mis pies. Pulverizose, hízose astillas y después cayó en la obscuridad.



CAPÍTULO XI

SE LLAMA SULLIVAN...



N Baltimore me hicieron una cura provisional del brazo, e inmediatamente después me puse en viaje hacia Washington. Cuando salí del *cab* dando traspies estaba desfallecido y poco faltó para que cayera en brazos de la escandalizada señora Klopston. Un cuarto de hora después estaba metido en cama, y la buena mujer apilaba sobre mí no sé cuantas mantas, haciéndome salir ampollas con las botellas de agua caliente que colocó alrededor de mi cuerpo. Una hora después se me había aplicado el cloroformo y el doctor Williams me había entablillado el hueso roto.

Tras la operación, me quedé dormido y no desperté hasta más tarde, a la hora del crepúsculo, y entonces me di cuenta de que había regresado a casa sin los comprobantes de la culpabilidad de Andy Bronson, acusado de asesinato, y admití por añadidura que me hallaba interesado, o quizás más que interesado, por una muchacha de quien estaba enamorado mi mejor amigo, de una muchacha tan enigmática como misterioso el motivo del crimen.

— Jamás fui capaz de adivinar enigmas — gemí, hablando en voz alta. La señora Klopston se aproximó al lecho con presteza y me puso en la frente un paño mojado.

— Eufemia — observó dirigiéndose a alguien que estaba al otro lado de la puerta; — telefonea al doctor y dile que el señor continúa divagando, si bien ahora ya no habla de lazos verdes, sino de enigmáticos.

— ¡Pero, por Dios, señora Klopston! Yo no divago — protesté. — Me limito a pensar en voz alta. ¡Maldito paño! ¡Está chorreando!

Le di un manotazo y cayó al suelo con el «chaf» característico de todo objeto blando, mojado, al chocar contra otro duro.

— Pensar en voz alta es delirar — repuso, imperturbable, la señora Klopston. — Eufemia, otro paño.

Y esta vez lo mantuvo en su lugar con una firme presión que mi debilidad no pudo combatir. En vano le expliqué que me tortu-

les de Baltimore se dividen en tres grupos: el primero lo componen los ciudadanos que se levantan temprano para ir a la iglesia, el segundo, aquellos que se levantan para leer el diario, y el tercero está formado por los que no se levantan de la cama. A estas horas, el primer grupo debe de hallarse escuchando el sermón, y de los demás no debemos preocuparnos.

— ¡Me trata usted como a una niña! — observó ella en son de queja. — No se esfuerce en demostrar alegría, porque... ¡es horrible! Ante esta salida, se me acabó la cuerda, como a un muñeco, y terminó el paseo en medio del silencio más absoluto. Cuando supe que ella se alojaba en casa de unos amigos que tenía en la ciudad, sentí una conmoción; ello significaba una separación inmediata. Pero mi brazo iniciaba otra vez sus latidos. Al ayudarla a subir al *cab* me di un golpe en el y el dolor me obligó a apretar los dientes. Este incidente fué, con toda seguridad, el que me hizo olvidar el bolso.

Ella se inclinó fuera del coche y me tendió la mano.

— ¡Tal vez no hallaré otra ocasión para darle las gracias — dijo, — ni aunque así fuera lo intentaría. No hallo palabras con que expresar mi gratitud.

Yo murmuré no sé qué a propósito del agradecimiento que yo también la debía, pero por efecto del golpe, en lugar de un *cab* veía dos, y dos eran, también, las encantadoras muchachas que me tendían la mano.

— Recuerde que no me conoce usted, señor Blakeley — me decían. — Mas si por casualidad oyera decir algo de mí... que no fuera agradable, le ruego que no piense muy mal. ¿Me promete hacerlo así?

Vivos destellos deslumbradores jugueteaban en torno de ellas.

— Me parece que pensaré demasiado bien para mi propia conveniencia — observé, vacilando.

Y el coche se puso en marcha.



han arrancado alguna vez a vuestra vida prosaica para envolverlos en una serie de insospechados acontecimientos, colocándolos en situación tan horrible y al propio tiempo tan grotesca, que os dé risa mientras gemís, todavía en tensión por cuanto encierra de desesperada? McKnight asegura que esto es histerismo y que el hombre que se precie de tal no debe confesarlo.

También dice que ello suena a melodrama. Algo así como el chirrido de la sierra mecánica al triturar los miembros del héroe mientras el traidor vuela con dinamita el aserradero. Mas el héroe se salva por el tejado y va a parar a los pies de su dama, que está a orillas del río tejendo una guinalda...

De todos modos, recuerdo que una vez me hallé seguro en casa y tomé de manos de la señora Klopion los brebajes que me trajeron de la farmacia, oliendo a gloria, levante me del lecho, vacilando, para cerrar la puerta del cuarto, y en seguida rompí a reír a carcajadas; tan absurda me parecía la situación. Y mientras me reía así, mi espíritu no dejaba de condolerse por la ausencia de la muchacha a quien la lealtad que se deben entre sí los hombres de honor me obligaba a apartar de mi pensamiento.

Aquella noche torné a verla, entre torturas, con el sombrero de las cintas verdes que últimamente había llevado, y a la mañana siguiente consulté el caso con el doctor, mas éste me aseguró que había sido un sueño producido por la morfina y que lo singular del caso es que no hubiera visto una hilera de diablillos con las colas verdes también.

Sé muy poco de lo ocurrido durante la catástrofe del nueve de septiembre. Cuantos sorbieron en los periódicos sus detalles al propio tiempo que su taza de café; los que digirieron sus horrores con la comida, tal vez sabrán acerca de ella mucho más que yo. Me acuerdo muy bien de que me tornaron a este mundo los latidos y punzadas que sentía en un brazo. Lo primero que vi al abrir los ojos fué una

peatones que transitaban por el camino nos contemplaban francamente curiosos y discutían acerca del descarrilamiento exagerando sus horrores. Con uno de aquellos rápidos e inesperados movimientos que constituían uno de sus encantos, mi compañera se volvió hacia mí.

— Quisiera que mi madre ignorase que yo iba en el tren en ocasión de la catástrofe — me dijo. — ¿Verdad que me hará el favor de no decir a Richey que me ha visto?

Yo se lo prometí formalmente. Más adelante, cuando nos hallábamos ya muy cerca de Baltimore, me pidió permiso para examinar la pitillera de bronce, y mientras permanecía silenciosa, con ella entre las manos, yo le expliqué los sucesos acaecidos aquella mañana, temprano, en el «Ontario».

— De modo — concluí, — que este maletín, así como todo cuanto llevo encima, pertenecen a un tal Sullivan que debió de apearse del tren antes del descarrilamiento y quizás después de haber cometido el asesinato.

— ¿Así, usted cree que fué él quien cometió el... el asesinato?

Sus ojos permanecían fijos en la pitillera.

— ¡Desde luego! — exclamé. — Un hombre no se pone las ropas de otro ni salta del tren a medianoche si no es para huir de algo. Además de la daga, le acusan las manchas de sangre que usted misma ha visto, y también el que dentro del maletín que ve usted aquí, a mis pies, está la cartera del muerto. ¿Qué dice usted a esto?

Me sonrojé; la sombra de una sonrisa había contraído los ángulos de su boca.

— En fin — concluí, — le digo todo esto porque me parece que tiene usted interés en ver probada mi inocencia.

En aquel mismo instante cedió el extremo de cadena que sostenía su bolso, y éste cayó al suelo, pero ella no se dió cuenta. Lo recogí y para mayor seguridad me lo metí en el bolsillo, donde se me olvidó. ¡Cuántas veces deseé, después, haber dejado que pasara inadvertido en el sucio suelo del tranvía! Y aun ahora, siempre que veo en manos de una dama un objeto por el estilo, una de esas bagatelas femeninas, me estremezco involuntariamente, porque me trae a la memoria el perplejo semblante de una muchacha bajo el ala flotante de un sombrero de paja, y la persistente sospecha que me quitó el sueño durante las noches subsiguientes.

Entonces yo estaba resuelto a no dejar que mi compañera pensara en el desastre, para lo cual me puse a decir tonterías.

— ¿Sabe usted que hoy es domingo — observó de pronto — y que ambos llevamos destrozado el vestido?

— ¡Bah, qué importa! — repliqué. — En domingo los habitua-

serie de nubes que a semejanza del merengue de una *charlotte* (1) destacábanse del fondo azul del cielo. Cuando al sentido de la vista agregóse, poquito a poco, al del oído, percibí los sollozos de una mujer que se hallaba, por lo visto, a mi lado. Había perdido el agujón del sombrero y estaba inconsolable.

Después debí de perder el conocimiento otra vez, porque al despertar de nuevo el humo velaba mi trocito de cielo, oíase el persistente crepitar del fuego y una lluvia de chispas me rociaba el semblante. Sacudían mi traje con manos temblorosas. Abrí los ojos, pero los cerré en seguida. La muchacha del traje azul me miraba. Con el cerebro cerrado a las cosas grandes y sutilmente despierto a las pequeñas, que este es el efecto inmediato a toda conmoción, traté de decir un chiste, cuando una chispa vino a adherirse a mi mejilla. Pero la muchacha repetía desesperadamente:

— ¡Hay que rehacerse! ¡Vamos, levántese, que el fuego ha prendido por dos veces en sus ropas!

Una tira de lienzo ondeaba sobre mi cabeza. Cogióla el viento, y una llama ascendió por sus orillas achicharradas.

— ¡Qué gracioso! — dije en tono alegre. — ¡Parecía una cometa! — Y a continuación exclamé, porque el brazo me había dado una puntada: — ¡Cristo, cómo duele!

La muchacha se inclinó y habló lenta y claramente, como si tratara de hacerse entender por un sordo o un chiquillo.

— Escuche, señor Blakeley — me dijo con voz grave. «Es preciso» que se levante usted. Ha ocurrido un terrible accidente. La segunda sección del convoy se nos echó encima y ahora los despojos del tren están ardiendo. Si no nos vamos pronto de aquí arderemos también. ¿Me oye usted?

Su voz y mi brazo me hicieron recuperar los sentidos.

— La oigo — respondí, — y voy a incorporarme... ahora mismo. ¿Está usted herida?

— No; magullada nada más. ¿Cree usted que podrá andar?

Levanté primero un pie con toda precaución, y en seguida el otro.

— Me parece que los juego bastante bien — dije con acento inseguro. — ¿Y ahora, querría usted decirme qué tengo en la cabeza, porque no la siento...

Ella me examinó detenidamente.

— Tiene usted un gran chichón — dijo después. — Debí usted de caer sobre ella.

Mientras hablaba, yo había conseguido incorporarme sobre el codo sano, pero el dolor me obligó a recostarme *incontinenti*.

(1) Bizcochuelo rodando de natilla o compota.

— No mire usted el tren incendiado — le supliqué. — No es espectáculo que puedan ver los ojos de una mujer. Si... si hubiera por ahí algo con que sujetar este brazo, yo podría moverme. ¡Tal vez haya gente debajo de esos vagones!

— En ese caso es tarde para socorrerla — replicó la muchacha, con solenne acento.

Una lluvia de plumas incendiadas procedentes de alguna almohada que ardía caía en torno nuestro. Parte de los restos del tren derrumbáronse con estrépito. No me quedaba otro remedio que representar como un hombre el papel que se me asignaba en aquella tragedia. Me puse de rodillas y entonces me di cuenta de algo en que aun no había reparado. La mano del brazo herido estaba pasada hasta la muñeca por el asa del maletín de piel de foca y como incrustada allí. La sorpresa me hizo abrir la boca y después me dejé caer al suelo, sentado.

— ¡Por amor de Dios, no haga usted eso! — exclamó la muchacha. En aquel momento daba la espalda a lo que quedaba del tren, del que hasta entonces había apartado la vista.

Permítame que sostenga el maletín hasta que nos hayamos alejado unos metros; su peso podría hacerle sufrir mucho. Luego se echará usted y cortaremos el asa.

— Pero ¿habrá que cortarlo? — pregunté tan tranquilamente como pude.

Las punzadas me ascendían dolorosas, ardientes, hasta el cuello, mas nos íbamos apartando, poco a poco, de la vía.

— Si — contestó mi compañera con una frialdad que me aterró. — Si tuviera un cuchillo, yo misma probaría a hacerlo. Mire, siéntese aquí y recuéstese en esta valla.

Entonces, despiertas ya del todo mis facultades, comprendí que no se trataba, como yo había creído, de cortarme el brazo. Disipábase el mareo y gradualmente volvía a mi estado normal.

— Bastará que tire de ella para que salga — observé, — y libre de ese peso dejaré de asemejarme, por lo inútil, a un bebé.

Ella trató de desprender el asa, mas ésta no cedía, y por fin tuve que pedir gracia, pues me hallaba inundado de un sudor frío.

— Me parece que no voy a poder soportar este martirio — dije; — pero aquí, en mis bolsillos, debe haber un cuchillo. Voy a ver si le encuentro y podrá usted cortar el cuero.

Cuando lo hallé, lo hizo girar entre sus dedos, ora de un lado, ora de otro, examinándolo con un aire singular, de azoramiento más que de sorpresa, si bien no dijo nada. Púsose a trabajar con destreza y pocos minutos después caía el maletín a mis pies.

Instantáneamente me erguí.

Me miró, rápida, pero yo no separaba los ojos del camino. Habíamos perdido de vista la granja y a cada paso que dábamos alejándonos de ella, la muchacha respiraba con más desahogo. No miró ni una sola vez el objeto que llevaba en la mano; sin embargo, no le olvidaba. Una decisión súbita debió de inspirarla, cuando aun divisábamos el portillo de la casa, porque murmuró no sé qué y echó a correr, sola, hacia él, levantando a cada paso que daba una nube de polvo. La vi atar algo allí, observando, desde la carretera, la prisa nerviosa con que obraba. Después, y sin la menor explicación, tornó a reunirse a mí, pero sus crispados dedos estaban libres y aun que parecía fatigada, había desaparecido la tensión que sufría.

Caminamos lentamente en dirección, no muy exacta, de la línea de tranvías. Un hombre que guiaba un carro se ofreció a llevarnos en él, y yo rehusé la oferta en cuanto hubo dado una ojeada al vehículo, que no tenía muelles.

— Los huesos rotos de mi brazo sonarían, ahí dentro, como castañuelas — expliqué. — Ahora bien, la señorita...

La señorita se negó a subir y continuamos a pie el camino. Otra vez, con la línea de tranvías a la vista, se le metió una china en un zapato (los llevaba muy escotados) y tuvimos que hacer alto al pie de un árbol, mientras se descalzaba.

— Yo... no sé lo que hubiera hecho sin usted — balbucí, — sin su apoyo moral, sobre todo. ¿Sabe que lo primero que sentí al verla incógnita después de la catástrofe fué una gran alegría?

Ella estaba sentada a mi lado, a la sombra de un castaño inmenso que crecía al borde del camino; por consiguiente, veía muy bien su rostro. No imaginé que mis palabras pudieran hacer nacer la dolorosa expresión que se retrató en él.

— Pues lo primero que yo sentí — contestó con acento pausado — fué no haber sucumbido, no haber sido borrada, de un soplo, del mundo de los vivos. Pero ¡no me mire usted de ese modo! Hablo así, por... por hablar, únicamente.

Mas sus labios temblaban. Desechando todo el hipocrita temor que nos infunde la sociedad, me incliné hacia ella y acaricié respetuosamente la mano que apoyaba sobre la hierba, al lado mío.

— No diga usted tales cosas — murmuré. — Sus amigos...

— ¡Yo no tenía amigos en el tren! — protestó ella interrumpiéndome. Su voz era dura, su acento, decisivo. Luego sacó su mano de debajo de la mía, no ya viva, sino bruscamente. Un tranvía venía hacia nosotros. El férreo dedo de la civilización, de la corrección, de las tarjetas de visita y de las presentaciones en regla, nos señalaba el vehículo. La señorita West se calzó el zapato.

Una vez dentro de él, cambiamos pocas palabras. Los pocos

— ¡Ah! ¡Esto es otra cosa! — confesé. — Ahora, si tiene usted por ahí un alfiler, prenda esta manga a la chaqueta y servirá de cabestrillo al brazo, luego nos iremos de aquí.

Mas ella objetó:

— El alfiler podría desprenderse y la sacudida sería terrible.

Miró, perpleja, en torno suyo; luego desapareció para comparecer al instante con el trozo chamuscado de una sábana. La rasgó, sacó de ella un cuadrado grande y después de que lo hubo doblado, lo deslizó bajo el miembro herido y ató fuertemente ambas puntas a mi cuello. En el acto quedé aliviado de mis dolores. Tomé el malletín de piel y eché a andar muy despacio, junto a mi compañera, alejándome de la vía.

El primer acto había concluido; cayó el telón.

CAPÍTULO X

LA SUPLICA DE LA SEÑORITA WEST

AQUEL cambio sorprendente me quitó el uso de la palabra. La animación había desaparecido de su semblante y ni siquiera quedaban huellas del buen humor con que en la mesa había acogido mis bromas. Sería, con el rostro pálido hasta los labios, contemplaba sin pestañear el soleado camino. Y entonces observé que escondía un objeto en el puño ceñido, y entonces los ojos del sendero se posaron en él, por casualidad, y entonces los cerró exhalando un mudo suspiro.

Después el color le volvió, poco a poco, al rostro, pero nada dijo de lo que había motivado en ella aquel cambio. Sólo parecía ansiosa de salir, cuanto antes, de la granja, y mis tardos movimientos, mi cachaza masculina, la impacientaron. Recuerdo que yo quería visitar el establo para ver si hallaba en él algún caballo y vehículo que nos llevara hasta el tranvía, pero ella no me dejó. También recuerdo ahora varios detalles que pudieron serme útiles y no lo fueron. Estaba entonces muy aturdido. A excepción de la catástrofe, de la que hago responsable a la Providencia, de una parte, y de otra, al ingeniero que debió repasar, y no lo hizo, la segunda sección del convoy, los acontecimientos desarrollados durante aquella mañana se relacionaban lógicamente, unos con otros; procedían de una misma causa y tendían a un mismo fin. Pero éste no se vislumbraba todavía y la causa se mantenía oculta.

Hasta que la casa no quedó bien atrás no se suavizaron las rígidas facciones de la muchacha. Yo debí de observarla más insistentemente de lo que suponía, porque en cuanto recorrimos un trozo de carretera volvióse a mirarme con un airecillo petulante.

— ¡Por Dios, no me mire de ese modo! — exclamó, dejándome confuso. — Ya sé que el sombrero es horroroso, mas yo no tengo la culpa de que el verde preste a mi tez un tinte cadavérico.

— ¡Ah, entonces, era el verde...! — Yo sentía marcado alivio. — Me pareció que se había usted puesto muy pálida hace unos minutos.

de la cocina y me lavaba la cara con la mano del brazo sano. Adiviné, que ella se mantenía inmóvil en el umbral y me di el último chapuzón.

— ¿Cómo es posible que un ser humano pueda lavarse bien las orejas utilizando sólo una mano? — observé, con la cabeza dentro de la toalla. Me hallaba molesto; los hombres están, por regla general, más sujetos a convencionalismos que las mujeres, dígame lo que se quiera. — Ahora tengo tanto jabón en la cara, que si soplara echaría burbujas por la boca. El lavarse con agua de lluvia y jabón confecionado en casa es lo mismo que andar en auto por un terreno resbaladizo: sólo se va bien sin andar con rodeos.

Después de haberme restregado con la toalla hasta sacarme lustre, la miré. Estaba apoyada en el marco de la puerta, con el rostro pálido, respirando lenta y trabajosamente. El sombrero, que había sido afirmado en su lugar por un agujón, habíase escurrido a un lado. Cuando me di cuenta de que no me miraba, de que sus ojos contemplaban el camino por donde habíamos llegado, seguí con los míos la dirección de su mirada. Pero no vi un alma. El camino se extendía desierto, polvoriento, bajo los rayos del sol, sin dar el menor signo de vida, sin que persona alguna transitara por él.

UN ALMUERZO PACIFICO

CAPÍTULO IX



EBIAMOS de estar aturridos todavía, porque vagamos a la ventura como dos chiquillos. En un principio nuestro único anhelo fué alejarnos, poner tierra por medio entre aquel horror que quedaba a nuestra espalda y nosotros. Ambos íbamos con la cabeza descubierta, tiznados y pálidos bajo la capa de hollín. De tarde en tarde nos tropezábamos, en el camino, con pequeños grupos de campesinos que corrían presurosos a la vía; nos miraban con curiosidad y algunos de ellos quisieron venir a interrogarnos. Pero nosotros apresurábamos el paso; la catástrofe debía quedar olvidada. En aquella dirección se hallaba la locura.

Sólo una vez se volvió la muchacha a mirar atrás. Los restos del tren quedaban ocultos a la vista, mas la nube de humo se cernía aún sobre ellos, pesada y compacta. Entonces recordé, por vez primera después de la catástrofe, que mi compañera no viajaba sola.

— Siéntese aquí — le dije, — a la orilla del camino, mientras yo vuelvo a la vía ahora que no pasa nadie. He sido olvidadizo y criminal. Su compañera de viaje...

La muchacha había perdido su hermosa serenidad de poco antes y me interrumpió para decir:

— ¡Por favor, no se vaya! No se vaya, porque... porque es inútil; además... no quiero quedarme sola.

Bien sabe Dios que yo no deseaba dejarla, ¡por caminar eternamente junto a ella hubiera dado cualquier cosa! Poco a poco, y a medida que perdía su momentánea exaltación, recuperaba yo mi usual serenidad mental. Dime cuenta de que aun no me había afeitado desde la víspera, recordé mi aspecto poco halagüeño, y noté que el zapato izquierdo me hacía cojear de un modo terrible. Pocas veces sale un hombre triunfante de tales contratiempos. Mi compañera, en cambio, estaba deliciosa a pesar de sus desgredados cabellos, de su vestido arrugado, la falta de sombrero y la cadena rota de su bolso dorado.

orzas de barro llenas de manteca, y en la despensa encontramos una cesta llena de huevos, grandes huevos de cascara obscura.

Mientras comíamos, charlamos como dos chiquillos, libres de la influencia de una pesadilla. Sacamos a relucir nuestras mutuas amistades, juntos nos reímos de mis medianos chistes, procuramos, en fin, con todas nuestras fuerzas, relegar al olvido el pasado horror.

El sombrero de las cintas verdes fué el que nos volvió a la realidad.

Conversando, sentía yo la sensación de que Alison West procuraba alejar del pensamiento una idea que pasaba por él de vez en cuando, haciéndola adoptar la perpleja expresión que tanto me había chocado el día anterior a la catástrofe. La volví a sorprender en su semblante cuando, después de concluido el almuerzo, se acercó a asegurar la venda que pendía de mi cuello. Yo había prolongado el yantar hasta donde era posible, pero en cuanto las manecillas del reloj de la floreada esfera señalaron las diez y media sin que hubieran aparecido la madre de los mellizos, inició la señorita West el movimiento que yo había temido.

— Si queremos llegar a Baltimore debemos partir al instante — dijo, levantándose de la mesa. — Sería conveniente que le viera un médico tan pronto como sea posible.

— ¡Chist! — ordené yo. — No me nombre el brazo ahora que está dormido, porque podría despertarse.

De repente ella exclamó:

— ¡Si al menos tuviera un sombrero que ponerme! Con uno sencillo me contentaría, pero...

Se interrumpió dando un grito y corrió a un rincón.

— ¡Mire! — exclamó luego con acento de triunfo. — ¡Hele aquí! ¿Cree usted que la niña protestará si le subo, así, las bridas verdes, para formar un lazo sobre la copa...? O sino, mejor será dejar aquí cinco dólares, ¿no le parece?, y con ellos adquirirá una docena de sombreros como éste.

El sombrerillo era, en realidad, algo ridículo con su copa redonda y el ala que caía, desmayada, entorno; pero con un hábil tirón de sus manos, ella lo adaptó a su cabeza y en seguida lo levantó de un lado. Grotesco en sí mismo, resultaba, llevado por ella, una prenda exquisita.

Era evidente que la ausencia de algo con que cubrirse la cabeza había preocupado a mi compañera, que se mostró encantada de su hallazgo. Me dejó redactando una carta destinada a la granjera, que prendí, junto con un billete, en el mantel, y corrí arriba a mirarse al espejo. Cuando volvió a bajar, yo no la ví. Había descubierto un barreño lleno de agua sobre un banco que estaba a la puerta

— No la dejaré sola — afirmé sintiéndome héroe.

Y continuamos unidos el camino. Hasta entonces no habíamos visto ningún superviviente del desastre; pero al llegar muy arriba de la carretera nos tropezamos con la mujer alta, que, como queda dicho, había ocupado la litera número once. Se había situado en cucullas junto a la cuneta. Sus negros cabellos caían en desorden sobre sus hombros y tenía una tremenda contusión en un ojo. Como no nos reconocía y se negaba a acompañarnos, la dejamos allí, murmurando palabras incoherentes y haciendo saltar en sus manos una docena de guijarros que había tomado del camino.

Al ponernos en marcha observé que mi compañera se estremecía. Una vez se volvió a mirar mi vendaje.

— ¿Le duele mucho el brazo? — me preguntó.

— Lo tengo paralizado por completo — respondí; — aunque aun podía presentarse peor la cosa — añadí en seguida para tranquilizarla.

En realidad, jamás había sufrido tanto como aquel día.

En esta forma caminamos con grandes trabajos bajo un sol de estío. Ibamos achicharrados, muertos, cubiertos de polvo, mas continuábamos obstinadamente alejándonos de la columna de humo. Paralela a la dirección que seguíamos, debía de haber una línea de tranvías. De todos modos, yo estaba decidido a tomar un coche que nos llevara a Baltimore. La muchacha se sonrió cuando la comunique mi pensamiento.

— Causaremos sensación, ¿no le parece? — dijo. Y a continuación agregó: — ¡Es particular! Carezco de sombrero y no obstante me preocupa no tener aquí un par de guantes.

Cuando llegamos al camino real, nos sentamos un momento a descansar y entonces sus cabellos, que habían ido aflojándose por grados, cayeron en ondas deliciosas sobre sus hombros. Me dió lástima pensar que iba a verle retorcido otra vez y así se lo manifesté, pero me respondió que cuando estaba suelto la incomodaba, porque se le metía en los ojos. Recogióse, pues, y mientras se hacía el moño, le guardaba yo las horquillas y los peñecillos de concha. Una vez concluido, el peinado le sentaba muy bien. Es curioso que el hombre no se dé cuenta, hasta que comienza a perderlos, de que tiene cabellos. La mujer es diferente. Lo incorrecto de la situación se presentó a su mente en cuanto se hubo puesto la última horquilla y colocado en su lugar unos rizos rebeldes.

— ¡Aun no le he dicho a usted mi nombre! — exclamó de repente. — Olvidaba que yo sé quién es usted y que usted no sabe quién soy yo. Me llamo Alison West y vivo en Richmond.

¿De modo que ella era el original de la fotografía que yo había

visto sobre la mesilla de noche del millonario! ¡La misma a quien McKnight había ido a ver a Richmond! Ella acudía, con seguridad, a la cita. Mas, aun cuando así fuera, ¿qué tenía yo que ver con ello? Nos habíamos conocido casualmente y, todo lo más, dentro de un par de horas volveríamos a la civilización. Si después me recordaba, sería bajo el aspecto de un individuo desaliñado que llevaba corbata roja, zapatos amarillos y alrededor del cuello los restos chamuscados de una sábana. Exhalé un hondo suspiro.

— No es nada: una punzada — dije al ver que mi compañera levantaba los ojos con viveza. Y en seguida proseguí en otro tono:

— Celebro conocerla, señorita West. Hace tres meses que no oigo decir de usted más que cosas agradables.

— ¿De labios de Richey McKnight? — me preguntó. Se mostraba sinceramente curiosa.

— Sí, de labios de Richey McKnight — repetí. Ahora ya no me maravillaba de que estuviera loco por ella, pero la idea me hacía sufrir y hundí los talones en el polvo.

Entre tanto me decía la señorita West:

— Yo venía de Cresson, o mejor dicho de las montañas del país, de pasar unos días en casa de la señora Curtis, la persona por quien usted se interesaba hace poco. Ambas nos dirigíamos a Washington.

Hablaba lentamente, como poco deseosa de dar explicaciones, y en su rostro se pintaba aquella curiosa expresión, entre perpleja y angustiada, que tanto me había llamado la atención.

— ¿Camino del hogar? — pregunté comprendiendo que debía decir algo. — Richey me manifestó que iba a verla.

Ella me miró con ojos sinceros, serenos.

— No — me respondió en voz baja. — No íbamos camino del hogar, sino... mas ¿qué importa? Lo esencial es que ahora vuelvo a él.

Por la carretera bajaba muy de prisa una mujer acompañada de dos criaturas que eran como una copia la una de la otra. De una sola ojeada hizo cargo de nuestra situación y su generosidad se desbordó.

— ¡Pobrecillos! — exclamó. — Miren, echen por ahí, a la izquierda de ese camino que tienen enfrente, y al llegar a la segunda casa introdúzcanse en ella. Es una pocilga, pero en la mesa encontrarán algo con que almorzar. La cafetera está sobre el fogón. También pueden disponer del jabón y de toda el agua que gusten. En la casa no hay nadie, de modo que no tienen que pedir permiso.

Aceptamos su bondadosa oferta y ella siguió corriendo en dirección a la vía. Me puse en pie con el mayor cuidado y en seguida ayudé a levantarse a la señorita West.

— En la segunda casa a mano izquierda hallaremos el almuerzo que la ofrecí hace... una eternidad — dije. — Conque ¡adelante! y a la pocilga.

Durante el resto del camino hablamos muy poco. Yo había llegado al límite de resistencia física, y a cada paso que daba chocaban entre sí los extremos del hueso roto. Dimos con la casa en seguida y recuerdo que yo me preguntaba si podría tenerme derecho hasta llegar a la puerta, que estaba al final del embaldosado sendero que corría entre setos.

— ¡Dios sea loado! — dije al fin con toda la fuerza de mis pulmones. — ¡He aquí la cafetera!

Separé la mano del pomo y entonces caí al suelo, doblado como una navaja sevillana. Cuando recobré el sentido, corría por mi cuello un líquido caliente, y una voz delirante estaba diciendo:

— ¡Ay, Dios mío! No se lo puedo verter en la boca...; por favor, abra los ojos.

Semi inconsciente todavía, dije:

— No, en los ojos no quiero. — Y luego: — ¿Qué me ha ocurrido? — pregunté. — ¡Ah, ya sé! Los condenados zapatos tienen la culpa; el izquierdo, sobre todo, me tortura en extremo.

Así diciendo me había incorporado y la miraba fijamente.

Ni antes, ni tampoco después de aquel día he tornado a desmayarme, pero volvería a sufrirlo con gusto, no una, sino mil veces, si al despertar había de sentir en mi mejilla la caicía de sus dedos suaves y el extático goce del café caliente que ellos habían derramado sobre mi cuello. Aquella mañana me emocionaba hasta la más leve inflexión de su voz. Más adelante mi lealtad a McKnight habría de levantar una barrera entre la mujer que él amaba y yo; la vida nos aportaría también nuevas complicaciones..., pero en las horas aquellas que sucedieron a la catástrofe, aun llenas de dolor como estaban, no habían nacido todavía el recelo ni la desconfianza. Esto llegó después. Libres de convencionalismos y de trabas, éramos algo así como el primer hombre y la primera mujer. Componían nuestro mundo la granja desierta, el campo de trigo que ascendía en suave pendiente al camino, y el trozo de bosque y de prado que nos rodeaba.

Para almorzar, nos sentamos a la mesa, uno enfrente del otro. Nuestra alegría procedía, en un principio, de la reacción de nuestro ser, aunque se hizo menos forzada a medida que íbamos devorando grandes rebanadas de pan que habíamos hallado en el horno de la granjera y bebíamos sendas tazas de un líquido caliente que olía a café, aunque de un sabor completamente desconocido para mí. Metidas en el fresco plón del manantial descubrimos pequeñas

Delatado por las Huellas Digitales

(Continuación de la página 8)

Convencida, pues, por todos estos datos de que Jimmy era el culpable, juró denunciar, como así lo hizo, el robo, el allanamiento de morada y la tentativa de asesinato por él cometidos. Prescott, a los pocos días, compareció ante los tribunales. El jurado, después de examinar el caso, pronunció veredicto de culpabilidad condenando a Jimmy Prescott a cadena perpetua.

LOS diarios comentaron insistentemente el caso, haciendo resaltar el gran papel que en él habían desempeñado las huellas digitales.

En aquel momento estaba yo leyendo otro artículo en que se insistía sobre lo mismo, y no pude contenerme más.

las había hecho muy gordas, generalmente con mucho éxito.

Un día, mientras el maestresala guiaba a una bella y elegante dama y a su compañero a la mesa, «La Comadreja», reconociéndoles, frunció el ceño.

— ¡Malditos sean! — murmuró tomándose el café y haciendo un gesto como para ocultarse.

En aquel momento los vivos ojos de la hermosa señora Carson se fijaron en los de Ernesto Farel. Sobresaltada, cogióse del brazo de su marido.

— Mira, Ricardo — dijo señalando disimuladamente a Farel. — ¿Verdad que ese hombre se parece a Prescott? Pero no puede ser él. ¡Qué tonta soy! Me he sobresaltado sin motivo.

EN las oficinas superiores del edificio de La Unión, el anciano portero negro estaba muy ocupado en el cumplimiento de sus deberes de vigilante nocturno. Sólo él se encontraba en aquella parte de la casa.

De pronto, se quedó inmóvil, rígido, con el oído atento a un ruido sordo, como el eco de un trueno lejano.

Con agilidad que nadie hubiese esperado de un hombre tan viejo, saltó el negro hasta la pared y oprimió el botón de un timbre de alarma.

Un momento después parecía haberse desencadenado el infierno en la casa. Llegaron corriendo varios policías uniformados, se oyeron repetidos disparos, carreras precipitadas, aullidos de dolor y de rabia. Por fin, reinó de nuevo el silencio.

Junto a al destrozada caja de caudales de la oficina de la «Rabinovitch Jewir Company», Ernesto Farel, alias «La Comadreja», había quedado definitivamente preso entre las garras de la Ley.

MIENTRAS examinaba las herramientas usadas por Farel en la tentativa de robo de la caja de caudales, estaba a mi lado el detective Moran juntamente con «La Comadreja».

— ¡Dios mío! — exclamé mientras cogía del suelo una botella grande llena de nitroglicerina, suficiente para destruir un edificio como aquél. — Me parece — añadí — que ya tengo ahora pruebas contundentes para mandar una temporada a este pájaro a purgar sus culpas, pero antes que nada voy a examinar sus huellas digitales.

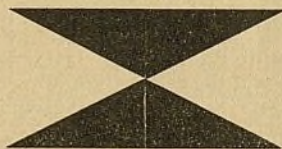
Al oír hablar de huellas digitales, «La Comadreja» sonrió irónicamente.

— Oiga usted — me dijo. — Si entendiera de huellas digitales tanto como yo, mañana mismo saldría de presidio un inocente.

En el número correspondiente al mes de octubre inaugurará

GRAN PROYECTOR

la colaboración nacional, presentando — en la misma forma que la colaboración extranjera — un sinfín de casos auténticamente ocurridos en España, pero que, por sus especiales circunstancias, apenas han trascendido al público o han llegado, a lo sumo, a conocerse superficialmente por las escuetas gacetillas de los diarios.



El primer trabajo español de esta índole se titulará

LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE TERESA ESCANDELL

Un caso ocurrido hace pocos años en Barcelona, envuelto en un misterio que no consiguió descifrar ni la policía. Es un hecho realmente sensacional que, como decimos, se publicará en el número de GRAN PROYECTOR de octubre, ilustrado también con fotografías documentales.

— Le aseguro, teniente — dije irriado, arrojando el periódico al cesto de los papeles — que me carga tanto leer que Jimmy Prescott fué condenado a causa de las huellas digitales. Esto es un absurdo imperdonable.

Dije a los agentes encargados de ese caso que tales huellas digitales no eran de Prescott, como algún día probaría. Todo el que sepa lo que son las huellas digitales convendrá conmigo en que las encontradas en el teatro del crimen pueden o no pertenecer al criminal, pero seguridad absoluta no la hay aunque se tomen, siguiendo el proceso de eliminación, las impresiones digitales de todos los presentes. Siempre existe la posibilidad de que alguna persona extraña haya tocado las cosas o los objetos. No sé por qué no me dejaron declarar ante el tribunal. No obstante — continué diciendo, — entregaré, como he prometido, a la justicia al hombre que disparó contra Magdalena Carson para que suelten a Jimmy Prescott, aunque me cueste la vida. Las huellas digitales lo mismo pueden probar la culpabilidad que la inocencia de un hombre.

DECIDIDO a llevar a cabo la difícil tarea de identificar la mano que dejó sus huellas en el visillo de la casa de los Carson, dieciocho meses después, cuando nadie pensaba ya en el asunto Carson ni en Jimmy Prescott, aun continuaba yo estudiando ese problema.

Por aquel entonces entre la multitud de comensales del Hotel Indiana veíase con frecuencia a Ernesto Farel, alias «La Comadreja», un bandido de frac que

Momentos después, Farel pidió la cuenta y el sombrero y se marchó. Preocupado y abstraído, miraba la concurrida calle Séptima, sin ver lo que pasaba delante de sus ojos.

Por su mente cruzó la imagen de una casa blanca envuelta en las sombras de la noche y una mujer hermosa delante del piano. A sus oídos no llegaban las bocinas de los automóviles, sino el eco de un disparo de pistola y el choque de un cuerpo al caer al suelo.

Vuelto en sí, masculló una letanía de blasfemias y palabrotas, y echó a andar hacia donde tenía que dar el golpe aquella noche.

— Pues mira — le contesté apacible, — es posible que yo entienda acerca del particular más de lo que tú te figuras. Por consiguiente, cuéntanos lo que sepas.

Farel no quiso hablar y yo no insistí, esperando que ya se presentaría otra ocasión más favorable.

Al comparar las impresiones digitales de «La Comadreja» con las encontradas en los robos más recientes, resultó que había tomado parte en media docena de ellos.

Luego procedí, según la costumbre últimamente adquirida, a examinarlas ante la fotografía de las encontradas en el visillo de casa de los Carson. Y con

satisfacción inmensa comprobé que las huellas de Farel eran exactamente las mismas que había estado buscando tanto tiempo.

Dí cuenta del hecho a mis superiores, los cuales decretaron inmediatamente la libertad de Jimmy Prescott con la condición única de que dijese dónde estuvo en el momento en que se cometió el robo y la tentativa de asesinato.

— Yo estaba con Miguel Davis, amigo mío de la infancia — declaró Jimmy. — Me refirió que por acusársele de haber robado un automóvil deseaba ir a Méjico hasta que se olvidase el asunto. Y no quise ponerle en situación peligrosa para salvarme yo. Como ahora estará ya en Méjico, no tengo inconveniente en confesarlo.

— Pues bien — reprendióle el director de la cárcel. — Empleaste muy mal tu lealtad. Hasta ahora nadie ha acusado a Miguel Davis de haber robado un automóvil, y, en cambio, estaba reclamado en San Francisco por haber asesinado a un policía. Intentó huir, es cierto, pero logró cogérsele. Y ahora precisamente acaba de ser condenado a cadena perpetua.

La circunstancia misteriosa de haberse hallado el bolso de la señora Carson junto al cuerpo de Jimmy quedó explicada para todo el mundo en cuanto los periódicos dieron cuenta de haberse prendido a «La Comadreja» y haberse encontrado en un garage, a nombre de Farel, el automóvil gris, desde el cual arrojó el bolso al suelo en el momento en que atropellaba a Jimmy.

Ernesto Farel, alias «La Comadreja», fué encerrado en la cárcel, en donde empezó la huelga del hambre. Me esforcé en convencerle de que para atenuar el castigo debía confesar su culpabilidad en el asunto Carson, pero él me contestó burlescamente:

— No quiero confesar ni negar nada respecto a ese asunto. Que lo prueben los policías, que para eso se les paga.

Cuando fué presentado al tribunal, estaba tan debilitado a causa de nueve días de ayuno voluntario, que se des-

mayó. El presidente ordenó entonces que ingresara en el hospital.

Durante el primer día Farel permaneció sumido en una especie de sopor. No fué posible obtener su historia clínica porque jamás quiso cooperar al examen médico. Con la mirada fija en el techo pasaba horas enteras manteniendo un brazo en posición violenta. Luego levantaba un dedo y lo mantenía rígido durante largo rato, o hacía otras cosas impropias de un hombre normal.

Casi nunca quería comer. A lo sumo se alimentaba un poco cuando la vigilancia del médico se lo imponía.

Por fin, los facultativos dictaminaron que tenía síntomas de locura y de catalepsia, causa por la que le mandaron a un manicomio, de donde no ha salido todavía.

Los médicos que últimamente le han visitado aseguran que existe la posibilidad de que se finja loco; pero, si es así, he de reconocer que lo hace a la perfección.

¿Vive Mata-Hari?

(Continuación de la página 10)

librero, un volumen, recién llegado de París, con el título *La verdadera Mata-Hari cortesana y espía*.

He leído con avidez el nuevo libro, nacido al cabo de tanto tiempo, esperando hallar en sus páginas algo inédito acerca de la interesante vida de aquella mujer y mi decepción ha sido grande al ver que el autor se limita a reproducir los pasajes más vulgares de la historia de la ajusticiada y, sobre todo, a lanzar sobre ella una terrible acusación, como si aun dependiese del ejemplar castigo de la supuesta espía la salvación de Francia...

¿Quién era Mata-Hari?

Tenemos la seguridad que no se habla actualmente idioma alguno, cuyos literatos no hayan recogido la figura real de esta mujer, como heroína de una leyenda más o menos interesante, y en novelas, poemas y narraciones, que pretendían ser históricas, se ha dicho de ella todo menos la verdad.

Fué para los pacifistas ejemplo del martirio, y los patriotas clásicos hicieron de ella el símbolo de la perfidia y de la traición, execrando su conducta y aplaudiendo con entusiasmo la fatal sentencia; pero ni unos ni otros tuvieron serenidad para estudiar a esa mujer que, envuelta desde su nacimiento en la sombra del misterio, continúa aún tan incomprensida para los amigos como para los adversarios.

Oficialmente consta que era holandesa de nacimiento, hija de un rico comerciante y descendiente, tanto por la línea paterna como la materna, de nobles familias de los Países Bajos.

Fué educada en un colegio de religiosas, según ella misma declara en las memorias que, editadas por su padre, se publicaron en Amsterdam el año 1906, y recién salida del colegio contrajo matrimonio con el comandante M. G. MacLeod, que contaba entre sus familiares linajudos miembros de la nobleza escocesa.

La felicidad de este matrimonio comenzó a entibiarse a causa de los disgustos habidos entre Mata-Hari, cuyo

BUENO — dije al teniente Harlacher en un momento de descanso. — Creo que en este caso de los Carson podemos asegurar que se ha logrado la victoria gracias al sistema de identificación dactilar. Prescott fué enviado a presidio por el testimonio de una mujer que tan sólo recordaba los ojos verdosos del hombre que la atacó. Y de no haber sido por las impresiones digitales que había en el visillo, Prescott habría permanecido en presidio la mayor parte de su vida y nunca hubiera podido convencer al mundo de su inocencia. Ayer recibí una carta suya. Ha regresado a su casa y se ocupa en los negocios de su padre. Estoy seguro de que se portará bien.

— Y todo eso prueba — concluyó el teniente Harlacher con la mayor complacencia, aunque como si hablara consigo mismo — que no me equivoqué cuando le escogí a usted para que se convirtiera en uno de los mejores peritos que tenemos en dactiloscopia.

verdadero nombre era Margarita Gertrudis Zelle, y una hermana de su esposo, llamada Frida, viuda de un notario, mujer dominante y entrometida, que sentía un terrible odio contra su cuñada, debido, sin duda, a la gran belleza de ésta y a la influencia que ejercía sobre su marido.

La hermosura de la señora de MacLeod llamó la atención en la corte holandesa, y sus ojos fueron motivo de comentarios generales de admiración, que, sin duda, excitaron los primeros celos del afortunado comandante.

En esta época Margarita da a luz un niño que se bautiza con el nombre de Norman, y a los tres años asoma a su cabeza la tragedia en la vida de esta mujer, pues el primogénito es envenenado por una criada javanesa, sin que los padres sepan la causa de tal desgracia, hasta que la propia autora del crimen lo confiesa, meses después de cometido, en su lecho de muerte de un hospital.

El comandante es trasladado a Java, a mandar un batallón de reserva, y allí Mata-Hari, después de dar a luz a su hija Juana Luísa, comienza a ser objeto de malos tratos por parte de su esposo, que de tal forma realiza sus actos de sevicia, que Margarita tiene que refugiarse en casa de unos vecinos, curándose allí las lesiones que ha producido en su piel el látigo de su esposo. Entre tanto, en Frisa, el señor Zelle, autorizado por su hija, comienza a tramitar un expediente de divorcio.

Vuelve el matrimonio a Holanda y continúan aún haciendo vida común, hasta que nuevos altercados conyugales obligan a huir a Mata-Hari a casa de su tía, la baronesa de Laudes, esposa de un banquero, y consigue el depósito judicial, en cuya resolución se manda al esposo pagar a la depositada cien francos mensuales y devolverle la hija que él, desde hacía meses, había sacado del hogar, ignorando su madre el paradero.

El comandante no cumple las órdenes judiciales y procura, por medio de sus



—La Sala «ha tenido a bien» el condenarle a la última pena.

—¡Re...troncho! ¿Pues a qué me hubiera condenado si lo «tiene a mal»?



Obras recomenda- bles para la educa- ción de los hijos

Escritas con la competencia, veracidad y concisión que requiere tan delicada materia para ser verdaderamente provechosa y útil.

HACE FALTA UN MU-
CHACHO, por Arturo
Cuyás 5 ptas.

SUEÑOS DE TRIBILÍN,
por Arturo Cuyás. 4'50 »

LOS HIJOS BIEN EDU-
CADOS, por el Dr.
Saimbraum 2 »

COMO SE CRIAN SA-
NOS NUESTROS HI-
JOS, por el Dr. Vázquez
Yepes 2'50 »

PARA EDUCAR AL
NIÑO, por el Dr. Elei-
zegui 2'50 »

LOS JUEGOS EN LA IN-
FANCIA, por el Dr.
Eleizégui 2'50 »

De venta en todas las librerías de
España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

DIPUTACIÓN, 211, — BARCELONA

Librería «El Hogar y la Moda»

VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID



influencias, que la sentencia de divorcio no se dicte, haciendo gestiones para que se obligue a su esposa a volver al domicilio conyugal.

Mata-Hari se niega y razona su actitud exponiendo y probando, no ya sólo los malos tratos de que es víctima, sino las exigencias inmorales que su marido le hace, obligándola a ir a pedir dinero a sus admiradores. Pero ninguna de estas quejas tienen fuerza bastante para disuadir a los oficiosos consejeros, que acaban por hacer el vacío alrededor de Margarita. Esta, en cuanto escucha de su propia tía, la baronesa, que, para salvar el concepto público, debe volver a casa de su esposo, huye de su país natal y, protegida por su padre, se refugia en París.

En la gran ciudad, pretende ganarse la vida como modelo de pintor y, fracasada en el repentinizado oficio, aprende las danzas orientales, las que recordaba, sin duda, de su estancia en Java, debutando con éxito clamoroso a final de octubre de 1903, en el museo Guimet.

Aquí comienza a vivir Mata-Hari, que para extinguir por completo a Margarita Gertrudis MacLeod-Zelle, forja una leyenda de su origen, contando a todo el mundo que nació en la India, en la santa ciudad de Jaffaupatam, siendo su padre el más piadoso de los creyentes y su madre bayadera del templo de Kanda Swany, habiendo sido ella educada en los ritos sagrados de la danza, en los subterráneos de la pagoda de Liva.

Nadie duda de esta genealogía, pues el tipo de Mata-Hari no desmiente en nada su origen oriental y de tal modo se enamora de la fingida historia, que hasta pocos días antes de su muerte, cuando puede decirse que está en capilla en la prisión de Sain Lazare, le dice al médico doctor Bralez:

«En mi nacimiento hay un misterio... Yo soy una verdadera india, aunque oficialmente aparezca holandesa... ¿Hay en mí algo de europea?»

El mismo doctor Bralez, contesta a esa pregunta en el interesante libro que publicó, asegurando que la figura física y el alma de aquella mujer eran completamente orientales, poniéndolo, sobre todo, de manifiesto el color de su piel y la característica inclinación oblicua de sus ojos.

Y éste es uno de los misterios más interesantes y menos estudiados de lo que afecta a Mata-Hari.

Desde 1903 fué su vida artística un continuado triunfo. Era considerada como la mujer galante más temida de la época, rindiéndose a sus encantos y siendo esclavo de sus caprichos los artistas, los políticos, los hombres, en fin, más destacados de todo el mundo, teniendo testimonios irrefutables de que cultivaron su íntima amistad príncipes y monarcas.

Durante la guerra, vivió primeramente en Alemania; después pasó a Holanda y más tarde a Francia, permaneciendo en París poco tiempo, por haberse alistado en la Cruz Roja y marchar a los hospitales inmediatos a la línea de combate.

Durante su permanencia en Vitel, cuidó, con verdadero esmero y sacrificio, a un capitán ruso, ciego a causa de la explosión de una granada. Cuando regresó a París, fué delatada como sospechosa de espionaje, pero ella se ofreció al servicio francés. Entonces se le encomendó una misión para Bélgica, que no fué cumplida, procediendo los alemanes

al poco tiempo a fusilar al jefe secreto que tenía en Bruselas el espionaje francés.

Este fué el cargo más concreto que contra Mata-Hari se hizo ante el Consejo de Guerra, resultando verdaderamente extraño que esta mujer, que a todo contesta con gran serenidad, explicando con sus oficios de cortesana la causa de las relaciones sospechosas que la comprometen, cuando escucha este cargo concreto, calla y como si tuviera necesidad de realizar un supremo esfuerzo para ocultar la explicación de aquel hecho tan grave, sólo dice con gran energía:

«Cortesana sí, no lo niego; pero espía, no!»

Mata-Hari, cuando marchó de Francia a Londres para pasar de allí a Bélgica y cumplir el mandato del segundo servicio francés, renunció, sin duda, a la última parte de su viaje y vino directamente desde Inglaterra a España. Vivió en San Sebastián y Madrid y visitó algunas poblaciones de Andalucía.

En el mes de enero de 1917 marchó a París, llamada telegráficamente por su novio, y mes y medio después fué detenida y encerrada en la cárcel de San Lázaro, acusada del delito de espionaje, siendo condenada a muerte por el Consejo de Guerra y fusilada en Vincennes el 15 de octubre del mismo año.

A causa de la correspondencia que se le intervino a Mata-Hari, fué procesado y condenado a destierro monsieur Malvy, que vivió en España para cumplir aquella sentencia, siendo rehabilitado después de la guerra. Supónese actualmente que las letras My, que firmaban las cartas dirigidas a Mata-Hari con el timbre del Ministerio de Relaciones Exteriores no eran de monsieur Malvy, sino de monsieur Messimy.

Todos los testigos que depusieron ante el Consejo de Guerra, muchos de los cuales fueron altas personalidades del ejército francés, manifestaron que Mata-Hari



ROBERT MAYRE

—Y su hermana, ¿sigue aún con su cleptomanía?

—No, señora, no; ya está curada. ¿No sabe usted que hace dos meses heredamos?

Ayuntamiento de Madrid



LOS AMORES DE CHOPIN

por Carmela Eulate

Esta bellísima obra es la novela de la vida sentimental del artista polaco, y su lectura es imprescindible para cuantos deseen gozar y penetrar más íntimamente en el sentido de las obras del gran compositor.

Un tomo de 254 páginas 5 ptas.

Publicado en la colección
EL ARTE DE LA MÚSICA

en la que también figuran los siguientes títulos:

La religión de la música, por Camilo Maclair. 4 ptas.

Historia de la música moderna, por Camilo Maclair 5 »

Para entender y saborear la música, por Arturo W. Pollitt . . 4 »

Perfiles y recuerdos, por Camilo Saint-Saëns 4 »

Dicen los músicos..., por José M.^a Borrás . . 5 »



De venta en todas las librerías
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

se había comportado como una señora en su relación con ellos y que jamás les había hecho la más pequeña insinuación que demostrara su interés por conocer nada relacionado con la campaña, de cuyos más graves planes ellos eran depositarios.

Es versión muy propalada que Pierre de Mortisac, que era francés de nacimiento, aunque su verdadero nombre era otro, sirvió a su patria agregado al servicio de espionaje y que por esta razón Mata-Hari se enroló en el Segundo Servicio de París, dejando de cumplir el compromiso que contrajo de ir a Bruselas por autorización de monsieur de Mortisac, lo que, por lealtad a su novio, calló ante el Consejo de Guerra.

Es preciso tener en cuenta, como dato importantísimo en el presente trabajo, que en el momento de ser fusilada Mata-Hari estando aún presentes su abogado el venerable Maître Clunet, que había demostrado por su defendida cariño paternal y llegado a los mayores extremos por librarla de la muerte, el pastor protestante que acababa de bautizarla y el doctor Bralez, a quien tan profundamente conmovieron las últimas horas de aquella mujer, ninguno de ellos aceptó el encargarse del cadáver para darle una modesta sepultura, permitiendo que fuera llevado en el furgón al hospital para que sirviera de estudio sobre la mesa de disección y, una vez despedazado, se arrojaran sus trozos a la cloaca.

Este hecho resulta incomprensible máxime cuando el convencimiento de inocencia de la ajusticiada que aquellas personas manifestaban tener entonces, lo han seguido sosteniendo a través de los años, cada vez con más firmeza.

La despreocupación ante el cadáver de aquella mujer que minutos antes les sonreía despidiéndose y dándoles ánimos a la vez que tremolaba en el aire su pequeño pañuelo de encaje, no puede explicarse satisfactoriamente, más que dando paso a la sospecha de que los despojos humanos encerrados en la caja de pino que cargó el carro fúnebre llevando por escolta una pareja de gendarmes no eran los de la protagonista del trágico suceso de aquella mañana.

El rápido bosquejo de la historia de esta mujer y el recuerdo de esos incidentes de su proceso y ejecución nos vuelven a hacer formular el interrogante:

¿Vive Mata-Hari?

Como el libro de J. Hermans, aparte de su obstinada persecución contra Mata-Hari, se refiere también — poco piadosamente — a un amigo español de la danzarina, el popular ex senador don Emilio Junoy, hemos querido hablar con él acerca del libro de referencia.

Fuimos acogidos con la atrayente cortesía de este hombre, bueno y generoso, que, viviendo su ya no corta vida, apoyado en estas dos cualidades, ha remediado a la cigarra de la fábula.

Hablamos de Mata-Hari, mientras consumimos unas copas de coñac, con que nos obsequia:

— ¿...?

— Desde luego me ratifico en todo lo que dije con respecto a este asunto a Pérez de Ayala el año 1925, pero debo aclarar un concepto que en aquella *interview* está equivocado, sin duda por culpa mía. Me refiero a lo que tiene relación con Raquel Meller, pues yo nunca creí en la culpabilidad de esta mujer

como delatora de Mata-Hari, aunque ese rumor circuló por Madrid y por el extranjero debido a la calumnia levantada por una ex empleada de los almacenes *Le Louvre* de nacionalidad catalana y que, desechada por haber roto las relaciones que sostuvo con Gómez Carrillo, se vengó propalando éstas y otras muchas cosas contra él y contra Raquel.

— ¿...?

— Se negó terminantemente a ser presentada a ninguno de los políticos españoles que de mí lo solicitaron con insistencia y sólo saludó a Salvatella, José M.^a Gastón y al señor Pagés, que invitados por mí asistieron a una cena que yo di en honor de Mata-Hari en «Los Gabrieles» y donde mi desdichada amiga bailó danzas andaluzas con mucha perfección y gracia, deleitándonos también con sus bailes orientales.

— ¿...?

— No tuvimos nunca conversaciones concretas sobre la guerra, pero sí recuerdo que hablando un día en términos generales acerca del conflicto europeo, ella se expresó de esta forma: «La fusión inteligente del *esprit* francés y la cultura alemana, mediante una paz honrosa, será la base de una nueva Europa.»

— ¿...?

— Sí, no tengo duda de que sentía una gran antipatía por Mata-Hari un militar francés agregado a la Embajada, cuyo nombre no recuerdo, pero que era cojo a causa de una herida sufrida en el frente, y que fracasó en Madrid al pretender los favores de la bayadera.

— ¿...?

— Era supersticiosa, mucho. Recuerdo en este momento algo que creo no haber dicho a nadie y es que un día del mes de diciembre de aquel año, encontré en la calle una herradura de caballo que guardé en el bolsillo y al almorzar con Mata-Hari, como era mi costumbre, le exhibí el hallazgo, contándole que era signo de buena suerte si hubiera estado partida y sólo con tres de los agujeros para los clavos, pero que entera podía incluso significar lo contrario. Mi amiga me rogó, con toda seriedad, le regalase el vulgar amuleto y yo me apresuré a complacerla, no sin repetirle la preocupación que me producía que



Abogado. — *Tu defensa, muchacho, representa para mí un poderoso esfuerzo. Lo veo muy difícil, pero triunfaré para que te hagas un hombre honrado.*

Preso. — *Nunca he sido desagradecido, don Bienvenido. Lo primerito que robe será "pa usted"...*



—Le hemos dicho "¡Alto!", y no se ha detenido usted. ¿Cómo es esto?

—Hombre. ¿Cómo iba a figurarme que me lo decían a mí?

la herradura estuviese entera... Cuando conocí su triste fin, vino muchas veces a mi recuerdo aquel pueril incidente.

—¿...?

—Es evidente que aquel telegrama fué la trampa que le tendió la policía francesa, y he pensado más de una vez en si fui yo la causa inconsciente de que prosperase la celada en que cayó mi amiga, pues como el viaje a Barcelona estaba convenido desde muchos días antes y mi amistad con la bailarina intrigaba a mis numerosos amigos, es indudable que no me recatase de contarles que dependía el que me acompañara a Barcelona, de recibir o no un telegrama de su novio llamándola a París.

—¿...?

—No sabía cómo se llamaba, no me lo dijo nunca, pues sólo pude enterarme de que era un capitán, agregado al Estado Mayor y que pasaba la mayor parte del tiempo en el frente.

—¿...?

—No, no me habló jamás del ciego ruso ni de ningún marqués, ni de Pierre de Mortisac.

—¿...?

—Es cierto que yo telegrafíe a Clemenceau, gran amigo mío, pidiéndole el indulto de Mata-Hari en recuerdo de Salmerón, que renunció a la primera magistratura de España, por no sancionar una sentencia de muerte, y también es cierto que el *Tigre* me contestó en la forma ya conocida de que un amigo de Salmerón no debía pedir la vida de una traidora a la patria francesa, pero mi réplica no ha sido publicada y decía así: «Yo me dirigía al hombre de la *Justicia social* y veo que me he equivocado, pues es usted el hombre representativo de la venganza.»

—¿...?

—Mi amistad con Mata-Hari no me obligaba a nada, pero mi convencimiento de su inocencia y mi condición de caballero, cumpliendo deberes de humanidad, me impelieron a hacer cuanto de mi parte estaba para salvar aquella vida.

—¿...?

—La impresión que me ha producido la lectura del libro de Heymans es sencillamente deplorable, no por lo que a

mí afecta, que sólo merece mi más cordial desprecio, pero creo de una cobardía descarada hablar de la forma que lo hace ese publicista de una mujer muerta hace catorce años y que no tiene ningún superviviente que con justo título pueda salir en su defensa.

—¿...?

—Antes de pronunciarse la terrible sentencia, un agente francés visitó mi casa para obtener datos acerca de mis relaciones con Mata-Hari, y como su primera pregunta consistiera en la impertinencia de aceptar la afirmativa de que yo sabía que la india era una espía, le contesté, poniéndome de pie y señalándole la puerta: «Un senador español no trata nunca con esa clase de gente.»

—¿...?

—No he dudado de su inocencia y nada de lo publicado hasta ahora ha servido más que para ratificarme en esta creencia, pues todos los testimonios documentados que yo conozco, procedentes de los distintos países en lucha, incluso de la propia Francia, convienen en la falta de pruebas del terrible delito imputado.

—¿...?

—Efectivamente, no podía dar a nadie la sensación de juventud, era ya, cuando yo la conocí, la matrona espléndida en el último destello de su apogeo triunfal y la elegancia de su talle, el deslumbrante lujo de sus *toilettes*, la perfección asombrosa de sus estatuarios brazos y la magia atormentadora de sus ojos de india, no ocultaban los cuarenta abriles que había ya vivido.

—¿...?

—No me extrañó su gesto bravo y heroico en el final supremo, pues respondió su muerte a su vida... Mata-Hari tenía que tener una muerte bella... Muchos escritores han calificado los últimos instantes de la danzarina de *socráticos*, pero hay que pensar que ella aventajó al filósofo, pues era mujer y la poesía de su alma había salido virginal de los muchos fangos que rozó, durante sus pecadoras aventuras, en los albores del siglo XX, saturado de grosera prosa positivista.

—¿...?

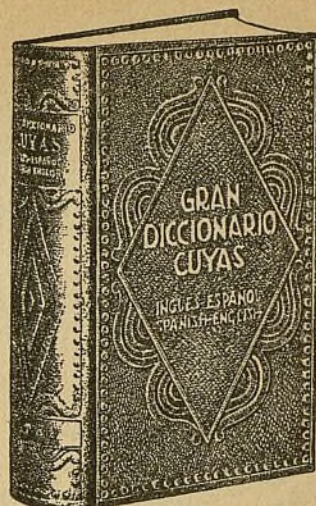
—Nada concreto, ningún hecho, por muy insignificante que sea, viene a mi memoria para poder servir de base a la consoladora esperanza de que esta mujer viva, pero... Así como al escuchar mañana, por ejemplo, que había aparecido íntegra la familia imperial rusa, que creemos fué reducida a cenizas por los bolcheviques triunfantes, no experimentaríamos ninguna sorpresa..., tal vez tampoco me extrañaría que aquella misteriosa mujer no hubiera sucumbido en los fosos del histórico castillo de Vicennes.

Ya de pie, recordando las manifestaciones de los que hicieron la disección del cadáver de la fusilada en Vicennes, Junoy expone esta interesante afirmación:

—Si aquellos hombres de ciencia, al contemplar los despojos de la ajusticiada, dicen que pertenecieron a una mujer que apenas había cumplido treinta años, yo casi podría asegurar que aquel cadáver no era el de mi amiga Mata-Hari, la que traté diariamente durante cuatro meses en Madrid, al final del año 1916.

Salimos a la calle, atormentados por la misma interrogante que desde hace días nos obsesiona;

¿Vive Mata-Hari?



GRAN DICCIONARIO CUYÁS

INGLÉS - ESPAÑOL
SPANISH - ENGLISH

REDACTADO POR EL FILOLOGO
Arturo Cuyás Armengol

REVISADO Y AUMENTADO POR
Antonio Cuyás Armengol

EN COLABORACION CON
Alberio del Castillo Yurrita

Doctor en Historia y Letras, Profesor de la
Universidad de Barcelona.

Según los grandes léxicos: Oxford
Webster, Standard, etc., y la última edición del de la Real Academia Española

CONTIENE:

Vocabulario completo, científico y moderno, con todas las acepciones posibles de las palabras; pronunciación figurada de cada vocablo; verbos reflexivos e irregulares, con los tiempos fundamentales de estos últimos; terminología técnica y científica especializada; nombres propios; millares de modismos y refranes, como no se hallan en ningún otro diccionario de esta clase; habla popular inglesa y norteamericana; diferencias ortográficas entre Inglaterra y los Estados Unidos; compendio de gramática inglesa.

Más de 150,000 palabras. — Más de 100,000 frases y modismos. — Más de 1.000,000 de acepciones. — Más de 1,300 páginas de texto.

Un tomo lujosamente encuadernado en tela y piel. 25 ptas.

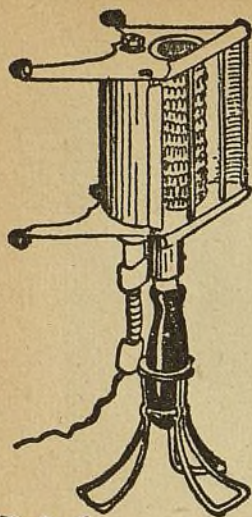
Sociedad General de Publicaciones, S. A.

EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

De venta en las principales librerías de España y América

Librería EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 duplicado. — MADRID



Estufa

DIXRAM

Aparato eléctrico de varios usos

¡Gran éxito! ¡Más de DOS MIL vendidos en un mes!

Sirve para freír, cocer, asar, tostar, calentar la plancha y las tenacillas, como secador del pelo y como estufa

Consume de 350 a 400 wats hora (de 25 a 30 céntimos) y alcanza la temperatura útil en 6 a 8 segundos.

PRACTICO :: CÓMODO :: MANEJABLE

Construido para todas las tensiones y corrientes

La resistencia de este aparato es de tal calidad, que no se estropea ni sumergiéndolo completamente en agua fría. Cuando conviene cambiarla, es de construcción tan sencilla, que hasta un niño sabe hacerlo.

Lo servimos para corrientes de 100, 110, 120, 125, 150 y 220 voltios

Si no lo encuentra en su localidad, llene el boletín que va al pie, mándenoslo y a vuelta de correo recibirá el aparato del voltaje que desee.

Aparato completo, a punto de funcionar 25 ptas.
Trípode y cordón con enchufes 2 »

En Barcelona se vende en los principales establecimientos del ramo, en el Palacio de Comunicaciones de la Exposición de Barcelona (Stand n.º 404 bis) y en casa del representante exclusivo para España, Portugal y Norte de Africa

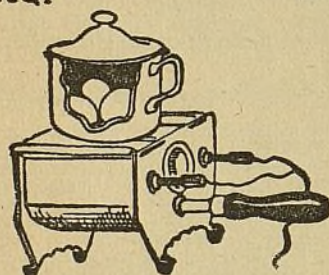
CARLOS F. DE LA REGUERA

Aribau, 130, pral., 2.ª :: Teléfono 72923

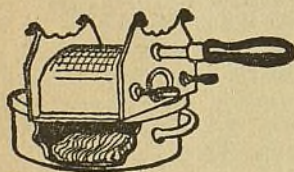
BARCELONA



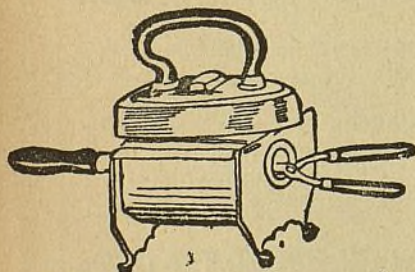
Para secar el pelo



Guisar



Asar



Calentar tenacillas y planchas

BOLETIN a recortar y enviar a Carlos F. de la Reguera, Aribau, 130, pral., 2.ª

D.
Calle N.º
Población
Desea recibir aparatos DIXRAM para corriente
de voltios, cuyo importe Ptas. envía por giro postal.
Fecha

Los Siete que Murieron

(Continuación de la página 16)



decidido a hacer cuanto pudiera por escapar mientras tuviese vida y alientos para ello. A todo esto, la posibilidad de huir era cada vez más remota, porque nunca cesaba la vigilancia a que estábamos sometidos todos y especialmente yo desde mi desgraciada tentativa.

Como ya se recordará, yo había ganado una importante cantidad en el juego y, además, tenía una pequeña herencia de un tío mío. Se me ocurrió que con ello podría, quizás, sobornar al director. Así lo intenté un día, pero pronto me convencí de que aquel hombre era incorruptible, pues ya recibía una crecidísima pensión por tenerme a su cuidado.

CIERTO día, uno de los parientes de un loco, que fué a hacerle una visita, le dejó un periódico que contenía noticias tremendas. El director nos permitió conservarlo, por no ver en ello ningún inconveniente. Los títulos decían que Alemania había declarado la guerra a Francia y que a la sazón estaban atravesando Bélgica.

Tales noticias causaron la mayor sensación en el manicomio, porque, a excepción de mí, todos los demás eran franceses y, por tanto, muy patriotas. Locos y todo, estaban dispuestos a entregar la vida por la *patrie*. Y en vista de lo entretenidos que estaban leyendo tales noticias, el director consintió en proporcionarnos otros periódicos, gracias a los cuales pudimos enterarnos de la lucha gigantesca que se había empeñado.

Los franceses movilizaron rápidamente su ejército, los ingleses declararon la guerra a Alemania y los belgas se dispusieron a ofrecer su valerosa resistencia. Morían millares de hombres y millones de ellos marchaban dispuestos a morir por diferentes banderas. Los alemanes habían empezado a usar un gas venenoso que causaba la muerte por asfixia.

Yo decidí salir, escaparme a todo trance.

AQUELLA noche, después de enterarme por el periódico de los terribles efectos causados por el gas venenoso — indudablemente el que yo descubrí, — quedé sumido en la desesperación y en la ansiedad. Estaba dispuesto a aventurarlo todo para fugarme. Con paciencia infinita, había logrado afilar el mango de una cuchara hasta el punto que cortaba tanto como una navaja, y estaba dispuesto a utilizarla como arma defensiva y ofensiva en caso de que no tuviese más remedio.

La muerte de aquellos pobres muchachos de las trincheras se debía en gran parte al instrumento infernal inventado por mí. Los desgraciados morían como ratas ahumadas sin tener ningún medio de salvarse de la muerte que les llegaba en alas del aire. Era tanto mi pesar por esto, que no comprendo cómo pude llegar a resistirlo.

Aunque no tenía formado plan de fuga alguno, me proponía salir cuanto antes con objeto de ponerme en comunicación con las autoridades francesas a fin de que proveyesen a los soldados de una máscara semejante a la que yo mismo utilicé para evitar los fatales efectos del gas. Eso sería útil sin duda.

Más tarde resultó que ya habían imaginado una máscara especial sin necesi-

dad de mi indicación, pero, como comprende, en aquellos momentos yo ignoraba tal cosa.

A medida que avanzaban los días, crecían mis deseos de hacer justicia a Carmelita y a su banda. Era más que probable que todos hubiesen salido de Francia quitándose así la posibilidad de vengarme. En tal caso, con objeto de expiar mi falta, no me quedaría más recurso que alistarme en la legión extranjera y, luchando por Francia, quizás podría limpiar la mancha que sentía mi alma, hasta morir en caso necesario por el país a quien había causado involuntariamente tantos males. Ese sería un modo poético de hacerme justicia.

No se me ocurrió entonces, aunque más tarde pensé en ello, que, una vez tuviese libertad, las autoridades francesas, sabedoras de mi invento, se apresurarían a prenderme y a ejecutarme en calidad de espía. Ya se recordará que me había negado a comunicar mi invento a su representante — el coronel Gaveau — y como existía la prueba de que los alemanes habían aprovechado la fórmula, no resultaría nada difícil probar mi culpabilidad. Ningún tribunal militar llegaría a convencerse de mi inocencia y ni siquiera la intervención del embajador norteamericano sería suficiente para salvarme.

Pero mientras estaba en el manicomio obcecado en mi idea no pudo ocurrírseme ninguno de estos razonamientos y así continué haciendo preparativos para fugarme.

Mi plan, basado en el conocimiento de la vida en el manicomio, era muy sencillo. Los alienados pacíficos y nada peligrosos — a mí ya me consideraban de nuevo en tal categoría — podíamos comer en el comedor general y luego nos llevaban a nuestras respectivas celdas. Después de cenar, el doctor Marceau solía pasar unos minutos en su despacho situado en la parte delantera del edificio, y todos los que deseábamos hablarle pedíamos permiso para presentarnos a él, permiso que habitualmente se nos

concedía. Recibía solo a sus visitantes, dando muestras de un envidiable valor. En la parte exterior de la puerta había dos loqueros de guardia, pero en la estancia no le acompañaba nadie.

La ventana del despacho daba al jardín y al camino que conducía a la puerta exterior, que era de hierro y se hallaba siempre cerrada y guardada por dos empleados más. Estos no tenían la llave porque la puerta se abría al oprimir un botón del escritorio del doctor. Ponía en funcionamiento un mecanismo eléctrico, siendo materialmente imposible abrirla de otra manera.

MI plan consistía en rogar al doctor Marceau que me recibiese y, una vez a solas con él, reducirle a la impotencia, a ser posible, sin hacer el menor ruido. No me proponía herirle con mi cuchillo, pero, en último caso, no vacilaría en apelar a este medio si veía que con él podría conseguir lo que deseaba. Una vez en mi poder el doctor, oprimiría el botón para abrir la puerta, o mejor dicho la cerradura, porque en realidad sólo se abría esta última. Los guardias no se darían cuenta de ello, según había podido observar en repetidas ocasiones.

En cuanto a la salida del despacho del doctor, sería cosa fácil. Como ya he dicho, había dos guardias ante la puerta y por esta razón saldría por la ventana al jardín procurando sorprender a los guardias de la puerta y atravesar ésta última antes de que tuviesen tiempo de pensar en perseguirme. Y si llegaban a cogerme, les arrojaría un puñado de pimienta a los ojos con objeto de cegarlos. Y si aun esto no era bastante, utilizaría el cuchillo.

Una vez en la calle, estaba ya seguro de escapar. En las cercanías abundaban los matorrales, que me permitirían ocultarme perfectamente hasta la mañana siguiente. Tenía la seguridad de que no se resolverían a luchar abiertamente si conseguía llegar a un cuartelillo de policía. El carácter de aquel manicomio no era demasiado legal y con toda certeza el doctor no se aventuraría a que le hiciesen objeto de una investigación. Así, pues, la única esperanza que podían tener era la de cogerme antes de que me pusiese en contacto con la policía o con otra autoridad cualquiera.

NO OLVIDE USTED ESTA FECHA

4 Octubre 1930

en que aparecerá el primer número de

Films Selectos

Semanario Cinematográfico Ilustrado

Precio del ejemplar: 30 céntimos

Hágase reservar uno para Vd. u hónrenos con su suscripción

(Precios y boletín para llenar en el anuncio de la página 2)

Tal era el plan que había tramado, seguro de que alcanzaría el éxito. Tomé la precaución de portarme muy bien unos días y de sostener cordiales relaciones con el doctor a fin de desvanecer sus posibles sospechas, porque precisamente yo confiaba en cogerle de sorpresa. Ya sabía que los ataques inesperados son los que suelen dar mejor resultado.

Dispúsem e, por fin, a llevarlo a cabo. Antes de ir a cenar fui a mi celda, tomé la cuchara afilada que tenía oculta en el colchón y me la metí en el bolsillo para tenerla a mano, junto con un puñado de pimienta negra que me había procurado y guardaba envuelta en un pedazo de papel.

Comí despacio, fingiendo la mayor tranquilidad, aunque en mi interior estaba agitado. Al terminar la cena, indiqué a un guardián mi deseo de hablar con el director en su despacho.

Esperé en el corredor mientras los demás pacientes se volvían a sus celdas, y a los pocos momentos regresaba el guardián ordenándome que le acompañase.

Me condujo por el corredor, que describía un ángulo antes de llegar al despacho, y me entregó a los dos guardias que había ante la puerta. Un momento después penetré en la estancia y se cerró la puerta tras mí.

El doctor Marceau estaba en pie junto a la ventana, de espaldas a la puerta, pero se volvió al oír que se cerraba. Me saludó con una sonrisa y me mandó que me acercase a él. Usualmente solía sentarse a su mesa de trabajo, pero aquella noche continuó en pie junto a la ventana, lo cual facilitaba en extremo mis propósitos.

— ¡Hola, *Roulette!* — me dijo. — ¿Qué puedo hacer en su obsequio?

— Mucho, doctor — le contesté. — Por ejemplo, podría usted ponerme en libertad.

— Es posible — contestó observando el tono jocoso de mis palabras. — Eso sería para todos muy agradable. Pero, dígame: ¿no desea nada más que eso?

— Por ahora nada más — le contesté sonriendo y acercándome más a él.

La ocasión era favorable a más no poder. Tal vez no volvería a presentarse. Medí cuidadosamente las distancias antes de darle el puñetazo.

— ¿Y a qué hora preferiría usted marcharse, amigo *Roulette?* — preguntó. — Ya comprenderá usted...

No pudo continuar, porque con toda la fuerza de que era capaz mi puño derecho le descargué un golpe en el punto preciso de la mandíbula tan conocido por los boxeadores. Antes de que, tambaleándose, cayese al suelo, levanté el puño de la izquierda y le descargué otro golpe en el lado opuesto.

Cayó sin sentido, yendo a dar de cabeza sobre la alfombra que cubría el suelo. Al verle rendido, empecé a trabajar febrilmente. Arranqué los cordones de las cortinas de la estancia, arrastré al doctor hasta el diván y empecé a atarle. Apenas había terminado mi trabajo — que fué muy rápido — llamaron inesperadamente a la puerta.

No había contado con esta posibilidad, aunque la cosa no tenía nada de extraordinario. Esperé, presa de la mayor ansiedad, y me pregunté quién sería el que de tal manera iba a destruir mis esperanzas de salvación.

Guardé silencio esperando que, al no oír ninguna respuesta, el intruso se figuraría que el doctor no quería que le molestasen, y tuve la suerte de que, en efecto, debió de creerlo así, pues pocos

momentos más tarde se oyeron los pasos de alguien que se retiraba. Di las gracias al cielo por la severidad del doctor, que no consentía la entrada de nadie en su despacho sin haber dado antes el oportuno permiso.

Di un suspiro de alivio, solté la cuchara afilada, que ya tenía empuñada, y me apresuré a oprimir el botón que abría la puerta exterior. Apagué la luz del despacho para que todo el mundo pudiese creer que el doctor era quien lo había hecho, cosa corriente a aquella hora, y me dirigí hacia la ventana. La abrí sin ruido y un momento después salté al jardín.

Hasta entonces todo marchaba bien, aunque me quedaba la parte más difícil de mi empeño. Desde el lugar en que me hallaba no podía ver la puerta porque me la ocultaba un alto rosál; sin embargo, sabía que junto a ella estaban dos centinelas, de quienes me sería bastante difícil librarme.

Con todo, siguiendo la táctica empeñada, estaba seguro de que bastaría con sorprenderles distraídos un momento. Entonces todo se reduciría a atravesar la puerta cuya cerradura estaba ya abierta y, una vez en el camino, echar a correr hacia el bosque. El punto decisivo estribaba en elegir un buen momento. Por otra parte, convenía apresurarse porque el doctor podía recobrar el sentido de un momento a otro y no tardaría en quitarse la mordaza que le había puesto. Y si se daba la alarma mientras yo estuviese en el jardín, era indudable que ya no podría escapar.

Me tendí en el suelo y avancé por entre las plantas como una serpiente, cuidando al mismo tiempo de no hacer ningún ruido. A los pocos pasos divisé la reja de la puerta que se perfilaba sobre el sombrío cielo, teniendo a cada uno de sus lados a los guardianes, inmóviles como estatuas. Me dispuse al ataque, empuñando el cuchillo con la derecha y tomando con la izquierda la pimienta en polvo que ya tenía preparada.

Los dos guardianes continuaban inmóviles. Eso era un grave contratiempo porque yo contaba con alguna distracción por su parte, como usualmente había notado. Además, no podía aguardar la ocasión favorable porque me convenía apresurarme, ya que el director podría recobrar el sentido de un momento a otro y dar la alarma para imposibilitar mi fuga.

Resolví, pues, apelar a una maniobra atrevida, confiando en que me saldría bien. Por un momento solté el cuchillo, tomé una piedra que había a poca distancia y, apuntando con el mayor cuidado, la arrojé sobre un arbusto que había a espaldas del guardián más alejado.

El roce de la piedra entre las ramas les llamó naturalmente la atención, como yo había supuesto. Se quedaron mirando en aquella dirección y como no pudieron explicarse lo ocurrido, se acercaron ambos al lugar sospechoso. En el mismo instante me puse en pie y eché a correr hacia la puerta principal. A pesar de mi cuidado, me oyeron y, dando media vuelta rápida, regresaron apresuradamente a su puesto de guardia. Pero como yo les esperaba, aproveché el momento en que estaban a punto de caer sobre mí y con un rápido movimiento les arrojé la pimienta a los ojos.

Llegué a la puerta y me arrojé violentamente contra ella, esperando ganar el camino, mas con la mayor desesperación observé que la puerta no se movía.

NAPOLEÓN

por H. A. LAURENS FISHER



Interesante Biografía

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura del caudillo, que llenó con su grandeza todo un siglo de la historia de Francia y aun de Europa entera, y cuya sombra sigue proyectándose todavía en nuestros tiempos, aparece magníficamente descrita por la pluma de Laurens Fisher. Este escritor inglés, en una versión notablemente documentada, nos cuenta la vida del ambicioso emperador, su juventud, sus amores, sus heroicidades, su ambición misma que, como imparcial y acertadamente señala en esta excelente obra Laurens Fisher, tuvo que detenerse ante dos enemigos peligrosos que le salieron al paso: la Iglesia católica por una parte, y el espíritu de nacionalidad por otra, sintetizado en el alzamiento español.

Un tomo ilustrado con
32 artísticas fotografías

En tela y oro 4 pts.
En rústica 3 pts.

Otros títulos publicados en la
colección **LOS GRANDES HOMBRES**

DANTE, por I. Vázquez Yepes.
CERVANTES, por M.^a Luz Morales.
MOLIERE, por José Escofet.
BISMARCK, por A. Herrero Miguel.
GOYA, por T. Gutiérrez Larraya.
VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.
BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.
RUBÉN DARÍO, por G. Díaz Plaja.

De venta en todas las librerías
de España y América

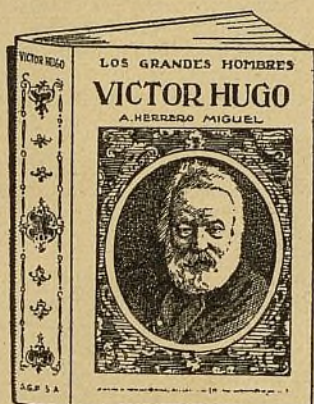
Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

VICTOR HUGO

por A. HERRERO MIGUEL



Nueva e interesante biografía publicada en la colección

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura de Victor Hugo ofrece en la historia de la literatura un interés excepcional por su doble aspecto de incomparable escritor y de plasmador del espíritu romántico francés. Por eso una biografía suya es un medio eficazísimo de conocer más profundamente la recia personalidad que le hace sobresalir sobre todos sus contemporáneos.

A través de los nueve capítulos de este tomo va desarrollándose la vida íntima del genio con una nitidez de acción realmente notable. Desde la accidentada infancia, con los inquietos viajes por Italia y España, hasta la serena ancianidad, con los triunfos literarios y las intervenciones políticas, toda la vida de Victor Hugo nos la presenta Herrero Miguel como un esfuerzo sublime del que lucha por la patria y por las letras, dando en cada caso el preciso análisis de las causas que motivan el hecho o el esquema del fin a que tienden.

Un tomo ilustrado con 32 artísticas fotografías:

En tela y oro. 4 ptas.
En rústica. 3 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

¿Cómo era posible? ¿Qué habría ocurrido? Volví a empujarla desesperado y, después de varias tentativas inútiles, me expliqué la causa. La puerta se abría hacia dentro y no hacia fuera, detalle que, a pesar de todo mi cuidado, se me había escapado al planear la fuga.

Me agarré al pomo y me dispuse a abrir la puerta, pero ya era demasiado tarde, porque los guardianes, algo repuestos de mi ataque, se apoderaron de mí y me sujetaron fuertemente haciendo inútiles todas mis tentativas de hacer uso del cuchillo.

Entonces se oyó un grito procedente de la casa. Nos habían visto y oído, y, poco después, acudieron cuatro guardias más para tomar parte en la lucha que se desarrollaba ante la puerta.

E inútil referir nada más acerca de mi tentativa de fuga, aparte de que no me di por vencido hasta que perdí el sentido.

Al despertar me hallaba en una celda más pequeña y solitaria que la mía y desprovista de luz y de aire puro, puesto que sólo tenía una abertura enrejada que daba al oscuro corredor. Además, estaba sujeto por una camisa de fuerza.

Maldije mi estupidez por haber malogrado mi fuga, olvidando el detalle que habría tenido en cuenta un niño de escuela. Me parecía imposible haber olvidado que la puerta se abría hacia dentro y no al revés. Pero en fin, era inútil lamentarlo y allí estaba encerrado de nuevo, sujeto por la camisa de fuerza.

No referiré mi entrevista con el doctor Marceau, pues el lector se la imaginará fácilmente. Sólo le diré que permanecí diez y seis meses en aquel calabozo oscuro, tan alejado de los vivos como si estuviese ya enterrado.

Cuando, por fin, me sacaron de allí, yo era un hombre distinto, amargado y envejecido, y poseído tan sólo por el deseo loco de vengarme.

Como se comprende, carecí en aquellos meses de noticias del mundo exterior y no sabía si había terminado la guerra o si aun continuaba. Estas ideas me atormentaban sin cesar, sobre todo al recordar que Carmelita había estado a punto de ser mía y ahora, en cambio, pertenecería a otro hombre.

Sin embargo, no tardé en comprender que aquella mujer nunca me quiso. Sus relaciones con Duval me parecían ahora más sospechosas que nunca, dándome perfecta cuenta de que se valió de mi amor para obtener lo que deseaba. Un momento se me ocurrió pensar que tal vez en aquellos momentos ella y Duval estarían riéndose de mi estupidez y eso me enfureció tanto, que habría sido capaz de cualquier salvajismo.

Por fin, como he dicho, me sacaron de mi encierro y poco a poco me permitieron el trato con los demás pacientes, aunque tan bien guardado, que, en tales circunstancias, otro intento de fuga habría sido imposible.

Pronto supe que la guerra continuaba con mayor furia que antes. Crecían las montañas de muertos y las víctimas de mi terrible gas ascendían a cantidades espantosas. Por más que supe que los franceses y los aliados fabricaban un gas tan cruel como el mío y lo utilizaban con los mejores resultados, mis remordimientos no disminuían, haciéndome pensar constantemente en las numerosas víctimas causadas por mi fatal invento.

Yo estaba expiando mi culpa y otros inocentes sufrían las consecuencias. En cambio, había siete individuos que, sin

duda, vivían cómodamente con el dinero que habían obtenido a cambio de la sangre inocente y de las lágrimas de la juventud del mundo. Esos aun no habían recibido su castigo, y resolví encargarme yo mismo de vengar en ellos a sus pobres víctimas.

Esta fué la idea que se desarrolló y maduró en mi mente durante mi encierro en el calabozo del manicomio. Aquellos individuos pagarían con su vida. Jugaron con la mía y con mi corazón sin demostrar la menor piedad. Ni siquiera se apiadaron del mundo a cuya costa se habían enriquecido. Fueron traidores conmigo y con el país en que vivían. Eran unas víboras de que era preciso librar al mundo. Poco importaba que el mal estuviese ya hecho, si, al fin y al cabo, aquellos siete individuos no hacían ninguna falta en la tierra.

Estos fueron mis razonamientos durante mi permanencia en el manicomio, donde estuve hasta terminar la guerra, o sea durante cuatro años.

¡Cuatro años! El lector no puede imaginarse lo que es eso. ¡Cuánto tardaba en pasar el tiempo, un segundo tras otro. minuto por minuto, hasta que por fin llegaba la noche y el sueño se apiadaba de mí dándome el olvido que tanto necesitaba! Si el lector tiene en cuenta mis sufrimientos, no hay duda de que comprenderá que fuese capaz de llevar a cabo lo que hice.

¡Cuatro años! Cuatro años de mi vida que nadie podría devolverme, cuatro años de infierno y de recordar a Carmelita mientras la muerte se había hecho dueña y señora del mundo. Y más allá de las trincheras moríanse los niños de hambre y las madres de pesar. Cuatro años de asesinatos por culpa de un gas venenoso — inventado por mí — del cual no era posible salvarse porque, aun cuando se repusieran temporalmente, acababan por morir con los pulmones deshechos. Y aquella pestilencia y aquella muerte habían sido difundidos por Carmelita Pérez y sus secuaces, que eran, al mismo tiempo, los responsables de mi prisión en el manicomio.

Es muy posible que llegase a ser un monomaniaco porque no pensaba en otra cosa que en vengarme. Pero mis ideas eran lógicas a más no poder, y estoy seguro de que habría pensado lo mismo cualquiera que se hubiese encontrado en mi situación.

POCOS meses antes de terminar la guerra, el doctor Marceau fué llamado al servicio y murió un mes después de haber ingresado en el ejército. Aquel hombre era indudablemente un tuno, o por lo menos así me lo parecía; pero, al fin y al cabo, murió por Francia y vale más no seguir hablando de él.

Otro médico asumió la dirección y acudí a él solicitando mi libertad. El nuevo director examinó mi caso, me retuvo en el manicomio algunos meses para convencerse de mi cordura y como por otra parte ya nadie pagaba mi pensión, no tardé en ser puesto en libertad.

Por esta razón me vi de nuevo en el mundo, deslumbrado como si hubiese salido al sol después de muchas horas de permanecer en las tinieblas. El mundo me parecía muy distinto de antes y eché de menos la suavidad de costumbres que observaba durante toda mi vida.

En Francia todo el mundo estaba contento por haber alcanzado la victoria, sin importarle que quedasen numerosas madres viudas e infinitos niños huérfanos. Estos eran los resultados de una

guerra que en gran parte fué química e iniciada por mí. Es posible que esto sólo fuese una obsesión mía y tal vez la guerra habría sido igual, aunque yo no descubriera aquel gas, pero de todos modos aun no estoy persuadido de ello.

Mejor habría sido para mí y para el mundo entero si no me hubiese salvado aquel día en que respiré el mortífero gas en mi laboratorio. De este modo quizás no se habría conocido tan terrible arma.

Al salir me presenté a las autoridades tratando de adquirir noticias de mis enemigos, pero no obtuve ningún informe concreto.

El cajero de mi banco me recordó perfectamente y dió por supuesto que había estado en la guerra. Por mi parte, me abstuve de desmentirle, porque el buen éxito de mis planes requería ante todo el mayor secreto.

Pronto me convencí de que por parte de las autoridades no podría esperar ningún auxilio para vengarme, más no por eso desistí de ello. El lector podrá condenarme si quiere, pero puedo asegurarle que desde que me he vengado, siento una paz espiritual que antes no tenía.

Mi dinero estaba intacto y, después del tiempo transcurrido, había aumentado considerablemente. Además, antes de ir a parar al manicomio tomé una precaución de que nunca podré felicitarle bastante y fué la de haber cambiado en dólares mis doscientos mil francos, de modo que cuando la moneda francesa empezó a descender yo no sufrí ninguna pérdida.

Visité también algunos hospitales, atraído por una curiosidad morbosa. Luego sentí haberlo hecho: un solo hospital norteamericano contenía mil quinientos enfermos, casi todos ellos víctimas de los gases asfixiantes.

Se me cayó el alma a los pies cuando me hallé ante la puerta de una de aquellas salas espantosas y vi la fila de los enfermos. Eran muchachos jóvenes que poco antes estuvieron llenos de vida y de salud, hermosos y vigorosos, y ahora, en cambio, se hallaban con los ojos vendados, cosa que me produjo no poca sorpresa. A la pregunta que dirigí a mi acompañante me contestó que todos estaban ciegos y muchos de ellos tenían los pulmones destrozados, de modo que por lo menos la mitad morirían en breve y los que lograsen salvarse no recobrarían jamás la salud completa.

El enfermero se extendió en consideraciones acerca del gas, sin saber, como es natural, que nadie mejor que yo conocía sus efectos. No es de extrañar, pues, que me confirmase en mis propósitos de venganza y de destrucción de aquellos reptiles indignos que no tenían el derecho a continuar entre los vivos, cuando tantos millones de seres mejores que ellos habían muerto o se hallaban en situación todavía más espantosa.

Regresé a Enghien-les-Bains en donde conociera a Carmelita Pérez. Hallé la población transformada por completo. Estaba cerrado el casino y con él había desaparecido la vida de sociedad. Muchos de los que allí residían antes se habían alejado, de modo que abundaban las casas deshabitadas. En cuanto a las calles, a semejanza de otras muchas de Francia, estaban llenas de inválidos y de mujeres enlutadas.

No pude encontrar huella alguna de Carmelita Pérez, ni de su padre y sus compinches. Habían desaparecido de Enghien sin dejar ningún rastro. Alguien recordó la casa que habitaron y que fué destruída durante el primer año de la

Colección de Novelas



WILLIAM J. LOCKE

El novelista más leído en todo el mundo, por lo humano de los caracteres de sus personajes, por su fino humorismo y por sus acertados detalles de observación de la vida real. Sus obras están traducidas a todos los idiomas.

OBRAS PUBLICADAS

LA GLORIA DE CLEMENTINA
EL AMADO VAGABUNDO
SÉPTIMO
EL VENDEDOR DE FELICIDADES
MOORDIUS Y COMPAÑÍA
LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE ARÍSTIDES PUJOL
UN JOVEN AFORTUNADO

EN PRENSA

STELLA MARIS

PRECIOS DE CADA VOLUMEN
Encuadernado en cartón, 5 ptas

Solicite el catálogo, que se envía gratis.

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — Barcelona

De venta en todas las librerías
de España y América

Librería "El Hogar y la Moda"
Valverde, 21 dup. - Madrid

guerra, pero me fué imposible averiguar nada más.

No referiré mis investigaciones por toda Francia porque fueron muy largas. Pasé mucho tiempo yendo de una a otra población con la esperanza de encontrar las huellas de aquella gente, pero transcurrió un año antes de hallar algo tangible. Ello ocurrió en Marsella. Un día, estando sentado en la terraza de un café, vi pasar ante mí una mujer de alguna edad llevando un cesto del que salía un pan. Tenía el tipo de la *bonne* francesa, pero al reconocerla adquirió extraña importancia a mis ojos. Había sido criada de Carmelita Pérez. De un salto me puse en pie y la llamé.

Ella se detuvo y miró hacia mí. Me reconoció en el acto y estuvo a punto de dejar caer el pan a causa del asombro.

— ¡Válgame Dios! ¡Si es *monsieur Roulette*! — exclamó.

La invité a que se sentara a mi lado y no me resultó nada difícil obtener de ella los informes que necesitaba. La buena mujer siempre me quiso bien y, en cambio, desconfiaba de aquellos individuos.

Al parecer, pocos días después de mi encarcelamiento, los Pérez se marcharon llevándose todo su equipaje. Ella oyó hablar mucho de pasaportes y creía que se habían embarcado no solamente sus dueños, sino toda la banda, pues a partir de entonces no les había vuelto a ver más. Esto era ya bastante para proporcionarme una pista preciosa.

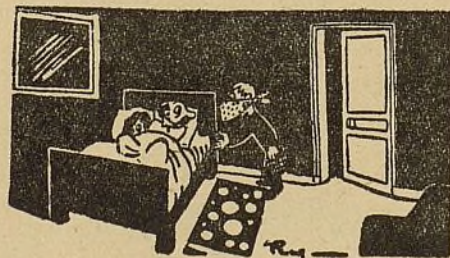
Era evidente que habían salido de alguno de los puertos importantes, como El Havre, Cherburgo o Boulogne. Las investigaciones que practiqué en los tres puertos me ocuparon seis semanas más. Registré las listas de pasajeros que salieron un mes antes de estallar la guerra y, por fin, encontré lo que buscaba.

Carmelita Pérez, su padre y los otros cinco individuos habían salido del Havre con rumbo a Nueva York en el vapor *La Perouse*. Este dato era ya positivo y me sugería la conducta que había de seguir.

DOS semanas más tarde, llegué a Nueva York.

No es necesario dar detalles de cómo encontré la pista de aquellos individuos en los Estados Unidos; baste decir que se habían separado después de ocultar maravillosamente sus huellas yendo incluso a vivir a diferentes ciudades. Durante los primeros meses descubrí el paradero de unos, pero me abstuve de hacer cosa alguna hasta haber encontrado a los demás. En hallar a uno de ellos empleé tres años. Deseaba vengarme de una sola vez y no ocuparme ya más del asunto.

Por fin lo conseguí. Habíanse diseminado, según luego supe, enriquecidos gracias a la venta del gas que yo había



El ladrón novato. — Ustedes perdonen que los despierte, pero deseaba saber si estos cubiertos son de plata.

descubierto por desgracia. Ni siquiera vivían juntos Carmelita y su padre, el cual era a la sazón el jefe de un importantísimo negocio.

Cuando supe ya el paradero de todos ellos, comprendí que había llegado la ocasión. Para ello, compré en un almacén de juguetes las siete ruletas pequeñas que una a una encontró la policía junto a cada una de mis «víctimas» según decían los periódicos.

Así llevé a cabo mi venganza. No daré detalles porque los periódicos lo han hecho ya con exceso. Baste decir que Carmelita fué la última en sufrir los efectos del castigo.

Esta última parte no era muy fácil para mí porque, a pesar de la traición de que ella me hizo víctima, aun seguía amándola.

No fatigaré al lector con los detalles y los preparativos que hice. Tanto ella como sus compinches no dudaron acerca de su suerte en cuanto me vieron aparecer; de modo que al presentarme a Carmelita, surgiendo impensadamente de entre las cortinas de su tocador, la vi pálida como la muerte, aunque sonriente y mucho más hermosa de lo que yo mismo había imaginado.

— ¿Está usted aquí, *Roulette*? Créame que hace tiempo le esperaba.

— No pude venir antes — le contesté. — Pero, de todos modos, aun es tiempo.

— Estoy sola — me dijo algo alarmada, después de contemplarme.

— Lo sé, porque he procurado que así fuese.

— Es usted mucho más fuerte que yo. Usted es un hombre y yo una mujer débil.

Yo me reí amargamente y repliqué:

— Para mí, siempre ha sido usted una débil mujer, Carmelita. Lo fué cuando consiguió arrancarme aquel secreto, gracias al cual se han enriquecido usted y sus cómplices; lo fué cuando me prometió ser mi mujer y, en vez de eso, me llevó por traición a un manicomio donde he pasado cuatro años terribles de mi juventud; lo fué cuando...

— Siéntese a mi lado, *Roulette* — me interrumpió Carmelita con aquella sonrisa seductora que tanta influencia tenía en mí. — Si no tiene usted prisa alguna, podremos charlar unos minutos. ¡Deseaba tanto verle, *Roulette*!

Su ojos negros y misteriosos me miraban en tanto que yo creía hundirme en sus profundidades. Pero, de pronto, me recobré sobresaltado al comprender la locura de mis sentimientos y moví enérgicamente la cabeza para librarme de la niebla que parecía invadirme el cerebro.

— *Rien à faire* — contesté con voz insegura.

— ¡Ah, *Roulette*...!

Se puso en pie a mi lado y apoyó su hermosa mano en mi brazo en tanto que su perfume me invadía por completo.

— *Roulette* — dijo con voz suave, — tenía vivos deseos de verle y hace ya mucho tiempo que le espero. Comprendo que usted no me creará, pero no sabe cuánto me he maldecido por mi traición y cuánto deseé su presencia y su amor.

Me miró atentamente y de nuevo volví a verme dominado por mi pasión.

— Béseme, *Roulette* — murmuró volviendo el rostro y cerrando a medias los ojos, de modo que sus pestañas proyectaban leve sombra sobre sus aterciopeladas mejillas.

8984

cartas forman la correspondencia recibida interesándose por

LA MEJOR REVISTA SEMANAL CINEMATOGRAFICA QUE SE HA EDITADO HASTA LA FECHA

TEMAS

TOTALMENTE IMPRESA EN HUECOGRABADO Y A DOS COLORES, PROFUSAMENTE ILUSTRADA

PRECIO DEL EJEMPLAR

30 céntimos

TODOS LOS SÁBADOS

Mis brazos rodearon su cuerpo y me hundí en un abismo sin fondo en el que nada me importaba a excepción de aquellos momentos de felicidad.

Me separé de ella, temblando como caña agitada por el viento, a causa de la intensa emoción. Me vi de nuevo en la época en que yo era su esclavo y su juguete, dejándome tentar por su belleza. Me dije que aquella mujer quizás me amaba todavía, que yo podía equivocarme, que tal vez sería posible reanudar el idilio borrando de mi memoria aquella equivocación del pasado con la felicidad presente.

Encendí un cigarrillo y, tembloroso, le volví por un momento la espalda. Entonces, gracias al espejo que había sobre la chimenea, pude observar un rápido cambio en el rostro de Carmelita, que no sospeché ni la posibilidad de que yo pudiese verla. Entonces tuve ocasión de darme cuenta de lo que pocos seres humanos pueden ver, o sea el verdadero carácter de una mujer. Había abandonado su máscara, dejando al descubierto su carácter traicionero. Tenía los ojos clavados en mi espalda, pareciendo decir con la mirada: «Pobre loco! De nuevo estás en mi poder. Eres un juguete en mis manos. Vuelves a ser mi esclavo.»

Vi esto y mucho más todavía, pues comprendí que ni me amaba ni me había amado nunca. De nuevo recordé los cuatro años pasados en aquel infierno, en tanto que ella y sus compinches vivieron rodeados de riqueza en un país lejano, con el dinero que les dieron a cambio de la sangre de mis compatriotas.

Instantáneamente se me cayó la venda de los ojos y me quedé frío y sereno. Estaba junto a la ventana. Con un rápido movimiento de mano arranqué el cordón de las cortinas y me volví para mirarla. Me fijé particularmente en su cuello sedoso.

Ella comprendió mis pensamientos y los leyó sin duda en mi mirada. Se dio cuenta de que nada podía salvarla ya. Palideció más aún mientras se alejaba retrocediendo. Tenía los ojos muy abiertos, pero aun me miraban con expresión de reto. No profirió ni un solo grito.

Me acerqué a ella y...

Dos minutos después me alejé de su cadáver...

Había terminado mi venganza. Carmelita yacía en el diván con el rostro pálido y tranquilo, como si estuviese durmiendo, y los amoratados párpados cerrados sobre sus ojos maravillosos.

Yo tenía los míos llenos de lágrimas. Me incliné, puse un beso sobre su frente y, sin mirarla otra vez, me alejé.

ESTA es mi historia, lector. Aquí la doy entera. No he tratado de disfrazar cosa alguna acerca de mis actos. Puedes juzgarme, si quieres, como un hombre puede juzgar a su prójimo que ha cometido un crimen vulgar. Yo creo tener justificación y estoy seguro de que las personas comprensivas estarán de acuerdo conmigo en que hice bien.

No pretendo defenderme. Por mí pueden hablar mis hechos. Ya no hay remedio para ellos. Si me equivoqué, no hay duda de que expiaré mis crímenes; pero por ahora estoy tranquilo y sereno. He vuelto a llevar una vida normal. Continúo trabajando en mis experimentos y me rodea un limitado círculo de amigos que ignoran mi verdadera personalidad. Tengo la conciencia tranquila, como y duermo bien, y si alguna vez me han de juzgar por lo que hice, acudiré sin miedo al juicio.

Entreteno sus ocios con amenas lecturas

Para ello ninguna publicación más indicada que "LA NOVELA ROSA"

Tiene la experiencia de sus siete años de contacto continuo con el público. Tiene montado un cuerpo de asesores literarios encargados de seleccionar las mejores novelas que aparecen en España y en el extranjero.

Ha tenido el acierto de familiarizar entre el público de habla española nombres como los de Muñoz Pabón, Aguilar Catena, Berta Ruck, Concordia Merrel, María Sepúlveda y otros prestigiosos novelistas. Observe como anualmente renueva sus aciertos descubriendo a nuevos autores.

Tiene el aliciente de publicar libros para todos los gustos, que pueden llevarse al hogar y pueden ser leídos por toda la familia.

Desde este año, "LA NOVELA ROSA" publica cada quincena, además de la novela inédita, una reimpresión de gran éxito. Pida a su librero que le reserve las reimpresiones que Ud. no conozca, pues todas ellas son novelas de gran éxito que se agotaron rápidamente.

Le ofrecemos nuestro nuevo departamento de ventas a plazos

Libros publicados en lo que va de año

Precio : 1'50 ptas. volumen corriente

- N.º 227* - Corazones que no se encuentran
- N.º 39 - El secreto de Julia Godoy
- N.º 152 - El alojado
- N.º 80 - Afortunada en amores
- N.º 151 - Las veleidades de Consuelo
- N.º 150 - El ama de llaves
- N.º 112 - La sin nombre
- N.º 226* - Camino difícil
- N.º 103 - La millona
- N.º 148 - Justa y Rufina
- N.º 36 - Yo... no era yo
- N.º 147 - El heredero
- N.º 101 - El Amor y Diana
- N.º 146 - La estatua velada
- N.º 145 - Error

- Berta Ruck
- A. Marín Alcalde
- Berta Ruck
- Berta Ruck
- Carmela Eulate
- Henry Greville
- Concordia Merrel
- Concordia Merrel
- J. F. Muñoz y Pabón
- J. F. Muñoz y Pabón
- Berta Ruck
- Francis H. Burnett
- Concordia Merrel
- M. Maryan
- María Sepúlveda

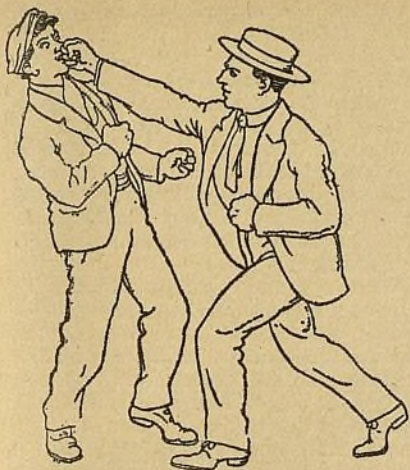
Los números señalados con * se venden a 2 pesetas.

Pida la lista de los 156 títulos publicados. Entre ellos encontrará las mejores obras de sus autores favoritos. Tenemos existencias de todos los números atrasados.

"LA NOVELA ROSA" se vende en las buenas librerías y en algunos quioscos. Si no la encuentra en su localidad, pida los títulos que desee a los editores que le enviarán los libros contra reembolso.

EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - PROVENZA, 216 - BARCELONA

NUEVA EDICION DE



MODOS DE DEFENDERSE EN LA CALLE, SIN ARMAS

Lecciones prácticas de boxeo, jiu-jitsu, lucha grecorromana, etc.

por el Doctor SAIMBRAUM

PRINCIPALES PUNTOS TRATADOS EN ESTA OBRA:

PUÑETAZOS. — ZANCADILLAS. GOLPES CON LOS PIES. — TORCEDURAS. — GOLPES DADOS CON LA CABEZA. — REGLAS GENERALES PARA DEFENDERSE EN UN COMBATE. — OBSERVACIONES GENERALES SOBRE EL CUERPO A CUERPO. GOLPE CON LA RODILLA. — GOLPE DE LA HORQUILLA. — GOLPE CON EL SOMBRERO O LA GORRA. PARADAS EN UN CUERPO A CUERPO. — ALGUNOS GOLPES DE APACHE. — DEFENSA EN EL SUELO, etc.

Un tomo con profusión de fotografías y dibujos 2 pías.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

GRAN PROYECTOR

DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA
VALVERDE, 21, DUPLICADO, MADRID

Utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibir la obra en su domicilio, libre de gastos de envío.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de la nueva edición de la obra **Modos de defenderse en la calle, sin armas**, por el Dr. Saimbraum, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º — adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

El Asesino del Cairo

(Continuación de la página 35)

así como el desorden del lecho. Las desaparecidas sábanas de éste las utilizó para descolgar el cadáver de su ex amante desde la ventana hasta el huerto, transportándolo desde allí en un vehículo de mano a la carretera, donde fué encontrado: Confirmó que, en efecto, el cofrecillo, el puñal y las cartas firmadas por Arhimaus habíalas ocultado livianamente bajo el pavimento con objeto de que al ser descubiertas recayese la culpabilidad sobre aquél. Mas en vista de que pasaron algunos días sin que ocurriese nada, decidió vengar también sus celos en la persona del amante, y entonces, sabiendo que Arhimaus Habens recorría cada semana los caminos de las aldeas, le esperó cerca del sitio donde transportara

el cadáver de la joven, y allí le dió muerte.

DE no haber ocurrido la circunstancia de manifestar todas estas cosas a última hora, después de seis meses de negativa absoluta, Malton Ebrau habría sido librado de la muerte, pues el relato de sus monstruosidades, hecho con la serenidad que él lo formuló, le hubiese valido una declaración de irresponsabilidad por enajenación, ingresando en un manicomio. No hubo lugar a ello, pero aun hoy estoy enteramente convencido de que era un perturbado moral, situado aún en ese grado confuso en que la ciencia no puede establecer los límites de una verdadera locura.

Robos y Homicidios del Bandido Cartouche

(Continuación de la página 38)

Cartouche no paraba ni un momento. Para hacerse cargo de su trabajo, basta decir que si en el Puente Nuevo se habían cometido veinte robos, era seguro que Cartouche había tomado parte en diecinueve de ellos.

Es de advertir que a su habilidad en el escamoteo añadía la de tirar al florete y manejar la pistola como el más experimentado maestro de armas.

El capitán de la banda consiguió lo más difícil: tener espías entre arqueos y exentos. Bien es verdad que para ello les tenía que retribuir muy espléndidamente.

A partir de entonces la audacia de la banda no conoció ya límites. Despojaba a una víctima casi en las mismas narices de la ronda; y si el hombre gritaba pidiendo auxilio, la policía salía infaliblemente en sentido contrario.

Estos detalles ponen principalmente de manifiesto la indecible cobardía de los agentes, en sus encuentros con la banda de Cartouche.

ES imposible describir el terror que causaba la banda de criminales a fines de 1719 y principios 1720; baste decir que dominaba en todas partes y que, de noche especialmente, era dueña absoluta de toda la ciudad.

Los ladrones se repartían las mejores plazas y demás sitios públicos, y despojaban a los transeúntes sin dignarse siquiera recurrir a la violencia ni a las amenazas.

Aquéllos ya no podían llamarse robos, sino impuestos.

En 1720, llegó a introducirse la banda en el antiguo palacio del general de Ancre, ocupado en aquella época por el embajador de España.

La habitación donde dormía su esposa fué saqueada en un abrir y cerrar de ojos; allí cogieron los hombres de Cartouche un collar de perlas finas, una hebilla guarnecida de gruesos brillantes, una vajilla de plata repujada y todas las ropas de la dama.

DE pronto, se extendieron más las operaciones de la banda de Cartouche. Por aquella época había obtenido Law el privilegio de establecer su ban-

co general; y entonces fué cuando se reunió a la banca una compañía de comercio con propiedad en el Senegal y privilegio de comerciar en el Misisipí y en la China. Inmediatamente crearon veinticinco millones de acciones y una enorme emisión de billetes.

En aquella brillante época del sistema, la calle de Quincampoix, era el punto de reunión de todos los accionistas. Allí no se podía dar un paso sin rozarse unos con otros; y Cartouche, como es natural, se propuso explotar en grande la mina.

Un lord llamado Detruott, cuyo criado pertenecía a la banda, perdió sin saber cómo, 1.300.000 libras en acciones de varias clases; es decir, cosa de unos 12.000.000, según el valor del papel.

El exento encargado de custodiar la puerta de la banca, llamado Bourlon, era cartuchiano; el portero del banco, también. El mozo de la caja, era igualmente de la banda.

Cuántas carteras se perdían, podían encontrarse muy bien en la sala de Jacobo Saurin, tabernero de la calle de Quincampoix, sargento de municipales y agregado a la banda.

El banco no podía estar mejor guardado con estos elementos.

Cartouche tuvo que valerse de diferentes disfraces, para no ser reconocido, puesto que su celebridad en París empezaba a perjudicarle en gran manera. Mas así y todo no abandonaba su negocio; y en ocasiones hasta se mostraba benéfico y con ganas de servir a los que sufrían algún disgusto económico.

Una hermosa noche del mes de diciembre atravesaba el Puente Nuevo un individuo bastante bien vestido. Iba allí con la intención de arrojar al río.

Ya se había puesto a caballo sobre el pretil, cuando una mano vigorosa le agarró por una pierna.

— ¿Pero estáis loco? — le dijo aquel hombre caritativo.

— ¡Dejadme! — contestó el otro.

— De ningún modo. Me parece que hace demasiado frío para tomar un baño en el Sena.

— ¡Caballero, repito que me dejéis. Soy un desdichado, y quiero ahogarme. Es imprescindible que me ahogue ahora mismo.

— No os llevaré la contraria; pero antes deseo saber los motivos que tenéis para despreciar así la vida.

— Con ésa no haremos más que perder tiempo.

— ¿Es que os esperan en el otro barrio?

— Si tenéis ganas de broma, yo no.

— De lo que yo tengo ganas es de ver si puedo hacer algo por vos. Conque hablad.

— Estoy arruinado, caballero. A fines de mes tendré que declararme en quiebra; y quiero matarme antes que verme deshonrado.

— Pues pagando, ya lo tenéis todo arreglado.

— ¿Que pague? Eso se dice muy pronto. ¿Y con qué pago, si mi capital no llega a diez escudos?

— Calma. Sentaos sobre el pretil, que ya me duele el brazo de sujetaros y hablemos como buenos amigos. ¿Cuánto es lo que debéis?

— ¡Veintisiete mil libras!

— Ya es algo serio eso. ¿Y no podríais sobrevivir a la deshonra?

— ¡Caballero, soy un hombre de bien.

— A veces es una lástima serlo.

— ¿Es una lástima que yo sea hombre de bien?

— ¡Sí...! Yo tenía una idea, pero no importa. Es preciso que os socorra, pero hay que aparentar que vos sois ajeno a todo.

— ¿Y bien?

— Yo sé cómo he de manejarme.

— Caballero, no os entiendo.

— No os hace falta. Al contrario, si me entendierais, no tendría esto mal-dita la gracia.

— Pues decid lo que tengo que hacer.

— Escribid a vuestros acreedores; decidles que acudan mañana a las siete de la noche a vuestra casa con sus documentos y que les pagaréis escudo sobre escudo.

— ¿Con qué dinero?

— Con el que yo os llevaré. Conque decidme las señas de vuestra casa.

El desconocido se las dió.

— Pues hasta mañana a las siete. Entre tanto, tomad estas tres mil libras, para probaros que no trato de burlarme de la desgracia.

— ¡Oh! ¿Sois un santo!

— No piensa así la mayoría..., pero eso no importa. Buenas noches.

— ¡Qué bueno sois!

— Ya hablaremos de eso después. Ahora, volved a vuestra casa, lleváis dinero y las calles no están seguras.

Al día siguiente, a las siete de la noche, se trasladó Cartouche a la casa del suicida, que resultó ser un mercader de paños.

Ya estaban allí todos los acreedores reunidos, los cuales recibieron a Cartouche con las más unánimes manifestaciones de respeto y admiración.

El mercader apenas si reconoció en aquel hombre a su salvador del día anterior.

— Nada de cumplidos, caballeros — les dijo al presentarse. — Nada de alabanzas, porque no las merezco; el dinero que tengo el honor de distribuirlos no es mío, os lo aseguro bajo palabra de caballero. Ha salido de la caja de varios jóvenes amigos míos cuya vida no puede llamarse irreprochable y que quieren asegurarse de este modo las oraciones de un hombre de bien; porque este hombre lo es, ¿no es verdad, señores?

Ni uno de los acreedores dejó de alabar la honradez y las virtudes del co-

Una obra que deben conocer todos los padres de familia

LA DELINCUENCIA EN LOS NIÑOS

Causas. Remedios

Obra premiada por la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción.

por el doctor

VICTOR MELCIOR Y FARRÉ

El alto valor moral y educativo de esta obra queda manifestamente expresado en el extracto del sumario:

El Aumento de la criminalidad infantil.

Consideraciones acerca del tipo criminal.

La herencia.

Las causas de degeneración.

Casamientos consanguíneos.

El alcoholismo.

Remedios para prevenir la degeneración y la criminalidad.

Medios para combatir la prostitución.

La cristalización de la delincuencia, etc.

Un tomo de 250 páginas

== 2 pesetas ==

De venta en todas las librerías

Si no lo encuentra en su localidad, pídalo a la casa editora, utilizando el siguiente cupón, que le da derecho a recibirlo franco de portes en su domicilio.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

Diputación, 211, BARCELONA

Agradeceré me remitan un ejemplar de la obra *La delincuencia en los niños*, por el Dr. Víctor Melcior, cuyo importe de 2 ptas, adjunto en sellos de correo (certificando la carta) — remito por giro postal n.º

Nombre

Domicilio

Población

Provincia

Fecha

mercante, a quien ellos mismos iban a obligar a hacer bancarota.

— Siendo así y comprobada la bondad del protegido por mis jóvenes amigos, vamos a arreglarlo todo — volvió a decir Cartouche.

Cada acreedor fué presentando sus facturas y comprobantes de la deuda.

El comerciante los dió por buenos aquellos documentos y Cartouche fué dando a cada cual lo que le correspondía, hasta completar las 27,000 libras.

Aquí el honrado comerciante obsequió a todos con vino y dulces brindando a la salud de su salvador y de sus jóvenes amigos.

Y como no hay amigos tan buenos que no se separan nunca, se habló de retirarse, y no hubo ni un solo individuo en la reunión que no aspirase al honor de acompañar a Cartouche hasta su casa, que él había indicado que estaba al otro lado del río.

El bandido aceptó la escolta que de tan buena voluntad se le ofrecía; pero exigió terminantemente que el mercader no saliera de su casa, para que así se repusiera de las emociones de aquel día.

Lo que ocurrió después, no es difícil adivinarlo.

Apenas pusieron los pies en el Puente Nuevo, cuando fueron asaltados por una tropa de bandidos, la de Cartouche, como es natural. Este, dando ejemplo de resignación, se dejó registrar como los demás que le acompañaban.

Los acreedores comprendieron que su dinero había ido a parar a la caja del bandido; pero sin sospechar lo mejor del lance.

Pasó algún tiempo hasta que fueron conocidos los pormenores de este suceso; y no faltó alguno de aquellos hombres que reclamara ante los tribunales, en contra del comerciante, pero éste probó que había procedido de buena fe; por otra parte, como no tenían documentos de ninguna especie para demostrar el débito, fueron condenados con costas.

Y, nada, Cartouche seguía haciendo de las suyas, hasta burlarse de sus perseguidores en sus mismas narices.

Un día, por una apuesta se hizo llevar a casa del comisario *entre cuatro velas*, como se decía entonces.

Había tenido una disputa en un café y Cartouche se dejó arrestar sólo por el gusto de dar una broma a un comisario.

Allí declaró que era hijo de un droguero del barrio de Baco, y le dejaron en libertad después de amonestarle.

No era dudoso para las autoridades que una banda numerosa y bien organizada ocupaba a París casi militarmente y que lo explotaba con regularidad.

Ya habían denunciado a Cartouche dos o tres ladrones puestos en el potro; y el terror público imponía al gobierno una seria persecución contra este bandido y su cuadrilla.

La opinión llegó a dividirse y hasta no faltaba quien negara que Cartouche estuviera en París.

Cajeros infieles, hijos de familia desprecupados y hasta lacayos poco o nada honrados, daban siempre las culpas a Cartouche para tapar las suyas propias cuando no podían justificar sus tunanterías.

UNO de sus primeros asesinatos lo cometió Cartouche el 29 de septiembre de 1729.

Se encontraba aquel día con alguno

de los suyos en Charenton, en la taberna de la *Gran Pinta*.

Un violinista ambulante se presentó allí mientras comían y cantó algunas canciones que fueron del agrado de los bandidos. Cartouche convidó al músico y le dió unas cuantas monedas; pero cuando el pobre violinista se disponía a salir de la taberna, le dijeron que si quiera cantando, pues para eso le habían pagado.

En una mesa próxima había unos honrados oficiales de curtidos, los cuales protestaron indignados por la tiranía de aquellos hombres.

En el acto se armó una contienda, mas como los pobres artesanos eran inferiores en número, uno de ellos cayó muerto de un pistoletazo que le disparó Cartouche.

Las mujeres que iban con los bandidos también tomaron parte en la refriega, y una de ellas, de apodo la *Pescadora de delantal*, hizo fuego a los arqueros que acudieron a sosegar aquella pendencia.

Sobre el asesinato de Mondalet, que así se llamaba el curtidor, se empezó a formar causa en el acto; mas el asunto no pasó adelante.

En aquella época corrió Cartouche algunos riesgos de consideración.

Uno de los alguaciles se había empeñado en no dejarle respirar para escarmentarle, tanto a él como a sus compañeros.

Entonces Cartouche se propuso darle una buena lección. Para ello, un día, mientras se celebraban festejos populares y estaba formada toda la ronda en la calle de Tourmon, Cartouche se presentó allí con algunos de los suyos.

El ministril ya le había visto y sólo esperaba una ocasión favorable para gritar:

— ¡A ése, a ése!

De repente cayó el bandido sobre el corchete y le propinó una buena tarea de bastonazos delante de doscientos arqueros formados en batalla.

A los gritos del alguacil acudió la ronda, y entonces Cartouche, escondiéndose en la entrada de una casa, sacó del bolsillo una peluca, se la puso, se quitó algunas prendas y volvió a presentarse con el mayor descaro.

A los pocos días se volvió a encontrar con el alguacil de marras, el cual casi le tenía ya en sus manos; pero tampoco pudo darle caza, desapareciendo después de haber muerto a uno de sus mejores corchetes.

DESPUES de tanta audacia, tenía que ser cogido del modo más vulgar.

A fines de diciembre de 1720 una noche en que el bandido *trabajaba* en el Puente Nuevo vió a un oficial y la cazoleta de plata de su espada le tentó.

El oficial cayó al suelo de un garrotazo y el bandido se ciñó la espada. En aquel momento apareció una ronda que, cortándole el paso, logró capturarle sin que el bandido opusiera resistencia.

Este tuvo buen cuidado de deshacerse de la espada y como su porte era el de una persona decente, lo llevaron a For-l'Évêque.

Pronto se convenció Cartouche que no se trataba de llevarle al gran Chatelet, sino a una casa de prevención donde llevaban a los presos sin importancia.

Y se creyó en salvo.

Se dejó registrar, dió un nombre falso y aseguró que era un caballero en toda la extensión de la palabra.

Como de costumbre, se le quitó el

Una colección recomendable de obras de

HIGIENE Y GIMNASIA

Para el campo y el hogar



Salud, Fuerza y Belleza por medio de la Gimnasia Sueca, por el Doctor Saimbraum.

Un tomo de 149 páginas, 2 pesetas.

Teoría y Práctica de la Gimnasia Respiratoria, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 152 páginas, 2 pesetas.

Gimnasia de las Profesiones, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 155 páginas, 2 pesetas.

Higiene Moderna, por el Doctor Juan Bardina.

Un tomo de 339 páginas, 5 pesetas.

Los Baños de Aire, de Luz y de Sol en Casa, por el Dr. Monteuuis.

Un tomo de 324 páginas, 5 pesetas.

Para ser Fuertes, por William Blaikie.

Un tomo de 417 páginas, 5 pesetas.

La Higiene Sexual, y sus Consecuencias Morales, por el Dr. Ribbing.

Un tomo de 509 páginas, 5 pesetas.

La Vida Sexual Normal y Psicopatológica, por el Dr. Mesonero Romanos.

Un tomo de 200 páginas: en tela, 4 pesetas; en rústica, 2'50 pesetas.



De venta en las buenas librerías de España y América y en las siguientes, que las remiten franco de portes anticipando por giro postal o en sellos de correo el importe de las obras:

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA»

Valverde, 21 dup. — MADRID

dinero que llevaba, pero en el pañuelo que tenía en la mano había ocultado una de las empuñaduras que había robado aquel día.

Una vez encerrado, se la vendió a un carcelero para tener algún cuarto.

Pasados algunos días, notó que se hacían más frecuentes los interrogatorios.

El 9 de enero de 1721 se le hicieron cargos sobre la ocurrencia de la *Gran Pinta*, respecto al asesinato del curtidor. Al verse descubierto, el audaz bandido se arrojó sobre la causa y la hizo pedazos.

A todos les costaba trabajo creer que tuvieran en sus manos al famoso Cartouche; y los más aseguraban que sería algún individuo de su banda.

Entre estas dudas estuvo el bandido cincuenta y tres días en aquella defec-tuosa prisión, hasta que logró fugarse el 2 de marzo.

DE nuevo volvió a verse entre los suyos, y no juzgó prudente esconderse, pero entonces fué cuando extendió sus correrías fuera de París.

De este modo continuó sus fechorías, cada vez con mayor descaro.

El 28 de marzo, estando un alguacil del tribunal del crimen leyendo en público la orden que intimaba a Cartouche a presentarse ante los tribunales, salió una voz de entre el grupo que escuchaba diciendo con voz entera:

— ¡Presente!

Nada más fácil hubiera sido echarle mano; pero tanto el alguacil, como los trompeteros y los arqueros apretaron a correr como si los persiguiera el diablo.

Estas audacias divertían mucho a París, mas es lo cierto que los ciudadanos no gozaban de un momento de tranquilidad.

En vista de lo que ocurría, se presentaron dos exentos, los cuales se propusieron capturar al bandido persiguiéndole por todas partes.

De nuevo tuvo que ausentarse Cartouche; mas como estando lejos empezara a desmoralizarse su nutrida banda, se le ocurrió dar un golpe de mano de los más atrevidos, para que tanto los suyos, como el honrado vecindario, se apercibieran de que no era cosa fácil luchar con él.

Supo que los dos exentos se hallaban vigilando en una taberna frecuentada por su banda, y allí se presentó.

Fué cuestión de un instante; pues sin que los dos policías tuvieran tiempo de defenderse, les saltó la tapa de los sesos de dos certeros pistoletazos.

Este atrevido golpe volvió a amedrentar a la policía y a todo París. Cartouche aparecía de nuevo con más bríos que nunca. No obstante, desde aquel doble asesinato, ya no encontró Cartouche seguridad alguna, ni a peso de oro.

Por lo regular se iba a dormir a las canteras, que entonces se llamaban la *alcoba* de Cartouche.

Los hombres más voluntariosos de su cuadrilla procuraban esconder la pista del bandido, valiéndose para ello de mil tretas, tales como la de vestir con trajes iguales al que usaba el jefe y la de usar una venda de tafetán sobre el ojo derecho, lo mismo que hacía Cartouche para taparse una cicatriz.

Sin embargo, la intranquilidad de aquel malvado aumentaba cada día más. De aquí que su carácter se hiciera más brusco y más terrible.

Una mañana pasando por la calle con uno de sus hombres, le pareció ver a

dos espías y como iba muy bien disfrazado se acercó a ellos y les dijo que les ayudaría a prender a Cartouche. Embaucados con tal promesa, sacó al campo a los dos infelices, y entre él y su compañero los degolló sin más apelación.

El terror que Cartouche quería inspirar alcanzó muy pronto a sus mismos compañeros, pues sacrificó a su seguridad personal a todos aquellos de quienes tenía la más leve sospecha.

Entre las crueldades de Cartouche, en este orden, se cuenta una inaudita.

Tenía un tío, ladrón profesional, el cual había caído en manos de la policía. Un hijo de este tío carnal figuraba en la banda de su primo Cartouche; mas como éste sospechara de que podía denunciarle para salvar a su padre, lo sacó también al campo, le mató de un pistoletazo y le enterró en un montón de estiércol.

Estos asesinatos disgustaban a sus más fieles, por lo cual los negocios iban siendo cada vez peores. Su estrella se eclipsaba día por día, y la traición se iba aumentando de un modo considerable.

Enloquecido por su comprometida situación, quiso dar un golpe definitivo en una casa principal. Esta fué invadida por una escuadra de ladrones al mando del propio Cartouche, mas cuando se hallaban con las manos en la masa, se presentó un verdadero ejército de arqueros, trabando una lucha encarnizada con los bandidos, a los que acuchillaban de firme.

Cartouche vió mal parada la partida,

y encerrándose en un salón, se desnudó mientras sus hombres peleaban desesperadamente, y subiendo por el cañón de una chimenea logró salir por el tejado. Saltando sobre las tejas, pudo llegar a una bohardilla, donde engañó al que la habitaba, diciéndole que le perseguían por deudas; y el infeliz acabó por darle ropas para que pudiera escapar con más seguridad.

De este modo pasó por entre los arqueros sin que le conocieran, y pudo escaparse, si bien había perdido ya muchos hombres en la refriega.

Pocos días después tuvo lugar otro asesinato.

Sospechaba Cartouche que le era traidor un soldado joven de las guardias francesas, llamado Santiago Lefèvre, y queriendo que su muerte sirviera de ejemplo, convocó a los restos de la banda a un terreno atrás de los Cartujos.

Después de un brevísimo sumario, fué sentenciado a muerte y el jefe de los bandidos le dió la primera estocada, siguiendo del mismo modo los demás, hasta que le dejaron sin vida, después de tan infame tormento.

EN 14 de octubre de 1791, fué capturado el terrible bandido; a causa de haber sido denunciado por uno de los suyos.

En la habitación donde le cogieron se estaba remendando unos calzones y no tuvo tiempo de defenderse. Se le había atrapado en camisa y no se le permitió que se pusiera los pantalones, llevándole a pie en paños menores.

Ya en el carruaje, iba un poco apretado entre los guardias.

— Camaradas — les dijo el bandido, — mirad que me estáis estropeando la ropa.

Después le obligaron a que se apeara en el lodo con los pies descalzos, y como un arquero le diera un empujón para hacerle andar, el bandido, que era todo un maestro, le plantó un pie manchado de lodo en medio de la cara, diciendo al mismo tiempo:

— ¡Imbécil! Ayer no te hubieras atrevido ni a tocarme.

La alegría fué general en París al saberse la noticia de esta importante captura.

Mas a todo esto, se negaba el criminal a prestar declaración alguna, y hasta negó su verdadero nombre. Así y todo, no le valieron sus tretas y tuvo que ir confesando poco a poco los crímenes que había cometido, pero siempre atenuándolos, pues decía siempre que si vertió sangre fué en defensa propia.

Cartouche estaba muy bien tratado en su calabozo. Mantenido por el Regente, tenía ciertos privilegios sobre los demás presos, y llegó a haber una gran curiosidad por visitar al famoso bandido. Las señoras, especialmente, solicitaban el favor de un pase recurriendo para ello a todas las influencias.

El 4 de noviembre le anunciaron a Cartouche la visita de una señora cuyo nombre le hizo sonreír: en seguida entró en el calabozo una dama anciana, la generala de Boufflers, viuda del héroe que se batió en la batalla de Malploguot.

Gran Proyector Mensual

publicará, entre otros interesantísimos trabajos, en su número de octubre:

La vida de los españoles pobres en París (Sensacional reportaje en la Plaine Saint-Denis)

Ladrones de pisos (Tercera parte de la serie «La gente del hampa»)

Once campanadas (Un cuento de hadas a propósito de un crimen)

El capitán Drumond (Interesante argumento cinematográfico con fotografías)



En todos los quioscos
1'25 ptas.
EJEMPLAR

Por el collar de un chino (Una interesante narración sobre el robo de unas perlas)

La misteriosa desaparición de Teresa Escandell (Un caso ocurrido hace poco en Barcelona)

El proceso Veronet (Un proceso que pudo convertirse en un error judicial)

Encuentro angustioso (Una anécdota detectivesca)

Concurso, novela en folletín encuadernable, fotografías cinematográficas, historietas cómicas, etcétera

No era esta la primera vez que se veían la generala y el bandido. Una noche, cuando la dama se acababa de meter en la cama con las ventanas medio abiertas a causa del calor, se oyó de repente ruido junto a las colgaduras de la ventana que daba a la calle, y la pobre viuda se halló, sin saber cómo, ante un hombre desconocido.

Quiso gritar, pero las manos ágiles del bandido le taparon la boca.

— Señora — le dijo al oído. — Ni un grito ni un movimiento que pueda comprometerme. Soy León Domingo Cartouche y creo que ya no hay más que decir.

La pobre señora se guardó muy bien de moverse. El bandido continuó:

— La calle está tomada, porque se han empeñado en no dejarme vivir en paz. Si vos no habláis, me he salvado; y creo que no hablaréis.

Y diciendo esto, se quitó un chaquetón que cubría un traje bastante elegante. En la cintura brillaban unas cuantas pistolas.

— No os descubriré — habló la generala, casi muerta de miedo.

— Es que no es eso todo.

— ¿Aún hay más?

— Sí, señora. Hace ocho días que me veo perseguido, no duermo en cama, ni como lo que yo quisiera.

— ¿Y bien?

— ¿No comprendéis?

— No acierto...

— Pues esto quiere decir que deseo una buena cena y algunas horas de sueño tranquilo.

La buena señora se estremeció al pensar que Cartouche iba a cenar en su cuarto y que quizá la obligaría a salir de la cama para meterse él.

El bandido comprendió lo que pensaba la dama y se apresuró a tranquilizarla con muy buenos modos:

— No se inquiete, señora. No soy tan malo como quieren hacerme y sé cómo se ha de tratar a las damas. Desde aquí veo un sofá en ese gabinetito y ahí dormiré perfectamente.

— Pero ¿y la cena? — se atrevió a preguntar la generala.

— Tampoco soy exigente. Un pollo, algo de frutas y una botella de vino de Champaña.

— Pero...

— Llamad a vuestras camareras, decidles que tenéis apetito y cuando yo haya restaurado mis fuerzas con la comida y el sueño, os saludaré cortésmente y me marcharé por donde he venido llevando un grato recuerdo de vos.

La señora hizo al pie de la letra lo que el bandido le indicara, pero sin que éste dejara de observarla escondido entre las cortinas del lecho.

Sus doncellas se admiraron, y no poco, del extraordinario apetito de su señora, mas no tardaron en traerle todo cuanto había pedido.

Ya servida la cena sobre un velador y estando fuera las camareras, despachó Cartouche la cena en un abrir y cerrar de ojos, sin dejar otra cosa que los huesos, las mondaduras de la fruta y el vidrio de la botella.

— Ahora, permitid, señora, que os dé las buenas noches y hasta luego.

Y añadió:

— Sed suficientemente buena para olvidar la compañía que os ha caído esta noche.

Serían las tres de la madrugada, cuando Cartouche despertó y, repuesto con las horas que había dormido, volvió a entrar en la alcoba de la generala.

La pobre dama temblaba; pero el bandido la saludó finamente, le agradeció en términos muy corteses su hospitalidad y, una vez asegurado de que la calle estaba desierta, desapareció del mismo modo que había entrado.

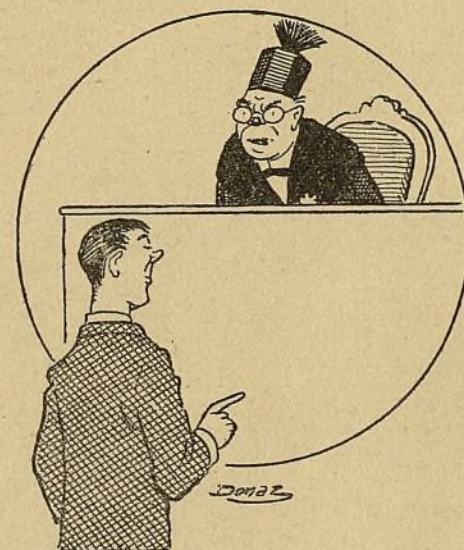
La generala dejó pasar algunos minutos, saltó de la cama y llamó inmediatamente a la servidumbre.

Sabiendo ya los criados lo que pasaba, se plantaron en la calle armados hasta los dientes.

¡Trabajo inútil! Cartouche había volado.

Pocos días después recibió la generala un cesto de botellas de excelente vino de Champaña, en nombre de su huésped Cartouche, y claro está, al saber la generala la captura del bandido, quiso volver a ver a su honrado ladrón, el cual se excusó con ella de que, dadas sus especiales circunstancias, no pudiera devolverle la hospitalidad que de ella había recibido.

La señora le regaló dos luises.



— No venga con subterfugios y declare la verdad. El hombre que hablando no se hace entender, o es un criminal o es un idiota. ¿Me entiende usted?

— No, señor.

CARTOUCHE estaba encerrado en un inmenso calabozo de los más profundos de la cárcel.

Allí tenía por compañero a otro criminal, de oficio albañil; y como comprobaron que en un rincón del suelo sonaba a hueco, hicieron más observaciones hasta que supieron que bajo sus pies estaban las antiguas letrinas.

Ayudado el albañil con los grillos de Cartouche y con una barra de hierro que éste logró arrancar de una ventana, practicaron un agujero durante las horas de la noche.

Los dos hombres salieron por allí con no pocas dificultades y pudieron llegar a una tienda de frutas.

Por desgracia para ellos había allí un perro, el cual empezó a ladrar desahogado. Es natural que los moradores empezaran a gritar:

— ¡Ladrones, ladrones!

Cuatro arqueros de la ronda entraron en la casa inmediatamente y reconocieron a Cartouche, que no se había podido quitar los grillos ni las esposas.

Entonces les hicieron volver a la cárcel por la puerta principal; y, una vez allí, le colocaron en otra pieza más segura, atándole de pies y manos.

Su carácter entero aun no había decaído lo más mínimo, como lo demuestra con las burlas de que hacía objeto a los magistrados cuando iban a tomarle declaración, sin que consiguieran nada en claro.

Por fin, fué sentenciado al tormento de los borcegues para que declarara y contestara categóricamente a las preguntas que se le hacían.

A la primera vuelta, dijo que era inocente.

A la segunda, no dijo nada.

A la tercera tampoco habló.

A la cuarta hizo un ligero estremecimiento y dijo.

— Dejadme ya, soy inocente.

A la quinta, manifestó que ya estaba medio muerto.

A la sexta, que era inocente, pero que confesaría todo cuanto quisieran.

A la séptima que seguía inocente y que no tenía cómplices.

A la octava y última, dijo que era inocente y que se le mataba.

Una vez colocado sobre el colchón, volvió a repetir que era inocente.

Y tal era su estado, que tuvieron que llevarle de nuevo al calabozo sin haber conseguido nada.

A las tres de la tarde del día veintisiete de noviembre de 1721 se presentó en la Conserjería un escribano para dar las órdenes de la ejecución de la sentencia.

— ¿Tenéis algo más que declarar? — le preguntó a Cartouche.

— Nada tengo que decir — respondió el bandido.

— ¿No podéis nombrar a vuestros cómplices?

— No he tenido ninguno.

Aquí el mencionado escribano ordenó que fuera conducido el preso a la puerta de la Conserjería, donde dicho funcionario leyó en alta voz, en presencia del pueblo, la sentencia de muerte contra Cartouche, sentencia que fué pregonada después por el verdugo.

El bandido fué trasladado inmediatamente a la capilla, sufriendo en el acto una rápida transformación, al convenirse de que sólo le quedaban pocas horas de vida.

Allí dijo que él era el verdadero Luis Domingo Cartouche, y declaró que sus padres y su hermano menor eran personas honradas, y que él, un tío suyo y un hijo de éste habían sido los únicos criminales de la familia.

A pesar de esta transformación del bandido, su sangre fría siguió siendo la misma, porque sin duda esperaba que sus compañeros le salvaran cuando le condujeran al patíbulo.

De todos modos, atraído y medio sugestionado por las palabras del capellán de la cárcel, acabó por confesar todos sus crímenes, pero sin dar ningún nombre de los individuos de su banda.

El día antes de la ejecución cenó teniendo a su lado al sacerdote con el cual conversó largamente. Muy temprano almorzó al día siguiente y habiéndole preguntado alguien si quería una taza de café con leche, contestó muy tranquilo:

— No es ésa mi bebida favorita.

— ¿Qué queréis? — le volvieron a preguntar.

— Creo que me fortalecería un vaso de buen vino y un panecillo.

Pronto se lo sirvieron y bebió a la salud de sus jueces.

— Lo encuentro exquisito — dijo después de paladearlo, — y esto puede ser porque es el último que bebo en esta vida.

— ¿Queréis algo más?

— Algo querría, pero me parece que no podréis complacerme.

— ¿Y qué es ello?

— Que se me ejecutara lo más pronto posible, pues ya empiezo a padecer horriblemente y quisiera tener ánimos para llegar con entereza a mi última hora.

Así terminó aquel indomable carácter haciendo que se le compadeciera.

CUANDO Cartouche llegó a la plaza de la Grève, se quedó sorprendido al ver que no había más que una rueda al lado de la horca.

El bandido esperaba sin duda morir en compañía de numerosos criminales.

Todavía le quedaba la esperanza de que le salvaran los amigos que le quedaban.

Pero no fué así.

La plaza estaba totalmente llena de espectadores, los cuales habían pasado allí la noche acampados para saciar su curiosidad.

El bandido no vió entre aquellas oleadas de gente ni siquiera a uno de sus compañeros.

Quizá él se hubiera arriesgado a salvar a un compañero que estuviera en aquellas mismas circunstancias.

AQUÍ fué cuando, perdida toda confianza, se decidió a hablar y habló tanto y tan bien, que sus declaraciones llenaron treinta y seis hojas de papel, de una letra menuda y muy metida.

Declaró allí siete asesinatos y robos a centenares.

Con una memoria incansable refirió Cartouche a los magistrados hasta los más insignificantes detalles de su vida de bandido.

El reo declaró que jamás había sido sobornado por altas personalidades, como se decía por todas partes, y aseguró que ignoraba que sus sometidos lo hubieran hecho sin darle cuenta, cosa a la que él se hubiera opuesto con todas sus fuerzas.

También desmintió rotundamente que su prisión comprometiera a centenares de personajes de alta importancia.

Una vez completadas sus declaraciones, sufrió el castigo con gran firmeza de ánimo.

Aunque aun no había terminado todo con la muerte de Cartouche — puesto que todavía quedaban restos de su banda, — faltos ya de la principal cabeza, fueron cayendo poco a poco en poder de la justicia, habiéndose llegado a encarcelar a más de trescientos sesenta y seis individuos tan feroces y criminales como el mismo jefe.

En 1726 todavía se le seguía causa criminal a algunos de ellos.

Films Selectos
sólo cuesta 30 cént.,
pero vale un dineral.

Chantage Frustrado

(Continuación de la página 41)

— ¿Dónde está Carey? — preguntó Smithson, quien, acompañado de Nesbit, se dirigió a la oficina de Lenger.

Pero antes de que llegasen a ella, vieron que el portero Jorge bajaba la escalera con pasos inseguros, en extremo asustado.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó Smithson, agarrándole para impedir que se alejase.

— ¡Un hombre apuñalado! — gritó. — Yo no he sido. Suélteme.

— Acompáñanos a donde se halla.

— ¡No, amo, no! ¡Déjeme marchar!

— Anda, no perdamos tiempo. Llévanos a donde está ese hombre. ¡Aprisa!

Jorge, temblando como una hoja de árbol, nos llevó al cuarto de baño del segundo piso y allí vimos a Carey con el pecho atravesado por un cuchillo.

— Hagan el favor de marcharse, señores — dijo Nesbit al grupo que nos había seguido escaleras arriba.

Smithson se quedó aterrado. Carey había trabajado con él durante varios años y le quería mucho. Se quedó mirando el cadáver con expresión que no presagiaba nada bueno para el asesino.

— ¡Animo, jefe! — dijo Nesbit. — No dude de que cogeremos al asesino.

Cinco minutos después se había dado la alarma en la ciudad para que buscasen a Lenger. Tenemos un sistema especial para llamar a los policías en caso de urgencia, por medio de unas luces que se encienden en lo alto de los puntos de llamada. Cuando alguno de ellos ve la luz, telefona a la Estación Central pidiendo instrucciones. Así quedaron vigiladas todas las carreteras que partían de la ciudad y se empezó un registro riguroso. Carey era muy conocido entre sus compañeros y no tuvimos que esforzarnos para recomendarles la mayor actividad.

MIENTRAS tanto, Smithson y Nesbit trataban de averiguar algo acerca de Rayer. Sospechaban que la sangre del colchón y de la sábana fuese suya, pero resultaba difícil explicarse cómo se pudo ocultar su cadáver. La policía encontró al secretario particular de Rayer, llamado Mendoza, y gracias a él averiguó Nesbit que Rayer no había estado en su oficina desde el día anterior, a pesar de que tenía dos citas importantes.

En cuanto llegamos a la Jefatura, Wilson, agente electoral del adversario de Rayer, se paseaba muy nervioso por el corredor.

— ¿Qué hay, Wilson? ¿Quiere usted verme a mí? — preguntó Smithson. — Estoy bastante ocupado.

— Sí, señor. Quiero verle para hablar de Rayer — replicó Wilson.

— ¿De Rayer? Haga el favor de entrar.

Nesbit y yo le seguimos.

— Quiero decirle algo confidencial — insinuó Wilson. — Y quisiera hablarle a solas — añadió mirando a Nesbit.

— Puede usted hablar sin cuidado — le contestó Smithson. — Si sabe usted algo de ese asesinato, será mejor que nos lo diga cuanto antes.

— Ignoro detalles concretos del asesinato, pero sé algo que tal vez está relacionado con él — dijo Wilson, muy nervioso.

— Pues hable — contestó Smithson — ¿qué sabe usted?

— Ante todo debo advertirles que mi jefe, el senador Rogers, no sabe una palabra de eso. Me deja en libertad de organizar las campañas electorales sin preguntarme nada. Ese Rayer nos daba bastante que hacer. Le apoyaban todos los beafos. A nosotros nos constaba que era muy aficionado a las mujeres, pero lo disimulaba muy bien y no podíamos probarle cosa alguna. Fui en busca de Lenger para ver si podría darnos algún detalle acerca de él. Al principio se negó, pero consintió en cuanto supo que podía ganar algo. Entonces me dijo que Rayer recibía a una mujer en sus habitaciones. Yo le contesté que si nos proporcionaba la oportunidad de sorprender la cita, le daría mil dólares. Ya se comprende que no queríamos causar ningún escándalo, sino dar a entender a Rayer que renunciase a su candidatura a cambio de nuestro silencio.

— ¿Cuándo hizo usted ese convenio con Lenger?

— Hace ya un par de semanas que empezamos a hablar, pero hasta ayer noche no llegamos a un acuerdo.

— ¿Y en qué consistía ese acuerdo? ¿Qué se proponían ustedes hacer?

— Lenger tenía que informarnos de cuando Rayer y su amiga se hallasen en la habitación y entonces me dejaría entrar a mí acompañado de dos testigos particulares para subir al tercer piso y salir a la escalera de escape, que nos permitiría acercarnos a la ventana del dormitorio de Rayer. Entonces le haríamos nuestra proposición y nada más.

— Y ¿qué pasó? — preguntó Smithson con impaciencia.

— Lenger me telefoneó hacia las diez de la noche. Yo esperaba ya su aviso y por eso me acompañaban dos detectives particulares. Fuimos al club y Lenger nos hizo entrar por una puerta trasera. Dijo que Rayer había entrado en sus habitaciones, lo mismo que la joven que le acompañaba.

— ¿Cómo pudo esta última subir la escalera sin que nadie la viese? — preguntó Nesbit.

— Lenger dijo que entró por el restaurante, que tiene una puerta que da a la calle. Al parecer Lenger dejaba esta puerta abierta para que entrase ella.

— De modo que Lenger intervenía en el asunto.

— Sí, señor. El viejo le pagaba o le daba noticias acerca del mercado bursátil. Además, no tenía otro remedio que apoyarle si quería conservar su empleo. Es preciso tener en cuenta que Rayer era casi el amo del Club Colonial.

— Muy bien. Siga usted.

— Subimos por la escalera en vez de utilizar el ascensor, a fin de que nadie nos viese y, como estaba convenido, salimos a la escalera de escape. Pero cuando llegamos, ante la ventana de Rayer no vimos a ninguna muchacha, sino a un hombre que estaba con él.

Smithson dirigió una rápida mirada a Nesbit, dando a entender su satisfacción ante aquellas asombrosas noticias.

— ¿Quién era? — preguntó Nesbit.

— Lo ignora. Rayer estaba de cara a la ventana y su compañero de espaldas a nosotros. Estaban discutiendo con alguna violencia. Nosotros...

— Un momento — interrumpió Nes-

bit. — Dice usted que discutían. ¿Cuál era su conducta?

— Pues la natural en personas que discuten. Parecía como que ambos estuviesen empeñados en sus respectivos puntos de vista.

— ¿Está usted seguro de eso? — preguntó Nesbit acercándose a Wilson, mirándole con fijeza.

— En absoluto.

— ¿Cómo lo sabe usted? ¿Oyó lo que decían?

— No, señor, pero el individuo que hablaba con Rayer le amenazaba. Esto era muy claro — contestó Wilson, irritado. — Y un momento después acercó su rostro al de Rayer y le mostró el puño.

— Y ¿qué hizo Rayer?

— No lo sé, porque en vista de que la joven no estaba allí no quise exponerme a que me viese. Sin embargo, me pareció que él estaba muy tranquilo y casi juraría que no pronunció ni una palabra.

— Comprendo — replicó Nesbit. — Eso es algo distinto. — añadió pensativo.

— Nosotros no esperamos, porque aquel individuo nos había estropeado el plan. Bajamos para ver a Lenger y cuando le dijimos lo que ocurría pareció quedar muy sorprendido. Insistió, sin embargo, en que vio entrar a la muchacha en las habitaciones de Rayer y que ignoraba la presencia de aquel hombre. Pero, en fin, nuestro proyecto quedaba aplazado y nos volvimos a casa. Esto es todo lo que sé; pero, al enterarme de lo ocurrido, creí mejor comunicárselo a ustedes.

— ¿Está usted seguro de que no sabe más? — preguntó Nesbit.

— Nada más.

— ¿A qué hora salió usted del Club?

— Hacia las diez nos llamó Lenger y creo que nos volvimos media hora más tarde.

— ¿Se quedó aquel hombre en las habitaciones de Rayer?

— Allí continuaba cuando nosotros nos alejamos de la ventana.

— ¿Puede usted decirnos qué aspecto tenía?

— Parecía ser de estatura regular. Llegaba la cabeza descubierta y creo que su cabello era negro. No sé más ni nos fijamos en más, porque no nos interesaba y deseaba no ser sorprendido.

— ¿Quiénes eran los dos detectives particulares que le acompañaban?

— Nickels y Gross. Ya los conoce usted.

— Haga el favor de mandarles aquí tan pronto como pueda.

— Muy bien. Les ordené que me esperasen en mi oficina hasta que yo volviese de visitar a ustedes.

Nesbit miró a Smithson, que ordenó de un modo imperceptible.

— Vaya usted a buscarles y luego haga el favor de esperar ahí fuera hasta que le llamemos — ordenó Smithson.

NESBIT se dirigió a una cabina telefónica que estaba muy cerca y volvió unos momentos después.

— Me parece que ya adivino lo que ocurrió. Lenger quiso dedicarse al chantaje por su cuenta y cuando Rayer le amenazó con meterle en la cárcel se revolvió como un gato acorralado y le mató — dijo Smithson mientras Nesbit encendía un cigarrillo.

El detective movió la cabeza en señal de duda.

— Eso no me parece propio de Lenger — dijo. — Es un gato, pero no tiene

NUEVA OBRA DE LA DOCTORA FANNY

RECETARIO DEL HOGAR

(Enciclopedia abreviada
para la vida práctica)

Colección de 4.000 recetas
útiles recopiladas, explicadas
y ensayadas por la

DOCTORA FANNY

MATERIAS PRINCIPALES
TRATADAS EN ESTA OBRA:

Habitación. — Economía doméstica. — Higiene privada (la alcoba, el tocador y el baño). Puericultura. — Cuidados a los enfermos y convalecientes. Alimentación (la cocina, el comedor, la despensa y la bodega). — Floricultura. — Cría y cuidado de animales domésticos. — Destrucción de animales perjudiciales o molestos. Avicultura. — Perfumería. — Fabricación de vinos, licores, refrescos, aperitivos, ponches, etc.

Un tomo en tela, 12 pesetas

De venta en todas las librerías
de España y América.

Para pedidos, directamente a

EL HOGAR Y LA MODA

utilizando el siguiente cupón
que le da derecho a recibirlo
franco de portes.

EL HOGAR Y LA MODA

Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 21 dup., Madrid

Agradeceré me remitan un
ejemplar del Recetario del Hogar,
por la Doctora Fanny, cuyo
importe de 12 pesetas remito
por giro postal n.º
acompañ en sellos de correo
(certificando la carta).

Nombre.....

Domicilio.....

Población.....

Provincia.....

Fecha.....

bastante valor para matar a nadie. Y estoy seguro de que él no ha dado muerte ni a Rayer, ni a la muchacha, ni a Carey.

Smithson no estaba conforme con eso.

— La historia de Wilson prueba que Lenger es un sinvergüenza y nadie más que él tuvo la oportunidad de matar a Carey. Y me apuesto la cabeza a que también mató a Rayer.

Nesbit empezó a pasear por la habitación; luego se volvió a Smithson y dijo:

— ¿Qué hay acerca de eso? Wilson no es ningún detective, pero no creo que se equivoque al afirmar que el compañero de Rayer tenía el cabello negro. Lenger es rubio. Además, no es verosímil que Lenger, después de permitir la entrada a Wilson y a sus compañeros para algo que debía reportarle mil dólares, subiese, al mismo tiempo, a la habitación de Rayer para disputar con él. Además, ¿cómo pudo salir de la habitación a tiempo de recibir a Wilson y a sus compañeros?

— En eso tiene usted razón — respondió Smithson.

— Ahora debemos hacer tres cosas. Averiguar quién era aquel hombre, encontrar a Rayer y detener a Lenger. Me parece que si conseguimos una tan sólo, las demás serán ya fáciles.

— Queda otra cosa por hacer — añadió Smithson. — Averiguar quién es esa muchacha.

— Es cierto — replicó Nesbit. — Pero eso no nos ayudará a encontrar a los asesinos. Sin duda, la mataron porque estaba allí y sabía demasiado.

ERAN ya las doce de la noche y no se había logrado descubrir nada. Lenger desapareció en cuanto salió del Club. La Jefatura estaba llena de reporteros aunque nadie sospechaba aún que le hubiese ocurrido nada malo a Rayer.

— Mejor será — dijo Nesbit por fin — abandonar la idea de ocultar el asesinato de Rayer, y empezar pesquisas sistemáticas en el edificio del club. No creo posible sacar un cadáver del edificio sin que nadie lo vea.

Smithson dió su conformidad y poco después estábamos de nuevo en el Club. El edificio se hallaba guardado por la policía, que no permitía a nadie llegar hasta el segundo piso. Un agente guardaba la habitación de Rayer, aunque ya se habían llevado a la muchacha.

— No creo que hayan intentado siquiera ocultar el cadáver de Rayer en una habitación ocupada, porque se descubriría en seguida — observó Nesbit. — En cada piso existe un cuartito para guardar los cubos y las escobas de la limpieza. Ese sería un lugar muy apropiado.

Pocos momentos después encontramos una puerta situada detrás de la jaula del ascensor; en la parte superior estaba pintada la palabra «Servicio». Nesbit trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave. Cerca de esa puerta había un armario en la pared que contenía una hacha y un aparato extintor de incendios. Mi amigo rompió el cristal y con el hacha deshizo la puerta. Un espectáculo siniestro se ofreció a nuestras miradas. Al abrirse la puerta cayó hacia delante un cuerpo pesado. Era el cadáver de Rayer, que tenía el corazón atravesado por un cuchillo.

DEJAMOS el muerto al cuidado del doctor Strong y volvimos a la Jefatura. Allí dieron un recado a Smithson.

— Un tal Mendoza desea que usted

COMO DEBO COMPORTARME EN SOCIEDAD

MANUAL DE PRAC-
TICAS SOCIALES

por la

DOCTORA FANNY

Utilísimo manual para el
trato en bodas, bautizos,
lutos, invitaciones, comidas
de etiqueta, bailes, cambios
y ofertas de domicilio, re-
uniones, correspondencia y,
en general, para cuanto se
refiera al trato de sociedad.

La educación. — El traje.
Las modas. — La habitación.
Los criados. — En la calle.
En viaje. — En la mesa, etc.

Un tomo de cerca de 200
páginas 2 plás.

De venta en todas las libre-
rías de España y América y
en la Administración de

GRAN PROYECTOR

Diputación, 211.—BARCELONA
Valverde, 21 dup.—MADRID

Si no lo encuentra en su
localidad, utilice el siguien-
te cupón, que le da derecho
a recibirlo franco de portes
en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejem-
plar de *Cómo debo comportarme en
Sociedad*, por la Doctora Fanny,
cuyo importe de 2 pesetas remito
por giro postal n.º —adjun-
to en sellos de correo (certificando
la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

le llame inmediatamente. Dijo que se
trata de Lenger, pero no quiso hablar
con nadie más.

— Es el secretario particular de Ra-
yer — observó Nesbit. — Se llama José
Mendoza.

— Muy bien. Tal vez haya descu-
bierto algo interesante.

Mendoza estaba esperando sin duda
junto al aparato telefónico, porque Smith-
son empezó a hablar con él en seguida.
En cuanto hubo pronunciado la primera
frase, el jefe exclamó:

— ¿Cómo? Repítalo otra vez. ¿Cuán-
do lo encontró usted? ¿Cómo se dirigió
a su casa? Vamos en seguida. No toque
nada.

Smithson se volvió y después de col-
gar el receptor dijo.

— Lenger se ha suicidado. Mendoza
dice que se metió en su propia casa flo-
tante. ¿Qué les parece a ustedes?

Nos miramos uno a otro, estupe-
factos.

— Parece increíble, ¿verdad? — ob-
servó Nesbit con cierto sarcasmo. —
¿Están ahí Wilson y sus dos detec-
tives?

Abrió la puerta, asomé la cabeza y
contesté.

— Aun están ahí.

— Lléve los a la casa flotante de
Mendoza, Smithson. ¿Le parece bien?

Smithson dió su conformidad.
— Ordene también que nos acom-
pañen tres agentes. Ya han sido muertas
tres personas y no hay necesidad de
exponerse. Creo que es preciso ocuparse
de este asunto con suma actividad.

Smithson le miró pensativo.

— ¿Cree usted advertir algún método
en estos sucesos, desde ayer noche? Su-
pongo que en vista de lo ocurrido, ya
no dudará de que el asesino es Lenger.

— Oiga, Smithson — replicó Nesbit.

— Supongo que no querrá usted darme
a entender que Lenger se ha suici-
dado.

— Yo estoy convencido de ello — re-
plicó Smithson. — No hay razón nin-
guna para creer otra cosa, sobre todo
teniendo en cuenta que eso es casi na-
tural después de haber asesinado a tres
personas y de comprender que no tiene
posibilidad de escapar. Muchos crimi-
nales hacen lo mismo. No les cuesta
nada matar a unas cuantas personas,
pero luego no saben cómo salir del at-
olladero y acaban suicidándose.

Nesbit, sin prestar atención a tales
palabras, se dirigió a la puerta. Parecía
estar muy preocupado. En varias oca-
siones llamó por teléfono, sin gran sor-
presa nuestra. Tampoco me sorprendió
demasiado ver que se volvía cuando
llegaba a la puerta para decir:

— Creo saber lo que ocurrió, Smithson,
aunque el probarlo ya es más difícil.
Hace un par de horas que mis ayu-
dantes están trabajando en este asunto, con
objeto de relacionar lo que hemos visto.
A juzgar por lo que ellos han podido
descubrir, tengo la impresión de que
antes de que amanezca habremos co-
gido al asesino.

Si yo no hubiese estado tan acostum-
brado a trabajar con Nesbit, estas afir-
maciones me hubieran sorprendido en
extremo. A mi juicio, suponiendo que
Lenger no fuese el asesino, no habíamos
descubierto cosa alguna. Todo parecía
acusarle y su mismo suicidio era una
confesión de sus crímenes. Sin embargo,
Nesbit hablaba de prender al autor de
aquellas muertes antes de que saliera
el sol y es indudable que no se refería
al muerto.

DESPUES de algunos preparativos
misteriosos salimos media hora más
tarde. Cuando lo hicimos, me sorprendió
ver al joven abogado Robert, que nos
acusara de registrar el club en busca
de whisky, y a otro hombre cuyo rostro
conocía, aunque no pude recordar su
nombre. También estaban allí Wilson,
los dos detectives particulares y los tres
agentes que pidió Nesbit.

Como Mendoza tenía su embarcación
anclada en la orilla del sur, empleamos
veinte minutos en cruzar el puente y
en llegar al solitario muelle en que se
hallaba aquella. Cuando nuestros dos
automóviles se detuvieron junto a la
orilla, me sorprendió ver que la embar-
cación más parecía el yate de un millo-
nario que una de esas viviendas flo-
tantes que suelen estar ancladas a la
orilla de los ríos.

— Buena vivienda para un secretario
— observó, irónico, Smithson.

Mendoza pareció quedar muy sor-
prendido y hasta disgustado cuando
todos pasamos a bordo.

— ¿Han traído ustedes a toda la po-
licía consigo? — preguntó, casi indig-
nado,

— Nos figuramos que sería neces-
ario. — repuso Nesbit. — ¿Dónde está
el cadáver de Lenger?

— En la camareta.

Lenger estaba tendido sobre una arca.
En su frente se veía el agujero producido
por una bala de revólver de gran ca-
libre.

Ahora, señores — dijo Nesbit, des-
pués de examinar el cadáver, — sién-
tense ustedes cómodamente, mientras el
señor Mendoza nos refiere lo ocurrido.
El aludido miró receloso a Nesbit.

— ¿Qué quiere usted decir? Cuando
volví a mi bote, después de dejar a
ustedes en el Club Colonial, encontré
a Lenger ya muerto, según pueden verlo.
Eso es todo lo que sé.

— ¿Y por qué vino a matarse en esta
embarcación?

— Lo ignoro en absoluto.

— ¿Tenía alguna razón para imagi-
narse que usted le ocultaría?

— Parece que en sus palabras hay un
tono ofensivo — replicó Mendoza, des-
pués de breve silencio.

— Nada de eso. Tan sólo quiero ave-
riguar lo posible.

— Pues si no cambia usted de tono,
me negaré a contestarle.

— Desde luego, puede usted hacerlo,
pero ateniéndose a las consecuencias
— replicó Nesbit.



—Diga usted lo que vió...



—Se le acusa de haber robado un collar de perlas, pero se le absuelve por falta de pruebas.

—Entonces, señor juez, ¿puedo quedarme con el collar?

—¿Es una amenaza? — preguntó Mendoza, encolerizado.

—No. ¿Por qué habría de amenazarle a usted? Lo único que me interesa es averiguar la razón de que Lenger, si estaba dispuesto a suicidarse, se tomara la molestia de venir a hacerlo aquí.

—Le repito que no tengo la menor idea de eso.

—¿Y no le parece curioso que se haya pegado un tiro en mitad de la frente? Es bastante difícil para un hombre empuñar un revólver del 45 como ése que está en el suelo y pegarse un tiro en la frente.

—Tal vez sea curioso, pero no lo creo imposible — replicó Mendoza.

—También puede suponerse — dijo Nesbit — que fué en busca de un cómplice con la esperanza de que le ocultase y que éste creyese que el mejor modo de protegerse a sí mismo era matar a Lenger de un tiro y luego decir que era un suicidio.

A juzgar por la expresión de los rostros de los que estábamos allí, la sorpresa fué general. Mendoza se puso pálido, aunque no sé si de cólera o de miedo. Luego dijo, sonriendo:

—Creo que puedo felicitarle por su imaginación.

—Muchas gracias — dijo Nesbit. — Y puesto que eso le gusta, seguiremos dando rienda suelta a la imaginación. Un hombre rico tenía un secretario particular, casado con una muchacha de veinte años. Ambos tenían antecedentes criminales. Formaron un plan para interesar a su principal con la joven y luego hacerle víctima de un chantage.

Todos mirábamos con el mayor asombro a Mendoza y a Nesbit. La frente del primero estaba cubierta de sudor.

—¿Le parece divertida esta historia? ¿Quiere que continúe? — preguntó Nesbit.

Mendoza le miró sin decir palabra.

—Cuando se puso en claro la situación, aquel individuo rico se negó a pagar. Amenazó a su secretario con hacerle encarcelar y éste comprendió que lo haría. A pesar de su apellido español, el secretario lleva sangre india en las venas y está acostumbrado a usar armas blancas. Rabioso y asustado, clavó el cuchillo en el corazón de su principal. Había otro cómplice, el administrador del Club en que vivía el hombre rico.

La muchacha se encariñó con el jefe de su marido y se horrorizó ante el asesinato. Amenazó a los dos hombres con denunciarles, pero ellos la ataron y la metieron en una habitación desocupada hasta las doce del día siguiente. Entonces los dos hombres se dijeron que no podían aventurarse a dejarla en libertad y así la estrangularon y la dejaron en la cama de la primera víctima. El cadáver del jefe lo encerraron en un cuartito del mismo piso, destinado a guardar los efectos de la limpieza.

Mendoza se ponía más pálido a medida que iba oyendo el relato; pero continuaba mirando en silencio a Nesbit.

Una obra de amena lectura para el hombre de negocios

Memorias de un industrial de nuestro tiempo

por Pedro Gual Villalbí

En este libro se exponen, en forma sugestiva, los incidentes de la azarosa vida de los industriales de hoy. La psicología del fabricante español, la época de grandes negocios y especulaciones absurdas, la crisis económica y el desastre bancario tienen un comentarista desapasionado.

Un tomo de 249 páginas. . 6 pesetas

EDICION DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211, Barcelona

De venta en todas las librerías de España y América

EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 dup., Madrid

Los dos conspiradores tenían ya dos asesinatos sobre sus conciencias y era preciso librarse de otros tantos cadáveres. Se dejaron dominar por el pánico y trataron de encontrar el medio de eludir las sospechas para poder huir. Imaginaron una historia bastante verosímil y uno de ellos llamó a la policía. A ésta, sin embargo, no le convenció la historia y cuando ordenó a uno de los asesinos ir a la Jefatura comprendió que estaba perdido. Entonces su cómplice, hombre de cabello negro, mató al agente de una puñalada y se apresuró a alejarse del Club. Los asesinatos ya eran tres. El individuo de quien se sospechaba no podía huir sin ayuda de su compinche. Este último creyó encontrar un medio para salvarse él solo, consistente en

matar a su cómplice telefoneando luego a la policía para decirle que se había suicidado. Y a pesar de que tiene cuatro crímenes sobre su conciencia aun se figura que está seguro.

Mendoza se había dominado con extraordinaria fuerza de voluntad.

—Supongo que tendrá usted pruebas de esa historia fantástica — dijo en tono burlón.

—Aquí está la prueba, Mendoza — dijo Nesbit. — El hombre que le vió a usted entrar ayer noche en la habitación de Rayer y que luego le vió también cuando con ayuda de Lenger metió el cadáver de su principal en el cuartito en que fué hallado.

Entonces se levantó el hombre que yo no recordaba cómo se llamaba y se quedó en silencio ante Mendoza.

—Ahora verá usted — continuó diciendo Nesbit — al individuo que estaba en la escalera de escape, mirando por la ventana cuando usted apuñaló a Rayer.

Se levantó a su vez el detective Nickels y se quedó en silencio.

El hombre que anoche le siguió hasta aquí — prosiguió Nesbit — y escuchó su conversación con Lenger y vió cómo mataba de un tiro con ese revólver que está en el suelo, también se presentará a su vez.

Se puso en pie Williams, uno de los detectives. Pero ya Mendoza no tuvo fuerzas para seguir fingiendo.

—Sí. Lo hice — exclamó fuera de sí. — Pero él fué quien me metió en todo eso.

Smithson no esperó más y le puso las esposas.

Dos horas más tarde había confesado de pleno y su declaración fué firmada y debidamente atestiguada.

SMITHSON considera que éste es el más grande de todos los éxitos alcanzados por Nesbit. En realidad, no tenía otro dato que el de que Mendoza estaba a bordo cuando Lenger murió de un tiro. Por pura fórmula hizo seguir a Mendoza, pero Williams, el detective, no oyó ninguna conversación ni vió cosa alguna. Mendoza fué visto al entrar en el Club la noche en que Rayer pereció asesinado, y Wilson y los dos detectives particulares vieron a alguien en la habitación de Rayer, disputando con él. Wilson creyó recordar que tenía el cabello negro. Y Mendoza lo tenía de color de azabache.

Con estos ligeros indicios, Nesbit reconstituyó aquella serie de crímenes, desde el principio hasta el fin, y la misma confesión de Mendoza, aunque acusaba en gran manera a Lenger, confirmó las deducciones y la solución de Nesbit en todos sus detalles.

Más tarde Mendoza negó su confesión, pero en el juicio eso no le sirvió de nada y fué condenado a muerte.

DICCIONARIOS MANUALES CUYAS

Francés-Español	3' - ptas.
Español-Francés	3' - ptas.
Los dos tomos en uno	5'50 ptas.
Inglés-Español	3' - ptas.
Spanish-English	3' - ptas.
Los dos tomos en uno	5'50 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

ALGO

SEMANARIO ILUSTRADO
* * **ENCICLOPÉDICO** * *

SE PUBLICA LOS SÁBADOS
IMPRESO EN HUECOGRABADO

Da, en forma amena, Inventos y Novedades en Ciencias, Artes e Industrias; Vistas, Usos y Costumbres de todos los Países de la Tierra, Vidas y Costumbres curiosas de Animales y Plantas, Historias de los Hombres y de las Cosas, etc. Numerosas caricaturas. Abre Concursos con premios en metálico y en objetos valiosos, como bicicletas, mobiliarios, etc.

EN CADA NÚMERO REPARTE ENTREGAS ENCUADERNABLES DE

LA TIERRA Y SUS POBLADORES

Geografía Universal del Dr. Willi Ule, ilustrada con gran profusión de fotografías, láminas y mapas en colores, obra que se ha hecho célebre en Alemania por ser la mejor y la más moderna que hoy existe. Actualmente la Unión de Editores Alemanes de Stuttgart, Berlín y Leipzig tiene en curso de publicación una edición puesta al día, y ésta es la que hemos escogido.

PANORAMA PINTORESCO

Magnífico y lujoso portfolio de vistas de todo el mundo, impresas en huecogrado, reproduciendo paisajes, maravillas de la naturaleza, costumbres típicas, monumentos, curiosidades, etc.

TEATRO CLÁSICO

* * ESPAÑOL * *

La más extensa y escogida colección de obras teatrales que se ha publicado desde hace muchos años. Nuestra intención es ofrecer a los lectores de ALGO una compilación en que figuren las mejores obras, escritas para el teatro iberoamericano desde Calderón de la Barca y Lope de Vega, entre los antiguos, hasta Benavente y los Alvarez Quintero, entre los modernos.

UNA NOVELA

fin a interesante, de las que usualmente se venden a cuatro o cinco pesetas y que a nuestros lectores, con sólo recoger los folletines, les resultará por la quinta parte de su precio.

Todo por 30 céntimos número

Precios de suscripción

	España y Posesiones	América y Portugal	Demás países
Por un semestre (mínimo plazo)	7 ptas.	8 ptas.	11 ptas.
Por un año.	14 »	16 »	22 »

Para que los nuevos suscriptores puedan tener completas las obras que actualmente publicamos en folletín encuadernable LA TIERRA Y SUS POBLADORES y TEATRO SELECTO ESPAÑOL, servimos los pliegos atrasados a precios realmente módicos.

DE VENTA EN TODOS LOS
QUIOSCOS DE PERIÓDICOS

Para suscribirse, llene el adjunto cupón
y remítalo a

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 21 dupl.º, Madrid

ADMINISTRACIÓN DE "ALGO"

Don
Domicilio
Población
Provincia
Fecha
se suscribe a la revista **ALGO**, y remite por giro postal
el importe de un semestre, 7 ptas., en sellos adjuntos
un año, 14 pesetas, que debe recibir en
su domicilio, sin más gastos, con derecho a los
folletines y concursos.

La Firma del Cheque, sí; pero la Cantidad, no

(Continuación de la página 44)

tegido o familiar. Algunos delitos de hurto o estafa, quedan impunes por esas circunstancias.

DE todas suertes, y aunque, como he dicho, era escéptico respecto al buen resultado de aquel asunto, no por ello dejé de hacer por mi parte todo lo posible para ponerlo en claro.

Yo soy un funcionario modesto que nunca me he creído un as en mi profesión. Por esa circunstancia jamás he dejado de consultar a mis jefes cuando un asunto me ha parecido superior a mis fuerzas. Fué lo que hice en este caso. Daniel Fronard, uno de los más expertos y viejos *limiers* de la *Sûreté*, a quien consulté, también calificó el asunto de extraordinariamente raro y misterioso. Después de haberme hecho explicar todos los pormenores de la estafa, permaneció largo rato pensativo, y, al fin, dijo:

— Amigo mío, le confieso a usted que nunca he estado ante un delito de falsificación tan perplejo como ahora, y eso que he intervenido en centenares de ellos. No sé qué decirle; pero, siempre que me hallo en un caso parecido, sigo una línea de conducta, que es la que me ha dado más éxitos. Siga usted la pista de una mujer, la que le inspire menos confianza entre las que trate el señor Hartmann. Haciéndolo así, tiene usted grandes probabilidades de no perder el tiempo.

Le di las gracias y salí de su despacho decidido a seguir su consejo al pie de la letra.

CUANDO el banquero Max Hartmann me entregó el resumen que yo había solicitado de él — hecho por cierto con gran lujo de detalles, pues llenaba ocho grandes pliegos — lo primero que hice fué fijarme en los nombres de mujer que contenía. Pero quedé muy sorprendido al ver que no se citaba ni una sola. ¿Era posible que el señor Hartmann se hubiese pasado quince días sin acercarse para nada a su mujer? Eso en el supuesto de que, además de mujer, no tuviese alguna buena amiga. Y así se lo dije sin rebozo.

— ¡Cómo! ¿Ha pasado usted quince días absolutamente alejado de toda mujer. ¿Es eso posible en los días que vivimos, señor Hartmann? ¿Y las mecanógrafas, por lo menos, de su despacho?

— Yo no me quedo nunca solo con ninguna de mis mecanógrafas. Ni aquí ni fuera de aquí. Nada con las mujeres de la casa. Es uno de mis principios, al que no falto jamás.

— Perfectamente. ¿Se lo apruebo a usted! Pero ¿y entre las mujeres de fuera de la casa? Y conste que no me refiero a su esposa, claro está. Las esposas de los banqueros no necesitan falsificar cheques.

— ¿Mi esposa dice usted? — replicó sonriendo. — ¿De dónde saca usted que yo esté casado?

— Perdóne usted que tal vez sea indiscreto. Lo impone mi profesión. Entonces, si no está usted casado, ¿quién es aquella señora que estaba en este mismo despacho la primera vez que tuve el honor de ser recibido por usted?

Volvió a sonreír.

— Esa señora es una *amigueta* — dijo.

— ¡Una *amigueta*! Entonces ¿cómo no figura para nada su nombre en este resumen?

— Es persona de toda mi confianza y no tengo ningún motivo para sospechar de ella. Marion, además, no interviene para nada en asuntos del despacho.

— Permítame que le diga que precisamente el autor del timo puede haber sido una persona de su confianza. Y ahora, dígame: ¿esta señorita ha tenido alguna vez en sus manos su talonario de cheques?

— Es posible, porque acostumbro a dejarlo sobre la mesa de mi despacho; pero, como los cheques están en blanco y sin firmar, no hay peligro alguno. Tendrían que falsificar la firma, y ya sabe usted que la firma del cheque es legítima.

— ¿No podría ser que alguna vez al extender usted algún cheque ella le haya dado lo que vulgarmente se llama el *cambiao*, es decir, que le haya hecho poner la firma en otro preparado de antemano con la cantidad en blanco?

— Imposible. Nunca he firmado cheques en su presencia y aun los que le entrego a ella los extiendo y firmo con anterioridad.

— ¿Y no recuerda alguna ocasión en que esa señorita Marion haya manejado sus papeles de negocio?

— Si es que las cartas pueden considerarse como papeles de negocio, le le diré a usted que hace dos semanas, una noche en que estaba abrumado por el enorme número de cartas que me habían dejado mis secretarios para firmar, se empeñó en ayudarme, y yo la dejé que se entretuviera secando las cartas que yo firmaba y las metiera en su correspondiente sobre. Pero repito que se trataba de cartas comerciales y no de cheques ni pagarés.

— ¿Dice usted que se entretuvo secando las firmas que usted ponía al pie de las cartas? — pregunté sin hacer caso de su última observación.

— Efectivamente. Para secar las cartas utilizó la carpeta que tengo en mi mesa de despacho y sobre la mesilla de la máquina de escribir fué realizando todo el trabajo.

Maquinalmente dirigí una mirada a la mesa a que aludía, la cual estaba colocada a la derecha del banquero. Después me puse a observar el secante de la carpeta y me llamó la atención que hubiese sido cortada una de las puntas, es decir, que en uno de los ángulos faltaba un pedazo del tamaño de una tarjeta.

— ¿Sabe usted quién ha cortado este trozo de papel que falta y por qué motivo? — interrogué.

— Lo ignoro. Habrá sido seguramente alguno de mis empleados, tal vez por haber caído en el secante una mancha de tinta.

— Con su permiso me llevaré el papel secante y le agradeceré que me deje por esta tarde el cheque falsificado y un objeto cualquiera que la señorita Marion haya tenido en sus manos recientemente.

El banquero, con una sonrisa de incredulidad al ver que a pesar de sus afirmaciones yo continuaba terco en mis sospechas, fué a buscar lo que le pedía.

Poco después volvió a salir, entregándome el cheque que le había pedido y una polvera como las que llevan las mujeres en el bolso.

Envolví cuidadosamente la cajita en un papel de seda y me despedí del señor Hartmann, prometiéndole volver al día siguiente con el resultado de mis sospechas.

Salí del despacho del banquero decidido a intentar una última prueba para descifrar aquel enigma. Sin saber exactamente de qué manera, presumía que la falsificación se había efectuado con ayuda del papel secante, y en este caso era muy probable que hubiese sido la autora la propia Marion.

ME fuí directamente a la Prefectura de Policía y entré en el departamento de identificación criminal, encargando que sacasen una reproducción de las huellas digitales que hubiera en la polvera y vieses si correspondían con algunas de las registradas en dichas oficinas.

Mientras tanto, me dirigí al laboratorio químico, cuyo jefe Roger Sureau era íntimo amigo mío, al cual expuse el asunto que me había llevado allí.

— ¿Podrías decirme — le pregunté, enseñándole el enigmático cheque — si la firma de este documento ha sido hecha con tinta ordinaria o bien usando algún procedimiento especial?

Mi amigo, después de examinar el papel que le tendía, me respondió:

— Yo casi aseguraría que es tinta de uso corriente; sin embargo, lo comprobaremos.

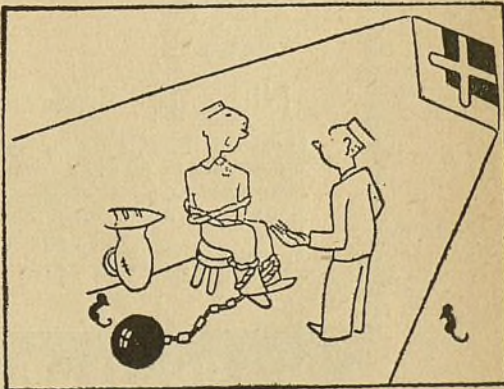
Dejando el cheque sobre la mesa, Roger cogió una varilla de cristal y después de haberla humedecido con el líquido de una botellita la pasó suavemente sobre una de las letras de la firma. Repitió la operación varias veces empleando otros líquidos, hasta que, en una de ellas, la escritura, al contacto de la varilla, tomó un color violáceo.

— Es efectivamente tinta de uso corriente — afirmó como si hablara consigo mismo, — pero diría que ha sido mezclada con alguna otra substancia.

— ¿Qué clase de substancia? — inquirí.

— Es imposible saberlo sin un detenido análisis, aunque, desde luego, puedo asegurar que es de naturaleza grasienta.

— Perfectamente — exclamé satisfecho, y entregándole acto seguido el papel secante, añadí — ¿Puedes ahora decirme si en los bordes de esta parte que ha sido cortada existen señales de la misma substancia?



— ¿Me puedes dejar algún dinero?
— Lo siento mucho; pero no tengo nada suelto.

— Indudablemente, este papel ha sido impregnado de la misma substancia — respondió mi amigo después de pasar la varilla por el secante, que tomó en seguida el mismo color violáceo.

Lancé un suspiro de satisfacción; mis sospechas se confirmaban. Aunque no supiese en concreto cómo había procedido aquella mujer para estampar la firma en el cheque en blanco, me bastaba saber que tanto en la firma del documento como en el secante de la carpeta había algo irregular, extraordinariamente sospechoso.

Después de estrechar, agradecido, la mano de Roger, salí del laboratorio rebosando satisfacción.

A L día siguiente aun me esperaba otra sorpresa mayor.

Al recoger la información pedida sobre las huellas dactilares de la polvera, me dijeron que correspondían exactamente con las de la ficha de Marta Genau, mujer habilidísima, llamada vulgarmente la *Reina de los falsificadores* y conocida en distintos delitos con los nombres de Alicia Fulton, Huguette Marlow y Margarita Stubbs. Aunque había sido detenida varias veces, siempre logró salir libre por falta de pruebas, pero a la sazón estaba reclamada por haber sido comprobada su complicidad en una importante falsificación de billetes del Banco de Francia.

Sin perder tiempo, me encaminé a casa del banquero trazando mentalmente el plan que seguiría para prender a la famosa estafadora. El motivo sería la reclamación por la falsificación de billetes; todo lo demás vendría después.

No puedo negar que, hasta cierto punto, me sentía orgulloso de mi suerte.

Yo era en aquel momento el único representante de la ley que sabía dónde se encontraba la *Reina de los estafadores*, reclamada por los Tribunales de París. Iba a detener a la incalzable primera estafadora del mundo. ¡Con qué fruición acaricié las manillas que llevaba en el bolsillo de la americana, pensando que, dentro de unos minutos, las vería colocadas en las fuertes muñecas de aquel diablo con faldas!

Pero mi gozo en un pozo. En cuanto supliqué al banquero que la mandase comparecer, todas mis ilusiones fueron por el suelo.

— Marion salió ayer de viaje. Estará unos días fuera — contestó el alemán.

¡El pájaro había volado! ¡Otra vez escapaba de manos de la justicia!

El señor Hartmann, que no tenía los mismos motivos que yo para sorprenderse, siguió aún replicando a mis sospechas contra su *amiguita*.

— Por más que diga usted, Marion es una excelente muchacha. La conozco bien, y estoy seguro de que nada tiene que ver con este asunto.

Y como para demostrarme que podía darme un mentís, añadió:

— No obstante, si usted se empeña, le pondré un telegrama para que venga en seguida. A menos que prefiera usted salir personalmente en su busca.

— Inútil lo uno y lo otro, señor Hartmann. A esa amiguita de usted no hay quien pueda detenerla. Es la más hábil de todas las aventureras del antiguo y del nuevo mundo. Desde ahora puede usted pasar los doscientos mil francos a la cuenta de pérdidas y ganancias, porque no los verá usted más.

El hombre estaba tan convencido de la inocencia de la muchacha, que

por la cara de asombro que puso y el modo de mirarme comprendí que creía habérselas con un loco. No quise insistir más. Y me limité a decir:

— Telegráfale a su amiga, o vaya usted mismo en busca de ella, o haga lo que quiera, que cualquiera de estas gestiones le convencerá a usted de que es cierto lo que acabo de decirle. Es más, estoy convencido de que como no sea por una verdadera casualidad, y con ocasión de que ella viva confiada, es decir que no tenga interés en ocultarse como ahora, esa Marion o Huguette o el demonio, no caerá en manos de la policía. Tiene absolutamente perfeccionados sus sistemas de estafa, hasta el punto de que, en cuanto ha cometido uno, sabe hacer desaparecer su rastro tan bien, que, durante algunos meses, parece que se la haya tragado la tierra. Los criminales tontos — que son la mayoría, afortunadamente para los encargados de perseguirlos — en cuanto han cometido algún delito se apresuran a huir de la población en que han hecho su fechoría. Es el mejor medio para hacerse cazar, por lejos que vayan. Recuerde el caso de Teresa Humbert, otra estafadora de gran envergadura, huída de París y detenida luego en Madrid; y tantos otros. Pero Huguette o Marion no huye, se esconde, y a una persona bien escondida en una capital como París, cualquiera la encuentra. Por eso ella siempre opera en grandes capitales. Al cabo de algún tiempo, cuando ya nadie piensa en ella, y ha tenido tiempo de introducir alguna variación importante en su figura, con ropa enteramente distinta de la que usaba, y convertido ya en dinero contante y sonante las joyas robadas o los valores estafados, se va al otro lado de Europa

NIDO DE CIGÜENAS

DE
S. GONZALEZ ANAYA

LA ORACIÓN DE LA TARDE convirtió a González Anaya en autor de gran público. (En seis meses se han vendido 8.000 ejemplares). LAS BRUJAS DE LA ILUSIÓN le acreditó de gran novelista.

Pero sólo

Nido de cigüeñas

ha satisfecho plenamente a críticos, público y al propio autor. De este libro que todos unánimemente proclaman novela excepcional, acaba de ponerse a la venta una nueva edición vestida con lujoso ropaje, como LA ORACIÓN DE LA TARDE, al precio usual de 5 ptas.

UN BUEN LIBRO

nada de sueños disparatados.

los viajes interplanetarios son posibles y no tardarán en realizarse.

l e a : un disparo al infinito

de otto willy gail

nueva e interesantísima novela de la «colección aventura», y comprenderá que el dominio del universo por el hombre será pronto una bella
:: :: realidad :: ::

precio del libro:
2 pesetas

editorial juventud, s. a.
provenza, 214 barcelona

o del mundo, a dar otro golpe. En estas condiciones, es casi imposible capturarla... Ya lo dije: De no mediar una verdadera casualidad...

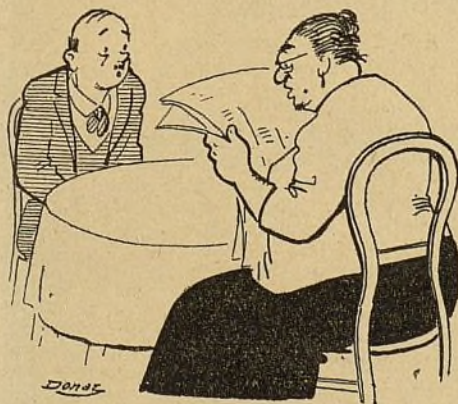
Y poco después salí del despacho, mientras el buen hombre se dejaba caer anonadado en uno de los sillones de su despacho.

PASARON algunos días sin que tuviese noticia alguna del señor Max Hartmann, pero al octavo, recibí su visita. Estaba consternado, parecía haber envejecido diez años. Telegrafió a Marion y no tuvo respuesta; fué a buscarla personalmente, y no la halló, pues no estaba en la población ni en el hotel que le había indicado, donde por otra parte nadie la conocía. Había sido víctima de un timo. ¡Y él, que incluso había llegado a pensar en casarse con ella más adelante! Por lo visto la diabólica mujer, además de robar, sabía llegar al corazón de quienes trataban con ella!...

El hombre me dió tanta lástima, que no tuve valor para marearle más.

Y sentí verdaderamente que se me hubiese escapado el pájaro, porque me hubiera gustado sobremedidamente conocer concretamente el procedimiento de que se valió para conseguir estampar la firma auténtica en el cheque. Con el análisis químico de mi amigo Roger quedé en la pista del secreto, pero nos fué materialmente imposible llegar a descifrarlo. Esto, en último término, sólo confirmó mi primera sospecha de que se le había estafado al banquero Hartmann por un procedimiento completamente desconocido.

RECIENTEMENTE los periódicos italianos han publicado una interesantísima información relativa a una titulada *Reina de los estafadores*. No recuerdo su nombre, ni interesa que lo recuerde porque, al contemplar el retrato que acompañaba a una de las informaciones, vi que se trataba de un nombre falso. La llamada *Reina de los estafadores* era la misma mujer que tan hábilmente le estafó los doscientos mil francos al banquero alemán de mi caso, como había desvalijado ya a otros muchos cándidos. Marion Denis, Margarita Stubbs, Huguette Marlow, Marta Genau o Alicia Fulton, había alcanzado un título de realeza, y, al fin, tendría, si no un nombre, por lo menos un alias propio: la *Reina de los estafadores*.



La mujer (leyendo): — “Después de matar a su esposa, él se suicidó...”

El marido de la lectora (con ingenuidad): — ¡Qué imbécil! ¡Cuando ya podía vivir a gusto!...

El Espionaje Alemán

(Continuación de la página 47)

lo que quiere decir que durante la guerra y aun poco después de la misma, ignorábase en el mundo de los no espías la verdadera personalidad de tan singular y terrible mujer.

Como Margarita Zelle (conocida por «Mata-Hari»), como la audacísima Irma Staub, como tantas otras celebridades del espionaje, la «señorita Doktor» escaló las alturas de la profesión de espía gracias a la ausencia total de lo que las mujeres de vida libre y aventurera llaman despectivamente prejuicios...

Su nombre verdadero es Ana María Lesser. De excelente familia burguesa, educadísima, a los diez y seis años de edad fugóse del hogar paterno con un teniente de húsares llamado Karl von Wynansky. Vivieron una vida bohemia, puesto que él fué dado de baja del ejército por lo desordenada que era su conducta.

Uno de los grandes jefes del espionaje alemán, von Matthesius, fijóse un día en la joven pareja, la cual aceptó las proposiciones que le hicieron. Von Matthesius pagó las deudas del teniente, y éste y Ana María — que seguía enamorada cual nunca — convirtieron en espías. El primer viaje de la pareja fué a Francia, donde «trabajaron» con éxito tomando numerosos croquis de las fortificaciones a lo largo del Mosa.

Mas el idilio no duró. De vuelta a Berlín, Wynansky murió de un ataque de apendicitis. Entonces, Ana María Lesser quiso abandonar el servicio secreto; pero von Matthesius alegó que el contrato lo había estipulado a base de que

trabajasen el ex teniente y ella. Se vió, pues, forzada a continuar.

Y empezó para Ana María Lesser una vida realmente extraordinaria. Tan pronto recorría los Vosgos con un caballete plegadizo y una caja de pinturas, como se la veía en noches orgiásticas en los cabarets de París; tan pronto vivía como una gran dama en Londres, como enzarzabase en aventuras pseudo sentimentales, en San Petersburgo, con los oficiales del zar...

Una vez, empero, fué descubierta y estuvo en un tris de que sus trabajos de espionaje no terminasen bruscamente. Fué en Bélgica, donde un amante suyo, oficial de ingenieros, quiso entregarla a la policía. Pero la cosa ocurrió tan cerca de la frontera holandesa, que Ana María Lesser, en una fuga emocionante, pudo ganar el territorio de Holanda y escapar a Alemania. Ello sucedió a fines de 1912.

Tres años después, en 1915, en plena guerra, Ana María Lesser se encargaba de la jefatura del centro alemán de espionaje en Amberes. ¡Y tenía únicamente veintidós años! En 1917, pasó a Berlín por haber demostrado en ello especial interés el kronprinz...

Y ahora, la celeberrima «señorita Doktor» encuéntrase reclusa en un manicomio de Viena, loca de atar a causa del abuso de la morfina. Quien mal anda, mal acaba.

Y es que hacer de espía, no es, pese a lo que en ciertas naciones, como Alemania e Inglaterra, se opina, andar muy bien.

Si Hubiese Dejado en Paz a la Novia de Otro...

(Continuación de la página 52)

de la ventana y penetré en la estancia. Momentáneamente sobresaltado, el joven se volvió rápidamente, dispuesto para el ataque. Me miró en extremo airado y cerró los puños con la mayor violencia.

— Un momento, joven. No se altere.

— ¿Quién demonio es usted y qué quiere?

— Me llamo Delaney y pertenezco a la Jefatura de Policía.

Su aspecto cambió instantáneamente. La cólera sólo estaba ya retratada en sus ojos, y contrajo los labios con expresión sarcástica.

— Estoy poco acostumbrado a tratar con ustedes, ¿pero por qué no ha entrado por la puerta? Está abierta.

— Siéntese. ¿No quiere? Pues continúe en pie — repliqué, irritado y decidido a no andar con cumplidos. — He entrado por el balcón porque deseaba saber cuál es la habitación inmediata a la de Aarons que da a la escalera de escape y al mismo balcón que la suya. Le recomiendo que no empiece usted con evasivas. Ya sabe que Aarons fué asesinado anoche. Me consta que el asesino penetró en la estancia por la escalera de escape. La ventana de usted estaba abierta. ¿Qué oyó y qué sabe usted acerca de Aarons? Pero ante todo dígame cómo se llama y a qué se dedica.

Me dirigió una mirada larga y serena. Luego con voz firme y dura replicó:

— Me llamo Jorge Myles y soy ingeniero electricista en la fábrica de electricidad «L» de la Compañía Harlem. Por la noche asisto a las clases del colegio Columbia y estudio en mi habitación todas las noches con el fin de prepararme y obtener un trabajo más distinguido y mejor retribuido. En cuanto a ayer noche, no oí absolutamente nada después de acostarme, cosa que hice un poco después de las doce. Luego dormí de un tirón hasta que el ruido me despertó a las seis de la mañana. No sé nada acerca de Aarons ni me importa en absoluto. Vivíamos en la misma casa de huéspedes y eso es todo cuanto puedo decir.

Tal respuesta me sorprendió. Era indudable que aquellos dos individuos estuvieron enemistados y mi interlocutor no se esforzaba siquiera en disimularlo. Por más que hice, no pude hacer concordar aquel detalle con mis sospechas ni creí tampoco tener delante al verdadero asesino. Pero el tono de sus palabras me molestó porque, dadas las circunstancias, era demasiado seco y altivo.

— ¿De modo que estaban ustedes enemistados, eh? ¿Por qué causa? ¿Tuvo usted recientemente alguna disputa con él?

EL ÚLTIMO MONO

sainete en tres actos, de CARLOS ARNICHES

lo publica
completo

LECTURAS

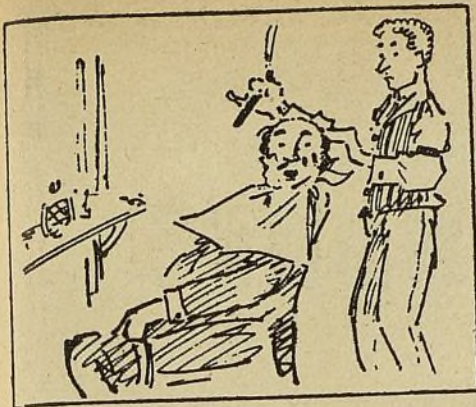
en su número
de septiembre

También publica el argumento de la comedia de Shakespeare **La fierecilla domada**, con ilustraciones de la película basada en esta obra; varios cuentos, entre ellos dos del Concurso, y otros de Concha Espina, O. Henry, Oliver Curwood, etc.; reproducciones de esculturas de Llimona; música autógrafa de Moreno Torroba; continuación de las novelas **El amado vagabundo** (Locke), **La casa de la lluvia** (Fernández Flórez) y **El secreto de un loco** (Bejarano), y otros interesantísimos trabajos.



Con este número se reparte la cubierta a todo color para encuadernar el primer tomo de los folletines de «Lecturas» **Tres novelas cortas.**

Pesetas
1'30
ejemplar



El cliente (después de haber sufrido el tercer corte). — ¡Hombre! Por lo menos déme a mi otra navaja para que me defienda.

— ¿Sospecha usted acaso que yo le maté? — me preguntó con un tono más frío que nunca y hasta casi insolente.

— Es posible. Y ahora acabemos esta comedia. Aquí se ha cometido un asesinato y no estoy dispuesto a perder el tiempo. Conteste a lo que le he preguntado.

— Me era antipático porque nunca me han gustado los hombres como él. En su cabeza no hubo nunca una sola idea seria y se burlaba de los que no eran tan ligeros como él. En cuanto a disputa, ya sabe usted que uno no se pelea con la persona a quien tiene cuidado en evitar.

Su respuesta me convenció de que trataba de ocultar algo interesante.

— ¿De veras? Me parece que estaría usted mejor dando lecciones en Columbia que manejando palancas en torno de una dinamo. Bueno, hable usted claro, amigo. Gracias a la habitación que ocupa podía entrar y salir de la de su vecino sin que nadie lo advirtiese. Tal vez no es usted el asesino, pero nadie tenía mejor oportunidad para ello. Además, ha admitido usted que ese hombre le era antipático. No siga con evasivas y hable claro de una vez.

— No tengo nada más que decir, a excepción de que no sé una sola palabra relacionada con ese crimen. Nuestras diferencias eran de naturaleza personal a causa de nuestras distintas opiniones, pero en el fondo no hubo nada serio. Desde luego, lamento que le hayan asesinado...

— Tal vez sentirá también que le robasen todo lo que llevaba encima — replicó secamente.

— ¿Que le robaron? Lo ignoraba. Hasta ahora me figuraba que le habían matado a causa de...

— Adelante, adelante. Termine la frase. ¿Quiere usted decir a causa de alguna mujer? — dije dándole por sentido.

— Me niego a decir una palabra más — replicó con acento de reto.

Era evidente que quería proteger a una mujer. Esperé un momento indeciso acerca de lo que diría, cuando él pareció comprender que se había metido en mal camino. Sin duda por esta causa tartamudeó:

— El caso es... que no comprendo... lo que quiere usted decirme. No sé una palabra acerca de este asunto y eso es todo cuanto puedo declarar. ¿Va us-

ted a perderme por el solo hecho de que mi habitación da al mismo balcón que la de la víctima?

Yo estaba irritado a más no poder. No podía creer que aquel joven fuese el asesino, pero por otra parte comprendí que me ocultaba algo importante; tal vez conocía al asesino. Decidí darle una lección para ver si así podía obligarle a hablar. Entreabrí la puerta de la estancia, hice señas a Ferreti para que entrase y la cerré a continuación.

— Ese individuo es uno de los que no quieren hablar ni decir lo que saben — indiqué al agente. — Ahora voy a cachearle y si se resiste...

Myles se sonrojó, pero inmediatamente levantó los brazos. Le registré de pies a cabeza y pude convencerme de que no llevaba ninguna arma. Tampoco le encontré reloj ni cadena. En su cartera hallé algunos billetes de banco de poco valor. En vista de eso me apoderé de su mano de llaves y le pregunté:

— Por última vez, Myles. ¿Quiere usted hablar?

— No tengo nada que decir.

— Lléveselo usted a cualquier habitación desocupada de este mismo piso y no le deje salir hasta que yo llegue. Además, cuide de que no hable con nadie.

EN cuanto salieron me dediqué a registrar la habitación; abrí el baúl de Myles, los cajones del tocador y de un armario saqué todos los objetos del ropero, examiné la cama, levanté las alfombras y volví los cuadros del revés. Todo fué en vano. No había cosa alguna que me llamara la atención. Aquel hombre era metódico en extremo. Su libro de cuentas corrientes, que estaba en el fondo del baúl, me demostró que tenía en el banco más de dos mil dólares. En cuanto a sus libros, eran en la mayor parte técnicos y algunos de ellos muy caros. Podía fácilmente deducirse que aquel hombre no estaba necesitado. Aun en el caso de que hubiese asesinado a Aarons, sólo le habría robado con el propósito de querer despistar a la policía. Y aunque hubiese obrado así, no había duda de que se habría apresurado a desprenderse de los objetos robados, cuidando mucho de no conservarlos en su habitación. Mas para estar seguro registré el tejado, el patio y todos los demás patios que se hallaban en las cercanías. Tampoco hallé nada. De haber sido arrojado el reloj desde la ventana habría podido descubrir algunos fragmentos porque todos los patios circunvecinos tenían el pavimento de cemento, en el cual se habría destruido el reloj.

Volví a la casa de huéspedes decidido a averiguar lo que Myles me ocultaba y para eso me dispuse a interrogar a los demás. El me había dado ya una indicación y me prometí seguirla. Empezaría interrogando a la dueña, seguro de que, después de aquella demora, ella o algún otro estarían dispuestos a hablar claro. Y en caso de ser posible, quería evitar la necesidad de interrogar a todos uno por uno.

Elegí la habitación de Myles para celebrar el interrogatorio. La señora Simmons estuvo a punto de desmayarse en el momento en que cerré la puerta a su espalda. Después de tranquilizarla, conquisté su gratitud asegurándole que la ayudaría en lo posible y que no diría a los periódicos más que lo estrictamente necesario. Su declaración confirmó por

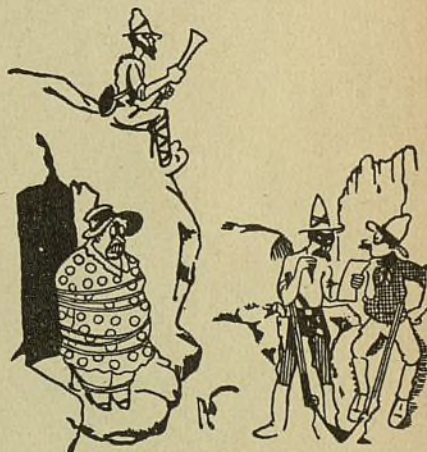
completo cuanto me había dicho Ferreti. Pero añadió algo muy significativo: antes de que Aarons fuese a habitar en la casa, Myles — para quien ella sólo tenía palabras de elogio — había trabado estrecha amistad con una linda mecanógrafa llamada Julia Swayne que vivía en la misma casa, y todo el mundo estaba convencido de que acabarían por casarse.

Al principio Aarons no demostró ninguna preferencia por ninguna de las muchachas que habitaban en la misma pensión, pues tan pronto invitaba a una como a otra para llevarlas al baile o al teatro. Sin embargo, después de algún tiempo se hizo muy amigo de Julia y, aprovechando las noches en que Myles asistía a clase en el Columbia, salían los dos a paseo. Eso originó una riña entre Myles y la muchacha, y a partir de aquel momento ambos evitaron todo encuentro. Pero Myles, que no se resignó con la versatilidad de la joven, cambió a veces algunas palabras violentas con Aarons, aunque sin llegar nunca a las manos.

Después de rogar a la buena señora que se quedara en la estancia, hice llamar a la mecanógrafa. Acudió inmediatamente. Era una muchacha muy guapa de unos veinte años, que pertenecía al tipo corriente de las tobilleras, desde la punta de sus primorosos zapatitos hasta el cabello ondulado a la *garçonne*. Se advertía en su rostro tal expresión de testarudez, que resolví dirigirle un ataque directo. En pocas y secas palabras le referí lo que acababa de comunicarme la patrona, pero antes de que la joven pudiese pronunciar una sola palabra, se oyó gran ruido en el corredor, abrióse la puerta y apareció Regan sujetando al oficioso Listy.

— No puedo sujetar a ese individuo, Delaney. Hace ya un rato que ha empezado a censurar de tal manera a la policía, que todos los demás han hecho causa común con él. Creo que lo mejor será llamar por teléfono a alguien que se lo lleve a la Jefatura.

¿Quién era la mujer misteriosa? ¿Qué relación tenía con el asesinato de Aarons? ¿Era Myles el asesino? El lector hallará otros episodios emocionantes de esta interesantísima historia en el número de GRAN PROYECTOR correspondiente a los meses de octubre.



El jefe de los bandidos. — Estamos frescos. El esposo de esta prisionera nos promete el doble del rescate, a condición de que nos quedemos con ella.

DOS OBRAS ÚLTIMAMENTE PUBLICADAS EN LA COLECCIÓN LOS GRANDES HOMBRES

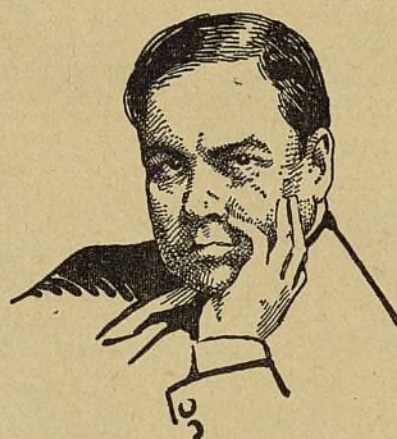


BÉCQUER

POR

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ

La vida brevísima del autor de las *Rimas* no abunda en hechos trascendentales, pero sí tiene en cada uno de sus pasos un mundo infinito de ideas y sentimientos, que sólo un espíritu delicado y puro como el suyo era capaz de percibir. Y José Andrés Vázquez, en esta obra, ha sabido ir descomponiendo ese mundo becqueriano del sentimiento y de la idea con una precisión y delicadeza dignas del respeto que merece el incomparable poeta sevillano.



RUBÉN DARÍO

POR

GUILLERMO DÍAZ PLAJA

La figura de Rubén Darío, tan conocida por el fervor que ha suscitado su obra, estudiada en aspectos parciales por numerosos ensayistas, se encuentra falta de estudios que la enfoquen de una manera global, en la totalidad de su trascendencia. Esta obra constituye quizá la más completa aportación crítica que se ha publicado sobre la obra del gran poeta, y presta un servicio importantísimo a todo el que se interese por la figura del lírico de Nicaragua.

UN TOMO CON NUMEROSAS ILUSTRACIONES

En tela y oro 4 pesetas

En rústica 3 »

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA
SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

EDITORES

Calle de la Diputación, núm. 211. — Barcelona

LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA», Valverde, 21 dupl.º — Madrid

La Novela Partida en Dos

(Continuación de la página 56)

DICCIONARIO TECNICO DE BOLSILLO EN TRES LENGUAS

Español-Alemán-Inglés

por H. OFFINGER

Cuidadosamente revisado y ampliado por competentes especialistas.

Obra utilísima para conocer la equivalencia en cada una de dichas lenguas de las palabras de uso más frecuente en la técnica mecánica, eléctrica, química, física, metalúrgica, industrial, farmacéutica, agrícola, etcétera.

Cada tomo empieza por el idioma que primero se enuncia y da la equivalencia, en forma clara y simplificada, en los dos restantes idiomas.

TOMOS DE QUE CONSTA LA OBRA:

- Tomo I. Alemán-Inglés-Español. (En prensa)
- Tomo II. Inglés-Alemán-Español. ... 7'50 pts.
- Tomo III. Español-Alemán-Inglés. ... 7'50 pts.

De venta en todas las librerías de España y América

Sociedad General de Publicaciones
Sociedad Anónima

Diputación, 211. BARCELONA

E HOGAR Y LA MODA

Valverde, 21 dupl.º MADRID

inocente: Natacha. ¿Quiere usted hacerse cargo de ella momentáneamente, acompañándola a donde ella diga o a las oficinas del Ejército de Salvación?

Ya en el ascensor, ella estrechó las manos de Iván diciéndole:

— ¡Gracias, muchas gracias!

Y ante una mirada de Natacha, llena del más dulce candor, Iván exclamó:

— ¿Qué le parece si esta película como todas las demás, acabase en boda?

Natacha tuvo un gesto de vencimiento:

— ¡Por mí...!

El ascensor se había detenido en la planta baja.

ANGEL MARSÁ

Tal es la solución que el autor de la novela depositó, bajo sobre cerrado, en la Gerencia de GRAN PROYECTOR al tiempo de dar la primera parte para ser publicada como concurso.

Examinadas detenidamente todas las soluciones recibidas hasta el 15 de julio, ha resultado tener mayor número de puntos de contacto con la original de Ángel Marsá la presentada por don Teodoro Arana, de Bilbao. Su solución es la siguiente:

La joven rusa, a quien llamaremos Sonia, cuenta su historia a su providencial salvador: es hija de un príncipe ruso emparentado con el último zar Nicolás II. Al estallar la revolución, las turbas asaltaron el castillo de su familia, asesinando a sus moradores. Unicamente ella, que entonces tenía cinco años, pudo escapar de la matanza gracias a una antigua y fiel sirvienta de su casa que la ocultó en su pueblo natal haciéndola pasar por hija suya.

Cierto día, su madre adoptiva recibió la visita de un misterioso personaje que se presentó como un enviado de los emigrados rusos que vivían en Norteamérica, fieles al antiguo régimen. Dicho emisario le entregó un cofre conteniendo la cantidad de cien millones de rublos, que, según dijo, era la única parte del tesoro de la familia imperial rusa que pudo ser salvada. Esta fortuna pertenecía por completo a la joven Sonia, puesto que era la más próxima heredera existente del asesinado zar.

El mensajero añadió que como Sonia no podría nunca disfrutar en Rusia de su herencia, era preciso que embarcara con el cofre para Nueva York, en cuyo puerto la esperarían varios emigrados rusos, antiguos oficiales del ejército zarista, los cuales cuidarían en adelante de protegerla y de impedir que le arrebatasen su fortuna.

Siguiendo estos consejos, a los pocos días, Sonia, llevando consigo el cofre, embarcó en el primer trasatlántico que salió con rumbo a Nueva York, pobremente vestida, logrando pasar desapercibida a la escrutadora vigilancia de la policía soviética. Sin embargo, antes de llegar a Nueva York, un agente de los Soviets, Natacha Pantepoff, descubre su verdadera identidad y aprovechándose de la obscuridad de la noche la arroja al mar, apoderándose del cofre. Ya vimos cómo fué salvada milagrosamente por el detective Iván.

Después de oír el relato de la joven, el detective la deja en la jefatura de policía. Se dirige inmediatamente con varios agentes al muelle donde ha atracado el trasatlántico y logra detener a

Pantepoff y a cuatro emigrados rusos que esperaban la llegada de la joven. Conducidos todos ante el jefe de policía, se descubre toda la trama de la historia.

Los supuestos ex oficiales del ejército imperial son individuos pertenecientes a una vasta asociación de delincuentes rusos, cuyos agentes de Rusia fueron los que asesinaron al Comisario soviético apoderándose de los cien millones de rublos.

Como el gobierno de los Soviets había ordenado que se vigilaran estrechamente todas las salidas de Rusia, los ladrones no podían trasladar el producto de su robo, pues tenían ser descubiertos. Enterados casualmente del origen aristocrático de Sonia, idearon la falsa historia de la herencia del zar para lograr que la muchacha se encargara de pasar el tesoro a Norteamérica sin despertar sospechas. Una vez llegase a la gran ciudad americana, varios afiliados a la banda, haciéndose pasar por antiguos oficiales del zar, tratarían de ganar la confianza de Sonia, se apoderarían del cofre y la harían desaparecer.

Capturada toda la banda y encarcelado Pantepoff por su intento de asesinato de Sonia, el jefe de policía decreta la libertad de la muchacha entregándole un importante premio por haber facilitado la captura de la peligrosa banda.

Sonia se encuentra sola y forastera en la gran ciudad, pero su compatriota Iván, seducido por la belleza de la joven, le ofrece su protección y no tardan en casarse.

En esta solución, dada por el señor Arana, pueden apreciarse los cuatro siguientes puntos de contacto con la de Ángel Marsá:

1.º No existe ninguna relación entre el comisario soviético asesinado y la muchacha emigrante.

2.º Esta misma muchacha es un instrumento inconsciente de los criminales rusos.

3.º En Norteamérica existe una banda de criminales, que es propiamente la que ha tramado el robo, el asesinato y el traslado del tesoro.

4.º El detective Iván se casa con la muchacha.

El premio de 150 pesetas que corresponde plenamente a don Teodoro Arana, de Bilbao, le será enviado directamente, por giro postal — descontados los gastos de envío — por la Administración de GRAN PROYECTOR sin necesidad de ningún requisito más.

Como ya anunciamos en las bases de todos nuestros concursos, no podemos mantener ninguna clase de correspondencia respecto a estos asuntos.

Toda persona amante del Cine no leerá otra revista que

Films Selectos

Semanario Cinematográfico Ilustrado

Cada sábado :: 30 céntimos

Primer número, 4 de octubre próximo

GRAN PRO- YEC- TOR



Para mayor comodidad,
cópiese el siguiente cupón

Regala a sus dos mil primeros sus- criptores una de las siguientes novelas, a elegir, de la interesante COLECCION AVENTURA

publicada por

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

Calle Provenza, 216

BARCELONA

James Oliver Curwood

El regreso. El fósforo. La fuerza de los hombres. El ratón.
Corazones de hielo.



Peter B. Kyne

Los tres padrinos. El valle de los gigantes.
El solitario. El más feo. El Sheriff.

Sapper

El capitán Drummond.

Frank L. Packard

De ahora en adelante.

C. N. y A. M. Williamson

La dama del aire.



Henry Allorge

El gran cataclismo.

Zane Grey

Tappan y su burro. Cazando Pumas.
Tigre. El Santa Rosa

Paul D'Ivoi

Los compañeros del loto blanco.

Un viaje extraordinario.

Gouraud d'Ablancourt

El drama de Maison Dieu.

Francis Lynde

Un legado original.

Alfred Machard

El fugitivo.

Hans Richter

El canal.

El suscriptor, al hacernos el envío del importe de su suscripción, puede mandarnos el título de la obra que desee, y la recibirá a vuelta de correo franca de portes, en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Calle de la Diputación, 211

BARCELONA

Agradeceré me suscriban por

..... meses a la revista
GRAN PROYECTOR (7'50 ptas.
semestre).

cuyo importe de ptas. remito por giro postal núm.
adjunto en sellos de correo (certificando la carta), debiendo remitirse como regalo
la novela

Nombre

Domicilio

Población

Provincia

Fecha

LIBROS DETECTIVESCOS

En el segundo piso, por Mary Roberts Rinehart. - Publicada en *Novelas Edita*. En tela, 5'50 ptas. Ediciones Edita, Barcelona.

Existe un nutridísimo núcleo de lectores ávidos de conocer los hondos problemas y conflictos de orden sentimental en que se basan la mayoría de las novelas, pero sin las truculencias dramáticas ni los aspavientos de lo trágico, y sí a través del tamiz que las transforma en mágico juego de ironía; y en esa modalidad se distingue y descuella, con maestría insuperable, la literatura de la famosa autora norteamericana Mary Roberts Rinehart.

Su última producción, titulada *En el segundo piso*, es manifiesta demostración de ese especial estilo tan suyo, por cuanto en ella se desarrolla insensiblemente un intenso, profundo y enorme drama familiar, del que se percata el lector cuando ya los tentáculos de la fatalidad tienen apresadas, una tras otra a las infelices e insospechadas víctimas,

Todo, en la acción de la preciosa novela, se desenvuelve natural y fácilmente, y aun los momentos de extrema intensidad patética están expuestos con tal naturalidad y de tan exquisita forma, que nace y surge de manera espontánea la finísima ironía que trastrueca el curso de las sugerencias, dejando incólume, sin embargo, el interés del hecho, la reciedumbre de la cuestión o lo tajante de la frase.

La famosa novelista, con *El segundo piso*, refuerza poderosamente la preponderancia de su valía.

El secreto del alfiler, por Edgar Wallace. — Publicado en la colección *Fama*. Un volumen, 5 ptas. Editorial Juventud, S. A. Barcelona.

En la portada de este libro, a modo de reclamo editorial, se lee lo siguiente: «Es imposible no sentirse emocionado leyendo a Wallace.» Y el lema es cierto. Desde la primera página queda uno prendido en la emoción, que le obliga a seguir leyendo ávidamente, hasta el final.

El secreto del alfiler es, realmente, un secreto. Un misterio, un enigma, un problema que la imaginación del lector se esfuerza en solucionar vanamente, pues no lo consigue hasta que el autor, reservado con habilidad hasta el final, se lo dice.

No ocurre en esta novela como en otras del género que podríamos llamar emotivo y en las cuales el único que parece «no

darse por enterado» es el autor, creyendo que así hará que los lectores se engañen a sí mismos, suponiéndose ignorantes de lo que desde el primer capítulo adivinan.

Dentro de la moderna novela policíaca, superior sin duda alguna a la del siglo XIX, *El secreto del alfiler* formará época, Como dice en la portada, «es imposible leerla sin sentirse emocionado».

La trampa, por J. S. Fletcher. — Publicada en la *Colección Obras Maestras*. En tela, 3'50 ptas. Editorial Juventud, S. A. Barcelona.

La desaparición de las joyas de una princesa y de una cantante, simultáneamente, es el tema que el novelista pone ante los ojos del lector en los comienzos del libro. El misterio se complica, y no solamente se hacen más confusas las huellas que pueden dar el camino de su paradero, sino que, uno tras otro, van desapareciendo, bajo acción homicida o suicida, tres significados personajes de los cuales no se sospechaba que pudiesen tener relación con el famoso robo.

El autor, con su maestría acostumbrada, va poniendo sobre el tablado multitud de figuras de positivo interés, figuras estudiadas en un terreno real, y que con la más perfecta naturalidad, dentro de su adecuado elemento, van desarrollando la acción, familiarizándose tan personalmente con el lector, que éste les sigue inconfundiblemente, haciendo conclusiones sobre su complicidad en el suceso que tiene en movimiento a toda la policía londinense.

¡Es interesante, subyugadora, la creación que Fletcher ha hecho de la señorita Slade, la bella secretaria, a quien la imaginación del lector pone en los trances más viles y sombríos!

En conjunto, es una obra de intriga y de misterio, cuya urdimbre está compuesta con la más inaudita habilidad, cuyo asunto, siempre complicándose, adquiere un interés siempre mayor, y cuya dicción es un modelo de buen gusto y disposición artística, poco común en esa índole de obras.

El libro cerrado, por Frank L. Packard. — Publicada en la *Colección Obras Maestras*. En tela, 3'50 ptas. Editorial Juventud, S. A. Barcelona.

Las extraordinarias osadías y sagacidades que, de los tiempos de Barba-rroja, el pirata famoso, nos cuentan las historias, quedan esfumadas y empe-

queñecidas con las que Frank L. Packard, el novelista inglés, narra con su peculiar estilo en *El libro cerrado*.

La acción tiene por escenario una de las islas del archipiélago malayo, y en ella se desenvuelven, con vigorosidad y fuerza de realidad, unos cuantos seres de la raza blanca y la legión de indígenas que, atenidos a prejuicios, fanatismos y absurdas religiones, practican la piratería, no sólo por ambición, sino como un culto atávico.

Las escenas truculentas se suceden, pero tan lógica y hábilmente pergeñadas, que el lector se abisma en la lectura de *El libro cerrado*, creyéndose, no tan sólo espectador de los hechos narrados, sino actor también de la trama en que se mueven los expatriados blancos... Y es que entre ellos hay una mujer, una linda inglesita espiritual, romántica, a quien los hechos fuerzan a ser valerosa y llegar a heroína.

El libro cerrado, del famoso escritor Packard, se leerá con avidez por todos los amantes a las narraciones no vulgares y adocenadas.

El círculo rojo, por Edgar Wallace. — Publicada en la colección *Fama*. Un volumen, 5 ptas. Editorial Juventud, S. A. Barcelona.

Entre los escritores dedicados a la literatura detectivesca — no la más fácil, — Edgar Wallace ocupa, legítimamente, uno de los primeros puestos; una prueba concluyente de ello es el éxito inigualado que, con justicia, ha obtenido su novela *El Círculo Rojo*, traducida a infinidad de idiomas.

La versión española de la notable producción, nada deja que desear: en ella ha quedado intacta la fina ironía, la exquisita sutileza, el prolijo andamiaje detallista que en esta clase de obras es tan esencial; por lo que respecta a su fondo y a la intrincada maraña de su desarrollo, baste decir que son de una originalidad insuperable, y que en la sucesión de bien hilvanados acontecimientos, a cual más asombroso e interesante, aparece en primer término la simpática y atrayente figura de una mujer bonita y sagaz.

El enorme número de aficionados a las lecturas de estilo detectivesco saborearán con fruición los trucos, incidencias e ingeniosidades de que está llena la notabilísima novela *El Círculo Rojo*, de que es autor el famoso Wallace, que tanta fama y popularidad ha alcanzado con obras de este género.

El Garrote

(Continuación de la página 48)

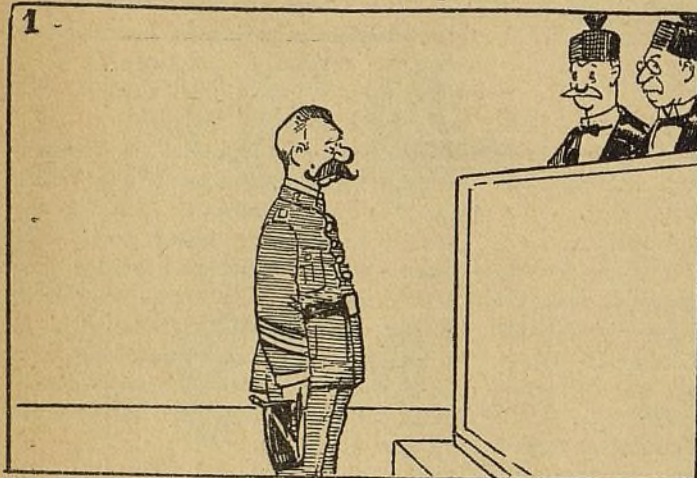
no han reclamado el cadáver — se encargan de darle sepultura, una bandera negra se iza en la prisión en lugar bien visible desde el exterior y ondea todo el día, señalando el cumplimiento de la justicia humana.

Este horrible instrumento de muerte,

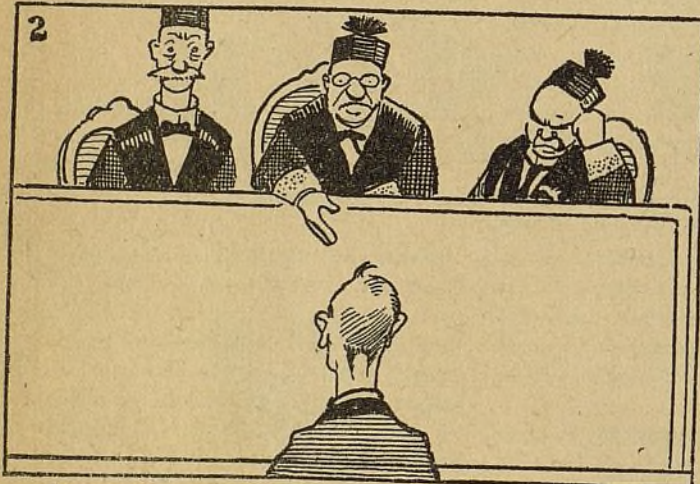
característico en España, no creemos que sea peor que otras máquinas más modernas, ya descritas en estas páginas, y empleadas en otros países. Como aquéllas, está destinado al macabro objeto de privar de la vida a un ser humano, y, como ellas, cumple trágicamente su misión, ofreciendo un repugnante espectáculo y produciendo en un ser desgraciado horribles sufrimientos físicos y morales.

Señalemos, sin embargo, con humanitario orgullo, que son cada vez menos frecuentes las ocasiones en que se levantan patíbulo en las prisiones españolas, circunstancia que hace parecer menos lejano el día en que la inhumana y tétrica pena de muerte será borrada de nuestro Código.

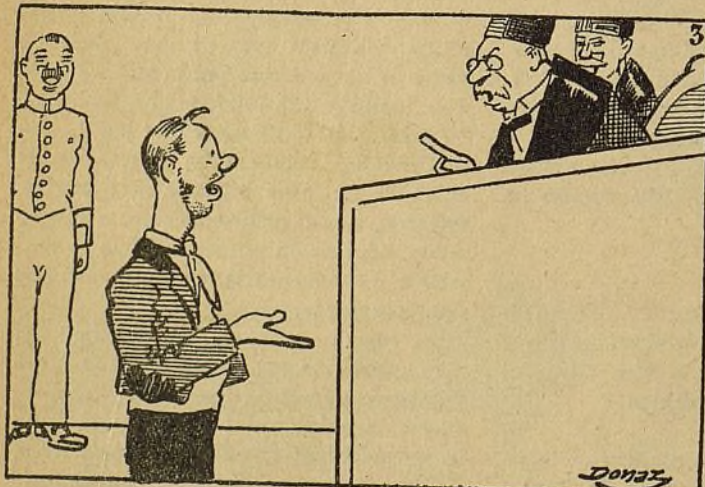
UNA EXPLICACIÓN, por Donaz



— Sí, señor presidente; la fuerza a mis órdenes arrancó del huerto del procesado doscientas matas de tabaco.

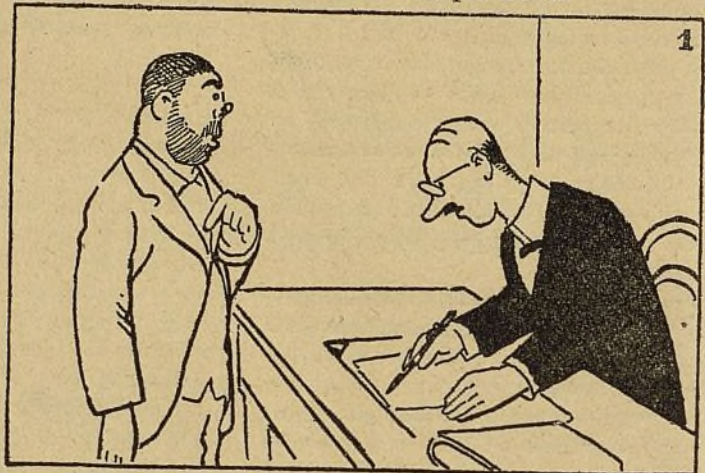


— Conteste el acusado: ¿Plantó usted esas matas?
— No, señor.
— ¿Ni sabe usted quién las plantara?
— No, señor.

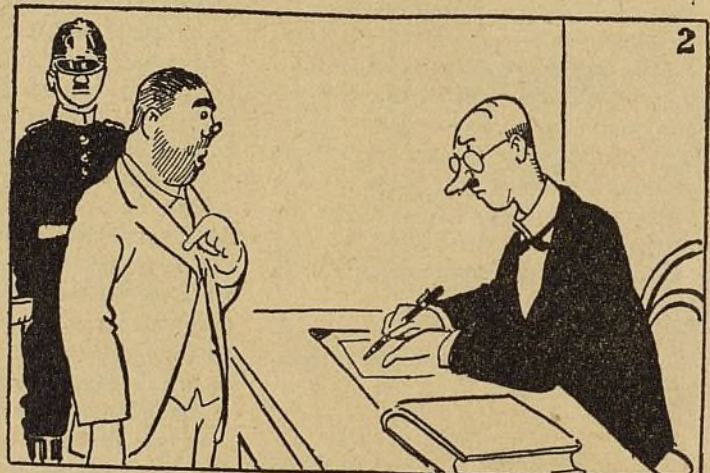


— Entonces, ¿cómo se explica usted que brotaran esas doscientas matas de tabaco?
— Pues, quizá que, como es una tierra muy buena la de mi huerto, debió de caer una colilla y... aluego salieron las matas...

EN LA COMISARÍA, por Donaz



— ¿Cómo se llama usted?
— ¿Quién, yo?
— Sí, usted.
— Cirilo García.



— ¿Dónde vive?
— ¿Quién, yo?
— Sí, usted. ¿Quién va a ser?
— Pelayo, 120.



— ¿Qué edad tiene?
— ¿Quién, yo?
— (El inspector, ya quemado): ¡No, yo!
— (El preso, con tranquilidad): ¿Usted? Pues, unos cincuenta años.

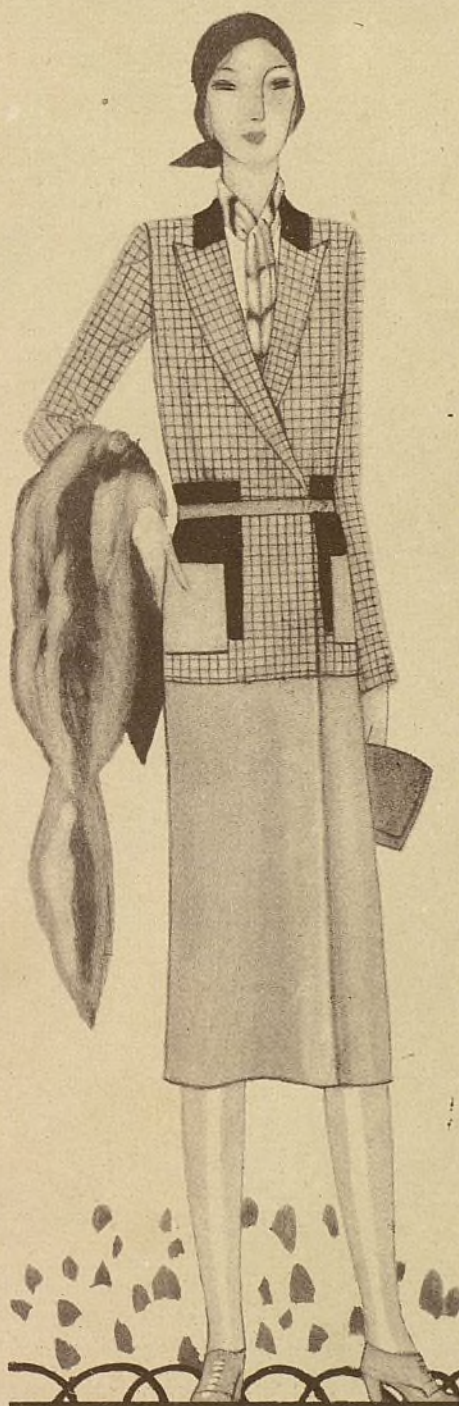
El Hogar y la Moda

REVISTA FEMENINA DECENAL (SE PUBLICA
LOS DIAS 5, 15 Y 25 DEL MES) DIRIGIDA POR
Tomás Gutiérrez Larraya

Está considerada esta revista como la más popular de España y la más moderna en su clase, al mismo tiempo que la más recomendable para la madre de familia, tanto por la información que le ofrece sobre las modas más recientes, como por las ideas que le proporciona para la vida en el hogar.

Los principales temas que en sus diversos números van desarrollándose son:

LECCIONES SOBRE LA MODA.—LA CASA GRATA Y BELLA.—PARA EDUCAR EL NIÑO.—MUJERES DE AYER Y HOY.—LABORES FEMENINAS.—PLANTAS, FLORES Y PÁJAROS.—HIGIENE Y BELLEZA.—LA COCINA PRÁCTICA.—COMENTARIOS DE ACTUALIDAD.—LA VIDA Y LA PANTALLA.—SERVICIO DE PATRONES.—«DE TODOS A TODOS.»—«DICEN QUE...» (miscelánea).—Caricaturas, &



GRAN PROFUSIÓN DE FIGURINES DE PARÍS Y LONDRES. PÁGINAS DE FIGURINES A TODO COLOR.—PRECIOSOS MODELOS DE LABORES Y BORDADOS. MULTITUD DE ILUSTRACIONES PARA TODOS LOS TRABAJOS.—PUBLICACIÓN EN FOLLETÍN DE INTERESANTES OBRAS PRÁCTICAS.—ORIGINALES CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS.—A CADA NÚMERO ACOMPAÑA EL SUPLEMENTO INFANTIL «KI-KI-RI-KI».

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . 0'40 pta.
Por un mes . . . 1'— pta.
Por un semestre. 6'— ptas.
Por un año . . . 12'— ptas.

Para suscripciones dirijase a
El Hogar y la Moda

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.
BARCELONA :: MADRID ::

ENCICLOPEDIA COLUMBUS

EDICIÓN DEFINITIVA

REDACTADA POR REPUTADOS ESPECIALISTAS BAJO LA DIRECCIÓN DE
DON ALBERTO DEL CASTILLO YURRITA
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA



C U A D R O D E Z U L O A G A
MUESTRA DE LAS ILUSTRACIONES EN COLOR DE LA OBRA

Ayuntamiento de Madrid

5 GRANDES TOMOS, 5

ENCUADERNADOS EN TELA Y ORO

En más de cinco mil páginas
de texto el resumen de todos
los conocimientos humanos.

|||

Gran profusión de ilustraciones

|||

Láminas en negro y color

|||

Última edición puesta al día

|||

Precio de la obra
completa, 180 ptas.

|||

VENTAS AL CONTADO
Y A GRANDES PLAZOS

PIDA HOY MISMO FOLLETO
EXPLICATIVO GRATIS A

**SOCIEDAD GENERAL
DE PUBLICACIONES, S. A.**

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.
BARCELONA MADRID

S. G. Publicaciones, S. A. - Barcelona.